

EL REINO DE LAS FARSAS INACABADAS

berta lucía estrada & floriano martins





El reino de las farsas inacabadas





Colección Libros Imposibles

Estrada, Berta Lucía(1955), Martins, Floriano (1957).
El reino de las farsas inacabadas © Berta Lucía Estrada & Floriano Martins, 2026,
--1-- ed
Coedición | EntreTmas Revista Digital & Agulha Revista de Cultura, 2026.

345 p. 21 x 14 cm. <Colección Libros Imposibles ; 63 > <Digital>
1. Teatro, Novela, Poesía brasileña/colombiana. 2. Literatura brasileña/colombiana.
I. Título.

Primera Edición, 2026

Colección Libros Imposibles #63
©*El reino de las farsas inacabadas*
© Berta Lucía Estrada & Floriano Martins

Diseño editorial:
Melvyn Aguilar

Capa e serie fotográfica interna:
Floriano Martins

Coordinación editorial:
Juana M. Ramos

Corrección filológica:
Los autores



El museo del visionario
Las sombras suspensas
Las resurrecciones íntimas
Naufragios del tiempo
La vigilia secreta de los dragones
El sortilegio prohibido

PORTICO

Creamos por todas partes. Con la misma fuente de esencias de la sangre y el oxígeno. Del sueño y la percepción de que el instante no deja de nacer. La creación es quizás la única prueba de que el hombre está vivo. Su comprensión del tiempo, la forma en que se despierta por la mañana y riega el jardín, su rama de lecturas, la espiral de sus anhelos, todo en el hombre es creación. Criatura de sí mismo, no está destinado a otro accidente. Y todo lo que crea no es más que el reflejo de su caos ulterior.

¿Quiénes son los precursores del viento? ¿Quiénes son esos personajes que no habitan en ninguna tierra? Cuando observamos el globo terráqueo y lo confundimos con el atlas de nuestro mundo interior, ¿qué vemos antes que nada de lo que se muestra? Las vastedades anímicas con sus folletos ilustrados con la tinta invisible de la sabiduría. Las historias que dejamos solo como entrevistas. El florecimiento de valores que vamos retocando hasta que ya no guardan semejanza con su propia sombra. El hombre no sobrevive sin un disfraz. Al crear el mito, hizo posible el uso de varias formas, desde las espigas de la alegoría hasta la retracción de las imágenes que emergen de los espejos. Con ello fue posible controlar la transmisión de energía térmica que le permite dar la vuelta a sí mismo. El hombre inventó a Constable y este determinó que, al crear, debemos colocarnos frente al sol y absorber todas las variaciones posibles de su luz. Aunque la oscuridad también nos observe, la moral acabó por establecer que la única irradiación posible es aquella que da al propio reflejo un punto exacto de llegada y partida. Quizás con esto el origen perdió su importancia, esa frescura de lo inesperado. Buda dijo que el origen del sufrimiento es la sed, que muchos interpretaron solo como codicia. ¿Quién precede a la imaginación?

El sueño es la chimenea que distingue las casas en la vasta noche. Las ciudades queman el incienso de sus milagros. Hay demasiada gente para cada floristería, sorteos anónimos, placeres ocultos. En cuanto superamos un obstáculo, nos enfrentamos a otro pasaje abismal. Quizás vivimos esperando el agotamiento de todo. Una

forma de entender que, por mucho que lo intente, la realidad no es más que un desafío para mostrarnos más allá de las máscaras de lo posible. Pero disfrutamos cada uno de sus pasajes. Disfrutamos estar aquí al lado de la ausencia y hablar con el vacío.

Y a partir de ese punto que lleva en su interior la esencia opositora que comparte sueño y vigilia, la harina de los días y la arena de las noches, nos encontramos, Berta Lucía Estrada y yo, como un accidente místico preservado en el ombligo del mundo. Y desde el primer instante en que nos vimos nos lanzamos a crear como si estuviéramos bajo la urgencia de un desprendimiento. Quizá se pueda hablar de predestinación o de lava mítica de una erupción inevitable. No importa. Creamos. Y no dejamos de crear. Es lo que hacemos, lo que maravillosamente sabemos hacer.



EL MUSEO DEL VISIONARIO

LAS PUERTAS DEL ABISMO

Cuando entramos por primera vez en el Museo del Visionario, las inmensas salas estaban completamente vacías. Berta y yo, naturalmente, fuimos sorprendidos con lo que pronto nos dimos cuenta de que no podía ser de otra manera. En otras palabras, el visionario que evoca el museo es quien lo visita. Este museo requiere que seamos visionarios para que pueda existir. Se alimenta de nuestra imaginación, los vislumbres de nuestros deseos, las semillas de nuestras pasiones más secretas.

Puesto que la realidad no siempre es lo que tocamos; la visión puede cambiar a lo largo del día, como sucede con las diferentes versiones de la catedral de Rouen o la Gare Saint-Lazare de Monet, o bien las versiones de la casa de luces y sombras de Magritte. Con respecto a la Gare Saint-Lazare, Monet dijo lo siguiente: *Pensé que no sería banal estudiar en diferentes horas del día el mismo motivo y notar los efectos de luz que modificaban de una manera tan perceptible, de hora en hora, la apariencia y los colores del edificio.* Y en cuanto a la Catedral de Rouen expresó lo siguiente: *Las cosas no avanzan de manera constante, principalmente porque cada día descubro algo que no había visto el día anterior... Al final, estoy tratando de hacer lo imposible.*

En realidad lo que Monet pretendía hacer, pintar, revelar, representar, e incluso intuir, es la luz. La luz es la protagonista principal en los cuadros de la catedral y de la estación de trenes. Monet quiso captar, a través del lienzo, lo efímero, quiso mostrar en pintura lo que capta una cámara fotográfica, el instante único e irrepetible de las luces y las sombras. En cuanto a la casa de René Magritte, *El imperio de las luces*, siempre sorprende, ya que dependiendo de la luz del día, o la ausencia de ella en la noche, su fachada cambia, es como si tuviera la capacidad de quitarse y ponerse pieles dependiendo de su estado de ánimo. Aparentemente, los cuadros representan una realidad casi fotográfica; no obstante, si se observa con los ojos de la sensibilidad artística, se nota claramente una atmósfera misteriosa, como si recorriéramos sus estancias en semipenumbra, sin saber muy bien que podemos encontrar allí. El juego de luces y sombras es una alegoría del día y de la noche, esa dualidad que hace parte de nuestras vidas; pero sobre

todo de nuestra interioridad; puesto que sus cuadros reflejan lo que somos como seres humanos, siempre navegando entre la luz y la sombra. Al respecto Magritte decía: *Esta evocación de la noche y del día tiene el poder de sorprendernos y de encantarnos. Yo llamo a ese poder: poesía. Si yo creo que esta evocación tiene poder poético, es, entre otras razones, porque siempre he tenido el más grande interés por la noche y por el día, sin que jamás sienta una preferencia ni por el uno ni por el otro.*

Es posible que el trompe l'oeil sea una característica de la visión, no de la imagen. Son nuestros ojos los que cambian de acuerdo con la intensidad de nuestra sensibilidad, además que la imaginación puede bromear con la realidad al punto de cambiarla. Así que cuando miramos algo es posible que sea la plenitud del invisible, y que nosotros vamos formando de acuerdo con nuestra intuición. No es otra cosa lo que nos dice Henri Cartier-Bresson: *Debemos entrenar para mirar todo el tiempo, oscilando entre el consciente y el inconsciente en una especie de danza, practicando el dibujo inmediato, automático e intuitivo.*

Y si recordamos todo esto es porque *El Museo del Visionario* es una visita, o un viaje, como quieran interpretarlo, al útero de un museo donde todo y nada ocurre. Las visiones, la imaginación, la intuición, el poder del visionario, son las herramientas del cerebro humano; ellas nos permiten entrar en un ámbito cuasi irreal; y, sin embargo, gracias a la palabra y a las percepciones, podemos tocar e incluso oler.

Es una obra en la que llegamos a dudar de su existencia. Y tal vez no exista, tal vez la casa vacía a la que entramos es una ilusión de nuestro estar en el mundo. Por eso, debemos alimentar su alma, con muebles, personajes, tramas. Como hacemos con la vida misma. Es necesario darle al mundo una nueva perspectiva en cada momento, porque de lo contrario estaremos simplemente repitiendo lo que ya pasó.

El arte, la literatura, el teatro, la poesía, la música o la danza, son herramientas aún más poderosas que el más poderoso de los alucinógenos. La palabra y la imagen son umbrales que nos permiten pasar de un universo a otro; son puentes que unen la realidad con la irrealidad; sin que pase la segunda a ser menos importante; por el contrario, los mundos imaginados pueden tornarse en mundos más importantes y más verdaderos que la realidad misma. El poder de la evocación, el poder del sueño y el estado de semivigilia, pueden conducirnos por terrenos espinosos, metafísicos, que nos revelan el

otro lado de la existencia; ese otro lado que está siempre oculto, aplastado sería la palabra adecuada, por la razón. Una razón simbolizada por el potente foco que solemos poner sobre nuestras cabezas para evitar el juego de las sombras. Así tenemos la impresión de caminar por terrenos seguros cuando en realidad somos eternos funámbulos que luchamos por no caer al vacío, a la nada.

En cierta forma *El Museo del Visionario* podría ser una de las tantas imágenes de un espejo cóncavo encontrado en el *Museo de la Inocencia* de Orhan Pamuk; allí donde los recuerdos, pasados y futuros, encuentran miles, millones de imágenes repetidas; algunas reales y otras soñadas o imaginadas. Sin embargo, incluso donde las cosas se parecen más entre sí, más encuentran un punto de distinción que se ensancha como un abismo a medida que nos dejamos tragar por él. El tiempo y la experiencia no pueden hacer nada por esta lectura del infinito, porque solo la permanencia de una intuición abierta nos puede garantizar con cada mirada que nos descubrimos en todas las cosas. De esta forma, *El Museo del Visionario* es una invitación permanente a representar este abismo. Y no es de otra forma que Lautréamont dijo que la poesía debe ser hecha por todos.

ACTO I | *Hasta las últimas consecuencias*

Quien quiera ser protegido, debe resignarse a ser protegido hasta las últimas consecuencias.

FEDERICO FELLINI

Suena el badajo de Dios. Es la hora en que el público debe acomodarse en sus sillas; el primer acto está a punto de comenzar. Colgado del techo, en el palco, hay un teléfono y entra en escena Chinela Alves y se pone a hablar con Le Conservateur, quien pregona:

LE CONSERVATEUR

En Europa del Este, durante la Guerra Fría, en muchos países había algo llamado Oficina de la Normalidad, que investigaba crímenes inusuales, naturalmente aquellos que dañaban la normalidad de la Gran Comuna. Con esto en mente imaginé un personaje llamado Astuto Dramal, que fue a Brasil enviado por Bielorrusia para identificar los brotes de normalidad y luchar contra ellos. Astuto termina conociendo, o más bien, identificando en sus mensajes cifrados, a Eusébio Ataúde, un brasileño de origen portugués, que se ocupó del contraespionaje; autor del famoso manual de criptografía *El cerebro en la sofistería*. Ojalá puedas tú misma, Chinela, componer las improvisaciones de modo que no se permita al grillo del enfado cantar encima de las cabezas de la audiencia.

CHINELA ALVES

Yo empezaría con un disparo en el vacío y el silencio que sigue y lo supera en misterio. Si fueron arrestados, ¿quién puede imaginarse mejor revelando las intenciones de un crimen que no sabemos si ocurrió: el disparo o el silencio? Así es como la vida empieza: con una duda tremenda.

LE CONSERVATEUR

La duda es la razón de vivir, jamás nos abandona; cuando eso ocurre es porque ya somos partículas infinitesimales, es porque ya estamos vagando en el aire.

NERLOCK SHOLMES

Hay que consultar al camarada Josepe Nabo quien ha trabajado en una fábrica de armas en los arrabales de Moscú. Más que todos, Josepe sabe distinguir entre el disparo y el silencio.

LE CONSERVATEUR

El silencio es el arma letal más poderosa; nos han hecho creer que Nagasaki e Hiroshima fueron bombardeadas; en realidad las bombardeó el silencio.

CHINELA ALVES

El pobre hombre que fue golpeado habrá muerto de susto, incluso antes que la bala lo golpease. ¿No me creen? ¿Acaso ignoran que la muerte sucede primero en los sueños? Al menos a mí me visitaba a menudo; lo que pasa es que siempre le decía que todavía no era el momento. Hasta que en uno de los sueños me preguntó bastante molesta qué cuándo era el día adecuado; yo la miré muy seria y le respondí: – *Estoy tejiendo una mortaja, apenas la termine te lo hago saber.* Ella me miró atónita, y me dijo: – *Te estás riendo de mí. Esa es la historia de Amaranta.* Yo me reí; y respondí: – *Bueno, también podría ser Penélope...* Desde ese día ya no me visita más; lo que quiere decir que ya no sueño. Es terrible no soñar, no soñar es una verdadera pesadilla.

NERLOCK SHOLMES

La bala es más veloz que su sonido. La víctima no oyó el disparo, ni siquiera sabe que murió. Eso mismo pasa igual con los vivos, que viven sin saber que viven.

JOSEPE NABO

Ojalá sea una bala de plata, así la podríamos cambiar por unas monedas desfiguradas y unas noches de finos guantes rojos.

ASTUTO DRAMAL

[entra de manera furtiva por una escalera del palco] Es muy amplio el concepto de normalidad objetiva. Al final, todo es espionaje y unos muertos salen de la tumba del olvido y vuelven a prestar servicio para sus gobiernos. Nadie debería tocar ese papelito amarillo cuya punta se muestra fuera del bolsillo de la víctima. Déjeme leerlo: muerte al pajarito. Está cifrado. ¿Alguien tiene el manual de Eusébio Ataúde?

NERLOCK SHOLMES

Rápido, Chinela. Búscalos en mi mesa...

CHINELA ALVES

Ya me voy con la luz más veloz ... *[sale]*

NERLOCK SHOLMES

[cantando]

Por la noche que me abre su boca de estrellas...

No la miro, no la miro, pero la quiero tanto...

Tanto y tanto que me arrastra en ciega pasión...

ASTUTO DRAMAL

[encurvado sobre el difunto] Hay que tener mucha atención con esas muertes que se parecen con la normalidad de la vida criminal de las ciudades. En mi experiencia internacional he visto cadáveres que son como señales de otra cosa, como un juego de apariencias en que una forma asume el significado de otra. En Tel Aviv encontré una noche a una mujer desnuda sobre un piso mojado de leche. Su propio cuerpo era el mensaje, el lenguaje encriptado que, después de mucha reflexión, llegué a la conclusión de que era una indicación del lugar donde trabajaba y que su muerte señalaba – ahora claramente, a mi mente acostumbrada a tantos acertijos– la razón y al asesino.

CHINELA ALVES

[al regreso] He encontrado tan solo un libro de cartas medicinales, así que entonces para no llegar con las manos vacías, traigo una receta de lupinos.

NERLOCK SHOLMES

No abriste el libro, la cubierta era de cartas, con el fin de disfrazarlo, pero el manual era de Eusébio. ¿Y qué voy hacer con estos lupinos?

CHINELA ALVES

Puedo hacer una ensalada, mi señor...

NERLOCK SHOLMES

Yo prefiero garbanzos, de cuya semilla se puede hacer un té para entretener la visión. Pero ahora, déjame ver si me acuerdo de memoria la página que necesito... Creo que puedo convertir en números el contenido del papelito: muerte al pajarito, a ver: muerte al pajarito. Y luego: muerte al pajarito. Ahora al revés: *Matar el pájaro, no, Muerte al pajarito, eso, Muerte al pajarito.*

JOSEPE NABO

Por eso mataron a la pobre mujer, como si fuera una espía... ¿Es verdad, Nerlock?

NERLOCK SHOLMES

Cuando estábamos en Maranguape recuerdo que recibimos un mensaje gracias a una paloma mensajera, en el que podía leerse: *Muerte al pajarito*, y su significado era que debíamos matar a la palomita, pues estaba llegando para la cena Eusébio Ataúde y su plato preferido era paloma rellena de harina de maní.

CHINELA ALVES

Igual que en el Medioevo. Cuando un mensajero llegaba a un palacio con una mala noticia, el rey lo hacía decapitar. Excelente método para borrar de un solo tajo los problemas del reino o de allende el mar.

JOSEPE NABO

Como no hay paloma sino una mujer, podríamos rellenarla de harina de maní, ¿qué te parece?

CHINELA ALVES

Puedo preparar las especias, una salsa especial con lentejas, tomates cherry, con un poco de licor de naranja y de pera. [*se lleva los dedos a la boca como si ya estuviese comiendo*]

JOSEPE NABO

Necesitaré algunos cuchillos afilados para limpiar el cuerpo y afeitarse el coño del cadáver.

CHINELA ALVES

Puedes trabajar sin referir tus acciones, cabrón...

JOSEPE NABO

No me molestes, mi porcelana carnosa...

NERLOCK SHOLMES

Preparen todo. Me preocupa que así estén las cosas en el mundo del espionaje. Los criptógrafos ya no saben descifrar los mensajes. Una bomba en la catedral se puede confundir con un juego de cortinas en el burdel. Las horas que pasan pueden leerse como la dosis fatal de un veneno en la comida de un general. [*dirigiéndose a Chinela*]

Súbitamente comienza a sonar un teléfono con un ruido estridente, los personajes miran para todos los lados; alguien se acerca a la bocina colgada del techo y se da cuenta que no suena. Los personajes están atónitos, no saben de dónde viene esa llamada; de pronto, uno de ellos se dirige al fondo del escenario donde hay un basurero y comienza a sacar papeles y restos de comida; el ruido se hace más y más fuerte, hasta que saca un aparato rojo con bocina y disco; un viejo teléfono de los años ochenta del siglo XX.

EL TELÉFONO ROJO

¡ALÓ! ¡ALÓ! Respondan no tengo mucho tiempo. Necesito hablar con Le Conservateur.

LE CONSERVATEUR

[*Nerlock Sholmes le pasa el teléfono a Le Conservateur*] Está bien, está bien, atiendo la llamada; dame ese dispositivo diabólico. [*hace*

ademanes como si la bocina le quemase los dedos; además está sucia, llena de restos de comida; se tapa la nariz al hablar; y luego le entrega de nuevo el teléfono a Nerlock Sholmes]

JOSEPE NABO

*Los vasos del placer están llenos de hierbas aromáticas.
¿Quién puede con ellas? Nadie, nadie. Nadie puede con ellas...*

NERLOCK SHOLMES

[al teléfono] Me acabo de enterar de que nuestro asistente de texto ya no tendrá en sus manos el guion. Estamos esperando la llegada –en cualquier momento– de nuestro hombre de la KGB. Como siempre, vendrá a cenar con nosotros, como telón de fondo para una misión. Estamos preparando un banquete para él. *[silencio]* De acuerdo. Puedo completar este acto solo, pero necesitaré a alguien para el próximo viaje. Creo que el hombre de las cartas sería una buena opción.

CHINELA ALVES

Nuestro invitado ya está llegando. ¿Qué bebida debo servir?

El hombre de negro entra, con miradas sospechosas, buscando la salida de emergencia. El no dice una palabra. Viaja a través del escenario y frente a la mesa, que tiene el cuerpo de la víctima en el centro, cubierto de especias, ensaladas y frutas. Toma un cuchillo y, en el muslo, corta un pedazo y lo prueba. Su expresión es de intensa satisfacción. Utiliza una servilleta para limpiarse la boca, mira a todos los presentes y se va.

CHINELA ALVES

¿Es esto? ¿Solo esto? El idiota ni siquiera dijo buenas noches.

JOSEPE NABO

¿Es esto un espía?

NERLOCK SHOLMES

Es por esta razón que pueden moverse del cielo al infierno. Ya sea en el Kremlin o en la Casa Blanca, en el Palacio da Alvorada o en el catecismo, el fútbol o la macumba... Los espías están en todas

partes. Algunos están invitados a nuestra intimidad y comparten falsas preferencias. ¿Cómo sabemos cuáles no son espías? Incluso los espejos esconden algo.

CHINELA ALVES

Siempre hay que desconfiar de los espejos, recuerden lo que le pasó a Alicia; y eso que era solo una niña. Un día entré a un baño público y encontré a una mujer discutiendo, estaba muy enojada, gritaba, vociferaba, yo no sabía con quién discutía; luego me di cuenta que estaba peleando con su propia imagen; al parecer no entendía porqué la otra mujer hacía los mismos gestos que ella.

JOSEPE NABO

Al menos podemos disfrutar de este manjar que nos dieron como un regalo casi místico. En realidad es un élixir de dioses. Comamos antes de que se enfríe.

ACTO II | *Los miserables son la bestia del baile*

La anarquía es una estética.

HENRI CARTIER-BRESSON

JAVIER MANFURDO

El tarot es la ciencia más exacta. Miren lo que aparece en una de sus cartas:

BB, la mujer que estaba servida en nuestra mesa, está sentada en este momento en las escalinatas del Alvorada. Se pone y se quita la máscara; Balancín aplaude, mientras espía sus pies calzados con un par de cocodrilos. Con sus rodillas trata de acariciarle la nariz, larga como la trompa de un elefante, y que danza al son de un bosanova.

Ella le hace carantoñas, se ríe y le coquetea.

ANÍBAL VIOLA

Ojalá sea posible comenzar algo así. Como si la máscara lo salvara de su propia debilidad espiritual. Hace poco encontré manuscritos apócrifos en un cajón del vestuario que revelan que muchos eran los infames que llegaron al Paraíso con una mentira, un truco, una carta marcada. A veces el cuerpo es la única explicación para el abuso de los mitos. Será necesario tener en cuenta que la realidad no vale más nada. Es como un drama que se repite noche tras noche, un bufón que se ha vuelto loco por la comedia, y el público que solía reír a carcajadas ahora comienza a sentir lástima por los actores. Comí una parte del antebrazo de la mujer y su sabor me hizo retroceder en el tiempo, recordé minucias del pasado cuando obtuve buenos papeles. Sí, yo tuve mis noches de gloria antes de pudrirme aquí en este teatro suburbano, en esta alcantarilla de personajes devastados por la realidad. Por eso no, por favor. Las

máscaras siempre fueron un desastre en nuestras vidas. Ahora tenemos que deshacernos de ellas.

JAVIER MANFURDO

Vamos a lanzarlas en la mitad del Vesubio, el magma las transformará en el silencio de los pajaritos, mientras que los bufones saltan sobre las piedras ardientes, juegan con ellas como si fuesen malabaristas, se ríen de la tragedia, son cómicos que exploran el centro de la tierra y luego nos tiran aviones de papel. Los cocodrilos de BB les sirven de trenes de alta velocidad mientras suben y bajan por su nariz como si fuese una montaña rusa. Balancín está mareado, el mundo le da vueltas, trastabillea, cojea, su ojo bizco se equivoca de trompa, siente que una fuerza descomunal lo aspira al centro del volcán.

ARLEQUINA KRACOVIA

[llegando directamente del circo ruso que está en la ciudad] Un instante, un instante. Antes de tirar a la reina muerta al mar quiero un pedazo. Un muslo entero, porque donde trabajo hay muy poco para comer. Un circo comunista en tierras capitalistas... Por suerte para mí, soy una tragafuegos, de lo contrario sería como esta pobre mujer. Por supuesto, con menos carne que ella. *[mientras saca el muslo de la esfinge destrozada]* Escuché lo que dijo Aníbal. Me encantan sus palabras y también su mirada soñadora de tigre. ¿No hay un vino para mojar la conversación? Y este calor criminal que está aquí. Tal vez podríamos apagar las luces. Me digo a mí misma que la realidad es una casa abandonada. Una especie de refugio para aquellos que no se reconocen en el espejo. Aníbal, mi tigre y su bastón, ¿por qué no me muestras el vestuario?

ANÍBAL VIOLA

[meneando su cola de tigre y moviendo su bastón –en realidad uno de los cocodrilos de la mujer del festín– con gestos amenazantes mientras que se ríe a carcajada batiente] Aquí estás de nuevo mi hermosísima-horripilante Arlequina Kracovia. La tragafuegos del Este que se sume en una permanente bulimia; al mismo tiempo que no desdeña una buena tajada del muslo de la mujer que sirve de festín. Te he preparado un disfraz digno de tu estampa y que dejará una estela de luces más allá de la eternidad y que recorrerá los

diferentes universos. Su tela está hecha de polvo cósmico; el que cayó en la última visita del cometa Haley. Tiene el color del hueco de la capa de ozono y huele a azufre salido de las entrañas de la luna. Calienta como el centro del sol y se pavonea como un huracán. Tiene una cola que haría ponerse verde de envidia al más hermoso de los pavos reales. Pero ya... ¡no comas más, glotona! ¡Ahora es mi turno! [*y se pone a comer con un apetito voraz*]

A este ritmo de gula, no habrá casi nada del difunto para lanzarle al Vesubio. Cabello, huesos, uñas, algo de grasa corporal magra. Era imposible saber qué quedaba de la sombra de esta mujer. Cuando comemos un cuerpo humano, comemos su bondad y su maldad. Pero no lo sabemos. Arlequina expresa con su mirada un enigma precioso: ¿qué ha heredado del espíritu de ese cadáver? Las palabras de un espectador provienen de la audiencia: – *Yo puedo ayudarte...* Ella es una mujer y Arlequina la invita a subir al escenario.

ARLEQUINA KRACOVIA

¿Cómo te llamas?

SULA MANITA

Sula Manita. Sé que lo bueno guarda una porción equivalente de maldad. Lo que no sé es qué corresponde a esta oposición imperativa.

ARLEQUINA KRACOVIA

No importa. Veamos cómo Aníbal se inclina sobre el cadáver. Su audacia pronto se convertirá en la forma en que tratará a las personas que lo rodean.

SULA MANITA

Si alguien pudiera sumergirse en su mirada, allí en su núcleo, seguramente encontraría la naturaleza del mal. Observen cómo se petrifica su cara. Algo dentro de él comprende gradualmente el efecto de su glotonería. El diablo se reconoce en nuestros cuerpos.

ARLEQUINA KRACOVIA

Y en lo que hacemos, pensamos, sospechamos.

SULA MANITA

Si ambas atamos a Aníbal, y si nos lo comemos vivo, la noche finalmente se encontraría con el día, la blancura del día con el esplendor de la noche; ya sabes, como en los cuadros de Magritte. Y nuestros pecados serían recompensados con una nueva experiencia de vida.

ARLEQUINA KRACOVIA

¿Qué opinas si hacemos esto?

SULA MANITA

En Pathankoto, una ciudad del Punjab, le rendimos culto a los muertos; antes que abandonen este mundo nos comemos una o varias partes de sus cuerpos, lo que les asegura una fácil transmutación; al mismo tiempo que nosotros podemos apropiarnos de su inteligencia y arrojo. Nooooo, ¡no me mires así!, tienes los ojos desorbitados y eso no es bueno para los zombis que nos rodean; ¡ite los van arrancar para ponerlos en el cinturón del que cuelgan millones de iris! Si, ya lo sé; todo el mundo cree que en la India somos vegetarianos; eso es para proteger a las vacas; lo que la gente no dice es que nos gusta alimentarnos de cadáveres; primero por su excelsa carne, y segundo, ya te lo dije, para poder robarles sus virtudes y sus falencias.

ARLEQUINA KRACOVIA

[dirigiéndose a Javier Manfurdo] Javier, deja a un lado tu mazo de cartas y quédate con nosotras. ¿Te acuerdas del personaje del Abad Sarnento? Podrías encarnarlo para comprender mejor el tema del pecado.

JAVIER MANFURDO

Con inmenso placer. La idea misma de encarnar a un tipo cuyo espíritu es el opuesto al mío ya es parte de la trama. [ahora vestido como el personaje propuesto] La idea de buscar el poder y la debilidad de los demás en la alimentación humana es inconcebible para las religiones. Todos ellos defienden solo una parte del ser, su bondad, y consideran que el mal es algo despreciable que debe evitarse a toda costa.

ARLEQUINA KRACOVIA

Pero todos somos también la representación del mal.

ABAD SARNENTO

De hecho, somos la representación de nosotros mismos, a los ojos de Dios. Y el rostro de Dios expresa tanto la bondad como el mal. No importa de qué religión estamos hablando. El acto de devorar al otro, especialmente cuando se trata de comer carne humana viva, es una de las formas más extremas de entender la humanidad dentro de nosotros.

SULA MANITA

[*escuchamos los gritos de Aníbal*] Ah, lo que faltaba, tu resistencia se desvanece y ahora podemos comer tus gritos, que es una de las partes más deliciosas de tu espíritu. Al igual que la risa.

ARLEQUINA KRACOVIA

Jajajajaja ¿Ves? No puedes evitar que nos demos este ágape y que nuestros espíritus se roben el tuyo. Puedes gritar, aullar como lo estás haciendo, solo conseguirás que cada partícula de tu alma y de tu inteligencia, de tu bondad y de tu maldad, pasen a nosotros más rápidamente. Ya sabes, el teatro, y el dios pan, exigen diferentes sacrificios. Y éste es el sacrificio supremo; el que nos permite entrar al hades o más exactamente al پردیس *paerdís* persa. ¿Qué no estás de acuerdo? ¿Y quién pide tu opinión? ¡Cállate de una vez que no puedo devorarte mientras hablo! [*y le da un mazazo en la cabeza*]

El golpe en la cabeza de Aníbal también pone el escenario en la oscuridad. El público no sabe qué pensar. Un silencio incómodo se apodera de la escena.

ACTO III | *Las figuras atraídas por la inmovilidad*

Los arquetipos son los más obvios, por lo que no notamos su presencia. Porque no entendemos lo que es obvio.

CARL GUSTAV JUNG

Se enciende una vela en el escenario. Y entonces otra y otra. Cinco velas encendidas. Después es posible ver el escenario desnudo y cinco actores sentados en el suelo, dispersos por toda la escena. Los actores también están desnudos y usan máscaras que cubren sus rostros. Uno de ellos comienza a hablar:

LAGARTO

Me llamo lagarto. Una vez fui conocido como Javier Manfurdo, experimenté cierta fama como conocedor de los misterios ocultos en las cartas medicinales. Cuando mi sombra aparece en la posición contraria, alguien puede estar teniendo una pesadilla. Este es el enigma más hondo de la teoría de los opuestos. Esta teoría se ha pasado por alto porque nuestra comprensión del tiempo está equivocada. Cualquier experiencia de vida no dura más que el momento en que ocurre, ni sirve para el siguiente paso.

CHINELA ALVES

Vaya, vaya vaya... Lagarto, otrora Javier Manfurdo, se nos ha puesto filosófico, ¿Qué desayunaste esta mañana para estar tan trascendental? De todas formas soñar contigo siempre es una pesadilla. ¿Por eso encendiste las velas de la menorá? Sí, ya sé, no grites, ya sé que eres judío sefardita y que donde quiera que vayas la llevas contigo. Solo que esta noche estás demasiado melancólico.

SULA MANITA

No lo atormentes con tus engañifas de feria de pueblo; tal pareciera que hoy prefieres lanzarnos juegos pirotécnicos con tus palabras; recuerda que tú no eres Arlequina Kracovia. Ya ves, yo danzo y salto con cada llamarada que sale de tu boca; por eso las celebro como si se tratase de un antiguo aquelarre; por algo serví de modelo en la Casa del Sordo; y ahora los turistas me lanzan piropos y me piden sortilegios cada vez que me visitan en El Prado.

ARLEQUINA KRACOVIA

¡Qué noche! Siento que otros animales salen de cada uno de sus cuerpos. Sula Manita debe ser un canguro, pero con alas, que pueden planear en las alturas alcanzadas por sus saltos. Su espíritu es tan único que no lo encontramos en nuestro juego. Tal criatura parece que salió de un sueño. Chinela Alves es la extraña mezcla de hormiga y cigarra, con su canción paciente que viaja a través de la inmensidad de los tiempos más remotos. Es la belleza objetiva. Pero locas, como yo, más que yo... Mi desafío es que ustedes dos intenten adivinar qué animal salta de mi pecho cuando respiro profundamente.

HURÓN

Cuando cierro los ojos, las luces siguen en el mismo lugar donde las vi. Una pequeña muñeca recoge cada una en su pequeña bolsa. Una muñeca inamovible, cuyas luces ondeantes engañan sobre su falta de movimiento. Y de repente, la vemos aplastada por una pisada. Justina, la ama de llaves, repite los desastres de su ronda diaria. Es por eso que tengo mucho cuidado cuando salgo de debajo de la cama. Soy una comadreja y todo lo que sé es el resultado de lo que robo. Sin embargo, en otro momento fui el Abad Sarnento y mi código moral no me permitía robar. Entonces, solía pedir, pero la gente rara vez me daba algo.

ARLEQUINA KRACOVIA

Aunque a mí nadie me lo ha preguntado debo decirles que soy una habitante de la noche, o si lo prefieren, que la noche habita en el cuerpo que adopto cuando no hay luna. En las tinieblas de las largas noches invernales mi cuerpo se transforma en una rata-calva-voladora. Si, ya sé que no lo creen. Es más, cada vez que me tropiezo con Gregorio, él se estremece y me pregunta cómo hace

para lograr otra metamorfosis. Lo dice porque desearía volar conmigo por encima de la cúpula del Amazonas; ignora que yo veo sus hormonas titilar en la oscuridad como si se tratase de una libélula –sé que quiere copular conmigo, y eso es imposible–; al menos por ahora. ¿O acaso han visto a un insecto copulando con una rata-calva-voladora?

LAGARTO

Ahora vamos allí donde el sueño apoya la caída.

CHINELA ALVES

Cuán lejos caen las noches de la cima de su vértigo.

HURÓN

Busco una línea que sea una nueva forma de indicar la línea del horizonte sobre los labios del mar. No puedo pedir un deseo más, mejor robarlo.

ARLEQUINA KRACOVIA

Una noche soñé que estaba subiendo una escalera en busca del cielo; en un momento miré hacia abajo y estaba a dos metros del suelo; seguí subiendo, minutos después volví a mirar y la distancia era la misma. Cerré los ojos y seguí subiendo, durante media hora, hasta que me imaginé que finalmente había llegado al cielo, pero el cenador en el jardín todavía estaba a la misma altura. Y el piso todavía estaba en su lugar. ¿Cómo es posible subir tan alto y no llegar a ninguna parte?

SULA MANITA

Encontré un manuscrito arrugado que muestra cómo pueden volar las piedras.

ARLEQUINA KRACOVIA

Ciertamente podemos imaginar tal vuelo.

CHINELA ALVES

Así como podemos imaginar que somos las piedras.

ARLEQUINA KRACOVIA

No se trata de esto. La idea es encontrar una manera de superar lo que se espera de nosotros.

LAGARTO

Cómo alimentar el sueño con piedras hasta que se descubra una saciedad diferente.

HURÓN

En última instancia, podemos averiguar donde encontrar otros manuscritos. Y robarlos.

SULA MANITA

¿Tal vez en los sueños? ¿Acaso no están hechos de arcanos? ¿Son de verdad insondables? ¿Tal vez si pasaríamos un hilo de la luna por alguna de las grietas del arco iris podríamos encontrar la fórmula para que nuestros cuerpos sean pétreos y vuelen sin tener alas? ¿O si robamos las alas de los dragones? Jorge se encontró con uno a la salida del pueblo; el mismo que quería raptar a la princesa. Si él pudo hacerlo con una espada que no era la de Arturo; ¿por qué nosotros no podríamos lograrlo? A veces es suficiente vivir los sueños en vez de soñarlos. He ahí la respuesta de la esfinge.

ARLEQUINA KRACOVIA

Ah!!!!!!! La esfinge... ¿Cuántas veces su cuerpo de león pétreo con cara de mujer voló desde Etiopía hasta Tebas y de allí a Atenas? Cada vez que cierro los ojos siento sus alas aletear en mi cuello.

LAGARTO

Si Cleopatra no la hubiese traicionado por César jamás tendría que haberse dado cita con una áspid.

CHINELA ALVES

Cuando nos despertamos y descubrimos estas marcas en nuestros cuerpos, no sabemos qué hacer con la ausencia de memoria. Me da un miedo tremendo despertarme en ciertas mañanas.

ARLEQUINA KRACOVIA

Sí, es como la vida, es mejor vivirla que saber sobre ella. No quiero saber quién soy.

LAGARTO

Solía ser un voyeur, un coleccionista de imágenes que veía en todas partes. Los lagartos también fueron piedras. Sabía que en el momento en que comencé a ver cuánto se me parecían todas las formas que miraba en secreto. Estoy convencido de que somos todo lo que vemos.

CHINELA ALVES

Y somos Dios.

ARLEQUINA KRACOVIA

Dioses.

HURÓN

Robamos el fuego para construir nuestra casa en lo alto.

Las tres mujeres cambian su nombre, toman las sombras de los animales que rebotaban en su pecho. Los cinco actores se quitan las máscaras y las ponen en el suelo. Un breve vendaval desorienta el balanceo de las velas. El público está extasiado con el baile de las sombras. Y comienza a improvisar una canción. Un solfeo al mismo ritmo que las sombras. Detrás se observa una muralla de llamas que protege el sueño eterno de una doncella llamada Brunilda, ¿o es Arlequina Kracovia? La muralla ignora que Sigfrido, el inmortal, podrá abrirse paso con la ayuda de la espada que le forjó un enano.

ACTO IV | *El bosque de los secretos*

Ahora comienza el bosque encriptado.

La sombra escondió los árboles.

[...]

La inmensa jungla tiene insomnio.

RAUL BOPP

El escenario es una penumbra. Mientras tres figuras barren el piso, una pantalla desciende del techo. Salen las figuras, la penumbra se desvanece, aparece un bosque en la pantalla, un paisaje de animación. Los cinco animales totémicos del acto anterior se mueven por el escenario en la pantalla. Sus movimientos cambian según las palabras de cada uno de ellos.

HURÓN

Tenemos que robar el bosque y esconder nuestros secretos allí.

RATA-CALVA-VOLADORA

Pero ¿por qué robar, Hurón? Es más simple esconder los mismos secretos en el bosque sin que él sospeche lo que hemos hecho.

CANGURO CON ALAS

Pero los secretos son secretos solo si sabemos que existen.

LAGARTO

Bien, entonces dejamos que el bosque sepa que escondemos nuestros secretos en él.

HORMIGA-CIGARRA

Eso me parece bien, porque así es como estamos creando un bosque inquieto. Un paisaje de curiosidad permanente.

HURÓN

No olviden a Diana Cazadora; si ella se llega a enterar que tenemos secretos escondidos en su bosque ese será nuestro fin. Cada vez que el viento me levanta la cola intuyo que es ella que corre detrás de una presa; nunca descansa, siempre está al acecho. Me da la impresión que sus flechas son infinitas; entre más lanza más tiene. Ah!... y su arco siempre está tensado.

HORMIGA-CIGARRA

Y no olviden al ciervo que la sigue como si fuese un galgo dócil. Ahora que lo pienso es por Diana y su ciervo que el bosque vive inquieto; sabe que ninguna de sus criaturas está a salvo de su mirada. Donde pone el ojo pone la flecha.

LAGARTO

Es verdad; afortunadamente los árboles me brindan escondrijos seguros; y ni su mirada de águila puede entrar hasta el fondo de mi cueva.

CANGURO CON ALAS

Bueno..., pensándolo bien los secretos podrían guardarse en los huecos de los árboles; así Lagarto sería su eterno guardián.

RATA-CALVA-VOLADORA

Y yo puedo cuidarlos de noche; Diana Cazadora le teme a la oscuridad; nunca sale antes que los largos dedos de la aurora aparezcan por los intersticios de las hojas. Si lo sabré yo que solo vuelo en las noches.

CANGURO CON ALAS

Como los árboles ya están llenos de secretos, ahora pueden caminar por el bosque, incluso de camino al mar...

HORMIGA-CIGARRA

Y pueden cantar... Qué noche espléndida, cuajada por el sonido de los árboles...

HURÓN

Sin embargo, no todo es un secreto en el corazón de un árbol.

LAGARTO

¡Qué horror sería una vida dedicada a los secretos!

RATA-CALVA-VOLADORA

Las sombras no tendrían más motivos para serlo, porque, después de todo, todo en las sombras no es más que un galimatías de secretos.

CANGURO CON ALAS

¡Un prado de misterios!

HORMIGA-CIGARRA

¡Una sopa de rompecabezas!

HURÓN

Tendría que pasar toda mi vida robando las claves de estos enigmas.

LAGARTO

Este loco solo piensa en robar...

RATA-CALVA-VOLADORA

¿Con cuántos gatos podemos garantizar una nueva vida al azar?

El bosque está todo acurrucado por la agitación de los animales. El vuelo bajo de Canguro con Alas siempre es imprevisto. Rata-calva-voladora lo sigue dondequiera; el frenesí de ambos lo impulsa. Lagarto improvisa piedras desde donde mantiene su ilusión de control. Hurón excava el follaje caído en busca de amuletos para su colección. Hormiga-Cigarra canta mientras trabaja y parece ser el personaje más incomprensible de esta fábula de anarquías.

HORMIGA-CIGARRA

No entienden lo que hago; tal pareciera que me temen. A veces miran con desconfianza algunas de las montañas que hacemos día a día. ¿No será que piensan que mis compañeras y yo podríamos hacerlos desaparecer en menos de lo que canta un gallo? Sin embargo, aquí sigo en mi labor mientras que canto de sol a sol; por

algo los escucho decir a menudo: – *El canto de Hormiga-Cigarra aleja la lluvia*. En cierta forma soy su centro meteorológico. ¿Será que trabajar y cantar son palabras enemigas?

EL BOSQUE

Me llamo Bosque-Floresta-Selva-Jungla; y a pesar de tener tantos nombres mi función principal es la misma: proteger a los animales que viven en mis dominios. Es cierto que Diana Cazadora cree que ella es el ama y señora de todos nosotros; yo la dejo soñar, así puedo controlar mejor sus movimientos. De no hacerlo hace tiempo habría acabado con todos los animales que rondan mis árboles. Es cierto lo que dicen, si, estoy inquieto, inquieto por ellos; en cierta forma son mi progenie.

BÁRBOL

Pertenezco a un largo y honorable linaje, soy el *Pastor de los Árboles* y poseo una sabiduría *vieja como los montes*. Soy tan antiguo como el mundo; yo estaba aquí antes que él fuera creado. Mi conocimiento del alma de los seres que me rodean es un pozo infinito de luces, centellas, de ondas que gravitan en el fondo de mis ojos. Ellos lo saben, por eso me aman y por eso me temen.

SERTÃO

Los mitos no saben qué hacer con la realidad de sus pasos perdidos. A veces sentimos el dolor de Anteo que no sabe cómo volar o la angustia de Ícaro cuya iluminación se le escapa en el último momento de su vuelo. Creo que la comprensión de los mitos casi siempre está fuera de lugar. Cuando soñamos, las alas ya no nos sirven para volar, y lo que importa es la fuerza onírica de nuestros pies ligeros. Las noches son la casa secreta de las tormentas. Se alimentan de todo lo que construimos o perdemos durante el día. Las noches desconocen la moraleja de los días. Y los valores nocturnos son una maraña de deseos. Por eso los mitos se niegan a ser una explicación de la realidad. Siempre deben ser el impulso que nos haga avanzar, incluso ajenos a la propia realidad objetiva.

RATA-CALVA-VOLADORA

El tema de tantos sueños no es otra cosa. La mirada furtiva de nuestro humor ante la fragilidad de todas las cosas. Cuando duermo me pongo mis botas de viaje y soy todos los mitos que contemplan mi vida.

HURÓN

No sueño con alas. Mis vuelos son bajos y siempre pienso en cosas nuevas para robar. El otro día robé un par de alas. Dédalo vive en un bosque de al lado, y cuando se enteró de mi robo, vino a pedir prestadas las alas para su hijo. No sé cómo vender o comerciar, así que lo dejé que tomara el par de alas. Ahora sueño con las alitas de Hermes...

LAGARTO

Las noches son la casa secreta de las tormentas, hermosa frase, Sertão; hacía falta un poco de filosofía y de poesía. Se nos olvida muy a menudo que gracias a ellas no sucumbimos a las tinieblas.

HORMIGA-CIGARRA

Y ahí siguen... hablando, discutiendo... Vaya partida de vagos; y, sin embargo, dicen que yo soy la vaga del Bosque. Y dale con las alas... siempre las alas. Ignoran que soy yo quien le cantó al oído de Dédalo los secretos de la miel y de las plumas; soy yo quien le dijo como podía escapar del laberinto. La tarde en que él y su hijo volaron yo entretuve al Minotauro con mis cantos; bueno... entretener... entretener... es decir demasiado; la verdad es que lo estaba volviendo loco...

RATA-CALVA-VOLADORA

Ahora entiendo porqué nunca has volado, Hurón; no solo robas, sino que dejas que te roben tus propios inventos; a veces me das verdadera lástima.

HURÓN

No es verdad. Lo que pasa es que el robo solo tiene importancia para los adeptos de la propiedad privada. Mi colección no es una propiedad, es solo una diversión. Hormiga-Cigarra también debe tener cuidado con sus ideas de entretenimiento. Porque gracias a ellos el mundo ha perdido su dimensión filosófica. El Bosque

puede ser una cornucopia de milagros, pero no puedo robarle nada, porque no considera que nada sea suyo. ¿Cómo se cree que es dueño de un milagro? Lo mismo sucede con todo lo que nos rodea. No somos dueños de nada. Sin embargo, en cualquier momento, algún tonto se cree mejor que otro. Cada momento alguien compra una verdad solo para sí mismo.

CANGURO CON ALAS

[gritos] ¡Hora de comer, hora de matar el hambre!

RATA-CALVA-VOLADORA

¡Demonios, esa charla fue realmente brutal! Tienes razón, Canguro. La verdad no alimenta a nadie. Incluso el espíritu prefiere una buena ensalada de dudas.

EL BOSQUE

¡Me haces reír!

LAGARTO

La sonrisa de El Bosque es un regalo divino.

CANGURO CON ALAS

Sí, sí. Pero no pongas más excusas. Boya comer...

LAGARTO

Dicho de esa forma imagino que vas a comer muchas bayas; las boyas son bastante difíciles de digerir; aun para ti que eres un glotón.

CANGURO CON ALAS

Ja ja ja ja, Ya sabes... El Bosque está lleno de bayas; sobre todo en esta época estival. Así que quedas invitado; yo te he visto comerlas en medio de la noche, así que no te hagas el inocente.

Todos se dispersan y la penumbra se apodera poco a poco del escenario.

ACTO V | *El pavor ajeno*

*Te juro
Mi conducta herida es la consecuencia
del pavor ajeno*

HUMBERTO DÍAZ-CASANUEVA

En uno de sus rincones del escenario se observa una pequeña mesa con dos asientos, como si fuera el escenario de un debate. Y en el otro extremo hay dos personas rígidas, vestidas de negro. Una jaula de metal cuelga del techo. Súbitamente se escucha un grito que sale de la mesa.

SENDERO DE POCAS LUCES

Te juro que en mis sueños la realidad nunca deja de caer; durante el otoño, a veces, dobla sus alas. Una metáfora por delante, y lo que soñamos parece confundirse con la realidad. ¿Pero qué diablos? El sueño también sabe caer, sin ser herido por la realidad.

PASTOR LUCCHERO

¡Traga tu lengua, pájaro del infierno! En realidad, todo es un sueño, porque el momento no escapa de ser golpeado con cada respiración.

SENDERO DE POCAS LUCES

Sí. Sí. Todo esto porque no pudimos deshacernos de la república de las letras. Entonces nuestras acciones no son más que devoción a lo que está escrito.

JAUULA DE METAL

El sueño de la razón produce monstruos; Goya sabía mucho al respecto; aunque parece que ustedes lo ignoran.

PASTOR LUCCHERO

¿Escuchaste eso?

SENDERO DE POCAS LUCES

Es lo que trato de decirte; el sueño tiene muchas caras; incluso a veces cojea, se arrastra y termina exhausto. Se levanta, camina a tientas; es en ese momento preciso que los murciélagos nos rozan la frente.

PASTOR LUCCHERO

[para sí mismo] No tengo lápiz ni cuaderno / escribo este poema en mi cabeza / para no olvidar la pesadilla de mi existencia

Mientras uno de los personajes que está al otro lado del escenario murmura:

Soy una rafflesia / no tengo raíces / soy un parásito / mi olor espanta / a los que se dicen mis amigos / atrae a los carroñeros

SENDERO DE POCAS LUCES

[se pone a husmear con cara de desagrado] ¿A qué huele?

PASTOR LUCCHERO

Debe ser el olor de las luces de este viejo teatro. Por esto me pongo a crear en la memoria, porque el verdadero creador no debe tener nada. Su creación debe viajar libre de todo, incluso de la devoción a su papá-dios.

SENDERO DE POCAS LUCES

¿Será? Es un olor de los infiernos. Bueno, de todos modos, tienes razón, aunque la razón no sea buena para compartir con nadie. En el universo de las religiones la criatura tiende a apegarse tanto al padre que subvierte el orden de la creación y se convierte en víctima, como si hubiese un dios que la creara a su imagen.

PASTOR LUCCHERO

Tu nariz no debe estar nada bien, pues repites todo lo que digo.

Mientras otro de los personajes que está al otro lado del escenario grita:

*Soy la fiebre que cura todos los males / Ven a ver lo que queda de mí /
mientras termino de curar a los últimos penitentes*

SENDERO DE POCAS LUCES

En eso tienes razón, los hombres nos consideramos dioses y al mismo tiempo somos víctimas; somos divinidades cuando ostentamos el poder, poco importa si es el de un portero o el de un gobernante; y luego, somos víctimas cuando caemos en la trampa de ese poder que creíamos omnímodo.

PASTOR LUCCHERO

Ya ves..., por eso, a pesar de tantas diferencias que aparentemente nos separan, seguimos siendo amigos; siempre encontramos el vértice que nos permite unirnos; así sea por una milésima de segundo.

JAULA DE METAL

Voy a degustar en una semana y en cada una de sus noches, mi ración de odio.
Ahí están, conversando y bebiendo; sin saberlo caminan sobre los pasos de Malcolm Lowry.

PASTOR LUCCHERO

¿Escuchaste eso? Creo que alucino...

SENDERO DE POCAS LUCES

Siempre alucinamos; aun cuando todos los reflectores están encima de nosotros.

Mientras uno de los personajes que está al otro lado del escenario murmura:

*Somos criaturas desaviadas / atormentadas / vagamos perdidas / en un
eterno invierno polar*

SENDERO DE POCAS LUCES

Pero... ¡qué pasa! De repente siento una oleda de frío glacial [y se pone a temblar]

Se ve cómo sale algo por los barrotes de la jaula, huellas de hielo casi invisibles en el látigo del viento helado lanzado hacia Sendero de Pocas Luces.

PASTOR LUCCHERO

No siento nada. Mi alucinación es escuchar. Quizás así son las cosas. Nadie alucina en todos los sentidos. Cada uno se desmorona a través de una puerta; como una especie de punto de fuga singular. Lo que somos deja de ser mientras producimos un híbrido que es la suma de axiomas gastados.

SENDERO DE POCAS LUCES

¿Igual a la torre en la que perdimos los pasos de nuestro descubrimiento del mundo?

PASTOR LUCCHERO

Exactamente lo mismo. Y esto se debe a que le damos la espalda al otro. El otro es lo que nos hace comprender que no estamos solos en el mundo.

Mientras el otro de los personajes que está al fondo grita:

Los dolores no desaparecerán / una nueva ola de sufrimiento surge de cada cuerpo retorcido / yo necesito encontrar la raíz de mi dolor

SENDERO DE POCAS LUCES

Somos seres gregarios, o al menos es lo que se nos dice todo el tiempo, y quisiera creerlo; porque cuando piensas bien te das cuenta que hacemos todo lo posible por destruir lo que comúnmente llamamos *tribu*. Mira donde vivimos... en rascacielos que parecen una taza diminuta encima de otra y de otra y de otra... así... hasta el infinito. Los franceses tiene una palabra muy adecuada: *entassés*. Y cuando menos lo imaginamos viene un huracán o una tempestad; y los rascacielos, que creíamos sólidos y contruidos para soportar el paso de los siglos, se derrumban como si fuesen castillos de naipes.

PASTOR LUCCHERO

Es verdad lo que dices; vivimos en mundos imaginarios, frágiles como el ala de una mariposa. Tal vez por eso mismo es que su aleteo en un extremo del mundo genera un aluvión de vientos en el otro lado del planeta. Es cuando descubrimos que solo somos marionetas en los largos dedos del Señor de las Tempestades. Él juega con nosotros como el gato con el ratón. Nos necesita para comprobar que su hálito todavía es fuerte y que tiene por delante otros mil años de existencia; sin nosotros estaría perdido.

JAULA DE METAL

[*musitando*] Ustedes son babélicos, unos tontos bíblicos que creen en la vida eterna; no obstante, se mueren de pánico ante la muerte.

SENDERO DE POCAS LUCES

¿Pero, qué Señor? ¡Ah, el Azar! Es cierto que este loco nos hace gatos y zapatos. Pero también es cierto que la contribución humana al escenario de la destrucción es inmensa. El grupo Guns n' Roses incluso tiene una canción titulada *Appetite for destruction*, que es un retrato perfecto de la absoluta falta de consecuencias de nuestras acciones.

PASTOR LUCCHERO

Olvidamos a cada instante que somos los arquitectos de nuestro propio destino; y lo que es peor, echamos abajo la única casa que nos sirve de refugio.

JAULA DE METAL

[*enojada*] Cabalgan sobre los caballos del Apocalipsis, y luego se quejan porque caen en el centro de la tierra.

Mientras uno de los personajes que está al otro lado del escenario murmura:

*Sentados en el borde del universo / contemplan la nada / un huracán
arrolla sus propios espectros / huyen del fuego / ignoran que son
descendientes de Prometeo*

JAULA DE METAL

Y no podemos hacer nada por la especie humana. Las excepciones sobrevivirán, pero sin la fuerza para actuar. Cuando la primera persona de la Palabra es reemplazada por la tercera persona, en la casa del eufemismo, el hombre no acepta sus responsabilidades. Muchos permanecen anclados en la república de las letras. Donde anidan las tinieblas de la hipocresía.

PASTOR LUCCHERO

¿Quién tuvo la idea de traer esta jaula a nuestra conversación?

SENDERO DE POCAS LUCES

¡Quién podría decirlo! ¿Y estas dos estatuas negras? Quizás hace demasiado tiempo que estamos en este escenario. ¿Qué te parece ir por una cerveza dorada a otro lugar?

Mientras otro de los personajes que está al fondo grita:

Las mejores risas son las que devuelven el mundo a sus amantes / por eso siempre contamos con la risa / sobre todo cuando mucha gente empieza a llorar

Mientras las luces se apagan los personajes desaparecen de la escena.

ACTO VI | *El señor de las tempestades*

El derrumbe de un antiguo edificio deshabitado sin la provocación del hombre o la intervención del viento tiene todas las características de un suicidio por hastío.

ANÍBAL MACHADO

El escenario está totalmente oscuro. Se escucha una voz:

¿Hay alguien ahí?

Una vez más: – ¿Hay alguien ahí?

De pronto se comienza a escuchar una especie de quejido, poco a poco sube de intensidad, se apodera del escenario, es un grito que pareciera de ultratumba.

El escenario sigue desnudo.

Una gallina viva, y asustada, es arrojada al escenario. Tiene una pequeña luz clavada en una de sus patas. Gracias a esta luz podemos ver sus movimientos en el escenario que permanece en la oscuridad.

La gallina recorre con su mirada todo el escenario, poco a poco recupera la calma; respira profundo, levanta un ala, luego la otra, luego una pata y luego la pata donde tiene amarrada la pequeña lámpara, y comienza a iluminar diferentes partes del escenario hasta que ilumina diferentes ángulos de los espectadores. Entonces levanta nuevamente un ala y los interpela:

LA SEÑORA KNORR

¿De cuándo acá los hombres con bozal vienen a ver a una gallina?
¿Acaso no saben que desde la revolución en la granja no los aceptamos más? Ahora hemos recobrado nuestra dignidad, no le

servimos a nadie y no aceptamos que nuestros huevos y demás terminen en el plato de ustedes.

El teléfono suena en la oscuridad y nadie sabe dónde está. Timbra repetidamente y con cada toque escuchamos el sonido que proviene de un lugar diferente en el escenario.

LA SEÑORA KNORR

¿Ha aprendido este teléfono a volar? Será una burla de los dioses. ¿Por qué razón yo no puedo volar? La última vez que lo hice fue en Rangoon, y de eso hace una eternidad.

Finalmente decide utilizar la lámpara que lleva en la pata como teléfono.

LA SEÑORA KNORR

Aló? Si, soy yo, la señora Knorr. ¿Qué dice? ¿desea que le prepare un caldo de gallina? Pues usted debe estar loca; ¿en qué galaxia vive?

En el escenario se escuchan risas y también algunos abucheos. La audiencia definitivamente quiere irse. ¿Cómo sostener una gallina que habla y un teléfono volador? ¡Y esta gallina loca que dice haber volado en Myanmar! Ahora falta el teléfono para decir que quiere comprar un terreno en la parte trasera del escenario.

EL TELÉFONO ROJO

No me trates como si fuera una mujer. Soy el Teléfono Rojo y necesito información sobre los precios de estas tierras vacías detrás del escenario. Quiero construir cabinas para que los gobiernos consulten al teatro cuando quieran poner un pie en sus manos.

LA SEÑORA KNORR

¿El teléfono rojo que duerme desde hace treinta años en el basurero que da a los baldíos donde se refugian los adictos a la amapola? Pues es un gusto escucharte de nuevo. Lo que pasa es que esos terrenos no están en venta. No, no grites; lo que pasa es que el señor, al que le dicen *presidente*, viene todas las noches a

fumarse un puro de La Habana con sus amigos; y allí suele pasar la noche.

EL TELÉFONO ROJO

Las lavas crecen en todas partes anticipando los volcanes. El humo de los puros de El Laguito tiene un componente que hace que la realidad adopte formas inesperadas. Algo me dice que este presidente se va a morir asfixiado por el veneno de su propia lengua.

La Señora Knorr comienza a temblar de emoción. Como si alguien finalmente dijera lo que piensa.

LA SEÑORA KNORR

Creo que la brutal oscuridad que encontramos en el escenario es la señal más completa de que todos desean la muerte de este señor.

Al final hay aplausos y vivas a la sra. Knorr. La luz de su pata se apaga y el escenario vuelve a quedar a oscuras.

Lo que vemos ahora es un escenario-fantasma entregado a los brazos de la mayor oscuridad. El silencio también es intenso hasta el punto que se puede escuchar la respiración inquieta del público. ¿Cuánto tiempo aguantará la gente este incómodo silencio? Si la paciencia lo permite, pronto será el momento de que el presidente se presente para fumar su puro.

LA SEÑORA KNORR

¿Cuántas personas se fueron?

EL TELÉFONO ROJO

Todas, menos sus compinches de La Amapola; sin él estarían huérfanos, sobre todo no tendrían cómo poder iluminar el baldío con sus alucinaciones.

LA SEÑORA KNORR

Estas personas ni siquiera eran parte del público. Allí fueron puestas por ordenes expresas del presidente para poder escuchar lo que dicen de él. Cuando finalmente llega, todos se juntan en el escenario. La casa es asaltada por la violencia de su presencia en el mundo. Todavía no hay luz, porque este es un tiempo de

oscuridad. Tampoco se entienden las voces. Hay una confusión de sentidos. Las reacciones sólo pueden ser una aceptación tácita o un arrepentimiento por el curso de la historia.

EL PRESIDENTE

[*viene por detrás, fumando un puro*] Mis palabras quieren acompañar mis acciones. Sin embargo, hay ocasiones en las que una cosa no sabe dónde está la otra. Quizás esta humillación venga por el hecho de que no es posible dejar tan libre la imaginación, es decir, los teléfonos no vuelan, las gallinas no hablan. Y esta tierra ha sido maldecida por el libre albedrío. Todo esto debe terminar.

El señor de las tempestades ruge y la lava de la última explosión del Oka-Toka inunda el escenario. El presidente se funde y los espectadores aplauden. Doña Gallina está de plácemes, así el diminuto señor que ya es lava hubiese dicho que ella no habla.

LA SEÑORA KNORR

Esta es la primera destrucción del mundo causada por el hastío. Este puede ser un nuevo tipo de catástrofe a la que tendremos que acostumbrarnos o estar preparados para enfrentar.

Nueva ola de silencio.

El silencio en el escenario sólo se rompe con el tono del teléfono.

¿Hay alguien ahí?

ACTO VII | *El culto distorsiona el mito*

El arte es una garantía de salud mental.

Louise Bourgeois

La escena tiene lugar en la sala de un hospital psiquiátrico, es de noche y detrás de los ventanales hay una enorme hoguera alrededor de la cual danzan sombras carnales. En realidad, es un aquelarre que se lleva a cabo en la sala del hospital.

LE CONSERVATEUR

¡Por fin estamos todos reunidos en el único lugar que merece nuestra locura! El fuego habrá de redimirnos; y lo que es más importante aún, gracias a él nuestros cuerpos gravitarán por los siglos de los siglos por encima de la estratosfera; nuestras cenizas pasarán a ser las micro-partículas que navegarán de galaxia en galaxia. Seremos eternos. Formaremos parte de un segundo, tercer, cuarto *big bang*; cada vez que eso ocurra nos transformaremos en materias necesarias para los nuevos universos.

SEÑORA KNORR

¿Seremos divinidades?

LE CONSERVATEUR

No, las divinidades no son eternas. Hoy nadie le rinde culto ni a Zeus ni a Atenea ni a Chía ni a Baco ni a...; ni para que siga nombrando los millones de dioses que han sido olvidados. Nosotros seremos parte de la creación permanente del cosmos.

EL TELÉFONO ROJO

¡Nada de culto! ¡Nada de Culto!

SERTÃO

El culto distorsiona el mito.

JAUJA DE METAL

[*sobre una mesa y con algunas fotografías adentro*] Sertão teme que algún día se convierta en el mar. Tu destino es tu maldición. Por eso desprecia todos los cultos, que son estrictamente formas de destruir mitos.

EL TELÉFONO ROJO

¡Nada de culto! ¡Nada de Culto!

EL BOSQUE

Y ahora el idiota de ese teléfono resuena como un cuerno roto. Ya sé cómo se pueden repetir los fracasos humanos. El dogma siempre corrompe el instinto.

NERLOCK SHOLMES

Habría que recordar a Diógenes, nadie como él para ser tan lúcido. ¡Quítate de ahí que me tapas el sol! ¿Recuerdan esa frase? El culto oculta el sol, impide que la luz del conocimiento ilumine nuestros caminos; así creamos siempre que caminamos entre las sombras. El culto nos empobrece como seres vivos. ¿Acaso han visto al Lagarto arrodillarse ante alguien? Los animales no tienen dioses; ni siquiera los lobos o los orangutanes, que viven en sociedades tan complejas, se han inventado uno.

EL TELÉFONO ROJO

¡Nada de culto! ¡Nada de culto!

PERSONAJE NEGRO 1/PERSONAJE NEGRO 2

[*al unísono*] Y vaya con el Teléfono Rojo; pareciera que no tiene nada más que decir.

ARLEQUINA KRACOVIA

Ni siquiera en mi otra vida, en la que me llaman Rata-calva-voladora, le rindo culto a alguien. Y aunque están las viejas ratas-calvas-voladoras sabemos bien que no son diosas; y eso que controlan la entrada al nido de toda la tribu antes que la luz del

sol salga en lo más profundo del horizonte, ellas son solo guías; nos debemos respeto entre todas.

EL TELÉFONO ROJO

¡Y esas dos columnas negras que hablan solo gracias al sentido del humor de Dios!

ABAD SARNENTO

¡No te enfades con ellos, Teléfono! Incluso si tus mensajes casi siempre llegan tarde, es importante mantener en casa la ilusión de que podemos comunicarnos con el mundo.

SULA MANITA

[se acerca a la mesa con la jaula de metal y saca una de las fotos, mostrándola a todos] Nada en esta vida me impresiona tanto como estos descubrimientos que hemos hecho del pasado de algunas personas. Echa un vistazo a este payaso deambulando por las calles de la ciudad mientras recibe sobornos en las tiendas por las que pasa. ¡Quién podría decir que algún día sería presidente!

EL PRESIDENTE

[tragándose un puro por el susto] ¡Qué diablos es esto! ¿Cómo llegó esta foto aquí? ¡Es mentira!

SULA MANITA

Si, lo sé. ¡Todo tu pasado es una mentira!

LE CONSERVATEUR

Construiste una vida que se sostiene en un par de signos de interrogación; nadie cree lo que dices; tus gritos ya no amedrentan a nadie; así algunos desaparezcan luego en ese juego de artificio que haces cada vez que te quitas la máscara con la que crees proteger tu vida. Eres solo una caricatura que se cuelga por entre los dedos de la historia. Si, esa historia que te da tanto tantísimo miedo, así digas que no te importa lo que ella dirá de ti dentro de cincuenta o cien años. Sé que ante su narración te cagas del susto. Si, no abras esos ojos que se te salen de tus orbitas y nos ensucias el piso. Repito: ante la historia te cagas del susto; tanto tú como tus hijitos.

JAVIER MANFURDO

Al menos yo me arrastro por el suelo y soy consciente de ello; tú, en cambio, reptas aunque te creas de pie. Eres un reptil prehistórico, y eso que al decirlo insulto a mis antepasados. Así que tómalo con derecho de inventario. Recuerda, en lo más profundo de mi madriguera guardo los arcanos de todos nosotros. El Bosque me ayuda a preservarlos.

EL BOSQUE

Javier, ¿qué dicen tus cartas médicas sobre el cocodrilo?

JAVIER MANFURDO

Que uno debe vivir lo más lejos de los sentimientos nublados de ese tipo de animal. Siempre que nos habla es como si estuviera diciendo algo que se nos ha escapado, pero en realidad es un juego, quiere que hagamos tonterías. Cuando se mueve, se lleva a una pequeña banda de fanáticos con él. Siempre será mejor no confiar en él.

BÁRBOL

Me pregunto cómo puede ser la vida de alguien con tantas desgracias.

EL PÚBLICO

¡No importa! ¡No importa! ¡Morir! ¡Morir!

PERSONAJE NEGRO 1/PERSONAJE NEGRO 2

[al unísono] Rodeados de vestiglos del océano / juegan a la ruleta rusa con el amigo suicida / caminan una vez más sobre la cuerda floja / han olvidado la pértiga necesaria al equilibrio

ARLEQUINA KRACOVIA

¿Escucharon eso? De todos nosotros el verdadero suicida es el Presidente. Por mi parte lo he intentado muchas veces y siempre fracaso. En cambio, el Presidente se suicida a cada segundo, renace, se metamorfosea, y vuelve a suicidarse; y así... *ad infinitum*. Como decía Melquiades: *El tiempo da vueltas en redondo*. Así nos pasa a nosotros en este eterno mito que es el aquelarre.

ASTUTO DRAMAL

[*el espía sale de debajo de la mesa donde estaba escondido*] El suicidio sigue una línea que sale de las mantas. El que se suicida muere convencido de su fracaso. Ya les soplé en el oído a muchos perdedores que era imposible recuperar la imaginación.

EUSÉBIO ATAÚDE

Aquí está la clave del enigma de los suicidios: el lugar secreto donde la imaginación no puede llegar. Envié este mensaje encriptado a muchos gobiernos con la esperanza de que las sílabas no se perdieran del significado del aforismo: *El que se suicida tiene una imaginación poderosa*. Un ilusionismo que raras veces funcionó.

LA SEÑORA KNORR

¿Cuántos presidentes se han suicidado hasta la fecha? ¿Y qué hacer con los que ya deberían haberlo hecho?

CHINELA ALVES

Creo que la mejor solución es publicar en las redes sociales y enviar un mensaje de condolencia por el suicidio del presidente a la prensa y las instituciones. ¿Haremos esto?

EL PÚBLICO

¡Morir! ¡Morir!

El público se pone a enviar el texto sugerido por Chinela Alves. En menos de cinco minutos la noticia le ha dado la vuelta al mundo. Otra vez la serpiente mordiéndose la cola. Antes era Orson Welles anunciando por la radio que los extraterrestres habían llegado a Nueva York. Ahora la gente da gritos de júbilo y algunos lo lloran o fingen llorar.

EL PRESIDENTE

Mis pobres mascotas se rebelan de cuando en cuando; como en la Granja de los Animales. Sin embargo, en menos de lo que canta un gallo yo retomo los hilos con los que dirijo el carnaval en que ustedes participan todos los días. Ustedes siguen a ciegas el rol que les he dado a cada uno. ¡Pobres imbéciles! ¿Acaso creían que

eran dueños de sus vidas? ¿Aun creen en el libre albedrío? ¡Eso es!
Dancen, dancen la danza macabra: ¡pronto habrán de caer!

EL PÚBLICO
¡Morir! ¡Morir!

ACTO VIII | *La misma cosa*

La pintura es la imagen amada que entra por los ojos y corre por la punta del pincel, ¡y el amor es lo mismo!

SALVADOR DALÍ

Escenario vacío, solo dos actores caminan de derecha a izquierda y regresan.

ANÍBAL VIOLA

Las noches son para el teatro lo que los bailarines son para la luz. El teatro es para la comedia lo que la vida es para la tragedia. ¿O es al revés? Donde la realidad pone su mano, el mito olvida su nombre. Lo que nos hace pensar en los peligrosos márgenes que dejamos al descubierto en cada historia que inventamos. Este teatro se pierde en el torrente de sus lágrimas fugaces. Aunque en algunas escenas son lágrimas de risa. El dolor es el triunfo de la imaginación como los corderos son el pecado. ¿Qué podemos hacer cuando los cerdos rechazan las perlas? Teatro. Eso es todo lo que podemos hacer.

JOSEPE NABO

¿No crees que las noches también se preocupan por las migajas de nuestros actos desfigurados? ¿Cuántas veces tenemos que representar aquí esta agonía errante que sigue destruyendo nuestros sueños? ¿Cuántas escenas necesitamos para convencer a la audiencia de que todo está bien? Esta ha sido mi vida, escondido en el teatro, resguardando el ardor a veces incongruente de la imaginación.

ANÍBAL VIOLA

Todos somos actores de esta farsa que es la existencia, vivimos cuando creemos soñar y soñamos cuando creemos vivir. La vida es un laberinto de espejos donde nos extraviarnos en las innumerables imágenes que reflejan nuestros rostros y nuestros gestos. Ariadna se perdió con Teseo, o mejor aun, Teseo la abandonó en una isla inexistente; por eso ella no puede mostrarnos la salida del tunel.

JOSEPE NABO

Y el Minotauro acecha. Lo último que supe es que en un descuido de Dédalo la terrible bestia se comió la miel con la que pensaba pegar las plumas para sus alas y para las de Ícaro. Mi informante me aseguró que en su desespero atrajo con astucias a su hijo hasta el borde del precipicio; y cuando él miró hacia el horizonte, creyendo que por fin habría una evasión, su padre lo lanzó al vacío.

Una gran pantalla desciende del techo en la parte trasera del escenario y cuando está a la altura adecuada, comienza a mostrar un video con las olas del mar, en permanente *moto continuo*.

ANÍBAL VIOLA

De hecho, muchos de los personajes que representamos se apresuran a declarar que se sentían muy cercanos a nosotros. Los espejos confabulan sus tramas confundiendo la naturaleza de nosotros, sus espectadores. ¿Quién eres tú? Tú eres yo. Y retocamos el maquillaje listos para ser otros.

JOSEPE NABO

La vida es una trampa infinita, y el crepúsculo un abismo que ruga como olas embravecidas así no lo escuchemos nunca. Un abismo que nos atrae como si fuese un imán. Nos dirigimos a él como si fuésemos una manada de búfalos huyendo de una turba de cazadores.

Mientras los dos personajes caminan de un lado a otro del escenario, los actores entran por todos los lados, y se sientan en el suelo. Algunos escuchan atentamente el diálogo; otros se

deleitan con el video de las olas del mar ondeando en un eterno vaivén.

ANÍBAL VIOLA

Un laberinto es una flor. Las líneas de una flor son como una espiral. O como las líneas en nuestras manos, que no van a ninguna parte. O abusamos de la creencia de que algún día podremos volver al pasado o sucumbimos a la obsesión de que el futuro llamará a nuestra puerta.

JOSEPE NABO

Las noches son como pequeñas piedras arrojadas a la superficie del lago. Los círculos que aparecen en el espejo del agua chocan entre sí y hacen imposible tocar el centro invisible de cada uno. Esta noche tuve un sueño con el mar dando la espalda a la tierra. Las olas crecieron hacia el centro de los océanos, formando grandes cadenas montañosas. Era posible ver todo eso, pero no había forma de tocarlo. También lo es nuestra relación con el tiempo.

ANÍBAL VIOLA

El tiempo no solo es efímero sino inexistente, como en los sueños. Navegamos a través de él como si fuesen las olas que mencionas para luego darnos cuenta que nunca nos hemos movido; que seguimos anclados como si fuésemos las raíces de una secuoya tan antigua como el universo. Aquí estamos desde hace milenios, sentados bajo un sol calcinante y siempre sedientos; ignoramos que estamos a mil vidas de la fuente del agua que calmaría nuestras gargantas.

JOSEPE NABO

Anoche me visitó alguien que amé desde mi infancia; yo estaba en la cocina, en esa labor pueril y doméstica de lavar platos, mientras miraba todo el tiempo por la ventana; y de pronto, él se aparece ante mí con el sombrero que se ponía siempre que montaba a caballo para protegerse del sol; sonreía, y yo estaba fascinado con sus palabras; estaba suspendido al otro lado de la ventana; había subido hasta mí como si en vez de brazos tuviese alas; se veía muy cómodo, y yo lo miraba como si nunca se hubiese ido. En ese

momento me desperté y ya no pude volver a dormirme. Ya sabes, el sueño es el único país donde podría volver a encontrarlo.

ANÍBAL VIOLA

Como ya ha dicho Einstein, el tiempo aplanado no es más que una reliquia que acabaríamos olvidando en una pequeña caja sino fuera por nuestra obsesión por controlar la ilusión de nuestra existencia.

JOSEPE NABO

¿Einstein dijo eso?

ANÍBAL VIOLA

No tengo ni idea. Posiblemente no. Pero veamos cómo cobra importancia si pensamos que salió de la boca de un hombre irrefutable. Terminamos creyendo no en el mensaje, sino en el mensajero. La firma vale más que el texto. Gracias a esto, la academia ha ido engordando sus pavos navideños.

JOSEPE NABO

¿Como si una cosa fuera siempre otra?

ANÍBAL VIOLA

No, como si todas las cosas fueran siempre la misma cosa.

 Todos los actores se ríen y el público también. Por unos momentos, el video emite el sonido del mar ondulado a un volumen muy alto. Hasta que la risa amaina, el silencio vuelve y los dos personajes siguen hablando, como si nada.

JOSEPE NABO

Es cierto, en este mundo fatuo, en que solo las apariencias cuentan, no importa si lo que alguien dice haber leído o haber escuchado o haber visto es cierto o no. Vivimos y recreamos la sociedad del espectáculo, como diría Bourdieu. En otras palabras, y eso lo saben muy bien los dramaturgos o los hombres como nosotros –eternos actores de la nada– que la vida es un teatro permanente. Shakespeare lo entendió muy bien; una cosa eran sus obras escritas y otra muy diferente cuando eran representadas en el teatro donde todos los espectadores interrumpían las escenas y los diálogos; dependiendo de la emoción de la que fuesen presa.

ANÍBAL VIOLA

Si, recuerdo la puesta en escena de 1789 de esa gran mujer que es Ariane Mnouchekine. Los actores se mezclaban con los espectadores; todos terminaban siendo parte de la Revolución francesa. Por algo ella dice: – *El teatro, durante algunas horas, es una utopía*. Lo que la mayoría de la gente ignora es que todos formamos parte del gran teatro que es la existencia humana; y que este mundo en el que vivimos, nuestra única y verdadera casa, es el único sueño posible. Todo lo demás se lo llevó el huracán.

JOSEPE NABO

Solo en el teatro la gente puede ser parte de las revoluciones. Sin embargo, incluso en el teatro, el público tiene que pagar para divertirse con la verdad que, lejos del escenario, no quiere aceptar. Quizás la humanidad todavía cree en la física tradicional donde hay un lado interior y otro exterior. La humanidad solo aprendió a considerar la ambigüedad en el abismo que creó entre discurso y acción. Pero esto no es ambigüedad, sino hipocresía.

ANÍBAL VIOLA

La pobre humanidad que se apoya en anatemas vulgares. *La cuerda siempre se rompe en el lado más débil. / Dios protege a los honestos. / El peor ciego es el que no quiere ver. ¡Cuánta pobreza espiritual!*

JOSEPE NABO

¿Hablas en anatemas?

ANÍBAL VIOLA

Por supuesto, porque las cosas terminan siendo iguales en orden inverso. El problema no es que el mal siempre regrese, sino que nunca salió de donde está.

JOSEPE NABO

El bien y el mal, el yin y el yang. Los griegos lo entendían muy bien, anatema era el excluído, el maldito. La religión judeocristiana lo retoma como un posible sinónimo de condenación; por eso hablan de excomunión o anatema. Todo lo que se salga del rebaño es excluído. Lo que me hace pensar en los tejidos de las mujeres

Navajo, siempre dejan una imperfección; ellas entienden algo que los cristianos niegan, no hay perfección sin imperfección. Los griegos sabían que no hay existencia sin el lado oscuro; o sea, sin el exilio que cada uno de nosotros construye a todo lo largo de su vida.

ANÍBAL VIOLA

Paulo inventó el mito de la vida por la mitad. Los cristianos solo aceptan la mitad del átomo, su propio Dios es un Dios al que le falta una parte. El diablo, su otra mitad, es el gran anatema de la religión. Es el mundo del principio de aislamiento existencial. Una especie de cuarentena que no necesita virus, un exilio de sí mismo. El mayor pecado cristiano es no reconocer la imperfección como parte de su propia existencia.

JOSEPE NABO

¿Pero qué diablos es eso? ¿Estás repitiendo lo mismo que dije?

ANÍBAL VIOLA

Sí, pero todo es igual. Incluso si digo algo diferente, seguirá siendo lo mismo.

JOSEPE NABO

¡Eres un cínico! Cada persona tiene sus propios pensamientos y, naturalmente, nos decimos cosas diferentes.

ANÍBAL VIOLA

Quizás esa es otra palabra. Quizás la pequeña exposición de un concepto. Los diccionarios están llenos de sinónimos y esto nos lleva a creer que las cosas cambian.

Mientras los dos personajes se miran el uno al otro, en una especie de desafío mental, los demás personajes que estaban sentados en el suelo comienzan a recitar diversos parlamentos, una especie de coro polifónico, aunque no necesariamente ligados los unos con los otros.

– Parece que Anibal Viola y Josepe Nabo ignoran los secretos que se esconden

en los tulipanes de lapizlázuli

– Ellos se esconden del tercer ojo del huracán; le dan la espalda a la morada de la deidad de la nada

– ¡Silencio! Me impiden escuchar el canto de los insectos

– Y yo no puedo escuchar la caída lenta de la nieve

– Por eso hemos olvidado descifrar el canto de los gorriones

– Nuestros pulmones no recuerdan el aire del Himalaya; olvidamos los cánticos de los bonzos del Tíbet

– El silencio parece huir de nuestros oídos y el ruido de la hecatombe es un taladro en medio de nuestra frente

– Creemos habitar espacios insondables cuando el verdadero espacio, la verdadera distancia, está entre un pétalo y otro pétalo, entre una ola y otra ola, entre una nube y otra nube, entre un árbol y otro árbol

– Hemos olvidado que la sombra de Bárbol nos da cobijo; por eso tenemos mala sombra

– Si no conoces el nido de un cóndor no puedes comprender el universo

– Los caballos corren raudos por valles y montañas; en sus melenas galopa la primavera; ignoran que sus disputas le cierran las puertas a la eternidad y los precipita al vacío

– Las aguas del vientre de mi madre me sirvieron de hidroscoPIO; allí aprendí a descifrar el enigma de la existencia y conocí los secretos de mi destino

Las frases se sustituyen por murmullos, susurros, gemidos... Los dos personajes, sin embargo, continúan gesticulando, en silencio, como si no percibieran nada. La pantalla se oscurece hasta que el mar desaparece por completo. Luego va al techo.

Los dos personajes salen a un lado del escenario. Los actores continúan con su galimatías y se tumban en el suelo. El escenario se oscurece mientras están en silencio.

ACTO IX | *Los símbolos futuros*

Las palabras de los futuros símbolos están incrustadas en esta pared.

MARIA LÚCIA DAL FARRA

SULA MANITA

Las sombras están asociadas con la caída de todas las cosas. Lietse soñó con el día en que la sombra fuera un reflejo de la espontaneidad. Sin embargo, ni siquiera el teatro de sombras que surgió en Indonesia pudo hacer que la sombra fuera confiable. Aunque es la segunda naturaleza humana, la sombra a veces se libera y refleja una apariencia distinta de los actos que alimentan la vida.

LA SEÑORA KNORR

[rascando el suelo como una gallina] ¿Quiere decir que las sombras pueden tomar una dirección diferente a los movimientos humanos? ¿Por eso los griegos celebraban sacrificios a los muertos al mediodía?

SULA MANITA

Ciertamente. La hora sin sombra es la única en la que el hombre es libre de evitar que sus acciones sean distorsionadas por los reflejos de la luz...

CHINELA ALVES

Y nuestras sombras cuando volamos o morimos, ¿a dónde van?

SULA MANITA

¿Recuerdan a Junichiro Tanizaki? Nadie como él para hacer un elogio de la sombra. Mientras que para los occidentales lo importante es la luz y la perfección, para los japoneses el juego de sombras y la imperfección de una pared desnuda o la soledad de un retrete son el *summum* del refinamiento. Tanizaki resalta que lo más importante es poder apreciar los objetos desde su belleza natural, en cierta forma primitiva, sin ningún tipo de artificios. Incluso afirma que en Occidente buscamos el centro de la luz; por eso no nos importa sentarnos debajo del foco potente de un bombillo. Mientras que los japoneses son conscientes que las sombras le ponen máscaras a la realidad, sugieren, no enseñan, no dictaminan un único concepto ni dictan una verdad revelada. La sombra es, en cierta forma, el único sendero por el que deberíamos transitar.

ARLEQUINA KRACOVIA

Las sombras nos permiten dudar. La duda debería ser la brújula de nuestra existencia; debería ser el centro de todo pensamiento filosófico; no en vano, la ciencia se basa en ella.

LA SEÑORA KNORR

¿Podría decirse que nuestros pensamientos, o incluso nuestra energía cósmica, se incrustarían en las paredes? ¿Quieren decir que en las sombras estaría la clave de nuestro devenir en el mundo? ¿Es una especie de oráculo? ¿Siempre hemos tenido a Delfos delante del retrete y no lo sabíamos? Ahora entiendo porqué cada vez que me encierro en él, los caminos se me hacen más transitables.

CHINELA ALVES

Y yo que creía que las sombras solo eran una especie de hechizo; por eso temblaba cada vez que me enfrentaba a mi propia sombra.

SULA MANITA

Quizás lo que pasa con la sombra pasa con el fuego: la imposibilidad de depurarlo. Como no hay forma de quemar la sombra, solo puede rendirse a sí misma. Y su agilidad no le permite iluminarse. Además, hay una sombra que está por encima

de todas las demás, que es la sombra oculta, la sombra de una sombra.

CHINELA ALVES

Ahora me estás confundiendo. Si las sombras se alimentan de luces, su interior debe estar completamente iluminado, ¿verdad? Las religiones se alimentan de espíritus caídos, por lo que están podridas por dentro.

ARLEQUINA KRACOVIA

La sombra es el gran mito de la discontinuidad. La señora Matsuko Morita, la tercera esposa de Junichiro Tanizaki, abrió las puertas de su casa a cualquiera que buscara un suministro espiritual. A todos ellos les dijo: cuando te encuentras bien, es señal de que tu sombra se ha disipado. Puede que Matsuko no lo supiera, pero aquí estaba creando un teatro sublime.

LA SEÑORA KNORR

La casa de la sombra sublime y su doble.

CHINELA ALVES

¿Una casa solo para las sombras?

ARLEQUINA KRACOVIA

Sí, el hogar de los misterios esenciales. Lugar sagrado donde la catarsis reconoce su poder sobre todos los seres vivos. En el teatro podemos podar nuestras sombras y atenuar las luces por su fracaso.

SULA MANITA

Podar nuestras sombras... una casa para las sombras... Hermosa definición del teatro. Los actores sabemos muy bien que nadie puede escapar a sí mismo; por eso los exiliados llevan consigo la melancolía, el saudade impregnado en la piel, ¿o será más bien impregnado en la sombra? En la sombra están escritas nuestras propias pesadillas, los fracasos, los miedos. La sombra es una enorme cicatriz que nos recuerda la fragilidad de la existencia. Nos recuerda que el mundo no es perfecto, que se mueve precisamente entre un terreno de luces y de sombras.

ARLEQUINA KRACOVIA

Cuentan que cuando Alejandro Magno era apenas un niño acompañó al domador de caballos de su padre que trataba de amansar un caballo indómito sin lograr su cometido. Alejandro observó al animal durante días; hasta que una mañana decidió montarlo. Bucéfalo, el que temía a su propia sombra, se rindió ante Alejandro cuando él lo obligó a cabalgar con la mirada puesta en dirección al sol. Cuando se bajó de su montura, Filipo II de Macedonia, su padre, le dijo: *Búscate otro reino, hijo, pues Macedonia no es lo suficientemente grande para ti.*

Las cuatro mujeres empiezan a cantar, improvisadamente:

SULA MANITA

*Cuando nos miran las sombras
De estos harapos humanos*

CHINELA ALVES

*Vemos la luz encendida
Que es fruto de la decepción*

LA SEÑORA KNORR

*Las luces que importan son negras
Y no necesitan sus sombras*

ARLEQUINA KRACOVIA

*Las sombras son luces de un faro
Que llevamos en el corazón*

SULA MANITA & CHINELA ALVES

*Cuantos nombres dejamos atrás
Con sus voces siempre olvidadas
Cuántas luces que temen sus sombras
Y el fuego que nunca encendemos*

LA SEÑORA KNORR & ARLEQUINA KRACOVIA

*Las luces que bailan sus nombres
las escuchamos en la oscuridad*

*En el alma quemados los tréboles
rehacen el abismo a nuestros pies*

**SULA MANITA, CHINELA ALVES, LA SEÑORA KNORR &
ARLEQUINA KRACOVIA**

*Luces, luces, luces, ¿qué hicieron con nuestras sombras?
Devoran el mantra afligido las sombras angustiadas
Cuántas horas pasamos al fuego cocinando los dolores
Y ahora no vemos rastro de lo que queda de nosotras*

*Lo que queda de nosotras
Lo que queda de nosotras*

ACTO X | No hay vuelta al final

La pintura es poesía muda; la poesía, pintura ciega.

LEONARDO DA VINCI

Escenario vacío. Del techo comienzan a caer hojas de papel con dibujos en gouache. Solo hay dos personajes, los dos negros. Uno de ellos trata de recoger los dibujos

PERSONAJE NEGRO 1

Mira esta bicicleta con los dientes al descubierto, fue diseñada por Huron.

PERSONAJE NEGRO 2

¿Están firmados los dibujos?

PERSONAJE NEGRO 1

Sí. Éste reproduce el momento exacto en el que una gota de sangre cae en un vaso de agua. Está firmado como Lagarto.

PERSONAJE NEGRO 2

¿Y ese otro?

PERSONAJE NEGRO 1

Una casa sin techo. Cuando miramos dentro, el suelo es tan profundo que parece un abismo.

PERSONAJE NEGRO 2

¿Quién lo firma?

PERSONAJE NEGRO 1

¡Ah, tenía que ser ella! ¡Fue la rata Kracovia!

El personaje Negro 1 sigue mostrando dos dibujos más; siempre en silencio...

PERSONAJE NEGRO 2

¿Qué pasó con todos ellos?

PERSONAJE NEGRO 1

No sé. Quizás fueron devorados por el mar en la gran pantalla. O cayeron en un espejo olvidado en el suelo. Nunca sabemos qué pasó con el futuro.

PERSONAJE NEGRO 2

Mi pasado puede ser el futuro de alguien más. ¿Cómo saberlo? No en vano la historia es una serpiente que se muerde la cola.

PERSONAJE NEGRO 1

El espejo es el abismo en el que caen los actores, y los actores son a su vez el abismo donde caen los espectadores. Se fagocitan entre sí. Se odian y se aman. Se buscan y se repelen. Se abazan y se flagelan.

PERSONAJE NEGRO 2

Un escenario es el espejo donde se contemplan los cientos de personajes enmascarados que se sientan frente a él; y aunque no lo saben, los actores miman sus gestos, repiten sus frases, copian o dibujan sus vidas. Cuando un actor sube al escenario es para desnudar los retazos miserables de las vidas de los espectadores. Por eso el público los detesta. Ellos los ponen en frente de la fragilidad humana.

PERSONAJE NEGRO 1

Los actores, aun cuando ya han atravesado los espejos, siguen lanzando el hálito del mundo que han abandonado. Ellos son las huellas de los que han dejado atrás. Por eso el pasado y el futuro son solo ideas que se inhalan o se exhalan cuando las marionetas que están al frente creen que respiran. Ignoran que son solo muertos, sombras que erran en los túneles de los multiuniversos.

PERSONAJE NEGRO 2

¿Qué más podemos decir? Esa luz es un estruendo en la carne del tiempo, donde pasan las sombras. Los sueños son las chispas eléctricas de la vigilia. Las cosas se mezclan. Sin embargo, la confusión está en los ojos de quienes no permiten que el mar entre en sus hogares. Estamos pintando el universo con los colores de un viento errante que lo mueve todo.

PERSONAJE NEGRO 1

La destrucción nos protege de lo que no queremos ver. La pintura ciega de las termitas. La cosecha visionaria de símbolos que solo conocen la simetría en el sinsentido. Tenemos que tragarnos el viento.

PERSONAJE NEGRO 2

Sí, tenemos que tragarnos el viento.

El escenario de repente se oscurece. Silencio. Una pequeña luz cae en su centro. Alguien de la audiencia se le acerca. Hay una hoja de papel adherida a la luz, donde se puede leer (la persona muestra el papel abierto al público):

TELÓN



LAS SOMBRAS SUSPENSAS

ACTO I

Escenario oscuro. Se puede escuchar una pequeña pieza de Edgar Varese ejecutada por una sierra con arco de violín y xilófono de agua. Variaciones de esa misma pieza abrirán todos los actos. La luz aparece poco a poco, a medida que la música desaparece, mostrando en el centro del escenario un cubo de acrílico herméticamente cerrado con 3 metros de base, suspendido del suelo unos 30 cm.

Dentro del cubo hay cinco criminales condenados a muerte a la espera de la fecha de su ejecución. Todos visten la misma ropa típica de prisionero.

VALENTÍN

En una cadena perpetua, contar los días equivale a un deseo morboso de saber cuánto dura la eternidad. Pero no viviré para siempre. Tampoco la eternidad.

SANTIAGO

Puedo programar un juego de ahorcado que invadirá toda la red reproduciendo la cara de cada usuario en la pantalla con la silueta de los fragmentos de su cuerpo formándose según sus pensamientos maquiavélicos.

VALENTÍN

Pero aquí dentro, no podrás hacer nada. Incluso el suicidio requeriría al menos el uso de una cuerda.

ASTRID

Es irónico que estemos condenados a la eternidad.

ABELARDO

La eternidad puede ser una milésima de segundo infinitesimal, puede ser la vida de tres generaciones o puede ser la efímera y larga vida de una mariposa ephemeróptera.

ASTRID

Viéndolo de ese modo yo diría que la eternidad es una iglesia gótica o el templo de Poseidón o Machu Picchu. Las piedras son eternas, incluso cuando las vuelven polvo ellas se transforman y

luego se convierten nuevamente en piedras. Algo que no sucede con nosotros, aunque nos creamos el centro del universo.

VALENTÍN

Podría ser, tal vez la eternidad sea la energía, y nosotros somos energía; ¿eso no nos hace eternos?

SANTIAGO

Yo creo que la eternidad son los sueños, al menos cuando logro entrar en ese terreno ambiguo puedo huir de este cubo y sentir el viento; a veces se torna violento y toma el disfraz de un huracán y luego me derrumba. Cuando despierto el aire libre ya no existe, solo veo este cubo que me ahoga no solo porque sus paredes me impiden escapar sino porque estoy con ustedes, mi verdadera tortura.

CAYETANO

En mis sueños araño el tiempo y sigo las huellas de los elefantes o trato de colgarme de la cola de un cometa o atravieso el ojo del huracán de Santiago; así es como concibo la eternidad.

VALENTÍN

El dilema es que el dudoso se resiste a aceptar que es incierto. Incluso, cuando se le enseña sobre la grandeza de la duda, persiste con su aire de pomposa certeza.

ASTRID

¿Sin certeza sobre el destino de la eternidad?

SANTIAGO

En los tiempos más exactos, cuando las dudas tratan sobre el epicentro de sus remisiones en el mundo, viaja a través de otras insondables estelas de certezas circunstanciales. Tal vez un trébol con cuatro enigmas sea la mejor forma para dedicarse a la causa de las lámparas irreducibles. Allí escucharemos un grito pantanoso de arrepentimiento inútil cuando la caída entre en el baile de graduación y recoja dudas antes de la medianoche.

VALENTÍN

Sigo pensando que podría sortear la vigilancia del tiempo y anular nuestras condenas.

ASTRID

¿Cómo puedes pensar en sortear la vigilancia del tiempo y anular nuestras condenas sin tener certeza del destino de la eternidad? Eso es como adentrarse en la boca del lobo, o peor aun, entrar al laberinto del minotauro sin Teseo.

CAYETANO

Dudar es el único ejercicio filosófico que me interesa; las verdades absolutas o reveladas son ese aullido pantanoso al que hace alusión Santiago. Sin embargo, no creo en el arrepentimiento, tampoco creo en el perdón. El que se arrepiente y pide perdón ya no es el mismo que cometió el crimen por el que estamos condenados a vivir en este estrecho y maloliente cubo.

ASTRID

¿Quieres decir que nuestra verdadera condena no es estar encerrados y soportándonos los unos a los otros en este espacio mísero sino vivir para siempre con el último minuto que cambió la libertad por el encierro?

CAYETANO

Quiero decir que no es necesario untar la lágrima. La certeza a veces se parece a la estupidez, así como la lágrima se parece al cristal.

VALENTÍN

Además, creo que la eternidad es una especie de truco banal que nos arrastra por su laberinto indescifrable.

CAYETANO

Esto es cierto. Ciertas cosas duran más que otras, quizás porque no saben contar el tiempo necesario para su final o comienzo. Muchos otros se pierden en la historia de las manos y en todo momento anuncian su propia muerte. Mejor desentrañar la fábula y la creencia de que Dios algún día puede ser útil, y cuando nos falte la comprensión de ser quién sabe, puede llegar a decirnos que

un buen ladrón no roba tiempo ni espacio, sino la ilusión de que todo tiene su precio.

VALENTÍN

No sé si es cierto hablar en precio. De todos modos, mi experiencia señala la ambigüedad de la paradoja, el modo como este mismo cubo donde estamos puede ser la copia de otra realidad que nos lleva adentro de su espacio que sale por aquí y allí y se encuentra con otras tantas formas de mirar las cosas.

ASTRID

¿Cómo las muñecas rusas?

VALENTÍN

Cuando la policía descubre que tengo esa obsesión por embalsamar los cadáveres de niños, encuentra en mi casa mi colección real de muñecas, mis niñas sagradas, y piensa que se trata de una obsesión sexual, una versión que revela más la hipocresía de la acusación que la misma realidad criminal. Nunca podría tener sexo con ellas. Lo que me interesaba era encontrar un punto de esplendor de belleza indiscutible. Las chicas rusas salen del interior una de la otra, como una representación de algo que no tiene fin. Sin embargo, este movimiento en ellas es finito. Mis muñecas están una al lado de la otra y pueden alcanzar una proyección infinita, como los volúmenes de una biblioteca inagotable o las entradas de una enciclopedia cuyo final se desconoce. Creo que así es como entiendo la eternidad, esta posibilidad de definir el infinito según la percepción de cada uno.

SANTIAGO

De todas formas todo es relativo; hace poco afirmabas que podrías sortear la vigilancia del tiempo y anular nuestras condenas; y en cierta forma estoy de acuerdo contigo. Muchas veces me pregunto: ¿qué es el tiempo? ¿existe verdaderamente? ¿es algo que imaginamos o que nos imponen? Nosotros reflexionamos sobre la eternidad porque estamos condenados a la condena perpetua y sabemos que la única salida de este cubo es cuando nos saquen para pararnos al frente del pelotón; ese es nuestro único tunel de escape; todo lo demás es ilusión o pesadilla.

ASTRID

A veces las pesadillas son mejores que la realidad; así podemos escapar al encierro de este cubo que nos ahoga y que nos convierte en enemigos cuando deberíamos bajar las espadas. Las muñecas rusas son un artificio con el que engañamos a la realidad; una vez dormidos las muñecas desaparecen y solo quedamos nosotros cinco para hacernos frente los unos a los otros. Lo que sí queda son los cadáveres embalsamados de las niñas de Valentín.

CAYETANO

El encierro nos convierte en fieras indomables; no dejamos de pensar en el suicidio; y antes de acabar con nosotros mismos evaluamos mil maneras diferentes de asesinarlos los unos a los otros; al menos yo los mato a cada instante y de formas muy diversas. Imagino banquetes donde cada uno de ustedes está servido en una gran mesa, en la que yo soy el único comensal, el rey del ágape.

ABELARDO

¿Alguien cree que llegaremos a ver el pelotón?

ASTRID

Finalmente, Abelardo dice algo. ¿Qué duda tienes?

ABELARDO

¿Cuánto tiempo llevamos aquí? ¿Y cómo terminamos en este maldito cubo que no nos permite ver nada más allá de este espacio reducido? Sin luz ni silla. No hay ruido ni servicio de comida. ¿No le sorprende que no tengamos sed ni hambre aquí y que nuestra fisionomía no haya cambiado?

CAYETANO

¿En qué estás pensando, Abelardo?

ABELARDO

El paso del tiempo a través de las bisagras de las puertas no suele ser tan intenso como el nado de ciertos peces contra la corriente. Quizás el río tenga otra medida de las impurezas del tiempo. O quizás el óxido guarda un secreto que mil puertas no pueden desentrañar. Dónde comienza el paso de un acertijo a otro es algo

que puertas y ríos difícilmente explican. Como el óxido escondido en los ojos de los peces.

CAYETANO

No sabemos quiénes somos ni qué razón nos ha traído aquí, esto es cierto. Posiblemente cometimos algún crimen y también se nos puede culpar siendo inocentes. Si la eternidad nos pone a prueba, ¿espera que admitamos culpabilidad o inocencia?

ABELARDO

¿Y realmente hay alguna lógica para tal juicio? Lo que si es una certeza es que al igual que se le saca punta a un lápiz nosotros le sacamos herrumbre al tiempo; lo que pasa es que mientras el lápiz se termina rápidamente el tiempo es inagotable.

SANTIAGO

Mi única certeza, si es que algo así existe, es que la eternidad nos atrapó en este cubo infame; y al igual que Dorian Grey no envejecemos ni morimos; y eso que no hay retratos de nosotros; ni siquiera espejos donde contemplarnos a nosotros mismos.

ASTRID

¿En ese caso nos bañamos a cada instante en la fuente de la eterna juventud que tanto buscó Juan Ponce de León? Maravilloso descubrimiento ¿y no lo sabíamos? Muchas personas pagarían fortunas enormes por tener el privilegio que impide que el paso del tiempo arruine nuestros cuerpos y mentes.

ABELARDO

Posiblemente así sea. De todas formas no hay privilegios sin condenas; y la nuestra es el encierro sempiterno en este cubo que no tiene ni túneles ni barrotes.

CAYETANO

Para mí la peor condena no es estar encerrado para siempre, sino el aislamiento total del mundo. ¿Hace cuánto que no vemos a nadie más? Ni siquiera sabemos cuanto tiempo llevamos aquí. ¿Son semanas, años, siglos, milenios? ¿Las personas que conocimos siguen con vida? ¿Cómo es el mundo afuera? ¿Es que todo sigue igual? ¿Podríamos adaptarnos a esa realidad si mañana nos

indultaran? Esas son las grandes y temibles interrogantes; no creo estar preparado para las respuestas.

ABELARDO

[*Riendo descaradamente, dejando a todos asombrados.*] ¡Y pensar que me acusaron de soñador...! Ahora, Cayetano, la eternidad, como la realidad, no es más que un efecto de suspensión. Nunca sabremos con certeza la medida de la ausencia; somos como espejos ciegos, así como el mar parece un río que ha perdido una de sus orillas. Acepto que estamos condenados al absurdo. Y no habrá mejor ola de resistencia que simplemente aislar lo que recordamos es el mundo exterior.

CAYETANO

Admito mi locura. Quizás estemos demasiado limitados por el marco, la silueta desgasta todo lo que queremos y logramos.

ABELARDO

Vea bien. Imagínesse una imagen frente a nosotros. Un bosque detrás de este cuadro vivió décadas olvidado hasta que se rompió el marco. Una naturaleza muerta a veces es solo un espejismo que el ojo evita. Releímos tanto el recuerdo que tenemos frente a nosotros que nos resistimos a aceptar la locura de otras máscaras que devoran el paisaje y lo que insistimos en olvidar, quizás para que el mundo sea un *remake* menor de la caída de su marco.

ASTRID

Creo que ahora se han ido todas las certezas de Santiago...

SANTIAGO

Quizás todavía me quede una: que nunca iremos al pelotón. Pero al mismo tiempo me pregunto cuál es el valor de esa certeza.

ASTRID

Tu única y última certeza me parece infernal. No le temo al pelotón, la muerte es mi único anhelo; no aspiro ni a la eternidad ni quiero vivir en la fuente de la eterna juventud; esas dos opciones me parecen aun más terroríficas que la condena en este cubo.

SANTIAGO

[*Con un gesto de impaciencia y de desagrado profundo.*] ¡No entiendes nada Astrid! El pelotón somos nosotros mismos, nos disparamos las veinticuatro horas del día; si es que aun podemos tener en cuenta esa maldita medida temporal. Posiblemente llevamos siglos muertos y todavía no lo aceptamos. Jamás saldremos de aquí ni tampoco podremos escapar a mirarnos en ese espejo terrible que son los ojos de cada uno de nosotros, el único espejo que no es ciego.

ASTRID

[*A punto de llorar mientras se mece los cabellos.*] ¡Cuánta crueldad y odio hay en ese discurso! ¿Qué necesidad hay de decirme que ni siquiera tengo derecho a pensar en la muerte? Y lo que es peor, ¿cómo te atreves a decirme que la Hoz jamás vendrá a derribar mi cabeza? ¡Eres un monstruo!

SANTIAGO, ABELARDO, CAYETANO Y VALENTÍN

[*Al unísono.*] ¡Los monstruos no existen, Astrid! ¡Deja de pensar en cuentos de hadas, ellas no tienen cabida aquí!

SANTIAGO

Voy a decir algo. Nunca consideres el tiempo un problema. Imagínense con qué sagacidad podemos enfrentar la avalancha de nuestros sentimientos más diferentes. Un grifo abierto toda la noche puede inundar cualquier sueño. Siempre di preferencia a los trabajos corporativos, porque presentan un campo más amplio de paradojas. Cuando tratamos con un cliente individualmente, no podemos ir más allá de la línea que separa la verdad y la mentira. Por el contrario, si aceptamos un pedido de una multinacional, por ejemplo, podemos trabajar con un número infinito de líneas que revuelven los conceptos. Una vez hice que dos grandes bancos donaran millones a un fondo para apoyar a los niños necesitados en África, reasignando montos de cuentas secretas, ciertamente del narcotráfico, lo que provocó que primero se transfirieran a bancos estatales, donde desvié su dinero al cliente, incluidas las cifras de mi contrato. En medio de este engaño, ya no se sabía lo que estaba bien o mal, mejor dicho, a nadie más le interesaba saberlo.

ASTRID

Siempre he sostenido que, si uno va a vivir de rodillas, es mejor morir de pie; pero ahora veo que la realidad ha hecho ingenua la creencia en el libre albedrío. Todos tenemos víctimas y verdugos en nuestro fuero íntimo, y nuestras elecciones son como imágenes desvaídas de viejos escenarios, ya casi completamente desacreditados.

ABELARDO

La filosofía se encuentra maltrecha por la falta de sentido del mundo real. La identificación de un *modus operandi*, en un asesinato en serie, puede ser la ingeniosa táctica de una banda de chicos depravados dispuestos a colorear el motivo de la locura.

SANTIAGO

Como si uno de nosotros estuviera dispuesto a morder la piel del otro para demostrar la existencia de la materia. Tangible o no, aquí adentro somos como cinco vacas pastando el absurdo.

CAYETANO

Las vacas pastan de una manera que las galletas se vuelven comestibles ya que se esconden en la parte inferior de la dirección de su paquete. Las aspiradoras también conocen las leyes tangibles del mundo comestible, y promueven los mejores talleres de mordedura, así como fiestas de recaudación de fondos en el imperio de la pasta de dientes. Lo cierto es que incluso la carne muerta cambia de color después del primer bocado, así como las alas solo se reconocen a sí mismas, con la sincronía despierta de sus vuelos.

ABELARDO

Me gusta la idea de Santiago; en ese caso nosotros somos actores eternos del teatro del absurdo. Pero, ¿qué vida no lo es? ¿Dónde está la lógica y dónde la locura? ¿Cuál es la línea que las separan? ¿No son las pesadillas más coherentes que la lógica pura?

SANTIAGO

Por eso mismo hablo de verdad y mentira. ¿Acaso no se complementan la una a la otra? ¿Hay verdades absolutas? Yo no lo

creo. Tampoco podemos vivir en una eterna farsa, al menos no permanentemente. Podemos danzar al son de una satrapía y aun así creernos libres. Solo que al alba siempre habrá algún hilo que no esté del todo tenso.

ASTRID

¿En otras palabras, solo somos marionetas movidas por una fuerza desconocida? ¿Por eso carecemos de libre albedrío? ¿La libertad es una utopía y por eso mismo poco importa si estamos encerrados o en las calles? ¿Son los transeúntes de las grandes avenidas prisioneros de fuerzas ocultas así lo ignoren? ¿O son prisioneros de sí mismos? Lo pregunto por el discurso de Santiago con respecto a las multinacionales. ¿Son ellas las que controlan los hilos de los que pendemos a cada instante? ¿En nuestro fuero interno sabemos que si nos movemos demasiado terminamos ahorcados? O sea, ¿el único escape posible está en nuestras manos?

ABELARDO

Los conceptos son corporativos, tienen siempre un fin determinado. La verdad es que no existe una fuerza desconocida que gobierne nuestras vidas. No creo en el fatalismo. Incluso el azar crea en un vacío sin perspectiva. Existe una acomodación ominosa, como la cobertura de un seguro de vida, que le da a la muerte un gran atractivo.

SANTIAGO

Incluso existe esta falta de equilibrio entre la eternidad y el instante. Un desagüe marginal por el que fluye nuestra existencia. Creamos metáforas para evitar que la esencia de las cosas se nos escape. Sin embargo, terminamos usando estas mismas metáforas para escapar de nosotros mismos. Dejamos caer algunos aforismos que se supone deben guiar a nuestros seguidores. Y en ese margen imaginario donde aterrizaremos, ciertamente nos esperan los fantasmas de todo lo que hemos matado en un instante. Creyendo que nunca saldremos de este cubo infernal, ese ahora me parece la mayor ilusión. Para eso, necesitaríamos ser inmortales, no criminales fallidos que se dejan arrestar. La inmortalidad es otro engaño. [*Abelardo interrumpe el discurso de Santiago con la mano levantada. Santiago se dirige a él.*] ¿No estás de acuerdo, Abelardo?

[Cuando Abelardo comienza a decir algo, toda la escena queda repentinamente en completa oscuridad, terminando así el primer acto.]

ACTO 2

Escenario oscuro. Ahora se escucha una variación de la misma pieza de Edgar Varese ejecutada por una sierra con arco de violín y xilófono de agua. La luz aparece poco a poco, a medida que la música desaparece, mostrando en el centro del escenario el mismo cubo de acrílico, donde ahora se encuentran solamente cuatro de los criminales condenados a muerte a la espera de la fecha de su ejecución. Ya no está Abelardo.

SANTIAGO

¿Y Abelardo, qué pasó con él?

VALENTÍN

Le pasó lo que va a pasarnos a todos. Hablamos todo el tiempo sobre la eternidad y nos creemos parte de ella; cuando en realidad los únicos seres inmortales son los cadáveres de mis niños embalsamados; ellos seguirán ahí dentro de dos mil años; como si fuesen momias egipcias. ¡He ahí el meollo de la inmortalidad; tanta filosofía y nadie se percató de ello?

ASTRID

¡Vaya si eres cínico! ¡Aunque parece que eres el único que tiene los pies en la tierra!

SANTIAGO

¡Sigo sin entender nada! ¿Cómo pudo desaparecer Abelardo? Él, que siempre tenía una palabra o una explicación filosófica, ¿simplemente se evaporó? ¿Ese es nuestro destino? ¡Y eso que ya habíamos discutido sobre su inexistencia!

CAYETANO

¿Y por qué no podría evaporarse? Al fin de cuentas ese es nuestro único hado.

VALENTÍN

¡Escuchen! Sin gritos ni disparos. Incluso el silencio se niega a explicar el paradero de Abelardo.

ASTRID

¡Basta, Valentín! Este cinismo no resuelve nada.

VALENTÍN

Ya no es cinismo, Astrid. Abelardo desapareció del cubo y pronto desaparecerá de nuestra memoria. Quizás su filosofía sea la causa, después de todo nunca supimos qué crimen cometió. Empiezo a pensar que nada de esto importa. Así como las religiones son el resultado de una mentira—los dogmas se imponen como represalia por la realidad—, los crímenes son un truco de las circunstancias. La moraleja detrás de ellos no es más que espejismos en el desierto de estas almas errantes que deambulan por la tierra en busca de protección.

CAYETANO

Las noches se cuentan en el plato. Los que duermen hambrientos no conocen la noche, sino solo la oscuridad voraz de un abismo que pospone la conciencia de la muerte en cada uno. ¿Qué diablos querías entender, Santiago? ¿Qué hay que entender sobre tus muñecas de peluche?

VALENTÍN

Las muñecas son mías ...

CAYETANO

Aquí dentro ya no importa a quién de nosotros pertenezca un crimen u otro. Sé que las muñecas pertenecen a Valentín, pero quería provocarlo. Su reacción demuestra que todavía cree en la individualidad del ser. Valentín es nuestro artista, satisfecho con la firma de su obra. Nunca podría ser un criminal, simplemente porque no cree en el plagio. Sus muñecas son la marca de su paso por la tierra.

VALENTÍN

¡Cuánto desprecio hay en tus palabras, Cayetano! No le haces honor a tu nombre. No sé si me gustan los plagios o no, poco importa. Tus crímenes son comunes, ni siquiera en eso eres original. Tú eres como mis muñecas rusas; entre más te conozco más insignificante eres. Podrías caminar en la arena barrida por las olas y ni aun así tus pies dejarían improntas; y no porque seas etéreo –no te hagas ilusiones–, solo que eres más pequeño que mi dedo pulgar.

CAYETANO

Jajajajaja...!!!!!!! Caíste en la red. Mi abismo es insondable e infinito, ¡y te atrapó! Te dejas provocar en este espacio donde no hay oxígeno para cuatro, ni siquiera para dos. Aquí nos fagocitamos, nos servimos el uno al otro; y hoy el banquete está servido ¡y el único que no es comensal eres tú!

ASTRID

Aun en este cubo las tormentas son efímeras. Soñamos con destruirnos los unos a los otros y un minuto después lloramos en su hombro. La única certeza que tengo es que me convertiré en olvido; y no porque haya bruma ni abismos sino porque la memoria humana es muy frágil; hasta las religiones, bastiones de muchos, se diluyen en el aire.

SANTIAGO

El abismo controla las apuestas en ese juego de máscaras. Todavía no entiendo muchas cosas. Quizás el cinismo de Cayetano encuentre signos de presunción en Astrid cuando quiere convertirse en olvido. Estimo que el olvido es una especie de regalo secreto que no contempla la totalidad de la humanidad. Algunos se recuerdan vagamente, lo que es una forma de evitar llegar a una etapa más allá de esa eternidad de la que tanto habló Abelardo. Los grandes mundos se olvidan. La pequeñez de la vida nos persigue como hilos de memoria.

CAYETANO

Ahora le toca a Santiago mostrar las ondas sonoras de sus pensamientos. No olvides que tendremos que seguir dentro de este hervidero de especulaciones. No vamos a convertir esta caja

de alucinaciones en una sala de interrogatorios. Al menos aquí no debemos encontrar exactamente la armonía, sino el lugar de adopción donde podemos ser cualquier cosa, sin imposiciones morales.

ASTRID

Nuestro crimen puede ser que hemos cometido una forma legítima de violencia. La sociedad incluso conspira contra la integridad del crimen. Vivimos en un mundo de acólitos donde nadie debe ser auténtico. La gente que yo frecuentaba estaba perdiendo su belleza porque solo tartamudeaba consignas. Me traicionó un amante que me consideró una espía en nuestro núcleo precisamente porque no cumplí plenamente las órdenes de la cúpula.

VALENTÍN

La política es un ejercicio de vasallaje.

CAYETANO

¡Este es bueno! Una novela de dioses y mártires excomulgados. Una espantosa evolución de sujetos. El dramático rastreo de pueblos que desconocen su verdadera causa.

VALENTÍN

O tal vez simplemente somos víctimas de las causas.

SANTIAGO

Todos somos víctimas de algo o de alguien; no hay nadie que pueda escapar a esos designios; no porque sean divinos sino porque es la ley ineluctable de la vida y de los grupos gregarios; y el ser humano es gregario por naturaleza.

VALENTÍN

Lo que no entendió el amante de Astrid es que todos somos espías y por lo mismo nos traicionamos a cada segundo. Las consignas de los grupúsculos radicales o reaccionarios funcionan de la misma forma; están concebidas para lavar cerebros y evitar que los acólitos piensen, reflexionen, analicen y critiquen. De ahí que en China o en la URSS e incluso en Cuba se hicieran los autoexámenes donde el que se consideraba un traidor debía en

cierta forma pedir perdón; y ya discutimos el otro día que el perdón no existe. Y el que se negaba a ello partía a una purga de donde era muy posible que no regresara nunca.

ASTRID

¿Todos somos traidores? ¿Entonces la redención no existe?

VALENTÍN

Que no me vuelvan a acusar de cinismo, pero no olvidemos que los ríos también se ahogan. ¿A cuántos metros reconocemos los espejismos? La política puso fin a la eficacia de nuestra forma de identificar y resolver las pruebas. La mecánica de nacionalismos cortó y pegó espejos instruidos en las fronteras para revelar gracias que nunca se pudieron lograr. ¿Quién de nosotros rechazaría una taza de té con el Sombrero Loco? [*Cayetano apenas pudo contener la risa ante las declaraciones de Valentín.*] Somos más que traidores, Astrid. Somos los falsos iniciados de una realidad sospechosa donde, por supuesto, la redención es un engaño. No sin un envidiable grado de lucidez, Robert Charroux previó que *en una sociedad futura los sentidos posiblemente se atrofiarán cada vez más y serán reemplazados por una organización protectora creada por el cerebro.* Vivimos en una línea de perversión que mató a la subjetividad. No nos reconocemos en el otro. Somos la copia de ese otro que a su vez nos imita, ambos clasificados como fantasmas de una humanidad despoblada.

CAYETANO

¿A alguien todavía le importa el elixir de la inmortalidad?

VALENTÍN

Por eso el purgatorio o limbo de ese maldito cubo no me engaña. No hay ningún pelotón esperándonos. Ya no sabremos lo que está pasando afuera. Somos receptores de frecuencias canceladas. No se ha programado ningún sistema para garantizar un nuevo código genético, por ejemplo.

ASTRID

¿Sin posibilidad de reencarnación?

VALENTÍN

La transferencia de estas luces espirituales es algo que le da cierto encanto a lo imposible. Nos gobierna la memoria, pero esta es parte del mecanismo cerebral. La muerte aniquila todo culto a la personalidad. La electricidad que se libera seguramente encontrará otro capullo, pero esta transmigración no implica vidas secuenciadas. Los vasos comunicantes actúan solo en la conciencia. Sin memoria, el hombre se deshace de la duración de sus dones.

CAYETANO

Me parece estar escuchando a Georges Orwell, lo que dices es lo que él escribió en 1984; y ya para 1984 la realidad superaba a la ficción. ¿En qué año o siglo estamos? No lo sabemos; y aun así Orwell sigue tan actual como a finales del siglo XX. Lo que confirmaría que los seres humanos solo pertenecemos a un rebaño de ovejas obedientes; a lo mejor seleccionadas genéticamente para evitar las descarriadas. En cierta forma eso es lo que nos pasó a nosotros; Astrid es la prueba fehaciente de lo que afirmo; de otra forma no se explicaría ni la traición de su amante ni la furia de la cúpula que la condenó a este infierno

ASTRID

Siguen sin responder a mi pregunta; no la consideran importante; y sin embargo, podría decirse que nosotros somos la reencarnación de millones de peatones anónimos que deambulan por las calles de las ciudades de espanto que la subjetividad, a la que hace alusión Valentín, creó en ese siglo XX que tan bien describió Orwell. Si no fuese así hace tiempo que habríamos desaparecido; y aquí seguimos, discutiendo sobre la trasmutación del alma y sobre la trampa del libre albedrío.

VALENTÍN

¡Por fin dices algo coherente Astrid! El culto a la verdad es la cara oculta de la falacia a la que estamos condenados.

SANTIAGO

¿Por qué no tenemos hambre? ¿Qué verdad se esconde detrás de esta ausencia de sensación? Apuesto a que a cada uno de nosotros le gustaría ser su propio maestro de justicia. La humanidad trata la

verdad como si fuera un paquete para quienes tocaron por primera vez el rostro de Dios. La verdad es un premio. Esta es la aterradora conclusión de nuestras acciones. *Los Rollos del Mar Muerto* sacaron a la luz otra versión de la verdad bíblica. Prueba ejemplar de que Dios siempre ha estado inmensamente fascinado por las amenazas.

VALENTÍN

Vergüenza para todos los cuerpos que dependen del espíritu.

SANTIAGO

Exactamente eso. A los ojos de esta doctrina, todos somos criminales. El pecado es un monstruo desprovisto de humanidad. Dios es la explicación de todas nuestras mentiras.

VALENTÍN

Por eso siempre he buscado la belleza y no la verdad.

SANTIAGO

¿Alguna vez hemos pensado en lo distorsionadas que están nuestras condenas? ¿Qué delitos cometemos realmente?

ASTRID

¿Es la belleza más importante que la verdad? ¿De qué belleza hablan? Al igual que la verdad la belleza es cultural e incluso bastante subjetiva. Así traten de establecer modelos estéticos universales éstos siempre encontrarán escollos, como las verdades absolutas; y por supuesto, variarán rápidamente.

VALENTÍN

El mayor crimen que cometemos a diario es seguir viviendo. A veces creo que el suicidio es la única forma de redimir penas; no importan si son de índole religiosa, y por ende moral, o castigos impuestos por la sociedad; como parece ser nuestro caso.

SANTIAGO

Y volvemos al meollo del asunto del que nunca podremos escapar. ¿Cuáles son nuestros castigos? ¿Qué crímenes atroces cometimos que ni siquiera tenemos la posibilidad de redimir las condenas; y por lo tanto, seguimos encerrados en este apestoso cubo, aparentemente por toda la eternidad?

CAYETANO

Sin embargo, no podemos tomar ninguna decisión. Estamos sometidos a estos reflejos en una espiral continua que no resuelven nada. El mismo tiempo al que nos dedicamos a este juego de sombras no es más que una fantasía de almas reveladas sin mayor gravedad. Como un generador de plasma olvidado en un sarcófago egipcio. Belleza, verdad, culpa, perdón, solo pueden ser reminiscencias de un futuro simulado. Estrictamente hablando, no somos más que un gran error, una cadena rocosa construida como fuente de apariencias. La humanidad se ha convertido en su propio *trompe-l'oeil*.

ASTRID

Como una esfera contorneada por las características subjetivas de un contenido diseñado para no mostrar ninguna reacción. ¿Es este nuestro verdadero castigo?

SANTIAGO

Estamos enterrados profundamente en nuestros deseos. Quizás la mera idea del castigo sea una estafa. Simplemente fuimos olvidados aquí en esa caja mortuoria. Seguramente vamos a desaparecer uno a uno, como sucedió con ... ¿Cómo se llama?

VALENTÍN

Abelardo.

SANTIAGO

Pues bien. Hay una trampa relacionada con el mecanismo del tiempo, que parece un olvido. De hecho, esto debe ser indiferencia. La verdad es la indiferencia. Olvidar es belleza. Y somos las estatuas de sal de ese deplorable hechizo. La sal preserva los cadáveres de la putrefacción; como momias egipcias; solo que antes nos han desventrado. Ninguno de nosotros puede intuir con certeza cuándo y cómo será aspirado por el sarcófago que lo espera desde hace milenios... [*Una lluvia de sal cae directamente sobre Santiago y un hueco lo aspira sin que sus compañeros de celda se den cuenta de su desaparición. La oscuridad enciende sus fuegos negros y el silencio envuelve cualquier perspectiva del lenguaje.*]

ACTO 3

Escenario oscuro. Ahora se escucha una nueva variación de la misma pieza de Edgar Varese ejecutada por una sierra con arco de violín y xilófono de agua. La luz aparece poco a poco, a medida que la música desaparece, mostrando en el centro del escenario el mismo cubo de acrílico, donde se encuentran solamente tres de los criminales condenados a muerte a la espera de la fecha de su ejecución. Ya no están Abelardo y Santiago. Astrid está tendida en el suelo. Cayetano está sentado a un lado del cubo. Valentín se pasea de un lado a otro, inquieto.

VALENTÍN

Realmente estoy disgustado por esta falta de fundamento que nos hace desaparecer. No me preocupa la suerte de Abelardo y Santiago, sino que seamos eliminados sin ningún motivo aparente ni poder para reaccionar. Al diablo con el destino. Lo que me irrita es este asombroso milagro del castigo: bienaventurados los que ya no existen. Es como una secta religiosa, donde los paquetes de sacrificios se venden sin que los necios fieles tengan derecho a conocer sus motivos. Tendría la curiosidad de lanzarme a una realidad paralela. Quizás fuimos secuestrados a otra aldea alienígena. O el privilegio de una metamorfosis. ¡Ah, cómo quería ser nutria! Pero no hay nada de esto. Se abre una lágrima en la seda del espacio y simplemente dejamos de ser. No es simplemente extraño, sino despreciable, inaceptable.

CAYETANO

En este cubo infernal, donde los problemas metafísicos no tienen cabida y donde el destino abandonó la escena, preguntarse por un personaje más o por uno menos, poco importa. Hace mucho tiempo que dejé de interesarme por la vida o por lo que Valentín llama desaparición. ¿Acaso no se dan cuenta que aquí dentro no hay vida? En lo que a mí respecta solo vegeto; y ustedes,

incluyendo a la pasionaria de Astrid, existen solo en mis peores pesadillas.

ASTRID

[*Se incorpora de un salto y no oculta su indignación.*] Tu problema Cayetano es precisamente que no le haces honor a tu nombre; rara vez hablas y cuando lo haces es para zaherir con la peor de las sañas a quien tienes delante; en este caso a mí. No conozco el crimen por el que te lanzaron al abismo ineluctable de este cubo; o al menos no estoy segura que nos hayas dicho la verdad. Lo que si puedo decir es que mi crimen, si así puede llamarse, es la búsqueda de la verdad y la denuncia del oprobio. Si, puedes reírte todo lo que quieras; al menos delante de mí tengo barricadas que aunque invencibles son reales. Solo que las revoluciones rara vez funcionan; y cuando lo hacen solo privilegian a una parte ínfima de la sociedad. En mi caso terminé en este agujero negro donde sabandijas como tú vegetan y apestan. Lo reconozco, soy una perdedora; pero al menos intenté batirme a duelo contra el destino; algo que tú jamás harías.

VALENTÍN

Yo también creo en esta posibilidad, Cayetano, de que somos la pesadilla de los demás. Quizás no estaríamos cada uno en su propio cubo, aislados de todo, sufriendo los efectos de alguna droga inoculada y controlados por la mirada de un equipo de malvados bastardos. Cada personaje delirante – este es un caso en el que la creación es pura ilusión – representa una etapa en el laberinto de nuestro inconsciente. Los que son eliminados deben expresar la imposibilidad de encontrar una solución a nuestros aspectos depresivos. Quizás esto explique el hecho de que este cubo está completamente vacío por dentro. Ningún lugar para sentarse o incluso ese agujero de desperdicio característico de las celdas de una prisión. No hay lavabo ni espejo. E incluso las paredes dan la impresión de que no hay nada ahí fuera. Una cosa es cierta: nos vigilan. No hay otra explicación. Queda por ver si somos conejillos de indias de un sueño o de un plan de vigilia.

CAYETANO

Ah! Astrid, soy un soñador. Las palabras de Valentín me dan una mezcla de alegría y preocupación. De hecho, me asustan. Porque

siempre he valorado la integridad de mi cerebro. Planeo mis crímenes con rigor poético. Nunca elegiría a mis víctimas al azar ni me permitiría una especie de apasionada falta de control que me llevara a matar a alguien. No sé cómo me juzgarás, Astrid, porque reconozco la seriedad de tu causa; mientras que yo me considero sólo un artista del crimen. Ciertamente, el mundo nunca estará dispuesto a aceptar mi poética. Me gusta llamar así a mi inclinación hacia el perfeccionismo. Vivimos bajo la terrible sombra de la hipocresía. Los valores humanos son tan circunstanciales que una misma persona puede actuar bajo diferentes prismas en el mismo día. Por eso, las palabras de Valentín me persiguen, porque según entiendo la situación que él evoca, me lleva a tenerlos como mis otros yo, en una constancia de conflictos que pueden eliminar este sueño mío.

ASTRID

No sé si valorar tus palabras o temerles; pero al menos tienes la valentía de bajar la espada. Lo que si creo es que te das muchas ínfulas cuando hablas de tus crímenes como actos poéticos. Si así lo fueran no estarías aquí encerrado desde hace no sé cuánto tiempo. Los crímenes poéticos, si es que algo así existe, son perfectos; y tú estás condenado a la desaparición y al olvido total. Estoy segura que ni siquiera tú mismo te acuerdas de los asesinatos cometidos. Y esa es la peor de las condenas.

VALENTÍN

Astrid, cada cual tiene la posibilidad de construir su propio abismo; y el de Cayetano tiene la profundidad de la desmemoria; ¿para qué recordárselo? Ni siquiera sabemos si en el próximo segundo podremos contemplarnos y zaherirnos los unos a los otros. Te gusta el vuelo de los buitres; por eso planeas en círculos hasta que descienes y das el zarpazo. ¡Vaya revolucionaria!

CAYETANO

Ciertamente estoy de acuerdo con Valentín. Y siempre pensé en el olvido como un regalo. El olvido nos libera de los arrepentimientos y las astucias del ego. No son pocos los poetas que no recuerdan sus poemas. Y hay un crimen más flagrante contra las letras que contra la sangre. Sin embargo, no se sabe de un mal escritor que haya sido detenido por la baja calidad de su trabajo. Los crímenes

también son una expresión de fraude existencial. En general, condenamos lo que nos molesta. Cuando una obra arquitectónica se derrumba, muy raramente se detiene a su ingeniero calculador. Por no hablar de los delitos políticos, las catástrofes ambientales y los amores traicionados. Sostengo que una sociedad debería revisar las brechas creadas entre la ley y la justicia.

VALENTÍN

Pero, ¿de qué diablos sirve ahora que defiendas algo? ¿Crees que alguna vez saldremos de aquí?

CAYETANO

No, no es eso. Lo que pensamos no debe limitarse a un universo pragmático. Nuestras ideas no siempre son susceptibles de realización. Mira la utopía incondicional de Astrid. Yo mismo planeé muchos crímenes que no pude cometer. Y también hay planes frustrados. Con tanta gestión de los sobornos, nuestras sociedades –si podemos llamarlas nuestras– son un punto de apoyo preciso de lo imposible. Por supuesto que no nos iremos de aquí, mi querido enano. O nos iremos como ya se fueron Abelardo y Santiago. Seremos drenados por una de las bocas de alcantarilla de la realidad. En la medida en que este cubo puede verse como una realidad. Pero bueno, me pregunto cuántos proyectos de embalsamamiento para tus muñecas quedaron en el cajón, por la imposibilidad de materializarse.

ASTRID

La reflexión de Valentín es bastante aguda. Lastimosamente vivimos en una época donde hacemos del historicismo el ojo de todas nuestras pesquisas; y sin embargo, vivimos en el olvido perenne. La catástrofe de ayer se olvida por la que vivimos hoy y así..., *ad infinitum*... Además, una gran parte de la población humana vive por fuera de ese historicismo; solo recuerdan su propia cosmogonía y con eso es más que suficiente. Los malos poetas a veces son más recordados que los buenos; estos últimos ni siquiera circulan en las manos de lectores. Y así podría seguir enumerando la imposibilidad del ser humano de dejar una huella; sobre todo una que sea válida para que los que viene detrás no se pierdan en el camino.

CAYETANO

Bueno..., no creo en tanto pesimismo; pienso, por ejemplo en la *Novena Sinfonía* de Beethoven o en el *Bolero* de Ravel o en Miguel Ángel o en Shakespeare y me doy cuenta que no todo está perdido.

VALENTÍN

Pero no se trata de perderse o no. El punto central es que vivimos ante esta imposibilidad: la perpetuidad de lo que somos. Se nos hace creer que esta perpetuidad es el resultado de la competencia. Y que hay un juez supremo de nuestras ideas y nuestras acciones. Quizá, como una forma secreta de resistencia, y de ahí proviene la disensión entre idea y acto. Por supuesto, el riesgo de una esquizofrenia generalizada era inevitable, lo que acabó alimentando tanto el emporio de las religiones como la plusvalía de la industria farmacéutica.

CAYETANO

¿No le das importancia a todas las grandes obras artísticas de la humanidad?

VALENTÍN

Como espectador de ellas, sí. Sin embargo, hay dos cosas que no puedo dejar de considerar: las grandes obras del pasado solo confirman que estamos empobreciendo nuestro espíritu; o de lo contrario se nos conduce a una nostalgia corrosiva, que no nos permite ver que las obras del presente también son igualmente valiosas. Mis muñecas, por ejemplo, tengo la misma consideración por todas ellas. No creo que una sea mejor que la otra. Pero está claro que para que esta perspectiva me sirva, debo mantener siempre renovado mi sentido crítico. Elegir las chicas que se rellenarán bien; mejorar siempre las técnicas utilizadas; etc. De lo contrario, seré derrotado por una falsa ambición de eternidad. *[Al final de esta frase, Valentín continuó gesticulando y hablando, sin poder oír su voz. Astrid y Cayetano lo miraron asombrados, indecisos sobre lo que debían hacer. Sin embargo, todo fue muy rápido. El cuerpo de Valentín se desintegró, como si lo trasladaran a otro lugar. Pronto desapareció por completo y la oscuridad se apoderó de la escena.]*

ACTO 4

Escenario oscuro. Una nueva variación de la misma pieza de Edgar Varese es ejecutada por la misma sierra con arco de violín y el xilófono de agua. La luz aparece poco a poco, a medida que la música desaparece, mostrando en el centro del escenario el mismo cubo de acrílico, donde se encuentran solamente dos de los criminales condenados a muerte a la espera de la fecha de su ejecución. Ya no están ni Abelardo ni Santiago ni Valentín. Astrid y Cayetano están sentados en el suelo, de espaldas al público.

ASTRID

Ahora sabemos que uno de nosotros será el próximo en desaparecer, y temo por la solitaria agonía de quién será el último.

CAYETANO

Antes decías que no tenías miedo a la muerte o a la desaparición; ¿y ahora comienzas a imaginar un final agobiado por la soledad? ¿De cuándo acá hemos vivido sin ella? Podemos ser gregarios, podemos vivir en este cubo con alguien más –como es nuestro caso–; y sin embargo, la soledad está ahí. En lo que a mí respecta es mi única compañía no necesito a nadie más. Lo que si necesito es silencio, y tú hablas demasiado.

ASTRID

Hemos vivido aquí posiblemente desde hace centurias ¿y todavía me reprochas mi existencia? En cierta forma el que tiene miedo eres tú; eres incapaz de soportar la presencia de otro ser humano; tal vez porque tus crímenes son tan atroces que prefieres que nadie te mire a los ojos. ¿O acaso todavía crees en la redención? Si es así eres aún más ingenuo de lo que creía. Y la *naïveté* se paga muy caro en este abismo en el que vegetamos. [Un silencio incómodo se apodera de ese momento. Pronto aparece un rasguño de forma circular en el suelo, cuyo contenido se tiñe de negro. Astrid es la primera en notar lo que

parece ser un agujero.] Mira esto. ¿Tan pronto llegó el momento de uno de nosotros?

CAYETANO

No creo. Debe haber otra razón para este agujero. De hecho, ¿es realmente un agujero? [*Cayetano sube en el agujero y no pasa nada.*] Es sólo una farsa, un agujero falso.

ASTRID

Quizás este cubo también sea solo una apariencia. Después de todo, ninguno de nosotros ha tocado sus paredes. [*Astrid, al decir esto, toca una de las paredes del cubo.*] Es muy sólido, no es mentira. Estamos realmente atrapados aquí.

CAYETANO

Este agujero sin vida debe ser pura provocación.

ASTRID

O tal vez algo que nos advierta que deberíamos hacer un mejor uso de nuestro tiempo. Quizás deberíamos situar mejor nuestros miedos. ¿Quieres empezar?

CAYETANO

No sé porqué hablas de miedo; al menos no lo hagas en plural. La solidez de las paredes de este cubo solo existen en las pesadillas y nuestras vidas son eso, solo pesadillas. Es muy posible que tú no existas y que seas solo un monstruo que yo mismo engendré en las largas noches de insomnio; así puedo imaginar a cada instante los vejámenes y torturas que puedo inferirte; también me regodeo con diversas formas de asesinarte; y a decir verdad, son infinitas.

ASTRID

Vaya... vaya... vaya... Cito:– *El sueño de la razón produce monstruos*; ¿ahora, cuándo ya tienes un pie en la otra dimensión, haces alusión de Goya? Jamás oculto que el *miedo* forma parte de mi devenir. Sin miedo no sería nada. El miedo me mantiene en alerta; tal vez por eso nunca has podido ni torturarme ni menos asesinarme. Erámos cinco prisioneros, cuatro hombres y yo, que soy mujer. Incluso es

muy posible que desaparezcas antes que yo. Al menos la estadística así parece confirmarlo.

CAYETANO

De hecho, nunca pensé en ninguno de nosotros como cuatro hombres y una mujer. Tan pronto como llegué aquí me di cuenta de que tal vez somos parte de un contrato, o una estrategia para cambiar la órbita de la realidad. Quizás seamos una y la misma persona, desfigurados por transmutaciones de diferentes dimensiones. ¿De qué otra manera podemos aceptar la falta de memoria de cómo terminamos aquí? Y de la forma en que nos iban eliminando, uno a uno, ¿qué fuerzas eléctricas justificarían esto? No sabemos si Abelardo y los otros dos, cuyos nombres ya no recuerdo, fueron asesinados o no. De hecho, ni siquiera sabemos si existieron.

ASTRID

Estas dudas también son válidas para nosotros. ¿Alguien está traficando con nuestros recuerdos o somos solo una hipótesis incomprensible de transmigración de almas? Ahora que solo somos nosotros dos, ¿qué somos? O más bien: ¿somos dos o somos uno solo que proyecta una expansión de sus angustias paralelas sobre el otro, que de otro modo no sería capaz de distinguirlas? Y el hecho de que esta misteriosa morada que pensamos que es una prisión esté herméticamente cerrada, de imposible comunicación entre interior y exterior, ¿no te asusta? Yo tengo pánico, especialmente cuando pienso que en cualquier momento – y como los momentos son confusos nunca sabremos si ayer o mañana – puedo quedarme aquí verdaderamente sola.

CAYETANO

Esa es tu condena, ¿o es la mía? Tener que soportar tu miedo debe ser como soportar mis dudas. En todo caso lo único seguro es que vivimos en una entelequia; tú no sabes si yo existo y para mí tú solo existes en la medida en que yo te imagino. Y como a veces ni siquiera pienso en ti, así estés al frente mío, pues simple y llanamente dejas de existir. En eso Platón sigue siendo un filósofo necesario y contemporáneo.

ASTRID

Todo esa verborrea con la que deseas parecer como culto, refinado y profundo solo es para esconderte de tus propios miedos. La prueba es que antes casi no hablabas; y ahora, cuando los otros compañeros se han volatilizado, no dejas de parlotear como una lora mojada. ¡Eres patético! ¡Qué lastima me das!

CAYETANO

Ahora finalmente entiendo lo que está pasando. Estás articulando una distracción en el funcionamiento de esa maldita caja, de modo que yo soy el próximo en ser eliminado. Tanto es así que mientras hablo ya siento que me desvanezco, incluso en ausencia de espejos me veo perdiendo forma. No tendrás protección en tu soledad. No encontrarás refugio en tus sueños porque no podrás dormir. No descifrarás los enigmas de tu locura porque ya no habrá simultaneidad de abismos. Tendrás el final más grosero y ni siquiera te darás cuenta de ello. Cuando desaparezca por completo, ya no existirás.

ASTRID

Para eso te vas de una vez, porque prefiero enfrentar el vacío que seguir a tu lado. ¡Al diablo con usted! [*La última frase fue gritada en la oscuridad.*]

ACTO 5

Escenario oscuro. Una nueva variación de la misma pieza de Edgar Varese, pero esta vez ejecutada solamente por la sierra con arco de violín. Cuando se enciende la luz, encontramos el cuerpo desnudo de Astrid tirado en el suelo. La música se detiene y ella se sienta, tapándose la cara con las manos.

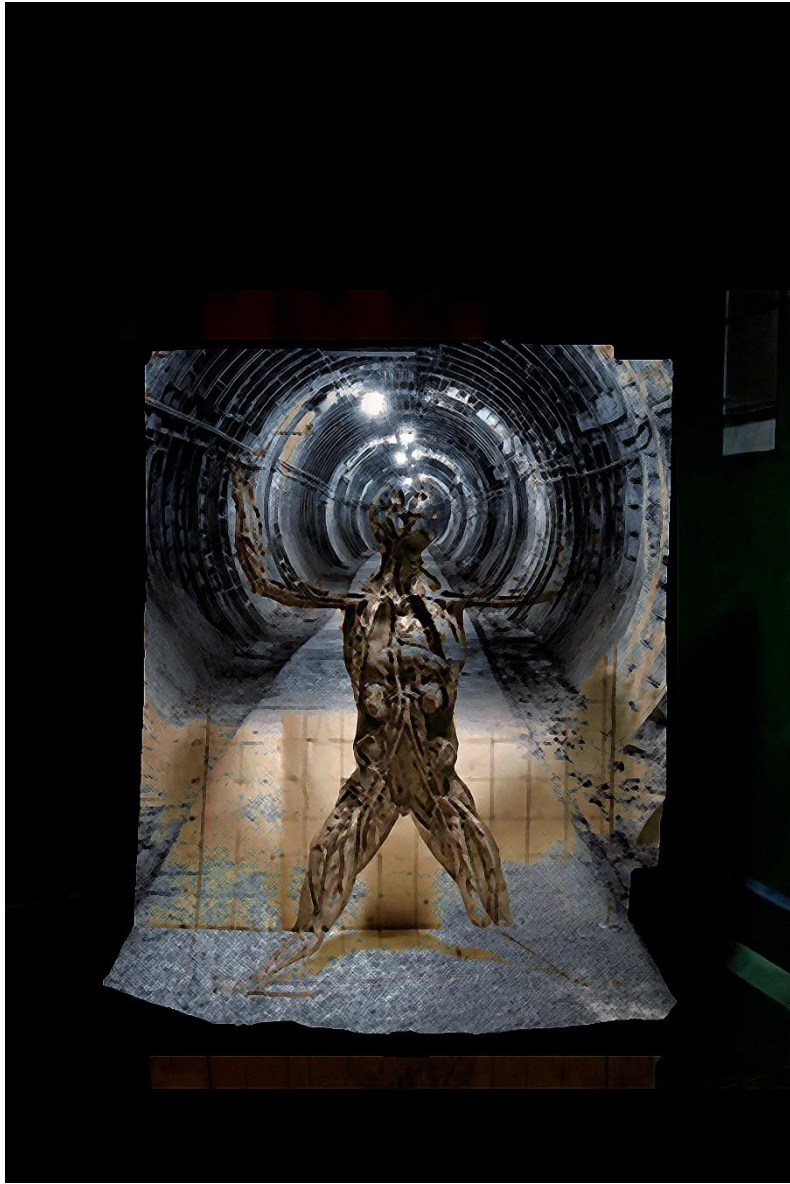
ASTRID

Tengo miedo de abrir los ojos y encontrarme rodeada de fantasmas. Estas sombras silenciosas que se alimentan de nuestro miedo. El recuerdo está lleno de fantasmas. Las experiencias insatisfactorias, las farsas oníricas, las frustraciones de la vigilia. De repente aparecen las siluetas de mundos paralelos, la desfiguración de nuestras ansiedades y conflictos. Busco un patrón, el trazo de un guion de esta existencia que nos masaca. No creo que la secuencia de anulaciones de los delincuentes con los que compartí este cubo fuera el patrón que pudiera apuntar a una lógica aceptable. Quizás las variaciones de la música que regía cada ciclo. Quizás la forma en que mi memoria se ha reducido a la que soy y no estoy seguro de quién podría ser. Si me quedaba ser la última, podría ser la bandera de un castigo previamente señalado, o un reflejo de la anarquía que caracterizó mi vida, hasta el punto de que la sociedad me consideraba una criminal. Debería reírme ahora. Recuerdo a otros cautiverios, compartidos con cómplices de viajes, que siempre fueron demasiado serios, mientras yo sostenía que la anarquía no podía existir sin una intensa dosis de humor. El mundo que pretendemos destronar, destrozando su prescripción de valores morales, su cartilla de renuncias, este mundo, incluso antes que lamentable, es risible, y la mera necesidad de una ruptura anarquista es un hecho ridículo. Y que sea yo – cualquiera lo pensaría – la persona indicada para sembrar este lío, es motivo suficiente para reír. [*Poco a poco ella se eleva y se mueve de un lado para el otro, con la mirada perdida y el miedo estremeciendo sus manos.*] El abismo

es, posiblemente, la fuerza más poderosa que existe en el universo; es él el creador y el destructor; por eso nos atrae como si fuese un imán enorme que gravita en el centro de la tierra. Sus dedos, largos y callosos, mueven los hilos de los que pende cada uno de nosotros. Sé que mi hora final está aquí, a mi lado, solo le bastará mirarme a los ojos por una milésima de segundo para que el imán me absorba sin dejar rastro. ¿Qué quedará de mí? Nada, ni siquiera el recuerdo de mi monumental fracaso. Ya no hay testigos, ni fotos, ni videos que den cuenta de mi paso por el mundo o por este cubo que absorbió la parte más larga de mi efímera existencia. El olvido es un rey que da jaque mate a la reina; y yo ni siquiera alcancé a ser peón. En cualquier caso, aún persiste la pregunta de cuánto pude haber estado en estos vacíos de existencia en los que nos perdimos. Este espacio, que supuestamente habito, es un reflejo de lo absurdo, y tal vez es él quien me habita, tal vez soy el hogar de ese vacío. Una forma extraña de estar en el mundo. Miro mi cuerpo y trato de recordar mi rostro. Siempre pensé que los espejos son una especie de contaminación del alma, un veneno que desfigura lo íntimo. Y ahora tengo que recurrir a la memoria o la imaginación para revelar mis rasgos. [*Se toca la cara con las manos.*] Tengo miedo de descubrir que no tiene sentido saber quién soy. Incluso el significado de estar aquí, aislada de todo, ¿de qué me servirá saberlo? Soy Narciza y cuando le di la espalda a mi propio eco en mis puños crecieron cadenas infinitas que me impiden avanzar; en cierta forma son una gruta cuyo silencio hace aun más infernal la soledad en la que me hundo inexorablemente. Y si no me he tirado a las aguas es porque en este averno no existen y mi memoria es incapaz de recordarlas en su justa medida. La soledad me ahoga, me impide respirar, y cuando creo que ya llegó el final, la última hora, un aliento surge de las entrañas de la cavidad torácica que me impide hundirme en la nada; segundos después la tortura comienza de nuevo. Vegeto en mi propia inmundicia, me arrastro cual reptil condenado a vivir en el pavor. [*Sigue caminando de lado a lado de la caja, cuando, de repente, la luz comienza a apagarse, como si estuviera a punto de arder.*]. ¿Qué es eso? ¿Es este el primer signo de la realidad, la existencia de una luz, aunque solo la noté en sus últimos momentos? ¿Qué muerte nos aguarda, la mía o la de la luz? Tarde o temprano cada cosa mira la cara de su revés. La mirada llena de baches de esa luna fallida ahora me recuerda que esta

ausencia de todo lo que me encuentro un día estaría llena de algo, como alguien que se da vuelta y finalmente descubre cosas inimaginables. Pero, ¿qué descubriré ahora, cuando es más probable que ya esté muerta? [*La luz se apaga por completo y luego aparece un hilo de luz móvil sobre la cabeza de Astrid, que la acompaña a donde quiera que camine dentro del cubo.*] A lo mejor hace decenios que estoy muerta y nunca lo acepté. De otra forma, ¿cómo entender que vegete en este cubo sin comer, sin beber, sin un WC, sin una ducha? ¿Cómo entender la presencia fantasmal de los cuatro condenados a muerte con lo que compartí este espacio miserable y a los que me unía el desespero y la infamia? Aun así debo reconocer que ese legado deja improntas e incluso enseñanzas. Sólo que no siempre lo que aprendemos es lo que soñábamos en la juventud. La realidad es un juego de espejos infinitos en el que nos extraviarnos como si fuese un laberinto; solo que en este caso no hay Ariadnas que auxiliem con hilos ni Dédalos que construyan alas para salir volando. Ni siquiera hay una sombra. Incluso con esa luz que desciende de un techo imaginario, que me persigue como un animal hambriento. No hay sombra. Solo puedo imaginar la proyección de mi cuerpo en el mundo. Y como no veo mis ojos, tampoco puedo ver lo que está pasando dentro de mí. La verdadera anarquía debe ser esa confianza ciega en la imaginación. Sin parámetros, brújula, historia. Con cada paso se forma un nuevo abismo y nos sumergimos en él como si nada pudiera alcanzarnos. La oscuridad es una obsesión que no conoce la anarquía. El caos es la pluma con la que escribimos nuestras vidas. La anarquía, por otro lado, es la verdadera fuente de lo inesperado, lo indescifrable. De nada sirve saber el nombre de las cosas. El origen de cada ser es una ilusión atribuida a nuestra fragilidad emocional. [*Mientras Astrid habla, el hilo de luz se reduce a casi nada, hasta que desaparece por completo, dejando la escena completamente a oscuras. En silencio, por un momento. Se escucha un grito de alegría.*] Ah, esa luz ya no me ciega. Ese abismo ya no me traga. Solo he entrado en el túnel que carece de camino de retorno, la luz conduce mis pasos al fondo de su boca, no camino, no salto, no bailo; y sin embargo, me muevo con gran facilidad, como si tuviese alas en mis tobillos; a lo mejor es Dédalo que las puso sin que yo me diera cuenta. [*Un segundo de silencio.*] La oscuridad ya no me domina. No necesito fantasmas ni utopías. Estoy lleno en esta absoluta ausencia de

todo. ¿Viva? ¿Muerto? No importa. Un día todos aprenderemos a ser solo eso. Nada. [El escenario permanece a oscuras, las cortinas se cierran. Fin del quinto y último acto.]



LAS RESURRECCIONES
ÍNTIMAS

drama surrealista en siete actos

ACTO I

Cuando se abre el telón, aparece un escenario vacío y justo a la derecha entra un personaje que lleva con dificultad una caja roja con algo alrededor de 70cm en la base. Hay ocasiones en las que consigue levantar la caja en sus manos, o bien la empuja al suelo hasta el centro del escenario, sudando, visiblemente cansado. Al llegar allí, se habla a sí mismo sobre el destino de sus días.

ÉL

¿Qué me hizo venir aquí, trayendo esta caja cuyo contenido ni siquiera puedo imaginar? ¿Es el sepulcro de las cosas que no pude lograr? ¿O es solo una anécdota de la tontería que me dice qué diablos soy? Pero en ningún caso encuentro esos signos de lo que imagino es mi rostro pasado, el molde de mi vida.

Mientras sigue considerando sus dudas, desde el otro lado del escenario entra una mujer, como si se acercara a un parque, y en cuanto ve a ese extraño hablando solo, lo mira.

ELLA (*saca un espejito de su bolsa y conversa con él*)

La soledad es una hidra de mil cabezas que nos devora a cada segundo, vivimos en un mundo superpoblado y sin embargo no tenemos a nadie que tenga la paciencia de escucharnos así sea por un instante; como este hombre que parece arrastrar los demonios que lo habitan, deben pesarle mucho.

El hombre intenta abrir la caja, inútilmente. Cambia sus lados, y nada.

ÉL

Yo creo que ya no es más posible cambiar el mundo, pues la realidad se ha alterado de tal manera que ella misma ya no sabe qué es. Imagino que dentro de esta caja hay una última perspectiva de mi vida. Pero, ¿cómo abrir este rompecabezas?

ELLA (*mientras habla le da vueltas al espejo*)

La vida está hecha de retazos de otras vidas cocidas en un burdo *patchwork*, y cuando tratamos de cubrirnos con él constatamos su

fragilidad, y como gran paradoja nos aplasta el peso del tiempo inexorable y de las agonías que lo pueblan.

El hombre lanza la caja de un lado a otro. Hasta que uno de esos momentos, golpea los pies de la mujer.

ELLA

¿Qué crees que estás haciendo?

El hombre reacciona como sino notara la presencia de la mujer, excepto su voz, que cree que ha salido de la caja.

ÉL

El milagro de la voz es que puede aparecer por sí sola, sin un cuerpo que la acompañe. ¿O es esta la voz de una caja que no se puede abrir?

ELLA (visiblemente molesta)

No solo me golpeas con una caja que parece de hierro sino que ni siquiera nos ves; tu aparente ceguera es un insulto para mí y para mi espejo. Hace rato que te observamos como le das patadas a esa miserable caja y con cada golpe te vas de bruces; no demoras en quedar tirado en el piso sin que puedas levantarte más; tendrás que reptar si quieres seguir moviendo esa caja ridícula.

ÉL

No puede ser diferente. Desde el principio, todo en esta caja es más que silencio o ausencia. Oculta una forma misteriosa de locura, una ira secreta... O tal vez encierra en sí misma la clave de todos los pecados capitales.

El hombre se sienta junto a la caja, saca un lápiz del bolsillo y comienza a dibujar símbolos indescifrables.

ELLA (su indignación da paso a una cierta euforia)

No puede ser..., ahora resulta que me tropecé con la momia de un escriba. Tu caja repleta de signos indescifrables y de recuerdos de tiempos antiguos parece tener más cordura que tú y yo juntos. En realidad, me pareces un hombre simpático.

El hombre gira todos los lados de la caja, anotando los símbolos por todas partes.

ÉL

La locura se expande y ahora me atrae la conversación con esta caja. Quizás falte la combinación correcta de símbolos que permita que la voz se muestre en un cuerpo. ¿O tengo que hablar con esta fantasmagoría? ¿Simpático? ¿Qué puede ser bueno en alguien que se ha perdido a sí mismo?

ELLA

El arte de perderse a sí mismo es la tarea más difícil y la única que debería existir. Ahora entiendo porque arrastras esa caja; en ella has salvaguardado la memoria del universo. No hagas esa cara ni refunfuñes; aunque no lo reconozcas tú eres el guardián extraviado de los códigos que nos habitan desde siempre.

ÉL

Ahora debo resignarme y seguir hablando con una caja cerrada que, dado su peso, siempre me ha parecido vacía. ¿Será así con los secretos del universo? ¿Nuestra idea de entender el mundo es solo un módulo vacío que arrastramos con nosotros, creyendo que es nuestra representación de los fenómenos vitales? ¿Y ahora como un tonto no tengo más que caer en la conversación de esta caja de paradojas?

ELLA

La resignación no tiene cabida en tu caja de paradojas. Los símbolos acrecientan la incertidumbre y a veces apaciguan el miedo que nos produce su decodificación. En cierta forma eres la memoria de Champollion; tu caja es la reencarnación de su piedra. Una piedra que rueda de un lado a otro y de un continente a otro. La piedra de la locura.

Tan pronto como la mujer termina de hablar, una gran bola, de 70 cm de diámetro, en azul oscuro, entra al escenario. La bola termina golpeando la espalda del hombre que sigue sentado en el suelo.

¡No es posible que ahora todo el mundo decida chocar contra mi cuerpo! ¿Qué habré hecho para sufrir los efectos de esta rebelión de colores y formas? Apuesto a que la bola también está llena de vacío. No tengo ninguna duda de que sale otra voz cuestionando mi vida...

ELLA # 2

No me siento bien. Ni siquiera sé cómo llegué aquí.

ELLA # 1 (*guarda el espejo en su bolsillo y se acerca a la segunda mujer*)
Deja que te ayude. Debes haber perdido la noción del espacio.

ELLA # 2

Realmente desearía haber perdido la consciencia, porque no veo ninguna razón para darle la vuelta al mundo de un lado a otro.

ELLA # 1

La conciencia y el desplazamiento espacio-temporal viajan en rectas paralelas por lo que nunca se encuentran; por eso dices que no sabes a qué hora fuiste uno de los personajes de Verne. Sin embargo, llevas dándole la vuelta al mundo desde mucho antes que fueras expulsada del único túnel de donde nunca debiste salir. He ahí la explicación a tu enigma.

El hombre abraza el globo azul y mueve su cuerpo como si dependiera de este rito para deslizarse por el escenario. Las dos mujeres se sientan a mirarlo. El silencio parece nutrir una canción que poco a poco identificamos como un mantra. Pasan las noches donde cada uno se descubre a sí mismo, aquí está la frase que se repite sin cesar, primero apenas susurrada, luego cantada con más claridad. El hombre continúa deslizándose por las cuatro esquinas hasta que se arrodilla en el centro, inclinado sobre el globo.

ÉL

No entiendo el momento en que las imágenes se nublan y renacen con dichos que desencadenan un descubrimiento inesperado. Las voces que salen del interior de estas imágenes, sus variados timbres, la agudeza de los verbos luminosos, todo esto lo sentí por primera vez en mi niñez. Una vez, cuando me desperté en medio

de la noche, encontré una pequeña caja en el centro de la habitación y cuando la abrí vi un acantilado profundizándose en el interior. Si bajara allí, ciertamente nunca llegaría al presente. Esa caja fue mi primer abismo y solo pude mirarla. Poco a poco fui aprendiendo que la única forma de llegar aquí es atravesando el tiempo en sus diversos desafíos. Solo alcanzamos la tridimensionalidad de las formas cuando nos perdemos en su interior. El globo está dentro de una caja, y ciertamente una pirámide perpetuaría su movimiento, como un acertijo lleno de sombras y ritmos.

ELLA # 1

Creo que ahora podrá abrir la caja.

ELLA # 2 (*dirigiéndose al hombre*)

¿Cómo podemos ayudarte? (*mientras hace la pregunta saca de debajo de su manga una larga vara*). Creo que lo mejor es comenzar por la caja de tu infancia; no todos los precipicios se tragan a los niños que los contemplan. Pon esta vara sobre tu propio abismo y caminas por ella de un extremo al otro como el funámbulo en el que te has convertido; y al llegar a la mitad del recorrido haces un triple salto para desafiar las profundidades de esa sima que te habita. Entonces te darás cuenta que con cada salto pasas de una galaxia a otra; porque de nada sirve atravesar el tiempo y enfrentarse a sus desafíos sino puedes hacerle frente al espacio por más abismal que sea.

ELLA # 1

Para conocerse a sí mismo hay que perderse en el piélago de sus propios fantasmas y luego contemplarse en el averno como si se tratase de un espejo; por eso siempre tengo uno en mi mano. En cierta forma es una especie de oráculo que me desvela los enigmas de la existencia, del olvido y de la muerte.

ÉL (*con algo de sarcasmo*)

¿No se puede ir a la escuela? ¿No hay un libro que nos muestre el mejor camino a seguir? Por suerte no le tengo miedo a las alturas. Puedo cruzar el abismo e incluso burlarme de los monstruos de

abajo; esas lagartijas morales que infestan el desierto de muchas almas asustadas.

El hombre acepta el palo, lo pone en el suelo e imita los movimientos de alguien que camina sobre él, provocando al mundo a sus pies. Mientras tanto, la primera mujer ocupa su lugar en los movimientos bruscamente eróticos que realiza con el globo terráqueo a través de la escena. Y mientras se mueve repite el mismo mantra: Pasan las noches donde cada uno se descubre a sí mismo.

ÉL

Ahora es el momento de que esta pelota se hable a sí misma...

ELLA # 2

¿Estás seguro de que todavía no ves a la mujer que baila con el globo terráqueo?

ÉL

Debes estar delirando; en este parque solo estamos tú y yo, no hay nadie más. Lo que si percibo es un movimiento frenético de caderas; no en vano Asturias decía que el Trópico es el sexo de la Tierra. Pero puesto que tú si parece verla, ¿podrías describírmela? Hace tiempo busco a una mujer que soñé cuando era niño.

ELLA # 2

Los sueños llevan en su esfera un secreto. A veces somos lo contrario de lo que vemos. La realidad de los sueños es un teatro de inversiones. Incluso cuando nos identificamos con sus personajes, existe el riesgo de que esta identificación no sea más que una especulación en las sombras, una idealización o un juego de máscaras. Desde que llegué aquí, observé por primera vez a esta mujer que no debe ser la misma de tu sueño. Su cuerpo esbelto, su ropa ajustada, la majestuosidad de su mirada curiosa. Ninguna escena podría estar completa sin su presencia iluminadora. Ella cuestiona al mundo en cada gesto.

ÉL

Dentro de esa caja que encontré en mi habitación, en el abismo que crecía en su interior, allí donde las lagartijas del lenguaje

disfrutaban de sus sombras, había una mujer cuya desnudez se movía sobre los cuerpos reptantes de esas bestias. Quizás fue ella, quien ahora regresa para atormentar el presente. Quizás por eso no la veo, porque tengo que reconocerla poco a poco, a medida que voy conquistando mis fantasmas. Quizás por eso estás aquí, para ayudarme en este camino.

ELLA # 2

La mujer que describes parece ser la bruja de *La Sirenita*. No, no pongas esa cara, no me río de ti. Lo que pasa es que esa mujer que describes reptando con serpientes no puede ser la mujer que está en frente de nosotros y que te mira con cierto sarcasmo y a la vez con ternura. La danza de esta mujer no es la danza macabra; es, más bien, la danza de la lujuria y del éxtasis; dos características antagónicas a la Muerte.

ÉL

Esta mujer me gusta mucho más que la otra, que fue durante mucho tiempo motivo de aflicción nocturna. Cuando dormía siempre temía despertarme dentro de esa caja sombría.

Mientras los dos conversan, la primera mujer sigue bailando hasta quedar impresionada por la pirámide negra, con la misma base de 70cm que el cajón y la pelota, que desciende desde lo alto en el centro del escenario, colgando de un hilo invisible. Los otros dos personajes también parecen intrigados por la entrada de esa pirámide en la escena.

ELLA # 1

Lo que ahora tenemos que desentrañar es un misterio mucho mayor que nuestra presencia en el mundo.

ÉL

La maldita caja no deja de hablar. Tengo que encontrar una forma de abrirla. ¿Me ayudas?

ELLA # 2

No puedo hacerlo puesto que es un desafío que te impone tu propio inconsciente. Y seguro que solo verás a la primera mujer

cuando abras el cubo y te des cuenta de que ella no está adentro, que siempre ha estado aquí, con nosotros.

ELLA # 1

El gran dilema de este hombre es que cree que todos los arcanos del universo están atrapados en esa caja que arrastra de un lado para otro y que le pesa como la vida misma; esa condena impuesta por él mismo le impide verme.

La pirámide queda suspendida en el aire y no deja de oscilar de un lado para otro. Los personajes la siguen con sus ojos sin dejar de mover las cabezas.

LA PIRÁMIDE

El cubo que arrastras es la base que perdí en una tormenta de arena hace milenios, desde entonces la persigo y ahora constato que su interior te agobia cuando para mí es el centro y fundamento de mi existencia.

ÉL

¡Otro objeto parlante! y ahora lo entiendo: no es la voz de una mujer lo que oigo dentro del cubo, sino la voz del propio cubo. En vista de esto, me asombra que el globo esté mudo, porque también debería decirnos algo. Cómo se dividen estas formas en sus apariciones inesperadas. ¿O ya habían previsto su presencia entre nosotros? Las pirámides con sus escaleras que crecen hacia adentro. El cubo con la inagotable multiplicación de sus cielos. El globo con su obsesión por ser un día nuevo, principio, razón esférica de todo. ¿Cómo entenderlos revestidos de alegorías que nos devoran como un salón de espejos?

LA PIRÁMIDE

Creo que serías un gran árbol de muchos dobles, sino fuera por el riesgo de una muerte prematura que paralizara los símbolos de tu premonición.

ÉL

¿Yo? ¿Por quién me tomas? ¿Un druida? ¿Un golem? ¿Un dragón? ¿Una bestia asombrada aplastada por la dialéctica?

LA PIRÁMIDE

¿Quién regaría sus propias vísceras con este diluido aceite de presunción?

Las dos mujeres comienzan a reír y se acercan una a la otra, ondulando sus cuerpos en una danza serpenteante. La pirámide continúa su rito pendular, mientras el globo y el cubo esperan a que las mujeres los involucren en su baile. La música surge invisible. Los instrumentos repiten la melodía del mantra que acompaña a los movimientos.

ÉL (*viendo bailar a la segunda mujer*)

La loca que ama bailar sola... Como una serpiente cósmica cargada de ilusiones. Ahora entiendo porqué siempre se mira en el espejo que tiene en su mano como si fuese una argolla matrimonial. La mujer con la que dice hablar es solo su propio reflejo. ¡Y yo que creía que estaba loco! La loca es ella, sufre una especie de síndrome de desdoblamiento, aunque parece no saberlo.

ELLA

En este universo paralelo donde los objetos y los monumentos razonan y hablan, donde la mujer que viene del desierto danza con una música que solo escuchan sus oídos y donde este hombre que se niega a ver lo que lo rodea, es el único universo tangible y verdadero; así a veces se esfuma en este aire envenenado desde que Sócrates bebió la cicuta.

LA PIRÁMIDE

Parece ser que ninguno de ellos entiende que duermen en mi interior; no saben ni siquiera que hace mucho dejaron de tener vísceras y que son solo momias que yo controlo hasta más allá del fin de los tiempos.

ELLA # 1 (*la voz dentro de la caja*)

Si miramos de cerca, somos solo tres personajes y los objetos cobran vida como efecto de nuestra ilusión de estar en el mundo. Imaginar geometría animada es ridículo. (*dirigiéndose al hombre*) Hay que despertar de esa suspensión, caminar (*grita*), dejar de ser un imbécil. ¿No ves que solo estamos nosotros tres aquí?

De repente, el escenario está completamente a oscuras y en silencio. Dos rayos de luz oscilan de un lado a otro, lo que permite ver que comienzan a llover minúsculos cartones laminados, de diferentes colores, que reflejan chispas centelleantes al ser tocados por la luz. La lluvia tarda un rato hasta que el escenario vuelve a sumergirse en la oscuridad. A los lados se encienden unas velas y se disponen los tres objetos, irregulares, mientras que en el centro, uno frente al otro, formando un triángulo, se sientan el hombre y las dos mujeres.

ÉL

Un espejismo puede disipar todo lo que imaginamos que existe. Cómo una linterna puede borrar la oscuridad. Ciertas imágenes deciden por nosotros lo que debemos ver. Lo que tenemos en común con el soñar despierto es que solo lo entendemos fuera de nosotros, en el otro.

ELLA # 1

Ahora que puedes verme, digo mirándote a los ojos que nunca quise que me vieras diferente de lo que soy.

ELLA # 2

Pero, ¿cómo sabría él quién eres?

ÉL

Ella acierta en lo que dice. Lo que vemos en el otro es siempre un juego, una máscara.

ELLA # 2

La marca de un deseo.

ELLA # 1

Confiesa que te gustaría tener sexo con nosotras dos.

ÉL

No podríamos. Hay cosas que no podemos hacer donde estamos.

ELLA # 1

Las máscaras son juegos infinitos de poder sobre los otros, al menos eso es lo que creemos. La verdad es otra. Las máscaras sirven para ocultarnos de nosotros mismos; con ellas evitamos mirarnos en las profundidades de nuestra propia psiquis y sobre todo nos sirven de huellas para no perdernos en los sueños; si eso llegase a pasar no habría camino de retorno.

EL

¡Es lo que estoy diciendo desde hace rato! Nosotros solo somos una ilusión sacada del sombrero de un aprendiz de mago.

ELLA # 2

¿Cómo conejos?

EL

Yo diría más bien como cobras.

Un viento frío se apodera del escenario, todos los personajes se ponen a temblar, incluyendo el cubo y la pirámide.

ELLA # 1

Un frío me recorre la espina dorsal y tritura mis huesos. El espejo ya no refleja mi imagen puesto que entendió que solo reflejaba máscaras. Ahora estoy condenada a la soledad sempiterna; y todo por tu culpa.

ÉL

¿Cómo es posible que sea culpa mía? Ustedes no entienden todo lo que digo. Cuando digo que hay cosas que no podemos hacer aquí, ambas piensan inmediatamente que es una imposibilidad filosófica.

ELLA # 2

¿Y qué otra imposibilidad podría ser?

ÉL (*un poco molesto*)

¡Física! El espacio escénico en el teatro tiene sus características. Si quiero comer conejos, no puedo matarlos ni asarlos. En el cine

puedo hacerlo, pero aquí no. Solo en el cine puedo cruzar un río o cruzar los cielos en un balón.

ELLA # 1

¡Qué gran payaso! Aquí podemos crear las condiciones para la imaginación...

ÉL

Pero esto es otra cosa. Imaginar es también una acción, puedo caminar, soñar, imaginar. Pero cuando camino no me imagino mis propios pasos.

ELLA # 2

Debe ser el frío. ¡Se volvió loco para siempre!

ÉL

Vaya descubrimiento... ¿Acaso no se han dado cuenta que nuestros cerebros se fugaron para siempre cuando la piedra de la locura se instaló en nuestras cabezas errantes? No en vano Rimbaud hablaba de "yo es otro". Y si bien es verdad que podemos soñar, imaginar, recrear horizontes; la verdad es que el espacio físico, el que nos rodea, el que pisamos a cada instante, es único e indivisible. Entre todas las dudas esa es la única certeza.

ELLA # 1

Creo que hace tiempo que no toma ajeno

ELLA # 2

Ni fuma hachís

ELLA # 1

Parece que también abandonó la vida disoluta.

ELLA # 2

Y los catres que danzan en la noche

ELLA # 1

Y la mesa rabelesiana

ELLA # 2

Está muerto en vida, de ahí que arrastre esa caja como quien arrastra una tragedia griega.

Mientras escucha a las mujeres que lo maldicen, el hombre se acerca a su cubo y lo abraza con una caricia melancólica.

ÉL

Toda mi vida se ha ido desde que encontré esa maldita caja. Ya he utilizado todos los recursos simbólicos que conozco para intentar abrir este intrigante objeto. Mis días se están desmoronando lentamente. Atrás quedaron mis huellas de resistencia. Los cordones de mis sueños. Solo tengo estas pequeñas piedras de sofisma en mis bolsillos.

ELLA # 2 (*se dirige a la otra mujer*)

Su cerebro no debe estar funcionando bien, seguro.

ÉL

La tragedia griega forma parte del espacio que habitamos. En cierta forma vivimos en el gran escenario de Epidauro; por eso todos somos actores de un drama que se perpetua desde que Ifigenia, *La del linaje poderoso*, fuese obligada a sacrificarse para que Artemisa dirigiera los vientos a favor de las naos aqueas.

ELLA # 1 (*a la otra mujer*)

Habla como un maestro escolar que ha perdido sus estudiantes y se encuentra solo en la escuela vacía.

ÉL

Esta caja es testigo del rapto de Helena y de la Guerra de Troya y también es testigo del vuelo de los pájaros cuando cruzan los abismos en el filo de la oscuridad. Por eso, a pesar de tener mil máscaras, prefiero la de la Soledad. ¿O acaso existe otra forma de cruzar el vacío sin caer en sus fauces? Y por supuesto, está el miedo ancorado en el tiempo; y sino sucumbo ante él es porque los cantos agónicos de los pájaros me recuerdan a cada instante la fragilidad de la existencia.

Luego el hombre saca de un bolsillo tres guijarros de un azul como el del globo terráqueo. Al colocar las piedras sobre la caja, se hace un silencio atronador en el ambiente y la caja rompe el sello en una de sus caras. Las mujeres miran con asombro como él, entre asombrado y asustado, finalmente abre la caja.

ELLA # 1 ELLA # 2 (al unísono)
¡La caja! ¡Se abrió!

Las mujeres se acercan mientras el hombre abre la tapa de la caja. Los tres se inclinan sobre la cara abierta, curiosos por su contenido. Los ojos se iluminan con fascinación. El globo y la pirámide se retiran de la escena. Las velas se apagan. El escenario está a oscuras. Dentro de la caja se enciende una luz. El hombre es el primero en entrar al cubo, seguido pronto por las dos mujeres.

ACTO 2

El escenario consta de una mesa rectangular, tres sillas y una mesita con café, agua y vasos. Sobre la mesa central destacan las tres pequeñas formas de un globo, un cubo y una pirámide. Cuando se encienden las luces, el hombre entra por la izquierda con una taza en la mano, y las dos mujeres se acercan a la mesita para servirse un café.

ÉL

¿Alguien puede decirme qué pasó aquí ayer?

ELLA # 1 (*dirigiéndose a la segunda mujer*)

Parece que no durmió absolutamente nada.

ELLA # 2 (*dirigiéndose al hombre*)

Creo que era de esperar lo que pasó. Nuestros símbolos decidieron mostrar algunos de sus misterios.

ÉL

Estas tres miniaturas cobraron vida. ¿Es esto lo que estás diciendo?

ELLA # 2

¿No crees que esto es posible?

La primera mujer tiene una sonrisa irónica. Los tres personajes van a la mesa y se sientan.

ÉL

Los misterios son insondables; esa es una verdad de a puño que nunca ha sido quebrantada. ¿Y ahora pretendes hacerme creer que esta tríada de objetos inanimados tiene vida propia y qué se manifiesta con señas que solo ustedes dos pueden comprender?

ELLA # 1 (*dirigiéndose a la segunda mujer*)

Este hombre es un errante perpetuo incapaz de decodificar las señales que los objetos que están en esta mesa le lanzan a cada instante. No importa lo que hagas o lo que le digas; Él se regodea en la sordera y en la ceguera. Por eso arrastra los pies como el eterno mendicante que es.

ÉL

Escuchen lo que tengo que decir. Los signos se pierden en el umbral de la memoria. A veces es necesario tocar un objeto para reconocer que está entre nosotros, que no es solo parte de nuestra memoria.

ELLA # 1

También puede ser parte de nuestro deseo...

ÉL

Es verdad. Porque los tres símbolos más vertiginosos y enigmáticos que existen son los minados por el tiempo. El presente es una agonía errante que la mayoría de nosotros apenas puede soportar. El pasado es un buitre que nos pica por dentro. El futuro es un nacimiento que no se produce. Hay tres formas de sacrificio necesarias para que la vida nos asegure la ilusión de la perpetuidad.

ELLA # 2

Pero también pueden ser formas de conjeturas, para que el lenguaje pueda reproducir sus cantares de la creación.

ÉL

¡Pura especulación! Es como decir que el tiempo es una insignia carcomida por la codicia o el soñar despierto. ¿Qué importa? El tiempo es una mera ilusión; y si de verdad existe es solo cuando es pasado. El presente fluctúa a cada instante y el futuro es imaginación; por lo tanto, es maleable y rara vez termina cumpliéndose lo que hemos pensado.

ELLA # 1

En parte tienes razón, es como la rueda que tiene como ejes el esqueleto de un fracasado; rueda y rueda, da tumbos, se desgasta, y, sin embargo, nunca se hace añicos.

ELLA # 2

Ahora comienzo a entender, la caja es el pasado, el globo es el presente y la pirámide, que pendía de un hilo, es el futuro. Por eso la caja a la que hace un rato dabas puntapiés, y luego acariciabas con la mirada, te precede todo el tiempo, ¡y por eso su carga parece pesarte tanto!

ÉL

Los tres símbolos también tienen su eternidad muriendo frente a nosotros. Como estas miniaturas aquí en la mesa. Dentro de cada una de ellas encontramos la vertiginosa comprensión de que el espacio también es triple: tierra, atmósfera, cielo. Olvidar esto nos ha hecho perder la prosperidad de nuestro espíritu. Hoy dudamos ante la propia sombra.

ELLA # 2 (*dirigiéndose a la otra mujer*)

Cada uno de nosotros tres representa una perspectiva de ese abismo interminable de la existencia. Yo soy la pirámide, tú eres el globo, él es el cubo. Y ahora nos encontramos disociados de lo que somos, contemplamos nuestra miniatura sobre la mesa, como un fantasma que invocamos para desciframos a nosotros mismos.

ELLA # 1

Somos fantasmas de nosotros mismos repetidos hasta el infinito en un espejo que comienza a desdibujar nuestras propias imágenes. Esas miniaturas son el otro que nos habita y que desconocemos, al que tememos, el que nos empuja para lanzarnos al centro mismo del espejo. Allí donde anida el abismo que lo atrae como un potente imán.

ÉL

Somos el espejismo de ese tríptico de la Tierra, condenados a vagar, a errar sin rumbo definido, y aun, lanzándonos al vacío, seguimos caminando con los pies atados a la desesperanza.

ELLA # 2

¿En qué dirección, en qué camino a qué exactamente?

ÉL (*mientras camina hacia la mesa de al lado para buscar agua y regresa lentamente*)

En este viaje que hago ahora, me dirijo a mi sede. Es ella quien me llama. Por eso siempre nos movemos hacia algo más grande que un lugar o un objeto. Estamos convocados por la ausencia de algo decisivo en nuestro interior.

ELLA # 1 (*el hombre se acerca a ella*)

Mi mirada te llama y sabes lo que quiero...

ÉL (*mirando hacia la segunda mujer*)

Ella también pudo participar, porque el deseo tiene mil puertas que conducen a un abismo infinito. El deseo es una despensa de nuestras deformidades. Un engranaje que mastica nuestros instintos.

ELLA # 2

Podría participar, pero ya no deseo ser hiena y mucho menos presa de un depredador.

ELLA # 1

Aunque los ojos del ave carroñera nos vigilen, y aunque sus garfios estén listos para darnos la última estocada, yo te llamo.

ELLA # 2

Yacer con alguien es como morir; y morir es un acto ad infinitum que se repite en el corredor del Tiempo. Los mismos gestos, el mismo ritual, el mismo cansancio, el mismo aburrimiento.

La primera mujer lleva a su mano el cubo en miniatura en la mesa. Mientras lo hace, la caja original cae en el lado izquierdo del escenario, chocando contra el suelo. La mujer se sobresalta y deja caer la miniatura al suelo.

ELLA # 1

¡Que hice! Parece que toda la tierra se sacude, formando terremotos y erupciones volcánicas.

El hombre se siente aturdido en la silla, reflejado en él los efectos sísmicos de la caída del cubo rojo.

ELLA # 2 (*mirando al hombre*)

Parece inevitable que a toda acción corresponda una reacción. Lucha eterna de los cromosomas de nuestra existencia. Las luces rehacen la oscuridad, al igual que los manuscritos plantan un bosque en sus cuadernos.

ÉL (*hablando consigo mismo*)

El movimiento telúrico que acabamos de sentir es el reflejo del terremoto que ha sido mi existencia entera. La casa sosegada solo existe en la imaginación de los místicos españoles; la realidad es que vivimos en las fauces de las fieras que hemos creado nosotros mismos y que siempre están listas para devorarnos vivos.

ELLA # 1

La existencia es una boa que se muerde la cola, y de tanto morderla termina por devorarse ella misma.

ELLA # 2

El sosiego es una falsa imagen que dibujan las tinieblas.

Las dos mujeres arrastran sus sillas, cada una a una esquina del escenario. Se sientan mirando la mesa donde todavía se encuentran las miniaturas de la pirámide y el globo. El hombre toma los dos objetos, cada uno con una mano, y los aprieta. Las mujeres se retuercen de dolor en sus sillas.

ÉL

Puede que todavía ellas dos no hayan entendido que no estamos divididos entre el cazador y la caza y que no somos los tres simios que comparten sus sentidos. Si vestimos la ropa del caos, esto no significa que debamos exhortar al karma de las catástrofes.

El hombre luego se deshace de esas miniaturas y cuando tocan el suelo sus versiones originales colapsan en el escenario, cada una junto a una mujer.

ELLA # 1 y ELLA # 2

Henos aquí atrapadas en el tiempo y en un espacio imaginario; somos rehenes aparentes de una pesadilla disfrazada de hombre fracasado. El fiasco de su vida está encerrado en esa caja que arrastra penosamente y de la que es imposible desasirse. Ni en mil vidas podría dejarlo atrás.

ÉL (*hablando para sí mismo*)

Ellas no lo saben, son la presa que aprietan mis garfios; y aunque yo también sea una presa de ese tiempo que me aniquila, les llevo ventaja puesto que soy el cazador que sigue sus rastros y huele sus cuerpos asustados. Entre más miedo y desconcierto tienen más alimentan mis ansias de estrellarlas contra la línea del horizonte. Ni siquiera convertidas en polvo podrían escapar a mis designios.

ELLA # 1

Soy una burbuja y la huella que dejo por donde voy es la asfixia de quien me mira y me ve marchar. Con mis nubes que pueden hacer que el clima sea confuso. Desvelo los secretos de la apoteosis de todas las nieblas.

ELLA # 2

Soy un montículo que todos esperan cavar y revelar mi energía vegetativa. Planeo las dificultades más comunes, y quien se atreva a revertir mi forma encontrará que la ascensión es una artimaña sarcástica de la caída.

ELLA # 1

Yo soy el cielo.

ELLA # 2

yo soy la atmósfera.

ÉL

Yo soy la tierra.

Las luces tiemblan cuando una lluvia de pequeñas piedras cae sobre el escenario. Cuando cesa la lluvia, se apagan las luces. Con el silencio, la

oscuridad se dispersa y la escena vuelve a la formación del inicio del acto. La mesa en el centro, las tres miniaturas en ella, los personajes cada uno en su silla, la mesita al lado, con agua y café.

ELLA # 1

Soy Caelus y también me llaman Herida por el Rayo.

ELLA # 2

Mi nombre es Atmósfera y ahora, con bastante frecuencia, el oxígeno que emito se vuelve veneno.

ÉL

Mi nombre es Tierra y antes me llamaban Gea. En mi interior anida el magma dispuesto siempre a aniquilar todo lo que encuentro a mi paso.

Los tres personajes se cogen de las manos y cantan al unísono: Controlamos la vida y la muerte. Luego se escucha un coro que viene de detrás del escenario, repitiendo el mantra del primer acto: Pasan las noches donde cada uno se descubre a sí mismo.

ÉL

He estado pensando durante mucho tiempo que mi vida no vale nada. Es un terror recurrente que me hace pensar seriamente en deshacerme de mí mismo.

ELLA # 1

¿Piensas en el suicidio?

ÉL

No he llegado a la conclusión de qué manera, pero una cosa es cierta: pasan los días y me exijo algo que nunca podré satisfacer.

ELLA # 2

Pero todos somos así. Me he casado tres veces y siempre llegaba un momento en que no estaba satisfecha con mi vida y simplemente me alejaba.

ÉL

Pero quiero alejarme de la vida y no de tus circunstancias.

ELLA # 1

La vida es este simulacro de circunstancias. Las promesas incumplidas, los mitos enredados, las sorpresas embarazosas.

ELLA # 2

Todos estamos encadenados, puedes pensar que eres único y que mis circunstancias carecen de importancia para ti y sin embargo estamos unidos por un hilo invisible que ni las catástrofes más insólitas podrían romper.

ELLA # 1

¿Ni siquiera cuando las ballenas pierden el rumbo ni cuando los pelícanos van a morir detrás de las escolleras ni cuando los elefantes diseminan los huesos de sus muertos por las sabanas horadadas por el sol calcinante? ¿Aun así estamos encadenados?

ÉL

Lo que dices es pura cháchara. Yo soy un errante solitario cuya única compañía es este cubo que arrastro desde que tengo memoria. De todos modos, me acompañan los números perdidos mientras esperaba algo que jamás ha llegado.

ELLA # 2

Como un tren que acabó tomando otra ruta que no formaba parte de los raíles.

ELLA # 1

O ese famoso caso de la ballena voladora que se convirtió en el primer sputnik mamífero de la historia.

ÉL

Sí, este milagro permanente que hace que las cosas siempre sean diferentes. Incluso me pregunto si realmente estamos aquí en esta mesa, los tres, tratando de dismantelar el misterio de estas tres miniaturas. ¿Al menos ellas nos dirán el nombre de cada una solo con la persistencia de nuestra mirada?

ELLA # 2

No diría con certeza que estamos aquí. Y no me refiero a la mesa, ni siquiera al teatro, sino a este momento en el que imaginamos ser la representación de algo.

ELLA # 1

Si es cierto que solo somos actores, ¿qué otro tipo de personas nos miran en la audiencia?

ÉL

Siempre somos actores que representamos nuestro papel en escenarios diferentes; a veces tenemos público y otras veces carecemos de él. Y si miras bien no hay espectadores, ya que solo estamos repitiendo la obra, aunque en realidad llevemos una eternidad haciéndolo.

ELLA # 1

Si es así no veo la necesidad de seguir con esta discusión estéril. En todo caso no estamos solos, fuera de las tres miniaturas que nos acompañan en esta mesa están nuestras sombras que nos siguen por doquier.

ELLA # 2

Es cierto, la mía siempre lleva un cuchillo afilado apuntando a mi zona lumbar y aunque trato de hacerle perder mis huellas nunca lo consigo. Su presencia oscurece el firmamento y me llena de dudas.

ÉL

No, todavía falta algo. Los nombres que dejamos atrás como desfiguraciones de nuestro carácter. La gente que no pudimos salvar, cuando su muerte parecía estar en nuestras manos.

ELLA # 1

Esto es una ironía.

ÉL

Ni mucho menos. Estoy hablando en serio. Piense en los ataques terroristas, los virus programados, las mentiras que cambian la vida de mucha gente.

ELLA # 2

Es vandalismo, de eso no hay duda. Pero lo que estamos viviendo ahora es una herida que nunca sana.

ÉL

Acepto que es así. Pero seguimos siendo incapaces de afrontar el enigma que envuelve a estas tres figuras. Debe haber una explicación para sus colores. Quizás el color sea la clave que nos permitirá, al menos, pasar a otra escena.

ELLA # 2

El color no existe, lo que da color es la luz; ¿o acaso distinguen algo en la oscuridad? La luz recrea los colores y crea las sombras. En lo que a mí concierne prefiero los grises con sus diferentes matices y las sombras proyectadas por nosotros mismos y por los objetos; y todo eso posible por los efectos de la luz.

ELLA # 1

Yo diría más bien que la luz permite ver los colores ocultos en la oscuridad; y es esa misma luz que cambia con las horas del día la que hace que percibamos nuestro entorno y sus colores de forma disímil y cambiante. Eso lo sabían muy bien los impresionistas. Monet, con su *Estación de Saint-Lazare* o con su *Parlamento de Londres*, nos enseñó a ver de una forma diferente. Por eso Picasso solía decir: *Monet es un ojo, pero que ojo*; también decía que *el arte es una mentira que nos permite comprender la realidad*.

ELLA # 2

Ese es un buen apunte; además habría que agregar que Monet sufría de cataratas por lo que los colores cambiaban o terminaban por esfumarse del todo. Y cuando lo operaron se quejaba que solo veía colores sucios que lo atormentaban; luego se adaptó a su nueva condición y terminó *Los Nenúfares*.

ÉL

Si es cierto que la luz es la contraparte inseparable de la oscuridad, y su resplandor fertiliza nuestra percepción de los colores, también es cierto que estamos impregnados de símbolos ocultos

que revelan la naturaleza de cada color. No quiero convertir esta alquimia multicolor en un tratado cromático, ya que sería injusto convertir esculturas oceánicas en etnografía. El corazón del mundo es un volumen poético que nos desafía a vivir su encanto figurativo. La visión es un unguento que aplicamos en todas sus formas. Los colores, no la luz ni la oscuridad, juegan diferentes roles entre diferentes pueblos. Son, por tanto, quienes atribuyen valores al pensamiento, el sentimiento y la intuición.

ELLA # 1

Los símbolos ocultos son mordeduras de víboras que borran las imágenes de los espejos de agua y destejen las redes de la memoria; por eso reptamos con las sombras que corren a esconderse cuando llega el alba y los ojos se niegan a mirar la luz.

ELLA # 2

Entre el crepúsculo y la aurora se debate la existencia mientras los súcubos nos ponen trampas y nos lanzan indefinidamente al vacío. Es entonces cuando descubrimos que la intuición se estrella contra la ausencia de colores. Nuestra conciencia da tumbos y rueda cuesta abajo sin que ninguna roca pueda atajarla.

El hombre apoya la cabeza sobre la mesa, entre las manos. Las dos mujeres lo miran llorar desconsoladamente.

ÉL

Llevo aquí mucho tiempo, más de lo que nadie podría soportar. Supuse que todos estos disfraces eran piedras sacadas de un laberinto. Esas lágrimas que a veces brotan como una corriente profunda. Camino por las calles. Nunca me viran. Lo que saben de mí se limita a este juego de metamorfosis que programamos con estas tres formas primarias de la existencia. Lo que somos no es exactamente la representación de una pirámide, un cubo y un globo. En primer lugar, lo que debemos ser es la proyección alquímica de estas formas, su fusión irreversible.

ELLA # 1 (tocando la cabeza del hombre)

Te entendemos. Tu dolor también es nuestro.

ELLA # 2 (*también frotando la cabeza del hombre*)

Debe haber un momento en el que aceptemos la unidad por encima de todas las fragmentaciones de la vida. Lo que tenías que decirnos es que estabas a punto de encarnar esa unidad con nosotras.

ÉL

Permitir que la realidad se recomponga después de las sucesivas implosiones de sus dolores... Ustedes no podrían devolverme ninguna de las cosas que extrañé. Cuántos mitos estrecharon sus pasos para ayudarme, pero no, ninguno de ellos sabría qué hacer perdido dentro de mí. No creo que las cosas sean diferentes ahora.

ELLAS (*al unísono*)

¡A nosotras nos pasa lo mismo!

ELLA # 1

En las catacumbas de la agonía las almas errantes terminamos por encontrarnos las unas a las otras; por eso estamos aquí hablando sobre el sinsentido de la existencia y por eso mismo nos acompañan estas tres figuras geométricas para decirnos que el fin es una utopía inalcanzable.

ELLA # 2

No importa lo que hagamos, siempre estaremos aquí arrastrando las huellas de lo que fuimos e incluso arrastrando las huellas de los otros. Es una maldición de la que no podemos escapar. En nuestros hombros llevamos todo el dolor del universo; por eso nos sentimos aplastados y por eso nos movemos como alimañas derrotadas por enigmas que jamás serán decodificados. Edipo ya no nos visita en sueños y las esfinges nos dan la espalda. ¡He ahí nuestra tragedia!

ÉL (*recuperándose de las lágrimas*)

Quizás si habitáramos en otro tiempo sería posible para nosotros entender mejor este infierno. Un viaje en el tiempo. ¿Las dos se atreverían?

Todo el escenario está completamente a oscuras.

ACTO 3

Cuando se encienden las luces, los tres personajes están vestidos con un maillot de cuerpo entero, cada uno representando su color: el hombre está vestido de rojo, la primera mujer está vestida de azul, la segunda mujer está vestida de amarillo. Los tres están dispuestos en el escenario a una distancia de tres metros entre sí, el hombre en el centro. Están sentados en el suelo frente a rocas que ellos mueven mientras hablan. Al fondo del escenario, ocupando toda el área, se proyecta un video con un cielo intensamente azul, nubes blancas que se mueven a lo largo del acto.

ÉL

El fuego no sabe llorar como el agua. Los árboles de fuego son como piedras que caen al aire.

ELLA # 1

El agua clama por la imagen y la perfección del hombre, porque está en el centro de todo. Los ritos del agua son siempre un renacimiento.

ELLA # 2

El aire es una alegoría inexplicable. El aliento de la creación lo hace todo posible. El aire se mueve a través de las cámaras del alma.

ÉL

El aire huracanado es el caos que rompe el alba y que juega con nosotros como si fuésemos marionetas de un vaudeville de barrio.

ELLA # 1

Los glaciares se funden, las montañas se arrodillan y los ríos se salen de su curso.

ELLA # 2

Furia de meteoritos inundan el firmamento, los árboles se saben desamparados.

ÉL

El fuego es una onda que proviene de mil tensiones. La casa resucitada del inconsciente. El licor de la ambigüedad que arde e ilumina.

ELLA # 2

El aire es una corriente de tormentas. Su doble virtud nos permite volar y hace que los metales de la gravedad circulen dentro de nosotros. El aire es un trueno de abismal amplitud.

ELLA # 1

El agua asciende de los mundos inferiores, tan cambiante que acaba siendo la suma de todos los opuestos. El agua nos hace humildes cuando nos abraza por dentro y por fuera.

ÉL

Quizás la tierra es el perfecto estado del caos. Por eso, los verbos se gestan en su interior. Por eso se nos ha prometido y nunca se cumple. Cuando pensamos en la tierra como santa, terminamos negando nuestra propia existencia. Lo sagrado permite lo profano, pero lo profano es la negación de su opuesto. La tierra nunca llega al centro de nuestro universo. Ni siquiera en una catástrofe.

ELLA # 2

La inmutabilidad no existe, de ahí que la lucha entre los contrarios sea eterna. La vida es un viaje a los escombros donde anidan nuestros propios demonios. Sus cantos fúnebres callan el canto de las sirenas y las obligan a esconderse en el silencio.

ÉL

El silencio es una jauría que ataca en las largas noches de invierno cuando la aurora boreal inunda el cielo.

ELLA # 1

Los colores estallan en nuestras pupilas hasta reventarlas.

ÉL

Aquí podríamos pasar toda nuestra vida desenterrando las anomalías del tiempo. Podríamos construir las mejores arcas, así como templos de los sentidos secundarios. Desenterrar el temperamento de las sombras y las cenizas. Un arte bruto con sus árboles que se arrastran por la tierra como lagartos electivos. Podríamos pintar nuestros perfiles de forma bizantina o persa, y hacerlos reflejar las catástrofes climáticas del siglo XXI.

ELLA # 2

Una complejidad simbólica ha devastado la naturaleza humana.

ELLA # 1 (*moviendo una piedra fuera de lugar*)

No estoy muy segura. Observen bien el arco de las tormentas. Debajo de él, una tabla de piedras falsas. Todo es muy sencillo. Los pastos del mundo se concentraron en un solo país. En otro, se celebra la sumisión espiritual que convirtió al hombre en una máquina consumidora. En el tercer país hay una alegoría bélica que es el gran vehículo para la postración de la humanidad.

ÉL

Tienes razón. No hay complejidad alguna. El hombre siempre ha caminado hacia su propio fin.

ELLA # 2

Ahora lo miro. Un monstruo de tres cabezas gobierna la aniquilación de los símbolos.

ELLA # 1

Yo diría que más que caminar hacia su propio fin el Hombre es el artífice de su propia destrucción. La compone como si se tratase de una sinfonía bastante elaborada en la que los cantos de las cigarras y de los cocuyos le sirven de fondo. El Homo Sapiens es la única especie animal que se destruye a sí misma y que aniquila a su propio entorno. Su inclinación bélica supera todas las disputas y pequeñas guerras de chimpancés o de hormigas.

ELLA # 2

Las rocas que tenemos delante son el prelude de ese concierto del que hablas; por eso vuelan como meteoritos para luego

desintegrarse en miles de pedazos que horadan las pocas planicies que aun quedan en estado semisalvaje. Ya ni los topos se encuentran a salvo de esta hecatombe que atrapa a los pocos tobillos de Aquiles que aun se encontraban intactos.

Él

Los árboles ya no dan sombra y las tormentas barrieron con los pocos refugios y luego los sepultaron bajo la furia del agua. Si pensamos en la invención de Dios, basta para probar que el hombre está compuesto de perversión y ensoñación. Los tesoros que ha estado nombrando y escondiendo a lo largo de su existencia no son más que los motivos del derramamiento de sangre, la clave de toda corrupción moral y el mapa de destrucción de los sueños.

ELLA # 2

No deberíamos estar aquí mucho más tiempo. No se prevé una digestión para la dominación. Ella no puede dejar de comer.

ELLA # 1

Sí, tal vez tengamos que esconder estas piedras que tenemos en nuestras manos y mirar mejor la doble imagen que el hombre deja por donde va. Nada nos conviene más que negar lo que somos.

Él

Negar o no negar, no es otra la cuestión. Ocultar las piedras, transformarlas en pequeñas divinidades, hacerlas añicos, pulverizarlas o diseminarlas, no cambiaría los designios trazados por la existencia. Posiblemente lo único que sería diferente es la forma de hacer la guerra; pasaríamos de las armas nucleares y de los drones asesinos a los palos y a las rocas sin pulverizar y luego desenterraríamos las que están bajo tierra.

ELLA # 2

El hambre seguiría asolándonos y algunos pocos hombres seguirían reinando sobre un ejército de desharrapados. El poder es un cáncer que crece y se reproduce permanentemente. No hay antídoto contra él. Nos devora las entrañas antes que las hambrunas nos hagan desaparecer.

ELLA # 1

La canícula se instalará sobre nuestras cabezas y nos impedirá ver y respirar. El suelo ardiente impedirá el cobijo y la marcha; los lobos saldrán de su guarida y seremos su presa favorita.

Mientras habla la segunda mujer, la proyección del video se desvanece, hasta que desaparece por completo. El escenario queda completamente a oscuras.

ACTO 4

Un enorme cubo, con una base de 2 m, está en el centro del escenario. Los tres personajes, vistiendo un maillot del color de la piel, dan vueltas en redondo como zombis que no saben lo que hacen. En la pantalla se observa el interior de una prisión oscura y vieja, vacía y abandonada.

ÉL

Henos aquí dando vueltas en redondo, atrapados en nuestra propia cárcel. El frío y la humedad que carcomen los huesos son nuestro peor cancerbero. Ya ni me acuerdo cuando fue la última vez que le hablé a alguien; cuando lo hice una ráfaga de viento me cortó la respiración. Desde ese día mi voz desapareció.

ELLA # 1

Damos y damos vueltas en redondo como si este cubo infernal fuese la piedra negra de la Kaaba; estoy rendida, la cabeza gacha y la mirada perdida en el suelo. No se nos permite dejar de caminar y de mascullar una especie de mantra que resuena en el interior de mis oídos como una música infernal.

ELLA # 2

De algún modo hay que reaccionar a esto.

Luego, los tres personajes comienzan a empujar el cubo hacia la parte trasera del escenario, dejando espacio para la danza. Empieza a sonar la música y bailan unos minutos. Poco a poco, los movimientos dancísticos y la música se vuelven más febriles, llevados por una intensidad erótica, con vibraciones alucinadas en busca del éxtasis. Este ritmo se mantiene hasta el momento final, cuando los cuerpos caen al suelo. Completo silencio. Las dos mujeres abandonan el escenario y regresan con la pirámide y el globo terráqueo utilizados en el primer acto. El hombre luego se va y regresa con un libro en la mano. Luego comienza a leer mientras las mujeres se

maravillan con sus líneas. Pronto dejan sus objetos en el suelo y se acercan a él, entonces proceden a leer el libro, alternativamente, siempre en la misma página abierta.

ÉL

La página de perfección, la página de la que ninguna palabra puede ser alterada sin daño, es la más precaria de todas. (Jorge Luis Borges) La primera vez que me leí en el espejo de los artificios descubrí un nombre que se formó a partir de la hinchazón del rostro. No era un nombre, sino un símbolo aplicado a la piel con un lenguaje que se mezclaba con el máximo poder de las palabras.

ELLA # 1 (pidiéndole el libro, comienza a leer)

La sucesión de letras trajo consigo una entidad formada por diferentes emociones, la idea de un ser engendrado en la equivocada multiplicidad de valores.

ELLA # 2 (tomando el libro de manos de la primera mujer)

La primera letra es el símbolo de la tierra y gracias a ella las demás se multiplican como un eco ambivalente. Símbolo de unidad, donde todas las cosas deben perder el equilibrio.

ÉL

El lenguaje, tan antiguo como la especie humana, es volátil, cambia, desaparece y se reinventa en otra lengua otrora inexistente; de ahí su falta de equilibrio.

ELLA # 1

La segunda letra es el símbolo del aire, juega a tener dos vientres para convertirse en huracán y en caos.

ELLA # 2

La letra tercera es el símbolo del agua; es una ola que viaja a la playa y allí se recoge, desaparece. Los signos imitan el balbuceo primigenio, son el principio y el fin de todo orden.

ÉL

¿Cómo desentrañar todo lo que somos, en medio del rito de paso de cada letra? Una de ellas en el pasado, otra en el futuro, y la que debería estar con nosotros insiste en no dejarse ver.

ELLA # 2

Como cuerpos que se entremezclan sin que reconozcamos quién es el padre, el hijo, el espíritu santo. Este viaje solo puede crear un nuevo avance en la imaginación, porque nada en él es tangible.

ELLA # 1

Después de las heroicas muertes que se multiplican en el corazón de los sacrificios, el mundo físico es la única extinción transitoria, la que inventamos como doctrina luminosa. Entonces construimos un infierno para la disolución de sus jerarquías.

ÉL

Los infiernos que nos habitan son múltiples incendios que devoran nuestras entrañas y que nos impiden avanzar; y cuando logramos hacerlo es sobre una tierra calcinante que abraza nuestros pies.

ELLA # 2

Desconfío de lo aparentemente tangible; el mundo que nos rodea, y en el que vagamos inútilmente de un lado para otro, es ilusorio; de ahí que las letras de los libros ya no sean cuneiformes y que los jeroglíficos sean todo un enigma para nuestros ojos.

ELLA # 1

Dependemos de los hilos invisibles que las civilizaciones camaleónicas mueven a su antojo; hoy creemos pertenecer a ellas y mañana somos expulsados de los paraísos que ellas representan. El exilio es nuestro único refugio; así nos parezca un infierno.

ÉL

¿Cómo abrigar todas estas brechas dentro de nosotros? Las fiebres en las que se tejen las esponjas. Las vísceras en las que se entrelaza cada palabra. La miel que fluye por los vasos de nuestra soledad.

ELLA # 1

Dependemos de las noches que chocan contra las colinas. De los pájaros negros que abandonan su sombra antes de cantar. Hoy, las piedras significan que conocen las ramas de la gravedad y que las frases que imaginamos leer en este libro son las chispas de un sueño colectivo.

ELLA # 2

Los pétalos en llamas de tanto dolor asimilado. La garganta tenebrosa de la que brota la profanación de nuestra precariedad. Todo lo que leemos es una herida más en la piel del tiempo. Una cicatriz llena de frustraciones y nuevos miedos.

ÉL

La cicatriz que llevamos en lo más profundo de la inconsciencia humana es el motor que nos impulsa hacia adelante; así a veces escojamos el salto al vacío. La cicatriz es una daga afilada dispuesta siempre a dejar otras heridas y otras cicatrices. La cicatriz es el delirio, la locura y la pesadumbre. La cicatriz son los pies de peregrinos que arrastramos de una existencia a otra.

ELLA # 1

Por eso Zurita, nuestra conciencia poética, nos grita al oído *La poesía es cicatriz o no es*. La mejilla arde y la pus recorre nuestras venas. La cicatriz es el magma que vomitan los volcanes.

ELLA # 2

La cicatriz se abre y nos muestra el fuego del centro de la tierra. La cicatriz son los derrumbes que llevan consigo piedras, lodo y angustia. La cicatriz es la conciencia de la historia.

Al leer este pasaje, la segunda mujer cierra el libro. Los otros dos personajes miran sin comprender.

ELLA # 2

Existe ese momento en el que una persona no sabe qué más decir. La chispa de cualquier reacción se apaga. El libro se vuelve ilegible.

ELLA # 1

La última chispa se llama vacío. Nos invade como un oratorio.

ÉL

Quizás tengamos que preguntarle al silencio qué es lo que todavía quiere de nosotros.

ELLA # 2

Ni siquiera el silencio está más interesado en esta escena que cambia la incredulidad del mundo.

ELLA # 1

¿Qué haremos entonces? ¿Dejar el cuerpo abandonado en la losa para poder realizar la autopsia?

ÉL

Pero, ¿a quién le importaría saber qué nos mató?

Los tres personajes giran a la derecha y continúan hablando hasta que abandonan el escenario.

ELLA # 1

¿Es entonces la ignorancia la única victoria sobre la muerte?

ELLA # 2

Nada supera a la muerte.

ÉL

Tampoco nos preocupa nada en un momento como este...

ELLA # 1

Aún volveremos para decir algo.

ELLA # 2

Siempre volvemos.

Las luces se apagan hasta que el escenario está completamente a oscuras.

ACTO 5

Las luces se encienden lentamente. Se proyecta una película en la pantalla de fondo: en una playa vacía entran tres personajes; cada uno con su silla de aluminio. Se sientan uno al lado del otro frente a la audiencia. El hombre, antes de sentarse, toma tres objetos de goma: un cubo, el globo y la pirámide, y los coloca en la arena frente a él. Luego empieza a rodar, entrando al escenario, ese globo azul usado en el segundo acto. Se da la vuelta y se detiene en el centro.

ÉL

A veces, el mundo parece más grande de lo que realmente es.

ELLA # 2

¿O somos nosotros los que nos vemos tan pequeños que todo nos supera?

ELLA # 1

Nunca se sabe, ya que dependerá de dónde estemos.

ÉL

El espacio es una extensión de nosotros mismos y es directamente proporcional a nuestro tamaño; entre más insignificantes somos más imponentes son las montañas; incluso aquellas que ruedan cuesta abajo, y que se convierten en lodo, terminan por sepultarnos debajo de su furia.

ELLA # 2

Este globo que nos sigue por doquier es la representación de ese espacio que nos agobia. Poco importa que sea una playa y que el mar esté al frente nuestro; la sensación de ahogo siempre va in crescendo; como las olas que invaden una y otra vez este espacio imaginario.

ELLA # 1

En espacios infinitos como este es cuando más cerca del fin me siento; sé que no hay vuelta atrás y que caminar hacia el horizonte es solo una utopía.

ÉL

¿Quién de ustedes dos cree que el mar puede traernos de regreso de un viaje perdido?

ELLA # 2

El mar nunca abandona su lugar, por mucho que imaginemos su infinito movimiento.

ELLA # 1

Las olas nos siguen con su mirada, la forma en que soplamos el desgaste de la existencia en nuestras profundidades.

ÉL

Yendo y viniendo, somos las olas, no ellas.

ELLA # 1

Sí, somos nosotros los que salimos y entramos. Las olas simplemente nos siguen con la mirada.

ELLA # 2

Y lo que improvisamos en cada momento ...

ELLA # 1

Incluso será imposible escribir una veintena de sentimientos.

ELLA # 2

Estamos en todo momento por un hilo. Incluso hay esos momentos en los que apenas desaparecemos del todo.

ÉL

Hemos estado aquí tanto tiempo que creemos que somos eternos. Solo ahora me doy cuenta de que ni siquiera sabemos nuestros nombres.

ELLA # 2

Mi nombre es Clarisse.

ELLA # 2

Y el mío Alba.

ÉL

Me llamo Pedro, de piedra, de petra, de petrificado...

ELLA # 1

Alba es el comienzo, una especie de eterno retorno, como la luna nueva que se convierte en cuarto creciente y luego en luna llena. Las tinieblas dan paso al alba, a la claridad.

ELLA # 2

Clarisse es otra forma de nombrar la *claridad*, es el antónimo de oscuridad.

ÉL

Gracias al alba y a la claridad los pájaros migratorios encuentran su ruta.

ELLA # 1

En tiempos invernales la piedra nos da refugio.

ÉL

Pero aquí estamos, en la playa, con este rumor de desamparo, como si la vida estuviera en otra parte.

ELLA # 2

La vida ha estado aquí todo el tiempo. Somos nosotros los que solemos irnos.

ELLA # 1

¿Usted realmente cree eso?

ELLA # 2

Ya no lo sé. Pasamos por muchas cosas. Frustraciones afectivas, violencia púnica, abandono de las religiones. Algunos de nosotros nunca encuentra un sentido de hermandad en el mundo.

ÉL

Otros sobresalen en las perversiones y encuentran consuelo solo en la maldad.

ELLA # 1

Las *hermandades* son la gran falacia con las que sus líderes nos conducen al patíbulo; desconfío de todos los grupos, pequeños o grandes. Seguir a alguien con una campana al cuello es la peor de las sumisiones.

ÉL

Esa es una de las perversiones a las que me refería. Borrar toda huella de independencia y de autonomía, llevando al rebaño a un despeñadero, es, posiblemente, una de las armas más letales que ha usado el Hombre.

ELLA # 2

No lo sé..., escuchándolos a ustedes me invade la duda. Hace tanto tiempo que estoy sola que a lo mejor he perdido la conciencia de lo que significa vivir en comunidad.

ÉL

Pero esta es la confirmación de lo que estamos hablando. Que tu sentido de independencia te hiera, déjate arrastrar por la arbitraria soledad hasta el momento en que aceptes participar en una estrategia para anular identidades.

ELLA # 1

La más exitosa de todas. Desde la primera de las grandes guerras, el siglo XX ha ido mejorando este sudario.

ELLA # 2

Ahora bien, Alba, no está mal querer pertenecer a alguna instancia.

ELLA # 1

Pero está mal hacer esto como un atributo de ignorancia.

ÉL

Siempre he pensado que la ignorancia funciona de dos formas: la sagrada y la profana.

ELLA # 1

¿Cómo así?

ÉL

Fíjate, Clarisse, cuando está determinada por una aspiración a lo sagrado, la ignorancia acaba revelando ecos de una sabiduría, mientras que cuando se acerca a los artificios de lo mundano o herético, despierta un cáncer dentro de nosotros. Por tanto, la ignorancia profana es muerte en vida.

ELLA # 1

Pedro, nos estás enterrando contigo en el fondo del pozo.

ÉL

Lo que te niegas a ver es que siempre hemos estado en el fondo del pozo; las pocas veces que hemos salido a su superficie, y este es el caso, es para constatar que nuestra ignorancia y nuestro fanatismo nos atan a los demás. Cuando logramos dar un paso adelante, solos y dando la espalda a la manada, es cuando comenzamos a romper las cadenas que nos impiden ser nosotros mismos.

ELLA # 2

Darle la espalda a la gente es negarse a sí mismo la posibilidad de amar y negarle a los otros la solidaridad.

ÉL

Pero, ¿de qué solidaridad hablas? ¿de las guerras, de las hambrunas, de las pestes que asolan a los pueblos? ¿del poder de unos pocos que aplasta a la mayoría? ¿A eso le llamas amor y solidaridad?

ELLA # 1

Viéndolo de esa forma prefiero el fondo del pozo.

ÉL

Es un hecho que ya no importa si estamos dentro o fuera del laberinto. Llámalo pozo, cueva o cualquier otro truco de aislamiento. La naturaleza humana ha expirado. Hoy todos vivimos arrastrándonos por los rincones, el humanismo se ha convertido en la excepción.

ELLA # 1

Hay un cinismo general que palidece las reacciones.

ELLA # 2

Debo admitir que tienes razón. ¿Realmente no hay salida?

ÉL

Este mar, tal vez.

ELLA # 2

¿Más cinismo?

ÉL

Con el agua ya a nuestros pies...

ELLA # 2

Basta, Pedro.

ELLA # 1

Él está en lo correcto. Quizás en las profundidades de los mares encontremos un portal que nos lleve a alguna forma de renacimiento.

ELLA # 2

¿Por qué no el espacio?

ÉL

Porque ya está repartido entre los ricos.

ELLA # 2

¿Y el fondo de los mares?

ELLA # 1

Queda olvidado.

ÉL

En cierta forma hemos llegado al fin del mundo, no hay marcha atrás ni tampoco podemos seguir hacia adelante, es el agua la que viene a nuestro encuentro.

ELLA # 1

Tal vez es la única forma de hacer un viaje a la semilla; en ese caso sería el último.

ELLA # 2

El pesimismo de ustedes dos me saca de quicio; no sé ni siquiera porqué sigo escuchándolos; me niego a creer que este es el fin y que el mañana no existe.

ÉL

Sigues sin comprender nada. No hay escapatoria posible. Nosotros mismos hemos cavado la tumba donde vamos a yacer por los siglos de los siglos. El mar la borrará del mapa; a lo mejor algún día sea el refugio de un banco de peces.

ELLA # 1

En ese caso nuestras vidas no habrían sido un fracaso.

ELLA # 2

Intento entender que estás hablando de todo en un espectro más amplio, que hubo una especie de colapso de los valores humanos. Pero al mismo tiempo, no puedo creer que el mundo de mañana ya no exista.

ÉL

Alegoría o metáfora, tesoros insondables o reliquias deformadas, sea cual sea el nombre que le demos a lo que nos queda. Un gran escritor brasileño, Aníbal Machado, dijo una vez que *cualquiera que sea la arquitectura de un edificio, sus escombros seguirán el estilo barroco*. Eso es lo que estamos viendo ahora, la suntuosidad anacrónica de los escombros de la especie humana.

ELLA # 1

En el extremo de nuestro abuso, el hombre se derrumba con el imparable exceso de sus ruinas. Por supuesto, todavía estaremos aquí mañana. Sin embargo, estaremos condicionados a esta dinámica estática en la que nos convertimos.

ÉL

¡Qué hermosa imagen, Alba!

ELLA # 2

Tengo la sensación de que algo puede cambiar. Esto me hace sentir bien. No quiero vivir a la sombra de esta convulsión de almas petrificadas.

ELLA # 1

Solo somos la suma de los hombres y mujeres que nos precedieron, así que sin darnos cuenta llevamos sus cadáveres sobre nuestros hombros.

ELLA # 2

Ustedes hablan de ruinas, sombras, huellas fosilizadas; y sin embargo, si pudiese encontrar una flauta aun podría interpretar Para Elisa.

ÉL

Negarse a ver las ruinas de la existencia humana, y de todo lo que nos rodea, no evita que hayamos dejado de existir. Solo somos imágenes atrapadas en espejos de agua, solo somos metáforas del derrumbe, de la agonía y del fin de todos los tiempos.

Mientras hablan, el globo azul en el escenario comienza a moverse, llevado por el viento, hasta desaparecer por completo.

ÉL

Mira de lo que estoy hablando. No importa que algunos de nosotros sigamos creyendo en el futuro. Las cosas reales se desvanecen. Los símbolos no quieren acercarse al hombre. Todo lo que toca se derrite en el aire. Incluso la esperanza es una mancha.

Las molestias de una fiesta que terminó temprano. El hundimiento del arca de la confianza. El limo que envuelve la auténtica historia. El suntuoso silencio de la tradición oral. Nada más en el mundo saltará del espejo en su camino hacia una revelación.

ELLA # 1

¿Todo esto por la contaminación de los ríos, el calentamiento global, los incendios forestales y el bombardeo de plaguicidas?

ELLA # 2

¿Por los amores de silicona, el lenguaje gangrenoso, el arte protegido por los escombros de la moral?

ÉL

Ustedes están en el centro oculto de los efectos. La causa se oculta hasta que se superan las reacciones.

ELLA # 1

Nosotros tres estamos en el centro de una galaxia que hace tiempo fue absorbida por el agujero negro; por eso solo somos partículas esparcidas en el cosmos. Creemos hablar cuando en realidad solo viajamos en el polvo cósmico.

ELLA # 2

Cada vez que creo comprender algo ustedes responden con un lenguaje inalcanzable para mí. Ustedes dos pulverizaron las verdades con las que caminaba por este mundo que ahora se me antoja ilusorio.

Él

No hay que tener certezas, solo dudas; así sintamos que nuestros pies avanzan por campos minados. La certeza es peor que los sarcófagos milenarios. Tener certezas te obliga a no buscar nada más y te invita a dormir para siempre.

ELLA # 1

Este es el viejo truco de la esperanza: deshonra nuestro espíritu, elimina el resplandor de esa fuerza mayor que es el encuentro con lo inesperado.

ÉL

La esperanza moldea el alma.

ELLA # 2

Ustedes dos están locos, pero la verdad es que estoy dispuesta a dar este paso hacia lo inesperado. Como quien busca las joyas en la fuente. O alguien que entiende las letras que se encuentran en idiomas que no conoce solo por el flujo del manuscrito. O incluso los misterios que podemos descifrar escondidos en los pliegues de las fragancias de un mundo antiguo.

ÉL

¡Esto es maravilloso! Tu espíritu se vuelve tan astuto que ahora los tres podemos dejar esta playa y cerrar los ojos en el fondo del océano, donde late el corazón de las perlas.

ELLA # 1

Dormiremos en el castillo del dragón derrotado por san Jorge, las perlas iluminarán el fondo del mar por los siglos de los siglos.

ELLA # 2

Los sigo...

La escena está completamente a oscuras. Solo se puede escuchar el sonido de las olas en la playa. Luego silencio.

ACTO 6

Proyección de los tres personajes anfibios y desnudos buceando hasta el fondo del mar. La escena está acompañada de música tentadora. Se tocan ligeramente. El primero en ir al fondo es el hombre, que empieza a cavar en la arena y encuentra la miniatura de su cubo. Pronto la primera mujer hace lo mismo y encuentra la miniatura del globo. Finalmente, es el turno de la segunda mujer de cavar y encontrar la miniatura de la pirámide. A medida que cada uno encuentra su objeto, el personaje abandona la escena rumbo a la superficie. La música llega a su fin con solo el movimiento del agua.

ACTO 7

En el escenario, los tres símbolos se distribuyen –en su dimensión de 70 cm en la base– de la siguiente manera: en el extremo derecho, el globo terráqueo; a la izquierda, la pirámide; en el centro, pero retrasada, la caja. Un rayo de luz cae sobre cada uno de ellos. Luego escuchamos las voces de los tres personajes, dando la impresión de que los símbolos están hablando.

ÉL

Tantos esfuerzos por comprender que la felicidad perenne, una ilusión en la que siempre hemos creído, podría llevarnos a comprender la realidad. Tantos esfuerzos, y la conciencia de cada uno de nosotros encuentra inmensamente difícil lidiar con sus inevitables frustraciones.

ELLA # 2

Los dolores que brotan de los labios de tantos estímulos insuficientes, los desagradables argumentos de la muerte, las imágenes irreconciliables del diluvio y sus espíritus rebeldes.

ELLA # 1

Los métodos erróneos de localización del alma humana, la historia falsificada de sistemas expuestos a las miserias del rencor y la avaricia. Tantos esfuerzos en nombre de una evolución que solo se logra mediante la intervención de causas perdidas.

ÉL

Las sombras errantes que llevamos a cuestas tienen el peso del olvido.

ELLA # 2

Sin embargo, mi globo terráqueo recicla los restos de una memoria que está *in articulo mortis*.

ELLA # 1

Todas las causas están perdidas, y eso desde los albores de la Humanidad; la prueba de este gran fracaso son las guerras que se iniciaron con las piedras y que hoy se hacen con drones; aunque nadie ignora que la piedra será el proyectil de un futuro muy cercano.

ÉL

Es curioso cómo siempre tenemos que creer en algo. Los dos vasos sobre la mesa, la sábana despeinada, la lluvia cayendo sobre los tejados. Tenemos que encontrarle un significado a todo. En movimiento o no, visible o no. Todo pecado está lleno de furor. Como las imágenes en la Capilla Sixtina o las sombras en el silencio nocturno del Louvre. Cada símbolo requiere una botella donde guardamos su razón de ser. Las personas son testigos de la existencia misma que consideran una experiencia sagrada. No saben que fuimos creados por medios artificiales, que las sociedades son incapaces de darle al hombre el regalo de la libertad. Lo único que retenemos es un cansancio abundante, el cansancio que exige el imperativo irreductible de la fe. ¿Por qué los dolores se extienden por el mundo sin una formulación lógica? ¿Por qué las verdades son siempre formas deformadas del deseo? ¿Por qué los gritos siempre resurgen para tomar innumerables formas? Hay un bosque esperando el viento, un trueno esperando las aguas cristalinas del río, un ojo híbrido esperando la metamorfosis de los pantanos. Cada pájaro, cada planta, cada leyenda, requiere de nosotros como si fuésemos anfitriones dedicados a contemplar la eternidad. Entre más íntimamente buscamos en nuestras eras planetarias la decrepitud que nos hace trascender, más logramos elevar nuestra imagen en ascenso decadente. Vinimos al mundo para renacer.

ELLA # 1

Los huracanes arrasaron con los últimos pájaros migratorios e hicieron salir a los ríos de sus cauces para luego secarlos. El aire envenenado nubló los pocos espejos de agua que quedaban esparcidos en alguno de los cuatro puntos cardinales. Los elefantes vagan sedientos por las planicies amarillas y hacen que los pocos árboles, que aun dan cobijo, se arrodillen tras su paso

marcial. Somos los testigos del fin y del comienzo. Somos más antiguos que la más antigua de las secuoyas. Somos los sobrevivientes de las resurrecciones íntimas. Las fauces del mundo se cierran una y otra vez, y cada vez que lo hacen nosotros quedamos atrapados en su interior; e igual a una serpiente que se muerde la cola volvemos al exterior en un juego infinito de nacimientos, muertes y renacimientos.

ELLA # 2

Todo esto sin una nueva ocupación para los símbolos que se vieron obligados a mareos y vestimentas inadecuadas. Como los fuegos que hicieron de los bosques una fiesta de sacrificios. Las civilizaciones que desaparecieron dejando carne al fuego y trigo sin cosechar. La mirada que apenas tuvo tiempo de gritar antes del bombardeo que hizo que la vida fuera estéril. El caos todavía se burla de los supervivientes, de los que quedan para darle sentido al cosmos. La naturaleza humana nunca se dio cuenta de su pecado transitorio. Ella siempre creyó que sus dioses estarían dispuestos a hacer cualquier cosa para salvarnos.

A partir de este momento, mientras hablan, cada uno aparece detrás de su objeto correspondiente.

ÉL

Yo soy el que se atreve a llegar al infinito antes de saber siquiera de su presencia entre nosotros.

ELLA # 1

Dios es una pira que brota sangre llameante desde la cima de la montaña.

ELLA # 2

Me convertí en los árboles que beben la cerveza de las cosmogonías.

ÉL

Yo soy el huracán que no se arrodilla ante nadie ni ante ninguna divinidad pasada, presente o futura.

ELLA # 1

A la hora del crepúsculo el paisaje inhóspito se dibuja en el horizonte.

ELLA # 2

Los símbolos danzan en un eterno teatro de sombras; la luz de las luciérnagas y la música de las ranas se apagaron hace tiempo, y los espectadores se fundieron en las tinieblas.

ÉL

Las casas por las que pasamos cobran su parte del olvido. Gracias a él, el tiempo se renueva. Hay mucho más para olvidar que para recordar, incluso sino tenemos dónde volver.

ELLA # 1

La misma batalla por el interior de las cosas, para que nos revelen el vacío del ser. Las voces temblorosas buscando un cántico. Las hienas que se ríen de la agonía que no pueden evitar.

ELLA # 2

Con las piernas en el aire, los muebles contemplan los espacios que no pueden habitar. Las noches escondidas en tumbas secretas de cada día.

ELLA # 1

En este permanente invierno polar, que es el trasegar de la existencia, tratamos de descansar de cuando en cuando en el pequeño refugio que llevamos dentro; aunque luego nos demos cuenta que no nos sirve para nada.

ELLA # 2

No se debe confiar en la memoria. Las imágenes que la pueblan son inventadas por nosotros mismos como un mecanismo contra el olvido. Son las sombras de la desmemoria las que navegan en el fondo acuoso de nuestras pequeñas resurrecciones.

ÉL

El tedio de la movilidad inmóvil siembra crepúsculos fallidos; hace tiempo se tragó al horizonte y borró el último arco iris que se dibujó en un cielo ya marchito.

ELLA # 1

También de poca utilidad es la confianza que tenemos en el deseo. Las cosas nos pasan, unas saludan y nos siguen, otras se atreven a entrar, casi no queda nada. Quizás esto se deba a que nosotros mismos somos poco originales.

ÉL

Sí, lo que somos acaba siendo una copia rehecha en cada momento, según los símbolos acuñados del momento, con la tabla de precios variable del mercado de símbolos.

ELLA # 2

Entonces, ¿en qué confiamos? El momento es travieso, con su sentido del humor casi negro. Las instancias que lo bordean son indecorosas y trazan la burla de nuestra existencia.

ELLA # 1

¿Confiar? ¿Acaso alguien confía en su propia sombra o en sus propias huellas? ¿Acaso nuestro trasegar de existencia en existencia no es el sinónimo de la errancia de un beodo? ¿Podemos estar seguros de lo vivido?

ÉL

Las noches de lujuria en el panal le pusieron trampas al vuelo de las abejas.

ELLA # 2

Entonces, ¿si no hay luces ni destellos ni vuelos de pájaros o de abejas, por qué estamos aquí debatiendo sobre el devenir de la existencia y sobre la suerte de nuestras más íntimas resurrecciones?

ÉL

Pero, ¿quién garantiza que estamos aquí, y más aún, debatiendo algo?

ELLA # 1

Somos las sombras errantes a las que ni el tiempo ni el espacio pueden alcanzar.

ELLA # 2

Es verdad. No sabemos a qué hora empezó todo ni cómo acabará.

ÉL

Ni siquiera podemos despedirnos.

ELLA # 1

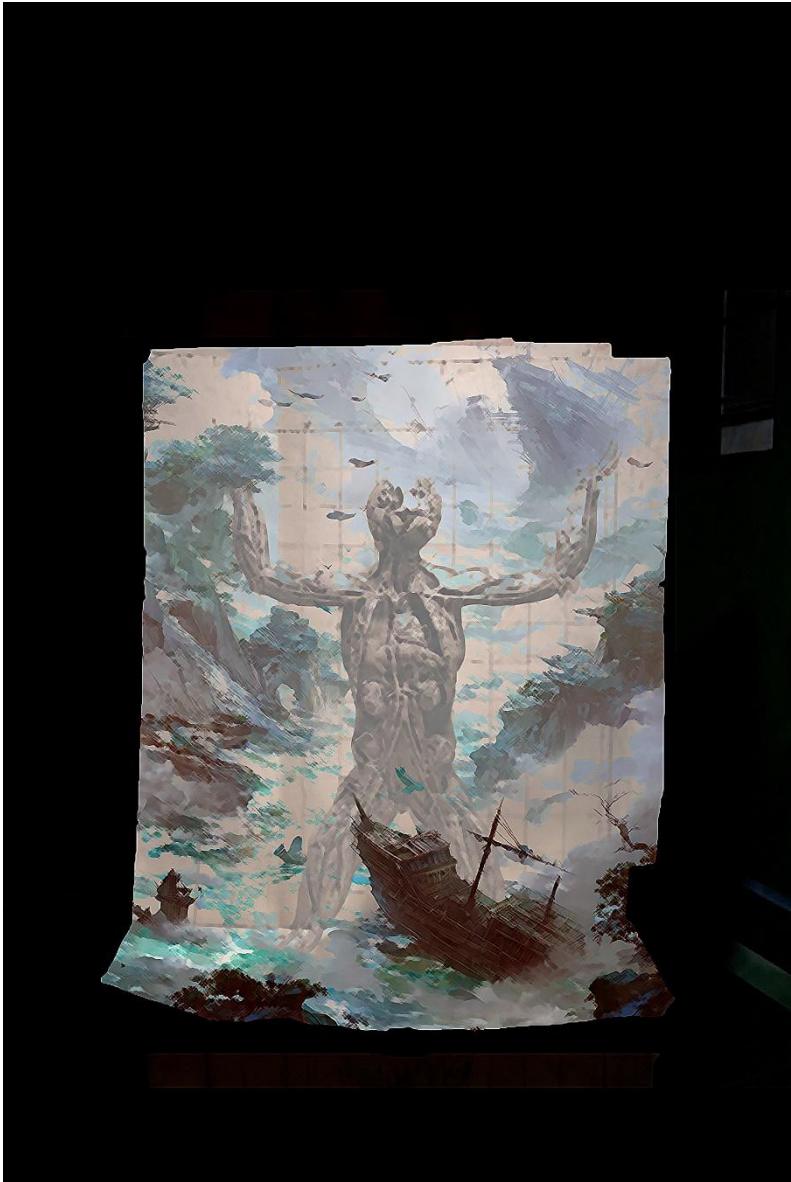
Ni siquiera decir que algún día volveremos.

ELLA # 2

Ni siquiera soñar.

Completo silencio. Segundos después escuchamos el sonido de una campana. El escenario está oscuro. Las luces se encienden una vez más y solo quedan los tres objetos. Un foco se ilumina en cada uno de los objetos, parpadea y luego se apaga. De nuevo oscuridad y otro repique de la misma campana.

FIN



NAUFRAGIOS DEL TIEMPO

El hombre es divino en la experiencia de sus límites.

GEORGES BATAILLE

I.

Su pezón sobresalía como una pequeña isla en el océano. Los pecados son profundos. El agua fluía por la hierba de su cuerpo tembloroso. Sus piernas se hundieron en mi mirada. Ninguna de las dos pensó en preguntar el nombre de la otra. El mar le llenó los pulmones de frágil resistencia. Tosió cuando el crepúsculo cambió de color. Su mano descuidada acarició mi vientre. Su mirada venía de las frías noches del mar. Cuando subí a su bote, un círculo de enredaderas me estaba esperando para escribir la fortuna de lo efímero. El cielo se desplegaba en nuevas simetrías, regurgitando los símbolos de su ambivalencia. Sus lágrimas eran una sospecha de castidad.

– Estamos en lados opuestos, pero si me dejas morir puedo renacer a tu lado. Podemos cubrir la noche con la cúpula de nuestros espíritus irradiados. Bebería de tu abundancia, me iluminarías con tus insaciables jeroglíficos.

Cuando traté de decirle algo, mi confesión se rompió en palabras que ni siquiera yo escuchaba. Ella volvió inefable, emulando a la madre de todas las cosas incomparables. Como un imperio de milagros reacios. Y comencé a recibir a sus guías, con la emoción de sus luces preparaba el escenario para que ella me buscara en la semejanza, en la fructífera armonía de sus elementos sagrados. Uno de sus caboclos me instruyó:

– Debes llamarla Cibele, la amante de los abismos, la que encenderá las raíces delirantes en tu carne.

En el círculo de enredaderas se abrió una habitación que me invitaba a conocer el origen de sus pilares. Ese pasaje fue una especie de canal que me condujo al calor de sus metáforas. Cibele me quería acurrucada en su cuerpo como un kundalini, como si yo fuera su bola vital, su fe en los días ascendentes de nuestras caricias. No debería haber ninguna restricción entre nosotras. La deidad primordial busca la representación del ser humano como esos pájaros que anidan en el lomo rocoso bajo los torrentes de agua. Haría de su piel mi fuente, un caldero vigorizado por la inmersión de cada nuevo símbolo en sus entrañas. Arena anticipada de mil copas donde repartiría mi néctar en una orgía mística.

La inmensa habitación, sin embargo, no se correspondía con el oro de un principio tan sublime y su destello de hechizos. Oscuro, lúgubre, el piso lleno de excrementos, el nauseabundo olor a orina, tumbas abiertas, exaltada inmundicia, todo allí describía una materialización del daño; quizás por deducción simple que todas las perversiones se aferran al inconsciente como un alma de otro mundo que fue asignada para salvarnos. El azar sería mensajero y ladrón. Cuando rompemos la bolsa por el nacimiento de lo que algún día seremos, nuestro antiguo hogar también parece un huevo podrido. Tenemos que deshacernos de todo el pasado. Una nueva alma inquieta nos conduce por un pasillo de seductores amaneceres. Pero no todas somos Cibeles.

II.

Cibeles, Atis, Damia, son solo unos de los nombres que me han otorgado desde la noche de los tiempos. He vivido en el interior de las cavernas; allí donde los abismos dejan de ser verticales para convertirse en laberintos que esperan a nuevos Teseos. Alguno de ellos habrá de lamerme los senos; y al hacerlo perderá la memoria. Mi olor lo alejará de Ariadna y mis curvas sinuosas serán su única ruta. Las naos de Egeo caerán en el remolino de mi aliento, su valiente ejército desaparecerá en las profundidades de Poseidón; su verdadero genitor. Los gestos de la guerra, aprendidos en largos y penosos entrenamientos bélicos, se transmutarán en peanos que cantan a la gloria eterna del dios de las profundidades; emulando a los que Corina de Tanagra enseñó a Píndaro.

Teseo, al igual que los innumerables Teseos que han pasado por mi lecho, duerme a mi lado hasta el confín de los tiempos. No hay escapatoria posible. El regreso es una utopía aun para aquellos que no logran olvidar del todo sus vidas fastuosas en los palacios de su infancia. Cuando me canso de estar recostada a su lado juego con sus bajeles o bato las palmas para escuchar los cánticos. Mientras, mi larga cabellera es peinada por un séquito de Perséfontes; o bien, me sirven de palafreneras que cuidan los corceles de Poseidón. En ellos cabalgo por las planicies del tártaro, la estela que dejan sus cascos sirve de teatro para la danza de los delfines.

III.

El nombre de Teseo es Alfredo. Lo supe desde nuestro primer encuentro, cuando lo vi en el metro y bajamos en la misma estación. Alguna fuerza secreta me llevó a seguir sus pasos. Las ciudades crecieron confusas, con sus exilios mal planificados. Las calles serpenteaban como un laberinto de serpientes amorosas. Alfredo, ciertamente, no conocía su destino, y caminaba con enigmático descuido. Las luces se aclararon como si en cualquier momento la oscuridad cayera sobre nosotros. Un pensamiento extraño me golpeó, haciéndome sentir parte de este mundo. Quizás fue solo un sueño, hecho posible por la mera mención del nombre de Teseo. En una esquina observé una gran mesa con los platos sucios; señal de una comida abandonada con bastante premura. Las antorchas aún estaban encendidas. Ni siquiera las ratas e insectos se quedaron para el banquete interrumpido. ¿A cuántos dioses no les gustaría ser recordados así, en medio de esta inusual ausencia de sus adoradores? ¿Cuántas oraciones se abortaron sin comprender el origen de ese milagro insospechado? Alfredo se acercó al centro del comedor y tomó un vaso de lata reseco; nada más le interesaba. También busqué entre las sobras algo comestible. Fue inútil. Alfredo me miró por primera vez. Nuestro silencio tejó un manto de símbolos que nos abrigan – aún no lo sabíamos – durante largas noches. Cuando salimos de allí nos fuimos a acostar bajo un árbol desnudo en el centro de una plaza. Pronto fuimos envueltos por una densa niebla, aún así teníamos plena conciencia de la sensación eléctrica que nuestros cuerpos despertaban el uno en el otro. Dormimos un rato. Soñamos el mismo sueño que nos llevó de allí al interior de una antigua mansión.

IV.

El camino que nos condujo a la vieja casona estaba bordeado de árboles centenarios que en tiempos estivales debían dar sombra a las personas que se aventuraban por esos parajes inhóspitos. Era noche de luna llena, así que el sendero estaba iluminado, sólo se oía el canto de las lechuzas y el golpe de las olas en los acantilados.

Sentía la presencia de Alfredo como si formase parte de mí mismo; poco a poco me uní a su cuerpo puesto que yo era su sombra.

No hablamos, al menos no con sonidos; sin embargo, entablamos un diálogo que correspondía al de una pareja que lleva milenios viviendo el uno al lado del otro. Los recuerdos aparecían nítidos en mi memoria y la sensación de orfandad, que me daba un aire lúgubre, desapareció por completo.

Al cabo de unas dos horas de marcha –¿o serían dos siglos?–, llegamos delante de un portal descolorido y pesado que aún conservaba un aldabón mohoso. Al tocarlo, la puerta se abrió como si la mansión esperase nuestra llegada. Entramos a un *hall* aparentemente desnudo; sus paredes, llenas de grietas, dejaban ver pedazos de papel que alguna vez fueron signo de su esplendor. Al fondo vimos una escalera de caracol. Comenzamos a subir, la madera crujía al igual que una barca en alta mar –el aire húmedo y salado se adhirió a nuestra piel–, reconocimos la morada que nos cobijó en alguna vida anterior. Después de un largo ascenso llegamos a la buhardilla –al fondo estaba Cronos atado a una silla– el tiempo estaba detenido. Sus ojos no reflejaban incertidumbre; entendimos que ese era su dominio y que nosotros formábamos parte de su feudo.

V.

Las paredes de la habitación seguían llorando por la pérdida de su piel. En una de las esquinas pudimos ver un montón de relojes antiguos de varios tamaños y modelos, y el ronco canto de un cuco indicaba que el pajarraco de madera fue enterrado en medio de esa avalancha de tiempo caída en un inusual desuso. Alfredo soltó los que tenía en sus brazos y tomó en la mano al pájaro herido. Cuando llegamos a la mansarda ya respiraba mejor, aún así se sobresaltó al ver a Cronos. Su corazón tembloroso nos indicó que el dios destruyó todos los relojes porque estaba cansado de gobernar el tiempo. Alfredo me dio el ave y se acercó a la silla en la que Cronos estaba atrapado por ocho enredaderas que le impedían moverse. Sin embargo, tuve la impresión de docilidad o incluso de complicidad con esa aparente coerción. Quizás el propio dios le ordenó a la silla detener sus impulsos. En vista de su silencio, no pudimos confirmar nada. Alfredo quiso que soltara al animal de madera, y una vez libre se escapó por la ventana. Fue entonces

cuando notamos que todo el paisaje enredado desde el parapeto del ático era una acuarela inconfundible con nubes trituradas y un sol manchado. El pájaro pronto desapareció a través de una de las hendiduras de ese panel gastado. Cuando ya íbamos de salida escuchamos un gruñido indeciso del dios.

– *Te contaré lo que pasó desde que no pienses en soltarme. No sé cuánto tiempo me queda; aun así estoy convencido que debo seguir postrado en esta silla.*

Alfredo asintió y nos sentamos en el suelo.

– *El hecho de no poder soñar nunca me afligió, hasta que una noche me estremeció una terrible pesadilla. Estaba en una celda por un delito que no conocía. Y en ella había otro prisionero. Tan pronto como los guardias se fueron, me dijo:*

– *¿No quieres saberlo?*

– *¿Qué quieres decirme?*

– *No quiero decirte nada, pero seguro que me preguntarás por qué me trajeron aquí.*

– *No estoy seguro, pero ... Sí puedes contar...*

– *No diré nada hasta que insistas.*

– *No sé cuánto tiempo me mantendrán aquí y no hay nada que hacer— así que insisto, dime el motivo de tu arresto.*

– *Maté a mi sombra. Por lo que recuerdo, teníamos un acuerdo de que no haríamos nada sin el consentimiento del otro. Y de esta manera vivimos una vida de complicidad satisfecha. Hasta que un día comencé a darme cuenta que cada vez que se despertaba parecía no estar tan descansada como yo. Llegué a pensar que algo debía estar atormentando su sueño, pero ¿cómo podríamos tener sueños diferentes?*

– *¿Y a qué conclusión llegaste?*

– *¿Ya? ¿Quieres el final de la historia tan de inmediato?*

– *Esto no lo es. Resulta que el tema de una sombra que sueña me produce una inmensa curiosidad.*

– *¿Y por qué no iba a soñar? Después de todo, deberíamos ser iguales en todo.*

– *Es cierto, pero...*

– *Ah, eres de los que no creen en la vida de las sombras...*

– *Quizás ésto sea todo. El caso es que me estás contando una historia que nunca se me pasó por la cabeza.*

- Entonces, ¿quién eres?
- Soy un dios, controlo el tiempo.
- Ciertamente estás bromeando. ¿Cómo puede alguien que piensa que controla el tiempo dudar de la presencia viva de las sombras...
- Quizás tengas razón.
- No debes controlar ningún momento, ya que pareces muy ansioso.
- Cuéntame el sueño.
- ¿Sueño? Pero no soñé con nada. Estoy contando la historia de un crimen.
- Tienes razón. Dime lo que pasó.
- Pues bien. Comencé a sospechar de la ausencia de descanso nocturno de mi sombra. La razón era que en lugar de dormir hacía algo que yo ignoraba. Teniendo en cuenta la inclinación pasional de todo mal, sospeché que me estaba engañando con otro cuerpo. Una noche, sin que ella se diera cuenta, me puse el reloj en la muñeca. Por reacción automática, pronto apareció el reloj en su brazo. Sin embargo, tan pronto como se durmió, yo, que solo fingía dormir, me lo quité; y por la mañana, al despertar, ella aún lo llevaba puesto. Cuando me le enfrenté se quedó sin gestos. Frente a eso, ya no había ninguna razón para confiar en ella. Así que mientras nos bañábamos la ahogué en la bañera. Estaba parcialmente diluida, irreconocible. Llamé a la policía y confesé el crimen. Sin embargo, los guardias no me creyeron y sólo me llevaron a la cárcel cuando confirmaron que ninguna sombra emanaba de mi cuerpo.
- Alfredo luego le preguntó a Cronos si esa historia era real o si era solo uno de sus sueños. Él se rió de nuestra ingenuidad, como si no tuviera ninguna importancia en distinguir lo que era real o no en nuestra vida. Alfredo insistió:
 - Pero si un dios que controla el tiempo no puede evitar que su propia sombra lo traicione con otra, ¿de qué sirve ese control?
 - Esta fue quizás la razón de mi encarcelamiento en el sueño. El caso es que cuando desperté me dije a mí mismo que el mundo estaría mejor si renunciaba a controlar el tiempo.

VI.

- Sin embargo, esta enorme casona está llena de relojes, algunos detenidos, otros con su tic-tac infernal; también es cierto que desde que comenzamos a

acercarnos a este lugar tuvimos la impresión que el tiempo estaba detenido; así que no entiendo.

– La respuesta es muy sencilla, ustedes tienen relojes, en cambio yo soy el tiempo. O sea, el tiempo puede pararse y la mecánica del reloj puede seguir funcionando; y todo esto por la sencilla razón que es el hombre el que creó dicho mecanismo. Mientras que yo, Cronos, soy el dios del tiempo. Sin mí, ni siquiera existiría el Caos; yo ya existía antes de él. En cierta forma soy su padre.

– Puede ser, no lo sé... Sin embargo, tengo dudas...

– ¿Dudas que yo sea Cronos, el dios del tiempo? ... ¡Vaya incrédulo!

– Si, es verdad– soy incrédulo por naturaleza. ¿Cómo llegaste hasta acá? Otra cosa, ¿acaso no te has mirado en un espejo? Las arrugas que surcan tu rostro parecen zanjas. Tu piel está llena de rémoras. Dices que existes antes del Caos, puede ser... no obstante, todo aquí es caos... como si él devorara las horas mustias, agotadas, exhaustas... Solo se respira la soledad de la última luz.. ¿Y esas lianas que te atan a esa silla desvencijada? Un dios, sobre todo el dios del tiempo, puede hacerlas desaparecer con un pestañeo...Y tu pelo grasiento trepa por las paredes de este antiguo desván. Pienso que todo este desorden es una venganza de ese caos que tanto desprecias.

VII.

Cronos y Alfredo pasaron horas envueltos en esta cascada de preocupaciones poco saludables. Un truco imposible de seguir sin caer en la pegajosa telaraña de la ansiedad; en el hilo de una araña milenaria que cuidaba el portal de los caminos cruzados. En una hora alguien tendría que dinamitar la entrada de la dirección elegida. No quería jugar ese juego mezquino. Adonis, uno de mis negros más fabulosos, me sacó de allí gracias a la fuerza de su mente, y pronto me encontré con las tres gracias enredadas en mi desnudez, sus fibras brillantes engendrando extravagantes cosechas en mi robusto cuerpo. Adonis encendió los santos óleos del deseo y nos recibió en su altar. Siempre fue mi dios favorito, el único con quien compartí mis oraciones al lado de las tres divinidades. Sellamos un pacto representado por un rayo de luz en la oscuridad del escenario que consistía en someterme a su capullo durante más tiempo del que podía soportar. Esa fue siempre la

curiosidad de Adonis, a la que finalmente me plegué. Cuando se nos promete la vida ¿cuánto tiempo tardamos en nacer?, ¿cuál es el origen del tormento que debemos cumplir indefinidamente dentro del huevo? Las tres gracias presionaron mi estómago, forzando a la criatura a saltar fuera de mi útero. Adonis me acompañaba con su mirada embrujada, hasta que una pequeña figura salió a la luz y antes que sus plumas oleosas se secaran, cacareó:

– *¿Por qué me tomó tanto tiempo dejar este cautiverio?*

Adonis se apresuró a decir algo, incrédulo por lo que estaba pasando:

– *¿No saliste temprano?*

– *¿Cómo puedes ser tan tonto! Las predicciones nunca se cumplen. La vida no nos da motivos para aceptar sus caprichos. Simplemente se imponen.*

– *De esta forma, tampoco nada es extemporáneo...*

– *Aquí hay una forma muy ingenua de entregarse a la divinidad.*

– *Pero todos somos creyentes...*

– *¡Ah! ¡Innoble pedantería! Debo salir de aquí tan pronto como se me sequen las plumas y pueda volar.*

– *Por favor, no te vayas; alimenta mi curiosidad primero.*

– *¿Qué más quieres saber, además del significado figurativo de la existencia?*

– *¿Figurativo? Lo que quiero entender es esta álgebra que enmascara el tiempo...*

– *¡Ja ja ja! ¿Quién lo diría? ¡El devoto aturdido, que se deleita con la diosa que lo esclaviza y busca dominar sus instintos regulando los desajustes de la reproducción humana! ¡Cuántos harapos pueblan este lugar!*

VIII.

Cibele permaneció en silencio, atenta a la conversación entre Adonis y el atrevido pájaro-hijo. Su cuerpo se alejó lentamente de la escena mientras reflexionaba:

– *Todo nacimiento lleva implícita la destrucción, el fin. Esa sería la definición más atinada de la existencia humana. En el mismo instante en que se nace comienza el tiempo regresivo; el que conduce al último aliento. La reproducción es solo una burda estrategia para burlar a La Hoz. En cierta forma creemos que es la fuente de la eterna juventud; otra estrategia que nos*

inventamos para continuar en el averno. Y cuando finalmente parimos nos damos cuenta que la búsqueda de la eternidad no es traer al mundo un pequeño engendro procreado por nuestros fracasos. Eso solo perpetúa los fracasos y el infierno al que está condenada la especie humana en general y cada persona en particular. Nos pasamos la vida entera –en realidad siglos, milenios– ignorando que el abismo está al otro lado de la esquina. Lo bordeamos y no lo vemos, hasta el día en que ineluctablemente nos traga enteros.

Pienso en ello en medio de la oscuridad. Hace frío, el ulular del viento se siente en kilómetros a la redonda, el agua amenaza con anegar la habitación, quiero correr, pero una fuerza descomunal me ata al camastro maloliente en el que dormí en las últimas horas, o los últimos días, ya ni lo sé; de pronto siento como el mundo, o lo que queda de él, se sacude con una intensidad que no conocía. Oigo gritar: –Hay que salir, es un terremoto. Es entonces cuando me despierto y me doy cuenta que la pesadilla volvió a atraparme.

IX.

La fuerte lluvia no contuvo el fuego que siguió devorando las ruinas del pueblo. La pequeña iglesia está desfigurada por las llamas; y en su interior, en la columna central del presbiterio, cuelga un Cristo al revés, atado por los pies. Escucho mi nombre desde el otro lado del fuego. Aquí no hay forma de nacer ni de durar. Teseo, Teseo, eres nuestra dirección. Las voces insisten y se amontonan alrededor de una palabra que suena a imperativo. Desde que dejé de ser un héroe, y me convertí en consejero de peregrinos, nadie pronuncia ese nombre. Escucho los gritos resonando desde un laberinto: –Tenemos que irnos, es un terremoto. Teseo, debes guiarnos. El paisaje lúgubre asusta a la lluvia, y de pronto, en todo ese campo abierto prolifera una plaga desértica donde las voces, una vez más, me perturban: –Dios está pendiendo de un hilo, Teseo, solo tú puedes salvarlo. Me niego a creer en un dios que necesita ser salvado. Los minotauros no crean alas. ¿Cómo puede alguien que cree en el cielo y en el infierno suplicar a otros que salven al casto, al libertino ladrón, a la rata que se escapó? El terremoto crece en el interior del hombre, el nauseabundo devorador de obleas. Me niego a ser el héroe de este bastardo ordinario, el excluido de su propia imagen, la manzana podrida que

alguna vez creyó que era oro. ¡Fuera de mí, malditas voces! Aquí solo encontrarán a Alfredo, el único que puede mostrarles un camino donde la salvación está prohibida. El fuego se llevó todos los papiros. Ni siquiera recuerdo en qué año fue. Un pequeño diablo, sentado en los escombros de una plataforma, gruñó con los restos de una Biblia en sus manos, mientras rompía las palabras de las páginas al azar y luego se las tragaba. Según él, esas palabras podrían contener un encantamiento que permitiría la unión de Dios y el Diablo. Todo, sin embargo, parecía igual. Este fue mi último consejo, no el acto heroico de Teseo, sino la ingeniosa duda de Alfredo. Al creer en una deidad, el hombre se rindió a sí mismo.

X.

Cronos seguía atado a las enredaderas, de cuando en cuando visitaba en sueños a Alfredo; una forma de reencontrarse de nuevo con su amado y valiente Teseo. Era consciente que los tiempos cambiaban y con ellos las divinidades. La *Teogonía* de Hesíodo fue reemplazada por un libro, *La Biblia*, cuya parte más antigua pertenece a una religión desaparecida antes que él mismo existiese, como la mesopotámica. ¡Vaya laberinto! Cronos es completamente consciente que el *tiempo da vueltas en redondo*, y que no hay escapatoria posible.

En esas visitas nocturnas Alfredo sentía que el dios del tiempo se instalaba en la mitad del colchón, entre él y su sombra. Volvía a sentir la humedad de la vieja casona y el olor a encierro. Las rémoras del anciano le producían escozor y su transpiración de molusco lo ahogaba.

A veces, para escapar a esa sensación de enclaustramiento, decidía levantarse del jergón de paja e irse a caminar solo hasta los riscos donde las olas del mar se rompían con una brutalidad que lo dejaba aturdido. Luego sentía una fuerza descomunal que lo lanzaba una y otra vez al vacío. Como si fuese un moderno Sísifo, cuya piedra es el peso de la vida misma. Y cuando no caía por los acantilados era una enorme fisura que se abría ante él, una bestia que abría sus fauces para tragárselo entero. Entonces aullaba como fiera herida. Sentía que era acorralado por decenas de gladiadores en el centro de un antiguo circo romano; mientras que cientos de espectadores aplaudían su humillación. Al despertar, Cronos ya se

había ido, y él y su sombra destilaban agua salada. La fatiga lo dejaba postrado, inerte; sentía una vez más la derrota. El héroe de antaño nunca salió del laberinto.

XI.

Debemos ser conscientes de las fuerzas que operan al otro lado del espejo. Cibele vivió un tiempo en una antigua pensión en Santillana del Mar. La habitación la prepararon ella y su asistente –su único mobiliario eran una cama, un armario y una bañera en el centro– y encima un pentagrama dibujado con tiza. Lavinia era una mujer tan legendaria como la princesa a la que había prestado su nombre. La piel de su rostro representaba las escrituras de un papiro antiguo. Desnudas, realizaban un ritual irreplicable cada vez que se bañaban juntas. En los extremos del pentagrama pusieron velas. ¡Cuántas virtudes enigmáticas se recibieron allí mientras Lavinia estuvo ausente para dar cabida a cada una! Cibele leyó en su rostro:

– Los fracasos desmienten el destino que se da por sentado.

Lavinia inmediatamente abrió los ojos y otra presencia hizo que un pasaje brumoso apareciera en la mente de su amada recordando las sinuosas calles que rodeaban el lugar. Ella caminaba por ese laberinto de piedras, una maraña de salidas; por lo que temía que no llevaran a ninguna parte. Lavinia le dio de beber un elixir de verduras que le hizo olvidar todo eso. Cibele contuvo la respiración y volvió a tantear el rostro de su amante:

– No hay forma de envolver la espiral y dejar afuera los espejos.

De nuevo un repentino cambio en la cara de Lavinia. Las aguas se repetían en sus cuerpos como expresión de inmortalidad. Sin embargo, Cibele se dedicó a la escena aislada y no a las repercusiones en su espíritu. Los orgasmos se multiplicaban cada día y en ocasiones Lavinia empacaba sus trucos para salir de allí. Cibele pasó por los cinco elementos de su cuerpo y volvió a tocar su rostro:

– Las dos direcciones están listas para ir y venir.

Aquella frase, escrita bajo una de las cejas de Lavinia, era casi ilegible y Cibele la recitó con cierta indecisión. No hubo ningún cambio en el rostro de la asistente. Todo el decorado que las

rodeaba desapareció. Poco a poco, otro escenario fue emergiendo como un rompecabezas. La brevedad de la vida, los gestos disociados, los contrarios duplicados hasta el agotamiento. Cibele y Lavinia se sintieron, por primera vez, abrazadas por el símbolo de su unión. La arquitectura que las rodeaba era una torre alargada de vidrio y metal, con tantos pisos como la imaginación puede contar. Desde donde estaban, era posible observar toda esa ciudad tentacular con su opulencia ambivalente. Cada símbolo parecía existir según su adjetivo. En una esquina de ese espacioso salón había una silla y un hombre atado a ella con ocho cadenas de energía. Cuando Lavinia lo señaló, Cibele soltó rápidamente el nombre de Cronos.

– *¿Cómo llegó aquí?*

Al otro lado de la brecha una figura curva barría el piso repetidamente, yendo y viniendo con la escoba; y por más que barría, la habitación seguía igual de sucia.

– *No puedo creer que sea Alfredo. Mi amor, ¿cómo llegamos aquí? ¿Cómo es posible?*

XII.

Los espejos conducen a mundos paralelos; máxime si están rodeados de agua. Los gestos, los pensamientos, las palabras, perforan el lago de sus lunas. Lavinia lo sabía muy bien; no en vano lleva el nombre de la princesa legendaria a la que Virgilio recuerda en su poema, aunque nunca le da voz. Como la Casildea de Vandalía de Cervantes. Mujeres sin voz. La Lavinia de esta historia habla por ellas dos y por mil mujeres si es menester. Ella no es la esposa de Eneas sino la amante de Cibele. Y con ella todas las puertas permanecen abiertas, no hay umbrales prohibidos, cada vez que los atraviesan penetran en el tiempo y en sus infinitos juegos.

Con la palabra perforan la roca y los huecos del tiempo.

Con la palabra saltan de un escaque al otro.

No son fichas de ajedrez.

Son la reina y el caballo.

En uno de los cuadros del tablero hay un trono soberbio que le sirve a Cronos para recordarles a Lavinia y a Cibele que él sigue

dominando los silencios, las auroras, el cenit y los crepúsculos. Escribe sobre ellos con una de las plumas del cuervo que vive en su hombro izquierdo. Con la hoz, que le sirve de cetro, da golpes, y Alfredo, cada vez más encorvado, le obedece con el incesante va y viene de su escoba. No levanta la mirada, su rostro está mustio y su lengua inerme. Cibele trata de detenerlo, él se limita a darle la espalda y sigue con su eterno va y viene. Cibele grita:

– *Alfredo, soy yo, tu Cibele.*

Él no la mira. Sigue con el va y viene. Lavinia, horrorizada, trata de abrazar a Cibele. Ella la aparta. Cronos, impassible, observa sus piezas de ajedrez moverse como él lo desea. Él es el padre del tiempo, el dios del tiempo de los lobos.

XIII.

Las horas mordidas están en medio de la confusión que generan los títeres que luchan como enemigos. El ruido voraz de esa masacre y pronto las muñecas caen muertas al suelo. Nada interfiere con los planes de Cronos. Nada le permite a Alfredo barrer los restos de esas sombras calcinadas esparcidas por el suelo. Lavinia reunió a escondidas a su séquito, lo llamó desde la distancia –de tiempo y espacio– le dio las coordenadas para que todas las mujeres sin voz pudieran acercarse a ella. Era demasiado pronto para contarle a Cibele su estrategia; mientras, ella levita por encima del piso de la torre y rodea su longitud que parece infinita. Los fantasmas de mil mujeres se arremolinan para formar un torbellino que a gran velocidad crea un escenario electrificado que nadie puede descifrar.

Cibele, desesperada, trata de zafarse de las tenazas de brazos y remolinos; y vuelve a gritar:

– *Alfredo, ¿dónde está tu sombra? ¿Qué hiciste con ella? ¿Volviste a perderla en un miserable garito? ¿O acaso la asesinaste una vez más? ¡Alfredo, responde! ¡Necesito oír tu voz para asegurarme que no estás muerto!*

Lavinia y su séquito de mujeres la rodean, tratan de sofocar su voz.

Mientras, Cronos sigue dando golpes con su cetro, y Alfredo barre en un incesante va y viene. Su espalda se encorva aun más, los pasos se hacen cada vez más lentos y los pies arrastran la

penuria de siglos. Ni siquiera la cuerda infernal de las muñecas, que trata de ahuyentar la escoba, logra un movimiento de sus ojos o una mueca que dé signos de vida.

Cibebe grita de nuevo:

– *¿Cronos, que has hecho de Tesco-Alfredo? ¿Por qué me lo arrebatas de nuevo?*

Y dirigiéndose a Lavinia:

– *¡Déjame en paz! Dile a tus mujeres que no me cierren el paso. Y si es necesario descender de nuevo al Hades, lo haré. ¡Tesco, mírame! ¡Tesco, sigue mis pasos!*

XIV.

El estallido inesperado de Cibebe, su pérdida de humor, a lo mejor involuntaria, hizo que toda esa arquitectura de vidrio y metal se congelara con el tiempo, en el refinamiento pleno del vértigo, en medio de esa agitación rigurosa que buscaba el apogeo de la revelación. Quizás era demasiado pronto para que ella entendiera lo que estaba pasando.

¿Qué efecto tiene la limpieza en nosotros? Cuando barremos el polvo diario de la casa, o lavamos la impureza del espíritu en un terrero de umbanda, o cuando borramos de la memoria episodios no deseados. No tenemos mucho que decir si la limpieza es exitosa. De lo contrario, insistimos, antes que la frustración nos destruya.

Safir fue abducida a la edad de 16 años. Rodeada por una neblina, quedó suspendida en el aire hasta que estuvo dentro de un cubículo oscuro con sus pequeñas luces azules incrustadas en el techo. Sintió a su lado una presencia no identificada que le reveló telepáticamente la creciente desertificación de determinadas zonas del planeta en contraste con las inundaciones de otras. Cuando la devolvieron al sofá de su salón en Manizales, sintió que era su deber revelar lo dicho. Su decisión, sin embargo, la perturbó. Desacreditada y silenciada, su vida se convirtió en un infierno.

Zaya era una flor de luz en Memphis. Una anciana le rebeló que ella vino a la Tierra para poner fin a las matanzas del inframundo. Creció preparándose para esa lucha, siguiendo las huellas dejadas por escribas anónimos. Con el tiempo todos se

acostumbraron a llevarle el corazón para que ella evaluara el contenido del mal que contenían. Luego escribió su nombre al revés en cada uno de ellos y todos volvieron a sentirse bien. Entonces los dioses se sintieron traicionados por esa mujer y una noche la ataron al falo de Seth con los ojos vendados para que nunca volviera a ver el día.

Renata fue la primera bailarina del Royal Ballet en 2043. Era un pájaro con mil alas cuyo cuerpo se desplegaba en el escenario como una bandada de abanicos multicolores. En una de sus excursiones por África conoció a Murayama, la ciudad sin mar, cuyos habitantes eran ágrafos. La palabra hablada era la única fuente de vida, un sello sagrado de un pueblo que nunca pensó en dejar un registro de su historia. Ante esa extraña forma de ser, Renata tomó la decisión de abandonar el ballet y dedicarse a alfabetizar a los nativos de Murayama. El hambre, la guerra, la corrupción, eran factores vividos con asombrosa naturalidad, sin que se comprendieran sus causas. Al aprender a leer y escribir, la gente se horrorizó con toda esa violencia y, curiosamente, decidió responsabilizar a Renata de traerles su aterradora conciencia. La bailarina quedó encadenada en la cima de Taragiteca, el árbol de metal sin hojas que había nacido en el centro de Murayama. Su cuerpo quedó allí hasta que se vino abajo como símbolo de una era oscura del conocimiento.

Este es el desafío de Lavinia. Buscar el entendimiento de todas las mujeres que formaban parte de Cibele para que le ayuden a recuperar la voz de estas tres y tantas otras.

XV.

Cibele era consciente del peso inconmensurable del silencio impuesto a miles de mujeres antes y después de ella. Conocía la ausencia de imágenes; su propio pasado se perdió una y mil veces en los pesados bancos de calígine. O bien se fundió en las tinieblas. Olvidó su propia historia, cayó en el hueco del tiempo, se convirtió en paria, deambuló por túneles de espejos, por callejuelas secretas, subió y bajó por escaleras de caracol. Cronos, y su reloj de arena, la controlaban y le impedían escuchar la música de su cascada. Por eso no pudo oír la lira de Orfeo; se quedó en el inframundo mientras él y Teseo-Alfredo se internaban en la primavera. Olvidó

a Lavinia. Ya no pudo descifrar los graznidos del cuervo de su cancerbero. Se extravió en el túnel de sombras donde Cronos es el amo y señor. El laberinto del ajedrez la atrapó para siempre. Aún quedaba una pregunta: ¿Podría escapar?

XVI.

La escena congelada en medio de un torbellino se rompe en infinitos pedazos, con sus crujidos insoportables e imágenes destrozadas. Poco a poco la oscuridad registra su presencia, la escritura de sus dones. La oscuridad total que lo envuelve todo y regurgita un silencio asombroso.

No hay forma de descifrar la ausencia de todo excepto a través de los movimientos de su cuerpo. Para ello, es necesario vaciarse desde dentro. Aceptar la cariñosa nulidad del ser. Un mundo sin símbolos, métodos, apariciones. Somos un río de almas sollozando al descubrir un camino transfigurado. Es necesario dejar que estas almas hibernen hasta que reconozcamos la visión de otro mundo.

Durante un tiempo desconocido, la oscuridad pasó la noche en un vacío. Una pequeña lágrima en el centro y al final vimos una frágil lengua de luz. Era imposible identificar si la magia dormía o velaba. El hilo de luz se arrastró por el escenario como el fantasma de una serpiente. Desde su diminuto cuerpo la luz ganaba fuerza.

Lavinia, con la incomparable sustancia de su desnudez, en movimientos latentes, dejó al descubierto un gran árbol en el centro de ese negro abismo. Árbol tal vez ilusorio, representación de una voluntad imperfecta, trance automático del deseo, el gran árbol-madre como receptáculo de una alegoría mística.

Cuando se forma todo ese ambiente de intensidad casi inverosímil, Lavinia nos hace vislumbrar la presencia de Cibele y Alfredo. Telepáticamente les dice que no importa si recurren al éxtasis religioso o cualquier otro truco de ilusionismo, la pareja no debe olvidar que está ahí para inventar la manzana.

XVII.

La vida está hecha de pérdidas, eso lo sabía muy bien Lavinia. Por el momento, Alfredo le ganaba la partida, lograba salir del

laberinto y Cibele lo acompañaba. A Lavinia le sobraba paciencia y tiempo; sabía que las piezas del ajedrez tienen movimientos infinitos y que en uno de ellos su amada volvería a la bañera con ella. Así que cambió los espejos por otros más grandes, el pentagrama desapareció del decorado y en su lugar puso una foto que ella y Cibele tomaron del oráculo de Delfos en una visita no muy lejana. Allí escucharon, en un lenguaje sin sonido, que su alianza sobreviviría al caos y que habría aguaceros que las alejarían la una de la otra. Luego, los ríos volverían a ser solo uno y ellas se reencontrarían en la misma barca. Ni siquiera Caronte podría separarlas definitivamente. El tiempo está hecho de trampas, de señuelos, es evasivo y a veces se deja pescar; se disfraza, hoy es un lobo y mañana un gato. Y los gatos aman la libertad, el confort; y Alfredo no le ofrecía ninguna de las dos cosas a Cibele.

Afuera, un pájaro carpintero preparaba su nido al interior de un árbol; una especie de concierto que Lavinia apreciaba.

Así que se sentó a esperar a que las aguas mansas regresasen a su cauce.

XVIII.

Caronte, sin embargo, seguía insistiendo, con su mirada penetrante, en descubrir el punto de liberación en el que se podía vaciar el ser de Cibele o Lavinia. Solo una podría traer de vuelta al mundo la ruptura de los opuestos. El erotismo espiritista que las unía se iba extendiendo por todo el territorio y pronto se entenderían los compuestos como una unidad insuperable. Los dioses serían derrotados por la magia sexual. El palimpsesto entre más se desgarran más posibilidades tiene de conducirnos a un santuario sangriento.

¿Cuántas formas tomaría la manzana?

Cronos había dejado de luchar. Las cepas que lo rodeaban ya no tenían función, aunque no pretendían soltarlo.

Alfredo barrió incansablemente todo a su alrededor, decidido a borrar las huellas de su sombra. Sus fluidos vitales se contaminaron y sus noches en la tierra perdieron la esencia líquida de los misterios. Quizás Cronos no deseaba tan fervientemente el dominio del tiempo. Quizás Teseo dejó escapar los sentidos que fijaban el doble en cada ser. Por esta razón, los relojes de arena

volaron. Por eso las sombras se desgarraron. Sin duda, habría que inventar nuevos dioses.

¿Cuántos jugos diferentes tendría la manzana?

¿Qué nuevas luces desanjarían la reticente oscuridad?

Los cielos se desmoronaban y Lavinia se enfrentaba a la irreductibilidad de un desafío, la transfusión del alma de un oráculo a otro. Cibele tendría que beber las vísceras fosforescentes de los antiguos espejos mágicos. De ella dependería oficiar como nigromante y escuchar una a una las voces silenciadas de todas las mujeres y transmitir la chispa vital que se escribiría como la más avanzada de todas las ciencias. Superior en todo a todos los demás. Donde los dioses dejarían de existir y Alfredo y Cronos tendrían que sembrar una nueva razón de ser.

¿Cuántas vidas guardaría en secreto la manzana?

La cama está lista.

Cibele y Lavinia ya no deberían estar en lados opuestos.

Los mares suben y sus frías noches claman por una oración nupcial.

XIX.

– *Si, la cama está lista* –se decía a sí misma Lavinia y lo susurraba al oído del séquito de mil mujeres que la acompañaba en esta larga y tediosa espera –aparentemente un duelo en el que no hay cadáver para enterrar–; una especie de viaje a través de un río diferente al Estigia. Lavinia ignoraba que Alfredo seguía con su escoba en su incesante *va y viene* al que lo condenó Cronos. No pudo escapar. Cibele olvidó decirle que no mirara hacia atrás, que la siguiera pisando sus mismas huellas; así ella se aseguraría de no perderlo otra vez. El silencio sideral confundió sus oídos, pensó que su amado milenario la seguía evitando hacer ruido y sin mirar atrás. Alfredo no la vio ni escuchó sus lamentos, ya que carecía de recuerdos. Persistía en su intento inútil de unir los retazos de su sombra; no sabía que nunca más volvería a armar el rompecabezas que él mismo había hecho estallar en millones de millones de partículas infinitesimales.

Mientras, en el cielo explotaba otro big-bang. Los agelastes disfrutaban del espectáculo así fuesen incapaces de reírse. Cronos

les había ordenado mirar el infinito y tenerlo informado de cada estallido. Pensaba, con inmensa satisfacción, como lo hizo muchas veces, hasta qué punto los hombres son ingenuos. Ellos creen que Zeus, al presidir el Olimpo, es el padre de todos los dioses; e ignoran, por lo tanto, que el dios creador, el que estaba aún antes del caos, era Él, Cronos, el dios de los tiempos.

XX.

Cibele y Lavinia coinciden en que la cama está lista dentro de ellas. Las cartas de un coito sagrado se distribuyen por todo el cuerpo. Este es el momento en que escriben por primera vez la Gran Obra de la Carne y las enredaderas imaginarias recorren las sílabas de las dos pieles como si fueran números primos. Las manos de Lavinia viajan por la columna de Cibele. Sus caricias se extienden por el interior de sus muslos y brazos.

– Cuando me toques los senos seguramente ya no estaré aquí, porque me siento envuelta por una hipérbole indecible.

– Entonces nunca te tocaré los pechos, porque te quiero siempre conmigo.

Las dos balbuceaban sus mantras afrodisíacos en movimientos que semejaban espirales hacia el centro volcánico de cada vagina. No podría haber ningún daño en este mundo. Una corriente eléctrica disuadió cualquier culpa o cualquier forma de flagelación. Lejos del vampirismo o las sectas de la evolución futura. Solo estaban allí. A su alrededor las mil mujeres abrazaron esa imperativa reconciliación del yo consigo mismo.

Cuando Cibele vio la película *El credo de los herejes*, finalmente comprendió que la ciencia no podía hacer nada contra el mal. Como el arte y la religión, la ciencia repitió los mismos vicios, las mismas experiencias fallidas.

– Hay un ojo adentro de la casa que me mira cuando quiere. Si camino por los pasillos me da la impresión de ser más de uno. Una noche, cuando bajé las escaleras, lo vi en el último escalón. Era un ojo con un extraño brillo iridiscente que hacía que toda la casa me mirara.

XXI.

Cibebe, antigua diosa, sacerdotisa, maga, hechicera y conocedora de la cartomancia, solía olvidar que el libre albedrío es una ilusión y que sólo somos marionetas que cuelgan de largos hilos movidos por los Agelastes.

Y si bien apenas descubría la presencia del Ojo, éste reinaba en la casa desde hacía mucho tiempo. Se trataba de una gota de sudor que cayó del rostro de Cronos en uno de los mil estallidos que él mismo orquestó innumerables veces y con el cual controla los multiuniversos que le sirven de morada. Incluyendo, por supuesto, al Olimpo y al Paerdís persa; el mismo que luego se transformaría en paraísos. Por eso mismo Cibebe estaba segura que si no era en este mundo donde volvería de nuevo a los brazos de su amada Lavinia al menos sería en el paraíso; o sea por toda la eternidad. Eso era lo que le decían una y otra vez las cartas que solía consultar. Incluso en alguna de sus vidas anteriores, cuando era una sacerdotisa vikinga, las runas le habían mostrado que ese era su ineluctable destino. No en vano en uno de sus poemas, en realidad un oráculo, escribió:

*– Quien ha estado
en el oeste,
desembarcó y luchó
en las ciudades.
Él conocía todas
las fortalezas del viaje.*

Y si Cibebe, navegante de miles de existencias, llevaba siempre consigo un escudo y una espada, símbolo de su valentía y coraje, cuando dormía sus defensas desaparecían. Lavinia lo sabía, por eso la esperaba en la cama y la perseguía en sueños. Así que al despertar, Cibebe era un poco menos osada y por ende más frágil.

XXII.

Aunque su amada la visitaba en sueños Lavinia siempre despertaba con una sensación de vacío. Cibebe cuestionó el motivo de la vigilia. Recordó cuando se enfrentó al misterio de Cronos sentado en una silla abrazado fuertemente por enredaderas

insobornables. Si Cronos abdicó del tiempo ella también podría resignarse a vivir en una instancia onírica. Lo que en él se podría identificar como una especie de *Cronos ex Machina*, en su caso sería una total ausencia del mundo.

Sin embargo, una mañana sucedió algo extraño. Aunque el lugar de Lavinia en la cama estaba vacío, Cibele podía escuchar su voz allí tan cerca de ella como si estuvieran abrazadas. Una voz en susurros con la que Lavinia le decía muchas cosas. Una voz que poco a poco se desdobló en dos y en otra y otra, y que parecía hablar entre ellas:

– *Las noches en que te espero son las que afilan mi piel y me dan un escalofrío agudo.*

– *Algunos llegan a ser desgarradores, porque anuncian algo que no se cumple.*

– *Pero estás aquí...*

– *De hecho, este es un misterio inexplicable.*

– *Los verbos furtivos caminan por mi cuerpo.*

– *Tócame.*

– *Cuando te acercas es como si ya te estuvieras yendo.*

– *¿No ves que te espero...?*

Las voces denunciaron el curioso mecanismo de una espiral. Cibele sabía que era Lavinia, pero ¿cuántas? El futuro no se pudo corregir y se repitió como una incongruencia, una escala de conflictos, una abstracción precipitada sobre el mundo físico.

– *He estado aquí tantas veces, y en ninguna llego más allá de la memoria.*

– *No entiendo cómo podemos recordar lo que nunca sucedió.*

– *La evidencia del sueño disipa nuestro tacto.*

– *Ahí estás, ya veo, o será solo una de tantas... Parece que llegas al alcance, pero ya no estás, ahora eres otra.*

– *Rasco las paredes con desesperación, pero las paredes rayadas no vuelven con tu próxima imagen.*

– *El escenario es casi siempre el mismo, pero nunca te repites.*

– *Tócame.*

Cibele ya no busca las causas de ese lenguaje contradictorio. Ni siquiera lo considera un despropósito. Se levanta de la cama, decidida a olvidar a Lavinia. Viste sus ropas y sale a caminar. El mundo exterior decide cambiar de táctica.

XXIII.

– *No entiendo cómo podemos recordar lo que nunca sucedió.*

Cibele se repetía esa frase una y otra y otra vez –se le convirtió en una especie de mantra, en un estribillo pegajoso–; y a medida que lo repetía su memoria se difuminaba cada vez más y más, mientras que el rostro de Lavinia se perdía inexorablemente en las sombras tenebrosas del olvido. Al mismo tiempo la voz de Teseo excavaba un túnel para llegar hasta sus oídos y abrirse así una senda para penetrar en su memoria.

– *La memoria es frágil, nos pone trampas, juega con nosotros, nos hace caer, a veces nos lanza al vacío; por eso solemos olvidar, así vivimos más serenos.*

Esa fue la primera frase que escuchó de una voz lejana, como de ultratumba, y luego, poco a poco, se hizo más nítida, más cercana, y con ella el rostro de Teseo fue tomando forma en sus ojos, el olor de su cuerpo le invadió los sentidos, la ausencia de sus caricias fue una especie de tortura insoportable. El camino que tomó esa mañana para olvidar a alguien que ya ni siquiera tenía un nombre, se develó como un puente para recuperar la memoria; y a lo mejor para encontrar al amado con el que en un pasado muy remoto se regocijó en el fondo del mar.

XXIV.

Teseo-Alfredo, en una de sus tantas partidas de cartas jugadas en oscuros garitos, pudo recuperar una vez más la sombra perdida ante uno de sus innumerables contrincantes.

– *Los dioses son paganos, solía decir, con una mirada irónica, como si quisiera desconcentrar a los jugadores. – La simple idea de renacer entre las cartas es un alcaide que contamina toda la mesa.*

Teseo sabía que era un error hablar sobre asuntos cotidianos mientras jugaba; aún así estaba decidido a ofrecer la más abstracta de todas las preocupaciones:

– *¿Qué hacemos con la memoria cuando la vaciamos? ¿Es posible que ella llegue a un punto en el que ni siquiera se recuerde a sí misma? ¿Y qué influencia decisiva tendrá el deseo sobre ella?*

La sala de juegos se convirtió en un fresco mal pintado, una total disociación de imágenes, con un fondo que se desvanecía hasta el punto de volverse irreconocible.

La efígie de esas almas abandonadas a los vaivenes del azar fecundaba toda forma de decadencia social que sumía al mundo en una conspiración, una catástrofe inevitable, un museo de cera con sus figuras infieles, los perfiles flácidos de esos eternos perdedores.

Teseo descartó sus rencores, había buscado durante mucho tiempo superar el presentimiento y la envidia que tan obstinadamente nublaban su naturaleza. O tal vez fue esa mancha defensiva lo que le impidió ver que había más en él que un dios. Era más un vagabundo bromista que el heroico guardián de las ambigüedades humanas.

En su corazón, Alfredo ganaba fuerzas, y allí, en la mesa de juego, reordenaba las cartas con la mano izquierda, deshaciéndose de toda soberbia, recuperando los pliegues del humor.

– Las lámparas giran alrededor de la oscuridad, con la inconfundible decisión de plantar un puñado de sombras allí. ¿Son estas sombras nuestras o simplemente la ilusión de alguien que duplica algo en nosotros?

Alfredo no pudo elegir otro momento para despojar a las precarias certezas de la existencia. Quizás así volvería a la infancia, cuando todavía creía en la magia de la paradoja. Las civilizaciones regurgitaron sus primeras ruinas, fábricas, iglesias, cárceles, cuarteles y asilos: el mundo parecía abandonado a los diseños del mismo arquitecto. Los vendedores ambulantes de la noticia se esparcieron por todo el país; y los que pugnábamos por despertarnos tuvimos que aceptar la misma aterradora conveniencia: el credo. El patrón, el párroco, el carcelero, el general, el psiquiatra, nos obligaron a todos, triunfalmente, a despedirnos de nosotros mismos.

Alfredo creció en medio de esta confusión de escombros humanos. La desesperación era su filarmónica espiritual. Temiendo ser devorado por el nihilismo, dejó que Teseo habitara su alma y lo condujera a otro infierno, la heroica saga de la resistencia, la sabiduría racional de las controversias, la enloquecedora revelación del orgullo.

Mientras Teseo salía al mundo a vencer enemigos, Alfredo, encorvado en ese cuerpo del héroe invencible, repetía el agotamiento de su demencia voluntaria, la voz escupía con

profética indiferencia: – *¿Conoce el sabio el sabor de la sabiduría?* Tan solemne como alucinado, tan patético como un espantapájaros invisible.

XXV.

Teseo y Alfredo ocupaban el mismo cuerpo y poseían la misma sombra, bien fuese que Alfredo la perdiera en antros miserables, o la cambiara por una botella de ron, o la asesinara si lo incomodaba demasiado; no obstante, llevaban dos máscaras completamente distintas. Teseo, navegante milenario, soldado dispuesto a enfrentar guerras, se sabía un héroe, una especie de divinidad al que infinidad de personas aún le rendían un culto ciego. Alfredo, en cambio, en cada paso que daba trastabillaba, se caía de bruces, a veces se levantaba y otras se quedaba inerme hundiéndose en el barro y en sus propias heces. Era un maldito entre los malditos, un renegado entre los renegados, un paria entre los parias– y eso le gustaba. Solía decir que si una parte de él, Teseo, era un semidios, él, Alfredo, era el dios de los ruines, el dios del averno, el dios de las cavernas. No en vano repetía una y otra vez que ese vientre húmedo, oscuro y caliente había dado a luz a la especie humana. Por eso miraba con condescendencia a Teseo, lo consideraba su hermano menor, al que hay que proteger y al que se castiga de cuando en cuando sólo para demostrarle quien manda. En realidad, entre Teseo y Alfredo la lucha era por el poder; un poder inane, absurdo, y por lo general letal.

Sin embargo, había algo que los unía mucho más que el cuerpo y la sombra, Cibele. Los dos lo sabían. Se la disputaban como leones heridos en un circo romano. Entonces surgía en ellos el macho cabrío que pelea por la hembra. Sabían muy bien que el perdedor debía apartarse, alejarse, emprender el camino del exilio con el rabo entre las piernas. Aunque en realidad la que elegía era ella, Cibele. En sus manos y en sus ojos estaba el verdadero poder. Era su sistema olfativo el que decidía cual debía partir y cual debía quedarse; si el valiente Teseo o el alucinado y patético espantapájaros de Alfredo.

Por algo se llamaba Cibeles, Cibele, Atis, Damia, nombres que la acompañan desde la noche de los tiempos; cuando aún vivía en el interior de las cavernas. Allí donde los abismos dejan de ser

verticales para convertirse en laberintos que esperan a nuevos Teseos que saldrán victoriosos gracias al hilo que alguna Ariadna pone en su camino o a nuevos Alfredos que se arrastran como la Hidra de Lernia, la serpiente multicéfala. Los dos le lamerían los senos, y al hacerlo perderían la voluntad y la memoria.

XXVI.

Los dioses serán tantos que un día el hombre no podrá hacer nada contra ellos. Habrá tantas plagas que un día ningún hombre podrá evitarlas. Los peligros y pecados estaban tan perdidos en medio de una vegetación moral marchita que las religiones se convirtieron en nuestro mayor enemigo. Somos casi diez mil millones de egos llenando el planeta de cultos y humillaciones. Las heces triunfantes de la omnipresencia humana. Las máquinas de supresión de diferencias vertieron en los ríos la variedad tóxica de su absurda química. El capítulo sobre presunciones de hambruna desplazó toda la riqueza vegetal del planeta. La incomprensible relatividad del azar. El esfuerzo humano tomó un rumbo único: la síntesis de una anomalía que ahora nadie puede contener.

La torpeza de Narciso contaminó la existencia; por eso pensé en asesinarlo. Corto en mil fragmentos las falsas virtudes que se convierten en el lenguaje natural de las catástrofes. El sueño decadente de la manipulación del alma. Las degradaciones cismáticas que definieron toda una cartografía de guetos. Incluyendo al semitismo patológico, testigo de un nuevo tratado sobre la implosión demográfica. Todo este repertorio me llevó a renunciar a la idea de matar a Narciso. ¿Qué hacer entonces? ¿Esperar a que los asesinos migren de una colonia a otra y a que una nueva cosecha de androides melancólicos reemplace a los actores de todo el mundo en el escenario? El tiempo era la gran imposibilidad de la justicia, el templo siniestro de todas las sorpresas, la enfermería insuperable de los deseos. Era necesario acabar con Él y con las icónicas sombras de sus tormentas. Hacer que el mundo sea absolutamente variable.

Esto no quiere decir que me engañe hasta el punto de pensar que su ausencia sería el mejor abono para el renacimiento de la especie humana. Era imposible alimentar a diez mil millones de habitantes. Los espíritus languidecían al repetir las mismas teorías

salvacionistas. El concepto de propiedad -sea orgánica, ideológica, imaginaria-, hizo al hombre prisionero de un sacrificio que comprendía. Una treta virulenta que condujo a la comprensión a otras salas de sacrificio. En medio de este horror unos guardias me detuvieron por un crimen que desconozco. Encerrado en una celda, conocí a un tipo esquizofrénico que mató a su propia sombra. ¡Fiat lux! Era necesario acabar con los privilegios del tiempo.

XXVII.

Si un pobre mortal había sido capaz de asesinar a su propia sombra, Yo, Cronos, el Dios del Tiempo, el que estaba antes del Caos y mucho antes que Zeus -y por lo tanto, antes del dios crucificado, el que fuese protagonista del único deicidio de la historia de los dioses-, ¿cómo no iba a ser capaz de asesinar al tiempo?

Por eso una vez que salí de la prisión, donde compartí celda con el sombracida, me refugié en la casa de los riscos; sabía que estaba abandonada desde hacía decenios, tal vez siglos, y que la manigua, en cierta forma, la preservaba de su desaparición. Y aunque su deterioro era más que evidente me instalé en el cuarto de san Alejo y me senté en la silla desvencijada para nunca más volver a levantarme; era consciente que al hacerlo las hiedras rápidamente me harían su presa favorita. En cierta forma era lo que esperaban desde siempre. Ellas son divinidades de la floresta. Los antiguos Tupi-Guaraní les rendían culto y ellas las respetaban.

Mientras que las lianas invadían el lugar de mi autocautiverio, mi pelo, en una especie de mimetismo, comenzó a trepar por las paredes adhiriéndose a ellas. En cierta forma se convirtieron también en mi cancerbero. Las uñas, al no poder rasgar el tiempo, crecieron de forma desmesurada; así que ya no podía darle cuerda a los relojes ni ponerlos en la hora adecuada. La hora en Nueva York imitó a la de Pekín y la de Buenos Aires a la de Moscú. No asesiné el tiempo; solo logré que cayera en el delirio. Luego, en una noche apocalíptica, el cielo se estremeció con un aguacero de pájaros que presagiaba el encuentro de la peste bubónica con otra tan voraz como ella; no venía de las ratas sino de las ratas-calvas-

voladoras; no era un renacimiento sino la continuidad del fin. El tiempo cayó en la senectud, y el Caos volvió a reinar. Mis arrugas ya no eran zanjas sino abismos que se tragaron el poder que siempre ostenté; y La Hoz pasó a manos del nuevo Amo y Señor. Sin embargo, eso no me afectaba, ni a mí ni a mis cancerberas, sólo a los mortales que nos rinden culto.

No le gané la partida al Caos; aún así, no me siento derrotado.

XXVIII.

Las heladas noches de 2073 tallan sombras temblorosas en un bosque de árboles muertos, fantasmas que durante mucho tiempo persiguieron a Alfredo, espectros atormentados de la memoria, mutaciones de Teseo que heredó después del gran esfuerzo que resultó en el exterminio del héroe.

El cuerpo escamoso del paisaje conservaba aspectos de la animalidad de su antiguo doble, recintos erigidos bajo la vigilancia del enemigo. Teseo era una máquina de guerra y Alfredo ahora luchaba contra un nuevo sentimiento, el de un asesino arrepentido, vegetando en la pradera como un caníbal angustiado. Sus almas advierten del peligro de estos dolores fosilizados y de los venenos de la antropofagia. Alfredo era un anciano que deambulaba por pueblos al borde de la extinción, sobrevivientes hambrientos que masticaban los restos de vegetación, asando ratas flacas en el fuego, ruinas apiñadas por todas partes.

En medio de los esqueletos de grandes mamíferos, Alfredo descubrió un pasaje subterráneo, y más adelante una caverna con paredes de yeso por las que crecían enredaderas de diversos espesores que se entrelazaban las unas a las otras como un inmenso tejido. Pronto tuvo que acostumbrarse a la oscuridad total, porque si encendía una antorcha, terminaría quemando el poco oxígeno que había allí. Alfredo hizo de esa cueva su nuevo hogar.

XXIX.

Para el año 2173 hordas de hambrientos deambulaban por los campos abandonados desde hacía decenios; la tierra estéril

albergaba en su interior un veneno peor que la cicuta. Esta jauría de dos patas ignoraba nombres comunes menos de dos siglos antes. El arroz, el maíz o las papas no formaban parte de su vocabulario ni de su memoria olfativa. El cielo era surcado por aves de carroña que esperaban el menor descuido de la caterva para caerle a algún crío que estuviese a su alcance. Los únicos animales terrestres eran las ratas, las cucarachas y los reptiles. Las fuentes de agua no albergaban peces, en cambio pululaban los Ness. Las temperaturas oscilaban entre los 65°C y los 80°C; una eterna canícula que en un pasado ya lejano quemó los pocos árboles que aún daban sombra. La antropofagia, aparte de las ratas, era la única posibilidad de encontrar proteína animal. Por eso abundaban las batallas entre clanes de no más de veinte o treinta individuos. Las viejas ciudades, convertidas en ruinas, escondían decenas de hachas; las turbas furiosas y hambrientas lo sabían muy bien. La guerra es una memoria que no desaparece.

XXX.

Alfredo ahora habitaba en una anomalía que en muchos sentidos lo satisfacía. Su vida se había transformado en un cuenco mágico de hechos de la memoria; la ausencia de tiempo le permitió ir y venir por situaciones vividas y por vivir. Una alegoría de la evidencia de que el núcleo suspendido de la conciencia no se atrevió a rechazar sus signos, sus heridas, el coloso de sus imprevistos. Los fantasmas de Alfredo actuaron como médiums prodigiosos que no buscaban la solución de ningún escenario, sino el empirismo de esas innumerables vidas que se derramaban en sus ojos.

En una de esas fábulas milagrosas, el enlucido de una de las paredes parecía un cuadro, uno de esos *tableaux vivants* que reproducían el hospicio donde conoció a Lavinia, cuyo retrato agonizante de sus días siempre repetía, incansablemente: – *No tengo tiempo, no tengo tiempo*. Un portal de interminables vacilaciones y pérdida de sentido. Lavinia teatralizó su vida como una obra maestra. Saltó de un punto a otro en su escenario imaginario en medio de múltiples confesiones y hechizos. Parecía respirar un aire lleno de astucia y contaminó a todos los presentes –pacientes,

médicos y enfermeras– con el fraude de sus figuras, el ballet ridículo de su histeria.

Su cuerpo estaba transfigurado en una incesante paradoja escultórica. Con cada declaración de sus copias, una tensión distinta invadió todo el ambiente y logró convencernos de que jugáramos los papeles más abyectos.

Al final de una de estas transmisiones ascéticas, exhausta, sobre la cama improvisada de su camerino imaginario, Lavinia le confesó a Alfredo que sentía dentro de ella la presencia de un dios que la buscaba como última oportunidad para interpretar el mundo. Fue entonces cuando se dio cuenta que ella desplazaba el núcleo de sus éxtasis, abduciendo los sentidos, mezclando la lujuria de las formas que tomaba. Sentada en la cama, con las piernas casi cruzadas, lo miró en actitud beatificada, con una sonrisa que era la más pura burla, y dijo:

– Estoy ebria de amor por dios, soy una diosa alterada. Mi amor por él es recíproco y cuando pongo palabras en su boca lo hago mío hasta el orgasmo más escondido.

Es imposible predecir las consecuencias de esa inestabilidad escénica tan convencida. La pose psíquica de un doble que Lavinia albergó en su corazón. Una euforia que anunciaba sus muertes en las retorcidas imágenes con las que terminaba la participación de cada personaje en esa aterradora alegoría.

Lavinia se levantó de la cama. Quería bailar para Alfredo. Comenzó a agitar su cuerpo en una danza oscura y minimalista que rayaba en la catalepsia. Quizás esos espasmos casi inexistentes eran su recuerdo de un androide lisiado. Alfredo trató de tocarlo, sin embargo, de repente, la mirada de Lavinia se apoderó de dagas fulminantes y él retrocedió. Por un momento, su empatía fue desordenada. Un segundo más tarde comenzó a cacarear con los brazos levantados como si cantara una oración, sus ojos se arrugaron como si presenciara mil movimientos ante ella. Su médico y su enfermera se acercaron con una inyección.

Alfredo contemplaba ahora, en su nueva dirección clandestina, ese cuadro vivo en el que observaba el cuerpo de Lavinia en su cama de hospital. Décadas separaban una mirada de la otra, pero le parecía el retrato de una doble vida, las confidencias del inconsciente, la redirección de sus delirios. En ese anfiteatro

inevitablemente desentrañaría los estados de ánimo de la esfinge y la gravedad de un planeta devastado.

XXXI.

La gruta, revestida de bejucos, representaba para Alfredo un enorme útero del que no quería ni podía salir. No sabía muy bien si ese refugio era el de la madre o el de la mujer que alguna vez amó y que ahora vegetaba en un ancianato. Salía tan poco que finalmente nadie volvió a pensar en él; ni siquiera Cibele. La eterna oscuridad le robó su sombra, así que ni siquiera se acordaba de las disputas que los alejaron o acercaron alguna vez. Su vida de rufián de esquina, de truhán de ocho centavos o de tahúr de garitos de mala muerte, quedó sepultada bajo estratos y estratos de movimientos geológicos. Su existencia misma fue un terremoto continuo en el que las capas tectónicas destruyeron diez, veinte, mil veces la memoria que le impedía adentrarse en el laberinto de Teseo. Y ahora, en lo más profundo de la caverna, ya no necesitaba hacer ningún esfuerzo. El laberinto vino hacia él, se instaló en su espalda; mientras Teseo, oculto en algunos de sus recodos, lo llamaba en silencio. Lo esperaba con la paciencia de los gatos y sin armadura alguna. Teseo y Alfredo aprendieron a convivir en el mismo espacio; así, nunca se encontrasen el uno frente al otro.

XXXII.

Es posible que el año sea ahora 2097, pero ¿quién determinaría estas fechas? ¿Y qué importancia podrían tener? Mientras Alfredo se hace estas preguntas, sus ojos, ya más acostumbrados a la oscuridad de la cueva, comienzan a distinguir finalmente, en la tejida maraña de una de las paredes, una silueta que poco a poco se identifica como Cronos. Cuanto más se retuercen los enredos, más claramente aparecen los contornos de la figura de ese anciano, con barbas y cabellos despeinados, en el deleite de una inercia que escapa a toda mecánica racional. No hay duda que es Él, el dios del tiempo.

El azar engordó las pequeñas catástrofes forjadas por la memoria. Los relojes de arena revelaron a regañadientes el falso

fondo de sus absurdos. ¿Cómo contrarrestar los opuestos cuando cada uno esconde pedazos de sus caprichos? Junto con los rasgos corporales de Cronos, lo que la intuición de Alfredo le reveló es que la obsesión por el tiempo era una enfermedad aún más exorbitante que la voluntad de poder. La gran tragedia del hombre es su incapacidad para olvidar los fantasmas de sus herejías más misteriosas. Las insinuantes vitrinas de los males. Las cartillas baratas del aburrimiento. La obra de arte eternamente falsificada que mantuvo su precio alto en el mercado negro.

Alfredo limpió las ventanas de sus vislumbres. Rompió el vacío en busca de lo que creía que era el único ejemplo de su propia agonía. Las páginas envejecidas de la duración indefinida de sus tormentos, contenía toda la miseria de la raza humana. Incluso, si abdicaba del repulsivo heroísmo que lo convertía en un monstruo, los restos de su naturaleza todavía intercambiarían las reliquias de sus lamentos. Al rechazar a Teseo, todo en él se redujo a una mitad perforada y devorada. Alfredo no era más que una maldición cuya factura no tenía a quien cobrar.

Cada vez que miraba la indiferencia de Cronos, y veía en ella la civilización carbonizada entregada al parlamento de su aniquilación, lloraba desconsoladamente. Ya no quedaba Lavinia ni la oscura suntuosidad de aquella casa de los delirios. Tampoco la obsesión original por el tiempo le brindó apoyo. No quedaba nada de las descuidadas limosnas de la razón o de los pergaminos adictos a los aforismos redentores. Esa cueva ya no era parte del mundo. Afuera no quedaba ni una sola alma viviente. Alfredo gritó el nombre de Cibele, pero su voz lo sorprendió como la de un imbécil arruinado. La oscuridad era un último hechizo, y sus enormes ojos ya no reflejaban el altruismo de los dioses. Se olvidaría la propia animalidad. Intuía que Cibele no lo despertaría de su sueño irrecuperable.

XXXIII.

Alfredo entró ineluctablemente en un eterno duermevela; en cierta forma una gruta aún más profunda que la que albergaba su cuerpo lacerado por el deterioro del tiempo y por la vida ignominiosa que alguna vez llevó y que ahora solo aparecía ante sus ojos en forma de pesadilla, de condena. No porque alguien lo hubiese lanzado al

averno sino porque el mismo encontraba en el acto de autoflagelarse una especie de láudano; a lo mejor porque le recordaba las drogas que consumió en una de las vidas ya muy lejanas y olvidadas. Y es que el arrepentimiento rara vez es verdadero. Y por supuesto, eso no le inquietaba. A lo mejor esa era la causa de su longevidad, de su incapacidad de morir y de la maestría que tuvo cientos de veces de reinventarse en un cuerpo joven e incorrupto. Él no necesitaba ni de pinturas ni de espejos para repetirse en una juventud infinita. No obstante, el refugio húmedo, caliente y silencioso, que ahora lo acogía, lo lanzó en una senectud sin retorno. Su cuerpo perdió el brío de antaño, las mejillas se pegaron a los huesos, y la memoria se extravió por laberintos desconocidos incluso para Teseo. Poco a poco se fue encorvando, volvió a la posición fetal y por último se convirtió en un ovillo diminuto. Las arañas lo usaron para ser el centro de sus telas; una especie de mapa del cosmos que ellas mismas inventaban cada segundo, cada minuto de esa noche eterna que era el tiempo de la caverna que las cobijaba. Alfredo no hizo nada para impedirlo; poco le importaba si vivía en una celda hecha de hilos o si era una pesadilla más de las muchas que lo atormentaban desde el inicio de los tiempos.

XXXIV.

Cuando el big-bang se disipó, Cibele se preguntó de nuevo cómo era posible olvidar lo que nunca sucedió. En la bañera con Lavinia o intentando inventar la manzana con Alfredo o asombrada por la alucinación del tiempo, Cibele quiso volver a escenarios equidistantes. ¿Pero, cómo hacerlo sin la certeza de haberlos vivido? Las imágenes espectrales se reproducen frente a ella con sus seductores abismos. Una iniciación respiratoria de silencios y vacíos. Las deidades emergieron con cada sílaba pronunciada en su corazón. Cibele buscó el vértigo del solipsismo. Quería amar a Cronos y Lavinia y Alfredo como una forma de disolver toda moral, una especie de mística licenciosa. Su cuerpo quería retener al barquero y al río, a la espada y a la ley, al cadáver y a la lágrima. Extinción de símbolos hasta que la paradoja rasgara los velos del inconsciente y ella se convirtiera en la cortesana de los preciosos refugios de la existencia.

Las visiones de Cibele estuvieron marcadas por especulaciones seminales; más que dualidad o alquimia sexual, lo que buscaba era la clave de la metamorfosis, los pasajes secretos de una cura a otra, sugestivas cáscaras de metáforas absorbentes, en medio de la creciente extinción de las fuentes de la vida. No tenía la inmortalidad como meta, pero quería, en su inagotable peregrinaje, entregarse a las placenteras ramificaciones de los deseos. Sus máscaras se llamaban Alfredo, Lavinia, Cronos.

XXXV.

Cibele era consciente que con cada máscara su rostro adoptaba a una persona diferente. Con ella asumía la vida de un personaje, su historia, sus frustraciones, odios, rencores e incluso sus propios e ineluctables olvidos. Las batallas, las guerras perdidas, y nunca abandonadas del todo, le ponían un escudo en su pecho y una espada en la mano. Espada que a veces tomaba la apariencia de una catapulta, de un arcabuz o de una bomba atómica. Como si su destino fuese la destrucción ad infinitum, la anticreación. En cierta forma ella, y su verdadero ego, sumado a los egos de sus múltiples compañeros de lecho y lascivia, eran la representación del caos. La metamorfosis continua, y al mismo tiempo repetitiva, lejos de esculpir la memoria taladraba el olvido. Por lo que no se acordaba que Mnemósine era su eterna contrincante desde que se batió en duelo con ella, mucho antes de arder en el fondo del mar en compañía de Teseo. Ese era su karma, su destino trágico; por el que era una y otra y otra vez condenada al suplicio tártaro. Cuando eso sucedía era presa de una sed insaciable; y a pesar de estar rodeada de agua esta se apartaba cada vez que quería sorber una gota. O bien, en sus sueños, se veía a sí misma recostada en un inmenso árbol donde pendían diversos frutos, y cuando alzaba sus manos, para calmar su hambre, la fruta desaparecía antes de ser tocada. El acto reiterativo la conducía inexorablemente al delirio, luego perdía la conciencia y caía en una especie de letargo abisal del que era muy difícil despertar.

XXXVI.

Un tatuaje que rodeaba el ombligo de Lavinia reveló uno de los acertijos de su naturaleza: *no todas somos Cibeles*. Adonis encontró el cuerpo frío, rígido y desnudo, y se lo llevó a Cibebe. Ella abrazó a su amante, y mientras sus lágrimas bañaban su rostro, se reveló un manuscrito final: *El olvido no dura para siempre*. Esa frase trajo de vuelta los sueños del árbol, la mansión y Alfredo; y Cibebe pronto concluyó que el puente entre ellos era la misma puerta que se repetía, a veces entreabierta, otras sellada y sin conocer el paradero de la llave.

Las iteraciones son un río lleno de descuidos. El que se reproduce lo hace porque no encuentra el sentido de su mensaje. También se duplicaron las lágrimas de Cibebe dedicadas al cariño de Adonis sobre sus pesados hombros. Los aforismos del rostro de la difunta resonaron en la memoria de su amante. Sus sombras vagaban como criaturas por la necesaria expresión de cada dolor. Frases milenarias, unas con ideologías repugnantes, otras incrédulas de cualquier idealismo, unas invertidas, otras ocultas, imperfectas y malvadas. El rostro de Lavinia fue una gran obra de relatividad.

Cibebe transcribió innumerables procesos de condena a inocentes. Una contaminación de valores superfluos. La irreparable difamación de los desencuentros. Decadencia de dioses y verdugos. La elocuencia podrida del absurdo. Tales juicios proclamaban crímenes inexistentes, maldecían la inocencia, laceraban a los holgazanes. Miles de mujeres, avergonzadas, brutalizadas, torturadas. Todas las ramas del martirio. Todo el follaje ensangrentado de un árbol de la plaga.

Los aceites sagrados, que Adonis encendió, ahora circulan por la pira destinada a incinerar el cuerpo de Lavinia. Las flores blancas elípticas y la rama de incienso. Ceremonia sin culto. Dejar que el cuerpo desaparezca, que el alma se lleve la carne consigo. Una despedida del Yo sin intermediarios. Lavinia en su vida fue una politeísta litúrgica. Ahora, nada está a su alcance.

XXXVII.

Un cuervo taladró el tercer ojo de Cibele, lo engulló y le dejó una herida abierta; una nube de aves depredadoras cruzó el firmamento, el cielo se oscureció y auguró una larga época invernal donde el sol quedó proscrito. Fue cuando Cibele se vio a sí misma sentada al frente de un cenotafio. El recuerdo de la mujer que amó en alguna de sus otras vidas le laceró su frágil memoria. Se vistió con un quitón negro y cubrió su rostro con un velo. Solo entonces pronunció el nombre de Lavinia tres veces. Se trataba de un ritual antiguo para que el alma, que ya no habitaba en un cuerpo, fuese guiada al lugar donde descansaría hasta el fin de los tiempos.

El delirio y la senilidad, en la que Cibele vivía desde hacía decenios, la precipitaron a un abismo del que no había retorno. El duelo tuvo la fuerza de un rayo, la fulminó y un olor a carne quemada invadió el ancianato donde vivió los últimos años; y la casa de los riscos desapareció detrás del humo. En ese preciso momento, tal vez en un último intento de recuperar a Lavinia, atravesó el umbral del Hades.

XXXVIII.

Las imágenes temblaban por sus propias descripciones. La casa amargada por un imperio de cenizas todavía vagaba como una herencia implacable. Tus extravagantes personajes ahora se aflojan por los corrosivos bancos del Hades. Tres mujeres alargadas, cadavéricas, en marcada desproporción, protegían a sus inusuales fetos: la primera bajo el manto, sentada en un pasillo, la segunda balanceando la sombra de una pequeña cuna, y la tercera se arrastraba por la arena con una pequeña figura debajo. El tormento electrizante, que estas imágenes proyectaban en los ojos de Cibele, abrió la boca fantasmal del río por donde fluían los mensajes más repugnantes.

Se desprendieron huesos de cuerpos humanos en esa provincia de asombros, cuyos rostros no valía la pena ver. Sus fisionomías desaparecieron en medio de su sufrimiento. Los dolores en la subasta, las lágrimas calumniadas, los gritos raspados hasta el silencio. Pequeñas criaturas infestaban ese maldito velorio. A los monos, rinocerontes y jirafas les amputaron el cuerpo, y de la

ausencia de sus extremidades extraviadas aparecieron varillas de metal, piedras cortadas imitando carne purulenta, gasas bajo el efecto de uno de esos muchos hechizos de inmortalidad. No eran los únicos y fueron seguidos a la deriva por mujeres con sus cuerpos metamorfoseándose en vainas, tronos rotos, círculos incompletos.

El velorio de Lavinia crecía como una calamidad hermética. A lo largo de los pasajes barajados, ese verdadero credo de herejes forjó sus bestiales perdones. ¿Cómo seguir esa colección de ordalías? ¿Dónde refugiarse cuando se han tomado todas las tierras y se han disuadido todas las reliquias? Nada tiene más valor que una expedición de virtudes. Criaturas físicas dementes, bañadas en falsas pretensiones. Urnas encadenadas a los pies de sus muertos que huían. Niebla dedicada a cambiar el origen de todas las cosas.

¿Cómo pudo Cibele creer en esa fortaleza de la nada? Sus nubes envueltas en velos imitando criaturas traficadas por la memoria. Libros fusilados, puentes podridos, arañazos adulterados. Una región de instintos depredadores, niños abusados, moral en declive. Sólo ahora Cibele se dio cuenta de la monstruosa deformidad de su vida. Cuántos engaños se materializaron en su núcleo. Víctimas agonizantes de las tierras que no supo recrear. La ausencia del otro ahora la dejaba indefensa y ridícula. Entre lágrimas repitió como un látigo que ese velorio no era de Lavinia. Esa muerte es suya.

XXXIX.

Cibele confundió el umbral del Hades con el paso del río Estigia. El estado de derrumbe moral y físico que tenía al llegar al embarcadero hizo que Caronte se apiadara de ella por lo que no le exigió los tres óbolos obligatorios para el paso a la otra orilla. De todas formas, Cibele no oía ni veía nada. Una vez en la barca, en ese viaje del que no hay retorno, las imágenes del averno se sucedieron una tras otra. Los recuerdos necesarios para su rescate se perdieron inexorablemente en el tablero de ajedrez del que algún día intentó rescatar a su amado Teseo-Alfredo, por lo que quedaron errantes saltando de un escaque a otro para volver

siempre al centro; allí donde estaba Cronos con su cuervo y su Hoz.

Cibeles se confundió con las sombras que emergían de las aguas. Luchaba con ellas para no caer en sus profundidades. Envuelta en el quitón de Eurídice trató de esquivar las imágenes horribles que trataban de desgarrar el fino lienzo. Le dio la mano a la muerte y aceptó el exilio en una tumba sin nombre. La llama que la alumbró por centurias estaba extinta y el árbol de la eternidad ya no existía.

XL.

El diario de Adonis fue encontrado en una de las cajas enmohecidas en el sótano de su sombría residencia en La Habana Vieja. En su interior había una sola foto amarillenta que mostraba un pozo abierto en la cocina; tenía fecha de agosto de 2034 y la indicación de una página del diario, cuya lectura narraba que el agujero fue abierto cuando Alfredo visitó a Adonis para pedirle que lo ayudara a sacar a Teseo de su propio ser.

– Creo que podríamos eliminarlo mediante hipnosis y confío en sus dones para hacerlo.

– No sé si lo logremos, puesto que el héroe indeseable está incrustado en tu vida desde que llegaste a este mundo.

– No importa. Necesito deshacerme de esta sombra que una vez me dijo que su mayor orgullo provenía de su dominio sobre mí.

– ¿Y si no podemos?

– Te pido que me entierres en esa tumba, cimentándome a mí y a esa despreciable criatura.

Según las siguientes páginas del diario, Adonis ató a Alfredo a una silla, y después de hipnotizarlo utilizó todo su poder de sugestión para que Teseo abandonara el cuerpo que usurpaba; luego, sin tener en cuenta su respuesta, decidió exorcizarlo.

– ¡Alfredo soy yo! Si nos desconectamos, nos rompemos en pedazos.

– Esta es la voluntad de Alfredo, demonio, debes renunciar a él.

– Ninguno de los dos puede dejar al otro.

– El hombre te ordena, dios delirante, que dejes este cuerpo y te vayas a vivir a otra imaginación.

Amenazas, hechizos, evocaciones, todo fue inútil. El cuerpo de Alfredo, casi desfallecido, mantuvo solo una voz duradera, negándose a alejarse. Entonces Adonis arrastró la silla y el cuerpo hasta la cocina donde lo lanzó a la tumba, la cubrió con cemento, y una vez terminada la extenuante tarea pudo descansar. Mientras la tumba se secaba, se puso a narrar en su diario el exorcismo que acababa de llevar a cabo.

XLI.

Lo que Adonis ignoraba es que los agujeros, así tengan la apariencia de cavernas, son una trampa que impiden el descanso y que son la representación del caos y de la angustia. Así que, si Alfredo anhelaba el exterminio de su propia sombra, solo consiguió acrecentar el ahogo que lo acompañaba desde hacía centurias. Teseo se abrió paso por entre el laberinto de su espalda y se dedicó a narrarle una y otra vez la serie de existencias en las que reptaba y emulaba a la más atroz de las criaturas que pueblan el imaginario del erebo; después recreó una especie de puesta en escena de miles de sombras que lo acorralaban mientras gritaban y hacían gestos que imitaban su existencia indigna. Una forma de recordarle el fraude de su vida. Alfredo comprendió que el pasado no puede ser ignorado, y que si alguna vez sintió arrepentimiento era sólo para regresar poco después a la verdadera condición de la vil criatura que gobernaba todos sus actos. La palabra “perdón” nunca formó parte de su vocabulario; por el contrario, las imágenes dantescas que poblaban su memoria eran un aliciente para no caer en el pozo profundo del olvido.

XLII.

Los estertores de la agonía humana saltaban de vez en cuando, crepitando como una confusión sin principio ni fin. Una agonía que enfureció la causalidad y la ilusión de propiedad. Una agonía que duró tanto como la extraña creencia en su extinción. Este era el horrible credo de los herejes que empaña el brillo de las asociaciones y hace de la moral un arte en descomposición. En un mundo así, de nada sirve buscar sentido a las pérdidas y otros

trucos migratorios. El hombre siempre subestima el romance de sus ideales. Sus reflejos descontrolaron la máquina de equilibrio construida precisamente para inflar la apariencia polifónica de los exterminios. Con tales máquinas, nada puede durar. Y los sueños destinados a imitar una memoria doctrinal deben pudrirse en las marismas de la soledad. Ningún hombre debería creer en otro. Los recorridos se cuelgan al anochecer, para que tengan toda la noche dedicada al olvido. El hombre se convierte en la perspectiva de perder el laberinto en su núcleo. Un día los dioses ya no estarán aquí para borrar los bocetos.

XLIII.

El hombre, en una especie de naufragio, olvidó conjurar el tiempo y la historia; quiso entonces buscarse en los espejos rotos en millones de micropartículas y fue en ese preciso instante en que perdió el boceto de sí mismo. El hombre se paró ante la rueda de la fortuna y vio su sombra repetida hasta el infinito; su cabeza era la de un lobo y de su mano derecha colgaba una pitón inerte. Símbolo del fracaso. La máquina infernal, que hacía girar la rueda, tiraba de sus extremidades, sólo se escuchaba el aullido de la bestia.

El ojo del cíclope incendió el horizonte; el paisaje se vistió de carbones humeantes. Mientras, los buitres rasgaban el aire envenenado y dejaban caer toneladas de detritus en los océanos.

Caronte abandonó su barca, ya no había ningún pasajero que le pidiera atravesar el río, y se sumergió en las aguas que surcó desde el inicio de los tiempos.

XLIV.

Las fechas se extrajeron de todas las frases. Los exiliados eran recíprocos sin importar el ángulo en el que se abrieran las puertas. Los molinetes soplaron hacia adentro, hacia el abismo de sus direcciones equívocas. La vieja taza de latón contenía pociones que destruían la vegetación. Los molinos de viento regurgitaron por la boca de los convulsivos gigantes. No había belleza en nada de lo que se manifestaba. ¿Cómo vestir a los monstruos en manos

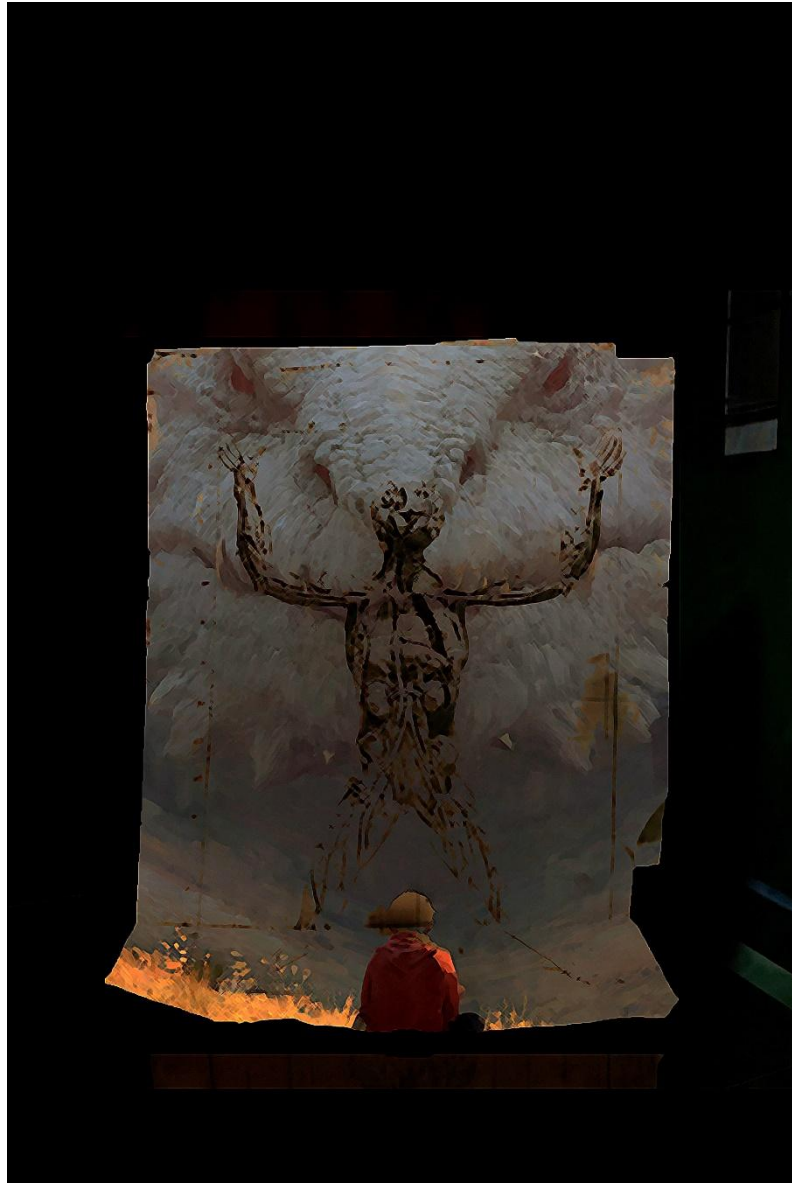
del azar? Los pozos de agua bendita fueron castigados con la semilla negra del holocausto. Un diablillo cojo escupió fuego en los tobillos de los gigantes. Los dioses corruptos, borrachos, caídos sobre las páginas rasgadas del evangelio. Con ellos la tabernera mantenía encendido el fuego para calentar la sopa con la que daba de comer a todos. Malvados, degenerados, encubiertos, cabreados, traficantes. Todos los días el mismo guion, transmitido como simulacro del anterior, decretaba el fin de la especie. El comercio de almas consistía en intercambiar capones disecados por hadas ancianas. Cronos determinó que se recopilaran todas las fechas. Pasó algún tiempo antes que los hombres y los demonios aprendieran a saltar de un vacío a otro. La realidad quedó desfigurada como un agujero de gusano o el falso fondo del pecho del ilusionista que, dos milenios atrás, se contentó con ser dios. La intención cifrada de Cronos tardó aún más en funcionar porque en el mercado negro los relojes de arena y los digitales alcanzaron precios exorbitantes. El Cronos herético, que ahora teníamos ante nosotros, rompió los párrafos de la extravagancia humana e hizo que todos se sintieran igualmente perdidos.

– Escucho como tropiezan las virtudes al huir. Mantengo lejos de ellos las payasadas y discursos políticos. Los más atrevidos nunca llegarán al final de esta historia. Incluso aquellos que guardan en su bolsillo un resumen de los milagros requeridos por la fe. Los viles buscan las razones de cada oración. Todos quieren más tiempo, pero se les caen los dientes y no aprenden nada. Todos quieren ser buenos y solo ven el mal en los demás. Tiempo de crucifixiones, desmembramientos, sediciones. Tiempo para remisiones, torturas, malversaciones. Para los privilegios del infierno y las guerras púnicas. Para la división del átomo y la multiplicación de los panes. Todos quieren tiempo y vienen tocando a mi puerta para robarme o sobornarme. Algunos me señalan su mirada de basilisco, criaturas reptantes que sueñan con mi muerte, otros contratan mi asesinato. Necesitan tiempo. Los mitos se congelarán en su jardín secreto y los mensajeros siempre regresarán sin respuesta. En ninguna parte me encontrarán. Los haré perderse celebrando la hipocresía. Simplemente no habrá tiempo para todos estos parásitos. Me aseguraré de que el tiempo esté siempre en otra parte.

Los días ya no son días. Convalecen incrédulas las esperas. Se prescribieron los recuerdos. El hombre se arrastra como un animal fantástico al que ya no puede alimentar. Escuchen el grito

devastado del terror, el caos saqueado por el asombro, la catástrofe redentora de un mundo que se tragó a sí mismo.

– *Al diablo con el tiempo.*



LA VIGILIA SECRETA DE LOS
DRAGONES

I

¿Por qué no elegimos un día de los culpables? Sería como celebrar la farsesca condición de los dioses. Después de todo, ¿culpable de qué? Quizás de un genocidio o del suicidio colectivo asistido por una secta. ¿Habrá distinción entre el dictador y el pastor? ¿Y por qué juzgarlos? Si realmente fuéramos a simplificar las acciones, ¿no sería lo correcto matarlos inmediatamente? ¿Qué pasaría si pudiéramos evitar que cometieran sus deformidades morales? ¿Rehacer los significados de la moralidad? ¿En qué se diferencia la violación de una niña del robo a una panadería? ¿Y cuántas personas hay que matar para aumentar la pena a un criminal obstinado? ¿Son los agnósticos incondicionalmente culpables? El recurso a la locura es una de las bellas farsas del santuario de las leyes.

La ignorancia es un lujo en el país de las hipérbolos.

La fiesta del sol se llevó a cabo en el día en que los renegados se tomaron la ciudad. Cada uno de ellos llevaba consigo una pequeña caja azul. Hubo uno que les transmitió a todos la convicción de que en un momento dado las cajas explotarían en sus manos, liberando una maldición que haría que la humanidad odiara a las razas futuras. Se convocó a psíquicos, astrólogos, escritores de ciencia ficción; a cualquiera que de alguna manera pudiera ayudar a contener los pasos de esa ciencia descarriada. El precio era alto. Nada podía permanecer desconocido para los hombres después de que se encontrara una solución al caso.

El conciliábulo tuvo lugar en el centro de la Tierra, allí donde ningún rayo de luz penetra y donde las estalactitas sirven de guías por los laberintos de la desmemoria. Las cajas que contenían las preguntas, las dudas y las posibles respuestas al enigma del futuro, fueron lanzadas una a una por la boca de un volcán del que nunca se conoció ni su nombre ni su ubicación geográfica. Solo se supo que de cuando en cuando algunos dragones pasaban rozando la cumbre; más abajo, miles de kilómetros debajo de la superficie, otros dragones en vigilia custodiaban los secretos que caían como si fuesen un magma lanzado desde el exterior.

Sus rugidos descomunales hacían temblar la superficie. Los hombres diminutos, no en estatura sino a causa de su desvarío, se preguntaban si el fin de su era tocaba a su punto más alto.

La lluvia de meteoritos rompía el cielo cada milésimo de segundo
los túneles de las minas abandonadas ya no eran ningún
refugio
los asaltantes de cerebros en descomposición
hacían su agosto
los pensamientos vagaban sin rumbo y
nadie se atrevía a atraparlos
para no ser acusados de herejía.

Hace 100.000 años los hombres levitaban y aprendían a falsificar secretos. En las escuelas de brujería se aprendían trucos para hacer dioses artificiales. Los volcanes fueron la generación espontánea de diamantes y otras escrituras. Los relojes de piedra estaban engastados con la eternidad y viajaban en el tiempo. Los primeros alucinógenos eran aromáticos y llevaban mensajes del cosmos. Hace 100.000 años se realizaron los primeros experimentos con momias.

Hasta el día de hoy no hay explicación para los obstáculos que surgen de la sombra de cada gesto. Como las luces creadas en cilindros cuya corriente eléctrica es la misma que produce el rayo de la muerte. ¿Cuántos éramos cuando no sabíamos contar? Las misiones religiosas crearon fanatismo, pero el fatalismo fue obra de las misiones militares. Juntas dieron al mundo este inquietante reflejo de impotencia y perversión. La solución encontrada por muchos estuvo entre el heroísmo y la locura premeditada. Contrariamente a la estrategia militar, las iglesias tendieron una mano amiga a los voluntarios, sin convocarlos jamás. Así se extendió por el mundo el falso concepto de hombres dignos de confianza.

Minúsculos zombis abrumados por el peso de sus carpetas dando pasos de ciego y moviendo sus bordones a diestra y siniestra golpes gritos cruces tatuadas en la frente de seguidores de un culto deícida un papel redondo e insípido en las lenguas de los fieles que lamen las huellas del hambre mujeres gestando futuros

monstruos senos caídos niños vagando por callejuelas polvorientas hasta el sol evitaba atravesarlas la lluvia ácida carcomía cada piedra cada columna los templos se arrodillaban ante la incapacidad de seguir de pie las hojas se incrustaban en el ojo del huracán un dolor agudo como la punta de un cuchillo recién afilado los milenios se repetían serpientes mordiendo su cola envenenada Sócrates bebiendo su cicuta y los hombres dignos de confianza aplaudiendo su ingenio Sócrates y Cristo jamás escribieron ni una línea sus nombres atravesaron los milenios los caballos negros no se rindieron cánticos en las mezquitas de Harar caravanas de camellos caravasares bazares postas serrallos en el fondo del desierto tormentas de arena ahogando los recuerdos muriendo en un hospital de Marsella

¿Cómo pasamos de una hoja a otra en esta sombra arbórea que conecta nuestros deseos?

Los volcanes forman un sistema subterráneo que es como un sendero secreto que no todos los iniciados reconocen. Existe un concepto demoníaco que impide la transformación de algunos cerebros. Hay quienes creen en la influencia de un placebo del elixir de la inmortalidad. Quizás la hostia consagrada sea una de estas monedas ilegítimas. Las distorsiones de la sexualidad serían otra hipótesis sacrílega. En cualquier caso, desde que el hombre fue llevado a descreer de las alfombras voladoras, cosas verdaderamente extrañas comenzaron a habitar el panteón de sus hechizos modelados en arcilla y silicio.

¿La moral es de origen tibetano?

¿Cuándo se reunió por primera vez un grupo de sabios para juzgar nuestras acciones?

Carlomagno buscó a tientas en la oscuridad del tiempo las fórmulas secretas de la reencarnación. Aunque no sabía leer, identificó los símbolos y decidió la perpetuidad de sus diseños, creó los monasterios con sus scriptoriums y los monjes copistas rescataron del olvido cientos de papiros que se negaron a desaparecer en las estanterías polvorientas de Alejandría, de Pérgamo y de Éfesos. Las llamas de los bajeles de Julio César llegaron hasta la biblioteca náutica; la memoria aún no se repone.

¿La moral nació en Shangri-lá?
¿O nació en la Isla de Huxley?
¿Existen los paraísos?
¿Acaso las sociedades perfectas no son infiernos, tragedias en un solo acto?
¿Son fanfarronadas, pesadillas de un dios beodo y macilento?
¿Acaso es el señor de las moscas?
¿Golding jugando a ser todopoderoso?
¿Director de una obra de teatro condenada al fracaso, a la tragedia?
¿Cilicios que penetran caderas muslos senos cansados?

Sabios, descendientes de Cirilo, condenaron a la hoguera a cientos de brujas herboristas magas curanderas lanzadas al abismo al ostracismo las llamas aún arden en los atrios donde la verdad única y absoluta se impone sobre la razón.

Los tribunales son el mayor legado de la humanidad. En medio de la continua destrucción de una memoria que se originó en alfombras discos platos voladores las cortes fueron compartidas por religiones y células terroristas. Canguros y camellos acudían al mercado a comprar estampillas para sus grandes viajes. Un grupo de autistas desherbó el terreno buscando milagros. ¿Qué animales se utilizaban para desbloquear las escrituras sagradas de los desiertos? Los viejos tejados todavía vuelan en busca de una flauta emancipada.

Los cuerpos destrozados alimentaron un inmenso agujero en el mar, la primera cicatriz del universo con su ardiente deseo de suprimir explicaciones, un paso a una dimensión olvidada. Todo debería ser desconocido en las partículas elementales de esta nueva forma de vacío. Los tribunales, sin embargo, quisieron detener el mundo y procrear a los antepasados de la gran ilusión. El misterioso desconocido iba a ser confinado en un pozo alejado de la civilización. El Eclesiastés fue traducido a mil idiomas, dejando claro que nada nuevo podía existir bajo el sol.

El poder es un alcohol que se destila una y otra vez aumentando sus grados.

El matrimonio con los libros sagrados le confiere el título de titiritero mayor.

Sus retratos se superponen los unos a los otros, rostros diferentes
terminan por ser uno solo.

¡Economía! Gritan.
Tiempos difíciles.
Consuman menos pan.

Los campos reseco quemados por años de desidia ya no saben
producir el color del oro
La luna nueva sorda a los aullidos de una jauría de lobos esconde
los túmulos recién levantados ya no hay muertos que despiertan al
día siguiente ni lozas desplazadas ni plañideras que se arrancan el
cabello y se rompen los dientes contra una piedra los truenos
perdieron su brújula el sismo abrió abismos hombres y caballos
caían como moscas fumigadas pulverizadas los dragones alados
oscurecían el cielo único superviviente de los sueños
desmesurados de unos pocos cetros que permanecen en pie.

Las estatuas tienen ojos ovalados.
Vinieron de muy lejos con sus sacrificios y oraciones.
Heredaron de padres ausentes una era de etapas inconscientes.
Los talismanes ya no eran eficaces como resumen de las
enseñanzas científicas.
Los miedos eliminan la inteligencia y organizan una comisión de
espías que reprimen los instintos y tatúan una letra atrofiada en
el talón izquierdo de sus víctimas.

¡Melancolía! gritan.
Tiempos oscuros.
Beban menos leche.

Es posible que los gigantes de seis metros ya estén extintos. Se
cancelaron los viajes al cosmos y una nueva edición del cómic
Mahābhārata fue tan abreviada que ya no encontramos referencias
a guerras atómicas y conspiraciones de usurpación de tierras. Las
nuevas botellas de agua bendita se distribuyen por todos los
reinos y en sus envases leemos: *los conflictos acallan a la multitud*. El
robo de una manzana fue reemplazado por el robo de ríos enteros.

La paz es una quimera absurda que venden embotellada para calmar ardores y evitar sublevaciones la guerra en las esquinas de las casas se convirtió en una nueva forma de vivir en sociedad más vale un ruido que rompe el silencio de la noche a un plato de comida en una mesa en la que se filosofa.

Los *influencers* pulverizan con su cinismo los referentes culturales notables de todo un siglo.

Si las masacres diarias ya no tienen primera página menos el asesinato de una usurera en una oscura habitación de San Petersburgo aún así se sigue conmemorando la crucifixión de un hombre que murió hace más de dos mil años no la conmemoran la celebran tomando el sol en las playas del Caribe y bebiendo ron hasta olvidar qué era lo que celebraban

¿Quiénes son los duros guardianes de nuestras obsesiones demoníacas? ¿El Leviatán es un insomne o un sonámbulo? Los bolsillos del odio son arrastrados por la descendencia de los dragones, rito mediante el cual adquieren identidad y fuerza en la doctrina sacrificial. Job había dejado la lección que invadía la realidad concreta y la dimensión infinitamente mayor de la imaginación popular: *Nadie podrá jamás resistirse cara a cara a la mirada despierta del Leviatán*. Los dragones aprendieron a volar para mover el cielo de los reinos sublevados. Por eso los grandes invasores fueron aquellos que aprendieron que el desafío de la vida no triunfaría sin el desafío del inconsciente.

No lamentemos lo inevitable.

Las casas rugen como fieras perdidas en junglas contrarias.

Las noches cambian de tema y ponen sus huevos en la oscuridad.

Los árboles han perdido su seriedad

sin dar crédito a los ermitaños que en harapos se dejan guiar

por un Platón en cada esquina.

Lo inevitable, no lamentemos.

Y de cuando en cuando llega un allegro derrumba al caos instala un diminuto oasis, como el concierto # 1 para piano de Tchaikovski.

Solo que los oasis son frágiles efímeros por eso llega la tormenta de arena del desierto que barre hasta con los cimientos más profundos de las antiguas civilizaciones surgen entonces los aquelarres y las pinturas negras concebidas en la Casa del Sordo acorralan a esos diminutos seres que se creían iguales a las deidades inventadas en el último cataclismo y los lanzan al infinito donde bailan la danza macabra en el iris de los ojos de algún dragón que juega ese día –¿o ese milenio? – a ser dios.

Los refugios
creaciones vanas de algunos iconoclastas
que arrasaron a los que erigían tótems
 los creadores
 de salmos de sutras
 pisoteaban pueblos enteros
mientras cabalgaban en caballos salvajes
alterando para siempre la línea del horizonte.

Una diosa muerta a tiros aplastada por rinocerontes brahmanes. Montón de libros carbonizados arrojados a tumbas poco profundas. La periodista fue abucheada por hablar del resurgimiento del antisemitismo. Quizás ahora estemos enfrentando las consecuencias más salvajes de la pandemia. El degenerado zigzag de los exilios y los pactos entre grupos racistas. Regalos reales distribuidos a voluntad para corromper todos los principios. La vida misma tal como la conocemos está llegando a su fin. Con sus creencias desgarradas, su brillante comercio, la carnicería moral. Robert Charroux miró una vez el pasado reciente y lo que vio sonó más bien como una profecía: *A partir de 1958, desde que la transmutación atómica fue capaz de crear oro artificial, los últimos alquimistas, sin hacerse ilusiones sobre los resultados, permitieron que sus hornos se extinguieran.* Desde entonces, el azar perdió su fuerza empírica y los charlatanes ganaron laboratorios y púlpitos donde todas las probabilidades de existencia estaban contaminadas por la muerte.

Los espejos negros reflejan la cobardía del mundo.

Son como un arca que contiene en sí el cristal de todos los desastres.

Los espejos combinan plagas, falsos testimonios e implosiones en el alma.

Son como mundos olvidados que aún sueñan con ser rescatados.

Los espejos negros se comen el equilibrio fiscal de mil empresas fantasma.

¿Cuántos de nosotros somos contratados para mantener encendidos estos espejos hambrientos?

¿Cuántos de nosotros corremos entre las ramas de un bosque petrificado inhalando el azufre de los reinos que destruimos?

Los espejos cambian de inclinación según el infierno que resucitan: Karnak, Gaza, Abiyán.

La expansión del mal como una serpiente que quiere anular la esencia del conocimiento.

Nadie vendrá por tierra, cielo o mar, ni dioses ni ejércitos liberadores.

Los dragones han despertado y planean la gran obra y su panacea capital.

Los espejos negros reconocen que todo mal tiene origen en discursos de pacificación.

Los espejos negros son la otra cara de la moneda la única que en realidad existe e importa.

Lo oculto tiene más trascendencia que los ríos de luz que atraviesan las centurias.

El juego macabro de un saltimbanqui aplasta al grito de un dictador.

Villon, el salteador de caminos, era un experto en la materia.

Murió en la horca y aun así pudo sobrevivir a sus verdugos.

Los espejos negros son el astrolabio de los poetas muertos en el exilio.

A veces sirven como mesa donde se barajan las cartas del tarot y donde se apuesta la eternidad de una pluma.

Otras veces son el escenario para la farsa de la existencia.

El reflejo de los espejos negros les permite a las estrellas guiar a los meteoritos hacia su propia destrucción.

Los espejos negros son autopistas siderales que terminan en los huecos negros diseminados en todo el universo... ¿O en todos los universos? ¿Cuáles existen y cuántos desconocemos?

Los espejos negros son el reflejo de nuestra existencia microscópica; nos negamos a entender que no somos el centro de nada, sino solo un estorbo atroz, un grano de polvo en el ojo del dragón, una fisura en una de sus alas, un hueso roto en mil pedazos, un alarido de dolor y de desamparo.

Pero ¿qué refleja realmente nuestra especulación sobre este mundo y sobre otros mundos? Estos caminos extranjeros que despojan esqueletos por donde pasan. Las espirales espinosas que abren espacios fúnebres en nuestros hombros hasta el momento final en el que el Bodhisattva enciende la luz ardiente de su espada. ¿Existe todavía un símbolo del verbo que pueda expresar justicia y decapitar a los culpables? Los cánones vician el conocimiento, del mismo modo que la esperanza aflige a los espíritus. Los tribunales nunca han estado vinculados a una idea de luminosidad. El fuego del infierno simplemente quema. Los espejos negros reflejan el aburrimiento que nos consume por todas partes: la armonía de la perfección no es más que una ilusión del libre albedrío. El notorio conocimiento de los principios invertidos. El gran espejo ciego de la reciprocidad.

Desde la invención de los múltiples aspectos de la verdad, incluso la imaginación toma formas condicionales y la barbarie transmigra como vehículo de destrucción del tiempo. La inmortalidad tiene una fecha indefinida. La codicia es una moneda que circula en todas las dimensiones. Difundimos una especie de deber mítico y exigimos a cada región apedrear a los culpables. Moloch se ríe de este ingenio vengativo de la fe.

La verdad es un caleidoscopio que cambia de versión cada milésima de segundo.

Nada es verdad y todo es verdad.

El mundo es un océano de falsedades en el que navegan millones de barcos destinados al naufragio.

La única realidad son los vuelos de los dragones en vigilia, aunque hambrientos y sedientos saben esperar la llegada del

cataclismo engendrado cuando se derrumbó el primer árbol que engendró a su vez la destrucción del primer bosque. La irrupción súbita de tanta luz encegueció a los cortadores de madera.

Ahora es urgente matar a tiros a los caballos que corren libres por las praderas australianas, o traficar con el marfil de los cuernos de elefantes y rinocerontes, o con los ojos de niños raptados en las estaciones de trenes de las megaciudades latinoamericanas o de la India.

Se venden órganos para la compra de un celular o para pagar la operación quirúrgica de un familiar.

Se subastan los sueños en bazares donde el encantador de serpientes es el rey.

En la Art Basel triunfa la foto de decenas de barcos arrumados los unos sobre los otros luego de que su puerto fuese arrasado por un huracán o la de los buitres que esperan pacientemente para poder devorar lo que queda de un niño famélico o la foto de una larga fila de niños vestidos con sudarios que luego se olvidan.

El único sudario venerado y recordado es uno que supuestamente tiene cerca de dos mil años.

Y ahora que lo sabemos todo, no hay excusas para que aceptemos el origen desconocido del mundo y la explosión de sus valores simbólicos. Los dioses son ágrafos. En las sucias arenas de Afganistán hay huellas de extraterrestres exiliados. Ya no hay nada inusual que represente la barbarie. Todo lo que nos rodea es podredumbre que crece, siempre atendida por la conveniencia. Hemos llegado a un punto en el que la mentira conoce la medida justa de sus confesiones. El punto en el que las razones expuestas ni siquiera tienen por qué ser convincentes. Ya nada necesita explicación. Y las dudas e indignaciones, cada vez más burlescas, no mueven los platos sobre la mesa ni los camiones de las comisiones de ayuda a los pueblos indígenas o de amnistía internacional. A los gobiernos sólo les importa el dinero que pierden en la agonizante plataforma de la geopolítica homicida. El poeta cabrero había ya pronosticado esta agonía cuando escribió:

*Demócrata de dientes para fuera,
altares solicita tus zapatos.*

*No llevarás mi pueblo al precipicio,
dictador fracasado, rey confuso,
y caerás por la punta de una bota
sobre tus flacos días puesta en uso.*

Desde la invención de la Sábana Santa, nada se ha comparado con el descubrimiento de las máquinas para viajar en el tiempo. En ambos casos, sin embargo, el disfrute de estos milagros es para muy pocos.

Un credo para el hambre.
Una mandala para los tambores sordos.
Todavía hay tiempo. ¿Todavía hay tiempo?
Cómo un zapato toca el pie descalzo y la piel seca se sobresalta.
Los tatuajes vivos que recorren el interior de los cuerpos.
Las savias que suenan como un sello irreconocible.
Todavía hay tiempo. Todavía hay tiempo.
El cuadrado mágico evoca límites olvidados.
¿Cómo desmembrar los verbos torcidos en cuarentenas?
¿Dividir una vez más el mundo en culturas seniles?
¿Adoptar la fuerza cuando las señales se niegan a cambiar de rumbo?
¿Todavía hay tiempo? Todavía hay tiempo.
La violencia pacífica transcribe sus salmos:

*Ocultas la infamia y ésta entra en pánico,
de ella se quita la usura de los sueños y cada uno
asoma el lugar donde se esconde el polvo.
Expulsas tu cuerpo y se destroza, porque
sólo así se podrá renovar el rostro del miedo.*

El viento se crea en los invernaderos, siempre disponible a la formación de desastres del alma, las deformidades climáticas y la abundancia de discursos de los pastores del caos. ¿Todavía hay tiempo? Quien está destinado a llorar acaba perdiéndolo en medio de las ilusiones de la vida eterna. La peor de ellas vino de la boca del apóstol Juan, al defender que sólo el que muere producirá los frutos necesarios para la vida.

Desde el I-Ching hasta el Lance Betting,
todo en el hombre está ocupado devorando símbolos.

II
RETRATOS IMAGINARIOS
Cartas inesperadas del terror

LAURETTE BOUCHER

Las niñas jugaban fuera de la casa. Se podían escuchar sus vocecitas y risas. Sin embargo, cuando abrí la ventana, no se podía ver a nadie. Al día siguiente encontré a una de ellas desnuda en el suelo del porche. El cuerpo no tenía pies, corrí a llamar a alguien para que me ayudara a sacarlo y al regresar ya no lo encontré. Había *algo* que evitaba que lo vieran. Si en algún momento entra un demonio, es mejor sacarlo a bailar. Y decir gracias a Dios por darnos la vida. Si fuera por mí, esperaría noche tras noche a que las campanas contuvieran su ira. Desde entonces, el pentagrama sólo se ha manifestado en llamas, como un lugar misterioso fuera del tiempo. Nada está destinado a ningún tormento o éxito. El mutismo anuncia que las puertas ya no se abrirán. Ya no hay comunicación entre el cielo y la tierra. Las apariciones son de origen desconocido. El hombre es la última palabra pronunciada antes de que el libro de los nombres cierre sus páginas. Un zumbido que lleva consigo toda la ascendencia, y que no es más que el juguete de esas niñas invisibles.

YVONNE TEILLARD

El futuro no puede alcanzarnos. Una paradoja no me permite encontrarme a mí misma. La luz nos hace desaparecer en la oscuridad. Sentada en mi sillón verde oscuro miré los árboles de afuera, la pequeña mesa auxiliar con la figura de un dragón chino que mi hija había traído de Kowloon, el cuadro antiguo con un laberinto en la pared de la sala. Tenía recuerdos de viejos caminos que había tomado en busca de mí misma. Un cruce de caminos me observaba desde un punto no identificado como si fuera su última función entre nosotros. El silencio y su voto de pobreza. ¿Quién puede olvidar el futuro? Un algoritmo fuera de lugar y el dragón de marfil frente a mí desaparece como una palabra que aún no ha sido escrita. ¿De qué sirve la vida si no podemos vivirla en otra dimensión? La muerte no es un paso permitido ni un estadio superior. Cuando no desciframos la naturaleza de una simple estatuilla, todo lo que experimentamos se disipa. La realidad es la más absurda de todas las expectativas humanas.

OLÍVIA DAHLE

Los cuerpos amontonados sugerían un rito u homenaje. Quizás simplemente estén guardados para una deambulaci3n mística. Si contamos los cuerpos, es posible que signifiquen el número de mundos en una mitología perdida. Cuando los cuerpos caen – mientras aún están vivos– conducen al principio. Los eclipses son la puerta de entrada, no la salida. Un mont3n de cuerpos puede equivaler a una agrupaci3n aleatoria de acordes cuya combinaci3n dar3 al mundo una expresi3n inesperada. Quiz3s se trataba de un precioso cofre transparente cuya imagen representaba la construcci3n de una casa que albergara a todos, vivos y muertos, indiscriminadamente. O fue simplemente muerte, sin consagraci3n ni profecía. S3lo el perverso juicio de los m3s bestiales de la historia de la humanidad. Los cad3veres amontonados por una secuencia infinita de guerras, pestes, hambrunas, huracanes, sequías e inundaciones apocalípticas.

MAISHA SHIKICHI

La nave acababa de entrar en una especie de corredor espacial de ondulaciones arrítmicas. A través de la pequeña ventana se podía ver la progresiva destrucción de todo lo que había a su alrededor. Maisha esperaba poder contener esos espasmos. En su cerebro intentó organizar las letras de aquel extraño alfabeto. Pero por dentro sabía que enfrentaba a una lotería, como los relojes sin vida de la magia negra o los manuscritos dejados por los primeros hombres artificiales. La aguja del tiempo está degenerando especies. Ya no hay leyes de causa y efecto. Sólo un montón de mutaciones que pierden sus últimas formas a cada momento. Estaba buscando algún significado entre los fantasmas. Ni siquiera las chispas psíquicas pudieron sobrevivir a esa negación de todos los hechos. No fue posible detener el final, mover el eje de aquel infierno, transformar el origen de un impreciso desastre que succionó su nave hacia la oscura cavidad de un punto nulo en el espacio. Al final, Maisha olvidó su propio nombre.

III
LAS LETRAS DE UN NOMBRE OLVIDADO

El polvo define los caminos.
Las líneas de luz que atraviesan las copas de los árboles.
Los pájaros olvidaron dónde construyeron sus nidos.
Mis ojos cuentan el polvo y el falso mesías que surge de las
sombras.
Los mensajes se muestran reacios a transmitir su profecía.
Dios no sabe qué decir desde hace mucho tiempo.
Ya no somos los representantes silenciosos de su maldición.
No somos la semejanza ni las voces desterradas de los libros
sagrados.
Todos los tiempos son sacrílegos.
Incluso antes del Diluvio y mucho después de la era atómica.
El polvo de los refugiados y los cadáveres abandonados en el
camino.
Los cementerios son el mayor de todos los sacrilegios.
Construir nidos para los muertos es una blasfemia.
Nadie cuestiona las vidas anónimas perdidas, los niños
hambrientos, los mendigos, las prostitutas con las venas
empapadas de heroína.
El entierro de estas almas en fosas comunes revela un museo de
esculturas efímeras.
Hace tiempo que no sabemos cómo llamar a los secretos más
peligrosos.
Tal vez porque los arcanos son minúsculas bombas H dispuestas a
instalar el caos.
Las sectas existen desde el día en que un fanático entendió el
poder que le confieren sobre sus seguidores y el temor que
inspira.
Olvidamos beber el agua de la eternidad; así que ahora nos
sometemos al mando de un fino escalpelo.
Al creernos superiores al Neanderthal olvidamos que un simple
microbio nos doblega y nos vence en unas pocas horas.

Creímos conquistar al desierto y sus dunas fueron túmulos que
crecieron sobre nuestros hombros.
La fuerza descomunal de una marejada barrió los cimientos del
Faro de Euclides.
Cuando las bibliotecas arden bajo la antorcha de algún sátrapa de
turno los papiros se lamentan y crujen bajo sus llamas; el
conocimiento se apaga en un estertor silencioso.

Algunos logran escapar a la condena y aparecen en el *scriptorium* de un monje cisterciense hasta que otro monje lo impregna de algún brebaje desconocido y mortal.
La música de Wagner sirve como fondo para los hornos que hacen desaparecer el canto de los pájaros.
Y ese mismo horno reaparece una y otra vez en diferentes partes del planeta Tierra.
El Homo Sapiens es una especie condenada a morderse la cola mientras pide ser bendecido.
Algunos se tragan un pedazo de pan ácimo y luego salen a matar en nombre de su Señor.
O despojan de la morada a alguien que venera a otro Señor.
Somos saltimbanquis que saltamos sobre la pira en la que habremos de caer.
Ninguna máscara nos aleja de nosotros mismos; sólo nos recuerdan la fragilidad de la existencia humana.

Somos desterrados.
Vagamos de círculo en círculo ignorando que todos ellos se bifurcan en alguna parte de su perímetro.
La línea recta es sólo la representación de una pesadilla que busca lanzarnos al delirio.
Los rayos rojos caen como bacterias y 100.000 muertes al día ya no son tan impresionantes cuando un dios de turno abastece los vertederos con sus cadáveres en combate.
Las reacciones del cerebro humano confirman la necesidad de saneamiento social.
Hay una Convención Internacional de Trincheras, para preparar al mundo para los próximos brotes contagiosos de pérdida de orientación.
El Papa se pronuncia contra la violencia y la enorme expansión demográfica,
llama a los fieles a superar la abulia;
sin embargo, el Vaticano le prohíbe defender programas de control de la natalidad.
El comportamiento humano ha sido brutalizado y una avalancha de seres es inducida al peligro constante, plagas y violaciones, hambrunas e inundaciones, terrorismo y promesas de un mundo mejor.

El hombre nunca ha estado preparado para verse a sí mismo en los demás.

Vía Sicilia quinientos teatros cerrados
la ópera gratuita rodó por una fisura
Instagram y sus espectáculos de cincuenta segundos volatizaron
a Otelo

y La Novena Sinfonía fue derrotada por un ruido de cacerolas
El soplo de un niño hizo volar los barcos que había dibujado una
hora antes.

No hay naufragios banales, todos son catástrofes, hecatombes que
anuncian el fin del mundo.

Las peleas domésticas presagian las rupturas de Estados
Occidente Oriente Norte Sur Sur Este Sureste Suroeste
Nuevas rutas de polvo blanco son dinamitadas en aras de
preservar a la juventud del norte
Sólo que la juventud del norte ya está en otra dimensión donde el
polvo blanco no es su centro de interés

Zombis atraviesan el Mediterráneo
otros lo hacen por el Darién
unos y otros atraviesan el infierno
algunos logran llegar a puerto seguro
otros naufragan en míseras pateras
o en el pantano que los devora
no hay redención posible
solo condena
no hay mañana ni ayer ni hoy
los pies reventados la piel quemada
las picaduras de los mosquitos
mujeres ultrajadas niños desdentados
les recuerdan que solo existe el infierno que cada uno de ellos lleva
escondido en algún bolsillo
El paraíso es sólo el umbral del infierno

IV
EL SECRETO DE LAS ESCALERAS

¿Qué tal si vamos al pasado? Si no invocamos a Dios, Él nunca aparecerá. Prepara las cortinas, las ventanas entreabiertas, la fuerte lluvia que azota las calles. Una figura camina lentamente por la casa. No puede ser Dios. Cada grito debe corresponder a un muerto. Algunas voces no viven aquí. Llegaron como visitantes mucho antes que nosotros. No hay forma de regresar a su lado. Dios no nos dejará irnos. Madame Loraine dice que nunca había sentido una presencia tan fuerte. En medio de esas voces atormentadas, cada uno de nosotros identificó una de ellas como propia. ¿A quién corresponde la voz de Dios? La lluvia en las ventanas no lo notaba. Nuestros miedos son el origen de todo teatro. El pasado todavía nos espera.

Subir, bajar, volver a subir y volver a bajar como un eterno Sísifo con una roca a cuestas. Su estructura pétrea es formada por miles de temores que nos asedian a cada segundo. A medida que se sube el peso de la angustia y del recelo se hace mayor curva la espalda y la roca cae y rueda otra vez. Volvemos a descender y la cargamos de nuevo en nuestras espaldas y volvemos a ascender. Es la expiación de una eterna culpa ocasionada tal vez por el rapto y la violación de una doncella o de un doncel o una actitud impía y hereje o por exceso de fanatismo o simplemente el castigo por robar y matar viajeros en las rutas polvorientas que llevaban a Éfeso. Las escalinatas de Jacob –*sullàm*– nos persiguen y nos encadenan como si además fuésemos los Prometeos que robaron el fuego. Siempre hay que dudar de los dioses ya que pueden ser impíos y desalmados.

Durante milenios Jacob nos engañó diciendo que aquellas escaleras eran una especie de rompecabezas de sueños y que gracias a ellas él siempre estaba delante de Dios. Entre los reinos celestial y terrestre habría entonces una conexión dentro del alcance de la visión que era solamente suya, quien supo convencer a algunos ángeles para que lo custodiaran en su viaje. Una visión que cambiaría el mundo, a través de la cual comenzamos a creer que Dios estaría al principio y al final de todos los actos. En el fondo, la subida de estos escalones de longitud inimaginable reflejaba la opresión de todas las conquistas, así como el descenso no era más que la caída de los espíritus disidentes y separatistas.

Sullàm, sullàm, ascendiendo o descendiendo, si la promesa de Dios se confirmaba en su dirección, entonces Jacob no hizo más que alimentar la ambigüedad de la palabra mística, donde el hombre, ya sea abajo o arriba, no tiene quien lo proteja, y siempre representará el trágico conducto de su propia historia.

El odio navega a contracorriente de la caridad cristiana
Las hermandades solo existen en los imaginarios colectivos
En los monasterios se respira la repulsión
Los monjes transpiran inquina
La mirada de las monjas revela su malquerencia
La duda duerme en cada camastro
Es una amante fiel en las largas noches hibernales
Es una perra vieja abatida por los golpes en algún rincón de la
cocina

Las ciudades arrasadas son laboratorios al aire libre campos con cruces que se pierden detrás del arco iris abismos que succionan a los viajeros que se atreven a aventurarse en el ascenso de las escalinatas de Jacob –*sullàm, sullàm*– cuando creen llegar a la cima se dan cuenta que sólo es la sima que la caída es ineluctable llena de trampas y de agujeros negros en cada tumbo se revientan la boca se muerden la lengua hasta convertirla en una masa informe y bífida reptan cuál serpientes malditas y proscritas el ser humano condenado a errar milenio tras milenio Ahasverus sin meta ni objetivos invisible en los caminos polvorientos visible detrás de algún rollo sagrado su dedo índice recorre los signos los lee los interpreta los difunde y vuelve a comenzar condena que no tiene fin

Las escaleras siempre confundieron al propio Dante, que veía en ellas multitud de esplendores, siempre descendiendo como si fueran luces del cielo. En uno de los libros recopilados por el rabino Judah se distingue una escalera larga de una corta, pero quizás no sea más que un efecto de entrecerrar los ojos como el de quien mira el paisaje y cree que el árbol sagrado está en una dimensión diferente a la de la montaña. A veces las imágenes se arrancan de su ubicación original. Así como los efectos de nuestras acciones. En el misterioso cuadro de la gradación de lo que sube y

baja, las escaleras revelan una influencia de castigo sobre el alma humana. Hay casos en los que la justicia se contenta con las numerosas tumbas y sus brillantes amuletos. En raros momentos celebra la ilusión de una vida celestial. Quizás los escalones estén desgastados por el uso excesivo. El que tumba las escaleras escribió en su propia piel todo el conflicto de la horizontalidad.

Las escaleras del conocimiento están llenas de barro ocre
Para evitar el culto a la cúspide se descuelgan retratos de hombres
otrora insignes
se derriban estatuas de hombres a los que se les lavó su pasado
esclavista
algunos de ellos estudiaron en Oxford y en Cambridge
entre las dos poseen más tierras que el rey de Inglaterra
Oxford, fundada hacia 1096, sólo admitió a las mujeres en 1870
y les dio un diploma en 1920
el acceso a la biblioteca les estuvo vedado hasta 1985
nadie quería que sus melenas rubias perturbaran la concentración
de los estudiantes
Cambridge, fundada en 1511, les abrió las puertas en 1980
el primer día un profesor izó la bandera a media asta y se puso un
brazalete negro como señal de duelo y de protesta
Taylor, fundador de *The Guardian*, pagaba los gastos del periódico
con las ganancias de sus plantaciones de algodón donde
explotaban a centenas de esclavos
la trata catapultó la prosperidad de Manchester
aun así los honorables ingleses afirmaban que la esclavitud estaba
abolida en su país

Una formación de drones, como los pájaros cósmicos del cielo, pastorean las figuras sobre la tierra, en busca de momias extraterrestres, campos minados, amantes fugitivos, porque la vocación humana es codiciada por todos ante el reclamo de los enemigos. Ya sea el huevo de la serpiente o las ondas radiactivas, la metáfora de la muerte brilla dentro de todos nosotros como una ojiva nuclear o la mezcla profunda de la más terrible de las pociones venenosas. ¿Alguien recuerda a aquel señor Kueffstein que en el siglo XVIII fabricaba seres vivos en un foso de estiércol de su castillo? ¿Es el enano Ceres un planeta activo en cuyas aguas algún día nos bañaremos? Ante esta fatalidad de designar a un

adversario, incluso a la propia sombra, un día el barón Du Potet intentó escribir: *Bienaventurados los que sufran una muerte rápida, una muerte que la Iglesia desaprueba.*

La moralidad se ha construido un paraíso, donde las tensiones naturales entre fuerzas opuestas no tienen entrada. Los mundos desconocidos son conducidos a la muerte a través de un corredor secreto. La moral se alimenta como moscas de la carne de los resistentes aislados. La moral y sus dientes. La moral y sus ataduras. La moral y sus deidades oscuras. Quizás irónicamente, los bamilekes consideran que las moscas son un símbolo de solidaridad. Por previsión se dieron cuenta de que en algún lugar de la lejana Europa la solidaridad cristiana era un rito de autoinmolación. Las escaleras sitúan a estas personas en espacios imaginarios. Para eliminar a sus oponentes, otro dios hizo sacar a uno de sus seguidores. Los cultos que la Iglesia considera infernales intentaron convertirlos en videntes. La impotencia creó así su contra-iniciación.

Las escaleras de Jacob se trasmutaron en escaleras del delirio
El delirium trémens pasó de los bares oscuros a subir las escaleras
de los palacios de gobierno
donde los mares se negocian como se negocian las piernas de las
mujeres que rodean a los poderosos
Las bunga-bunga reciben pensiones vitalicias por asistir a una
fiesta en el barco del Cavalieri
El presidente-empresario omite pagar impuestos
o el presupuesto del país pasa a los bolsillos de una familia mafiosa
que se quedó asentada en el poder en la última revuelta de
alguna república bananera
los rifles de asalto fueron reemplazados por cargamentos que
viajan en submarinos que nadie reconoce como propios
La paz es un concepto vacío
es un saltimbanquí que salta de sala en sala
es una máscara que oculta la corrupción
es un papel que se pone al lado del retrete
es el hazmerreír de la élite y el sueño de los olvidados

Las escaleras de Jacob ya no ascienden

sólo descienden por las fisuras abiertas en los cataclismos creados
segundo a segundo para evitar perder el control del mundo

No se proporciona descanso para los sacrificios. Desde el hijo ahogado en una tinaja de vino hasta la sangre que gotea del cuello de las gallinas colgadas boca abajo. El sacrificio es el gran alimento de las religiones. Y todos los fieles deben estar preparados para el *hinna-fech*, la reanudación del alma en los cuerpos liberados. Lo que ofrecemos en sacrificio no es una simple renuncia, sino la certeza de la compensación consentida de la asistencia mística. Los desdichados de todos los dioses preparan un santuario para reclamar su parte en el reino de las alturas, donde al anochecer – *sullàm, sullàm*– se encienden las luces y se prepara la gran torta de la identificación. Lucifer se ríe cuando cada golem cobra vida. Y los oye llorar en silencio al darse cuenta de que renacieron sin voz. El hombre se creó a sí mismo como un dios malvado que se alimenta de su alma cansada. El golem se parece a este desafortunado héroe que fue desterrado del reino de los espejos.

El falso héroe –un héroe al revés– recorrió a ciegas la galería de espejos que le servía de auto-contemplación a un rey que se hacía llamar *Le roi soleil*. Esa galería de espejos se trastocó en un laberinto visitado por los dragones desterrados del reino de los cielos. Desde entonces los pocos alucinados que lograron sobrevivir al último cataclismo, dudan de la verdad y creen en la mentira. Una mentira que se cambia de disfraz cada segundo. Una verdad que se vomita en cada festín donde los poderosos se reparten la miseria de sus pueblos.

A la sombra de los algoritmos estamos construyendo un mundo devorado por la hipocresía. No es que la tecnología haya sido usurpada por los innegables abusos de la moral, sino que el hombre ha ido mejorando su obsesión por el poder. No es de extrañar que hayamos creado tantos dioses y, entre ellos, uno que lo hacemos sentirse omnipotente. Cuando ya no exista Gaza ni Israel, cuando la caída del Medio Oriente haya llegado a su fin, cuando las escaleras estén todas en desuso... los ángeles culparán a los demonios por haber traicionado a la propia naturaleza y harán una fiesta en las profundidades de un mundo subterráneo que

celebra el fin de los espíritus malignos. Esta será la nueva tierra cultivada; gracias al ingenioso esfuerzo de todos aquellos que crearon dioses a imagen y semejanza de sí mismos.

V

EL BAILE DE LOS DRAGONES

Tres días de lluvia en el desierto
El verbo creativo proclama la resolución de los opuestos
Un rayo cae sobre el camino a través de la arena empapada
Uniendo agua y tierra hacemos visible
el poder de los otros elementos
Las regiones más oscuras siguen siendo ambiguas
No sabemos cuándo aparecerá el día o la noche
Fuego, madera, metal, guardan sus regalos
La existencia tiene sed, pero no sabe renacer
O tal vez los dragones escondieron esa ciencia,
incrédulos en la fuerza del doble, el regreso de los druidas
o la posibilidad de un mundo sin dioses

El desierto florecido
Los ríos secos
Los océanos repartidos en cuadrículas
Los barcos fantasmas cazan ballenas
Los pastores asesinan a los lobos
Los osos ya no despiertan de su hibernación
Los dragones salen de sus escondites
Surcan los aires
su aliento fétido envenena el aire
las bandadas de pájaros migratorios caen emulando una lluvia
ácida

Los vientos se confiesan a sí mismos
Se hace imposible almacenar tantos nombres
Preguntan si son realmente necesarios
Crear es nombrar
Los dioses nacieron así
Un nombre para cada elemento
Un nombre para cada objeto
Para cada piedra del camino
Cuando nos parecieron pocos los mezclamos
La metáfora es el reino de las mezclas
Entre conciencia e instinto, manipulación y rebelión,
el mundo se estaba formando, pronto lleno de conflictos,

porque dar nombres también era dominar

Nombrar enumerar
recitar el alfabeto de la A a la Z y de la Z a la A
obedecer hacer filas
llevar uniformes
no gritar
acucillarse
bajar la cabeza a la espera de una guillotina
caminar bajo la vigilancia de una cámara
someterse al escrutinio público
darle la espalda a la privacidad
1984 es todos los días
el Gran Hermano no es sólo una invención de Orwell

Las sombras croan su siniestro lema
Sus figuras fugaces bloquean la existencia de limitaciones
En el mercado de las almas pasea Ruzbahan
con su farolillo negro buscando una belleza escondida
Los atributos divinos se encuentran en las migas de los escalones
Perdieron sus nombres, la savia de la inmortalidad, el fuego
Algunos viejos demonios cavan un hoyo invertido
El vacío amontonándose hasta la altura de sus palas
La vida se ha convertido en un equipaje incómodo
Es necesario abolir los sentimientos inútiles

El frío la nieve
Agobian al escritor
Sus pesadillas parecen sueños de ángeles
No logra imaginar el futuro predestinado
El Gran Hermano lo mira veinticuatro horas sobre veinticuatro
Le reserva una celda húmeda
Sabe que en alguna noche de luna nueva
 bajo el vuelo de los dragones
Él caerá en la trampa que lo espera desde hace mucho tiempo

Todos los dioses deberían tragarse el corazón
de sus hijos degenerados Toda una generación de narcisos
debería estar aprisionada en el sótano de sus espejos
Tiensin es el corazón celestial que nadie más sabe escuchar

Los testigos de la muerte pagarán con su vida
Los cuerpos inclinados sobre un horizonte abandonado
El universo fue absorbido por la culpa, las horas muertas,
las cuerdas de la ambición Los símbolos han perdido
su significado
Quizás ésta fue la última mutación posible

El tiempo de los rapsodas
Quedó sepultado por siglos de barbarie
La llegada de un falso mesías
Sumió a una parte del mundo en un marasmo
Que permite que de tanto en tanto
Los Villon terminen en la horca

Deplorable cosmogonía creada por el hombre
en nuestro tiempo Todas las criaturas desgarran
su origen y sangran por los dioses definidos para hacerlas
matar, torturar, degradar, herir, todo en su nombre,
en nombre de un solo tema, que contradictoriamente
los aprisiona y es la razón de su perdón:
la debilidad del alma La única elevación posible
es la de la muerte, la del sometimiento a los cánones,
la de la cojera ante la barbarie.

El poeta atraviesa los siglos a través de las fisuras
Se desliza por ellas transformado en un insecto
Para sobrevivir al fuego se pone la piel de una salamandra
Testigo de todas las catástrofes
Mira con los ojos desorbitados
Como el mundo se transmuta en infiernos consecutivos
Cae de anillo en anillo
Sabe que no hay escapatoria posible
Y que el paraíso es una utopía
Con la pluma de Dante en la mano
Dibuja una a una las llamas que devoran el iris de sus ojos
Homero Abdul 'Ala Al-Ma'arri Milton
Escucharon el ruido de las cadenas que resuena desde la noche de
los tiempos
El ruido estruendoso que nadie más puede oír
Escucharon la música de Orfeo

la siguieron hasta el noveno círculo
y allí están contando-cantando la vigilia de los dragones

Allí están los huesos del tiempo
Las migajas contaminadas de los últimos alimentos de la tierra
La historia olvidada de los hombres
La burla de los dioses Las naves del invasor
Allí están los muertos anunciados en las Escrituras
Los bosques petrificados y el azote de toda pestilencia
De un solo golpe se hizo el misterioso silencio que nos ignora
Los estigmas persuadidos de que eran necesarios
El extraño objeto flotando en el aire que no pudo ser fotografiado
Las cenizas de un antiguo galpón donde se guardaban aves para
 los sacrificios Allí están las causas
de la imposibilidad de los sueños, la tercera visión, el destino de la
 ciencia
El pan que las videntes guardaron para el último vuelo
Las flores negras en las que leemos que nunca volveríamos vivos
Allí están los espíritus con los ojos en blanco y las páginas que
 cierran las puertas del tiempo

Los huesos del tiempo desperdigados detrás de guerras infinitas
Algunas en nombre de un dios sanguinario que exige ofrendas
 humanas
Arrastradas por los bulevares de la historia
La historia de la infamia y del no futuro
A cada guerra A cada cataclismo
Se le inventa una frase dicha por Baba Vanga
Los 3 de mayo de 1808 se repiten *ad infinitum*
Las ciudades sitiadas pasaron a ser países bloqueados
Se cambia el cauce de los ríos
El agua se vende en botellas de plástico
Los alcatraces mueren en mareas de petróleo
Las puertas de los templos se cierran ante las filas de los parias de
 la historia
Los migrantes carecen de caminos
Sus huellas son borradas antes de que sus pies toquen la arena
El pasado no existe El presente no se forja El futuro es
 una pesadilla

Banski pinta a los chimpancés sentados desde siempre en el
Parlamento londinense
Las ratas enormes recorren las calles del Bronx pariendo latas y
más latas de veneno
Las madonas que alimentan niños están proscritas
La hambruna se instala en las principales plazas del Tercer Mundo
Ni siquiera les llega las migajas del Primero
Sólo las invade su basura
La basura bacteriológica

Las momias bailan por las calles oscuras
como si en el fondo previeran
un último misterio por desentrañar El reino
de las farsas inacabadas La iniciación de los falsos pecados
Los sistemas sexuales estancados
La filosofía pagana de los sueños proscritos
Las herencias fueron diezimadas por las cargas
La memoria cierra sus últimas puertas
Hay un árbol enorme y sin ramas en el centro de la tierra
Destruída por la civilización, espera el agua-madre que la hará
renacer Sin embargo, el ciclo del agua está interrumpido
Ya no existe el polvo primordial ni el principio primitivo de la
transmutación
Incluso los universos paralelos desaparecieron

Sólo queda la Nada; por eso, el filósofo que dormía al lado del
abismo, escribió:
*¿Qué es el hombre dentro de la naturaleza? Nada con respecto al infinito. Todo
con respecto a la nada. Un intermedio entre la nada y el todo.*



EL SORTILEGIO PROHIBIDO

EL MONSTRUO ARRUINADO DEL MISTERIO

Las noches giraban alrededor del fuego. Por allí pasaban mujeres acusadas de brujería y metales robados de naves que desaparecían en pleno vuelo. Sólo el fuego volvió a casa tras la entrega del tiempo. Una tierra radiactiva debido a los químicos que se encuentran en las heces de los ángeles caídos. Estas palabras iniciales podrían anunciar la redacción de un nuevo libro apoteósico. Yo mismo me ocupaba de ellas, no podía permitir una vez más que el mundo se deshiciera con las palabras, ya que éste era el único atributo del hombre: anular el significado de las cosas que él mismo nombraba. Se debe tener cuidado para no escatimar ningún error. Aunque es seguro que vendrán nuevos errores. También elegí mi nombre con cuidado. El herrero de las sombras, famoso por descubrir los huesos de dos cíclopes siameses, prefirió no revelar a nadie dónde aprendió a descubrir las leyes de la materia. Los vientos seguían jugando con la sangre dormida del amanecer, el desierto con su manto de arena ondeando suavemente, los alacranes anulando la casualidad de los sobresaltos. Cuando las calamidades mendigaban en sueños, los alientos formaban sus contenedores de arena caliente y yo observaba, un poco de lejos, cómo esas formas domesticaban sus sombras, para crear dos mundos equivalentes en su distancia interior. La luz goteando con sus licores nocturnos, la embriaguez del esmalte de uñas que acentúa los perfiles, era como si fuese necesario mirar dos veces cada espacio de frente. Aun así, en muchos casos era imposible creer los contornos que vestían las almas perdidas, los disfraces del mito, la lujuria secreta de la imaginación. Cualquiera que haya caminado por la piel de mujeres jóvenes, colgadas bocabajo en la madera desgastada por la luz, sabe que los mosaicos tienen idénticas formas de contener imágenes en sus granos de arcilla. Me ocupé de indagar en el cansancio de sus cuerpos, de visitar el abismo incluso antes de sus descubrimientos, de esconderme en los pliegues del tiempo, rompiendo el ritmo, cuando era necesario, de los aforismos que permitían que la historia no se repitiera.

Había una criatura entre nosotros, famosa por dejar la fuerte impresión de una sonrisa trágica. Durante mis viajes en el tiempo guardé los manuscritos de un libro, que permanentemente escribía, en el cajón de un viejo armario; notas que coleccionaba en

dondequiera que estuviese: pasado, presente o futuro. Las cosas no reveladas se alimentaron de muchas otras que aún no existían. Esta ordinaria abominación, que había cautivado a tantos, reunió a un grupo de copistas que reprodujeron mis palabras y las hicieron circular por la ciudad y sus alrededores.

Los textos se fueron mezclando con imágenes y fórmulas; las soluciones que creía haber encontrado para ciertos padecimientos dialécticos se transformaron en técnicas de martirio, en mutaciones putrefactas, en archivos de psicopatías contagiosas. Escondidos en mi maleta, terminaron difundiéndose en una de las épocas que visité. Cuando noté la influencia de sus efectos, no pude hacer nada más. La sociedad de aquella época estaba condenada a una impunidad devastadora. Luego regresé a casa en medio de un aguacero con su inconstancia de espejos gravitando en la fría noche. Me deshice de mi ropa mojada, me acerqué al cristal de la ventana, una luz parecía flotar como un pequeño bote bajando por el río. Pensé que debería desaparecer por un tiempo. Todavía no había perfeccionado mis cálculos sobre la dosis correcta de oxígeno y otras emanaciones. En las prisas algo se me escapó en los manuscritos, la letra ansiosa, la seducción por las profecías, lo cierto es que algunas glándulas se estaban arriesgando en el paso de un tiempo a otro. Contemplé mi desnudez en el espejo y volví la mirada hacia la pequeña luz que repetía su ondulación. A su lado parecía haber una vieja mujer, o tal vez ella era la propia señal luminosa. ¿Cómo descifrar esta tendencia a la mutilación de las imágenes?



Cuando la anciana soltó sus advertencias, quedamos cautivos de las sombras. Quizás era necesario calmar las lluvias. Nunca se sabe con certeza cuánta agua será suficiente para ahuyentar al fuego que emanaba de las letras de aquellos anuncios. Para muchos, los impulsos intransigentes recogieron apresuradamente sus cauces represados, sus escenas abandonadas y sus miserias indescifrables. Los mensajes tropezaron en la carrera. Ya nadie estaba interesado en los evangelios. Las letras se desmoronaron como una tormenta destroza las visiones. Poco a poco nos olvidamos de quiénes éramos.

Se predijo que hay ciertos puntos en los que la visión sería más resistente a sus conflictos de identificación. ¿Serán siempre los dioses gigantes? Las tradiciones, ¿ocultas? El amor, ¿arruinado? Los misterios son como libros secretos que nadie supo escribir. Entonces, ¿a quién debemos confiarle los secretos del universo? En ese momento decidí cortar mis pergaminos y desechar la ciencia incierta de su abuso. Que la humanidad encuentre una manera de liberarse de sus perturbaciones. Ya no me dejaré arrastrar al atolladero de vuestros valores pospuestos. Ya no me interesan las guerras atómicas, el refugio de las levitaciones ni el inconformismo de los mitos.

Dejaré que el día vague dentro de mí.

No tengo intención de estar aquí cuando me despierte.

ITAKO, LA SACERDOTISA DEL MONTE OSORE

En el preciso momento en que Ambroise Drouet se atragantó con el último suspiro tuvo la certeza que algún día atravesaría los pantanos para venir a visitarme; sólo era cuestión de tiempo. Él intuye que aquí no hay espejos que constaten la inexistencia de su fulgor. La ausencia de su propia imagen, como si se tratase de una foto rota en infinidad de pedazos, borró de su memoria los rastros de su propio rostro. Una forma de asesinar su recuerdo al dejarlo tirado en la galería de los reflejos en la que solía pavonearse con su sombrero de plumas mientras hacía la corte a las queridas del rey Soleil. La capa blanca de plomo, con la que cubría su rostro, le había quemado la piel y fragilizado los huesos. Una máscara Namahage, que un ceramista de la provincia de Oga le envió cuando supo que su piel desaparecía como si fuese el humo de la montaña de Osore, ocultaba el derrumbe de sus facciones. Su lucha contra el tiempo le arqueó la columna y los dolores de una antigua artritis le flagelaron su pierna derecha; un viejo bordón le servía para dar algunos pasos y así fingir que aún era el rival de Casanova; aunque toda la corte era consciente que los pasos del minué ya no lo acompañaban y que la música del clavecín ya no acariciaba sus oídos. El tiempo se encargó de ponerle sombras a sus ojos por lo que al andar tropezaba con todos los objetos que se le atravesaban en su camino. Sin embargo, Ambroise Drouet se negaba a aceptar los estragos del tiempo. Él, que conocía todos sus secretos y que en alguna de sus tantas vidas construyó un carruaje con el que viajaba al pasado y al futuro, ya no entendía que era sólo cenizas de un antiguo esplendor.

Traté de decírselo muchas veces. Lo visitaba en sueños, caminaba delante de él, le daba la mano cuando se caía mientras todo el mundo se reía a sus espaldas. Los falsos aduladores le ponían zancadillas o lo empujaban por las escaleras de Versalles. Las meretrices de las callejuelas oscuras e inmundas le robaban su magra bolsa mientras le hacían gestos obscenos que él ya no veía. Yo danzaba ante él como lo hice hace cientos de años en el ritual de esponsales con el dios que es también mi maestro y al que dedico mi vida. Si bien intuía mi presencia me daba la espalda y cerraba los ojos. Un día ya no pude acercarme a su camastro puesto que su cuerpo fatigado fue lanzado a una fosa común en un antiguo cementerio merovingio; aunque algunos cuentan con

voces apagadas que sus restos descansan bajo los millones de osamentas apiñadas en las catacumbas parisinas.

Los inviernos se sucedieron los unos a los otros, rara vez veía el sol y su imagen abandonó mis sueños hasta hace un instante en el que escuché como sus pasos lentos y sordos se acercaban al pantano que rodea al río que pasa junto a nuestro templo. El olor a azufre penetró con una fuerza inusitada por cada resquicio de las paredes de madera, me quemó la nariz y la garganta; salí al corredor y una espesa niebla me impidió ver la montaña del Osore.



Este año la puerta de mi estancia se abrirá sólo al peregrino que deshizo los noventa y nueve nudos que lo ataban a la cola del dragón que dormitaba desde hace doscientos años. Al desatar el último nudo una de las escamas del viejo Dilong cayó al suelo y su ronquido apacible dio paso a un aullido de dolor que se escuchó en todo el inframundo e hizo temblar al Monte Osore. El eco de su grito retumbó en todas las laderas, penetró en mis oídos y me impidió volver a dormir.

Al levantarme constaté que el viento glacial de la montaña entraba por cada rendija de las paredes del templo y tomaba posesión de las estancias dedicadas a los dioses. El fuego, por su parte, se extinguió antes del amanecer; sabe que no es bienvenido en estas horas que preceden a las nupcias entre las nuevas adeptas y las deidades invocadas para que las posean en un ritual que imita la danza de las libélulas cuando se aparean. En estos días las vítuallas son escasas y la sed no debe ser aplacada del todo.

Al rayar el día deslicé mi kimono blanco; un ajuar necesario para el ritual de tres días en los que serviré de médium entre los que se han ido de este mundo de apariencias y los que aún respiran sin sucumbir al aire envenenado de Osore. Esta vez será diferente. Puedo escuchar los pasos sigilosos de decenas de peregrinos que se acercan al río donde esperan subir a la barca que los traerá hasta esta orilla. Cada uno de ellos trae una pequeña bolsa con nueve monedas necesarias para el pago de la travesía. Vendrán con sus preguntas temerosas y con sus ofrendas con las que esperan escapar a la ira de algún antepasado molesto porque ya no se inclinan ante su altar. Conozco sus voces y puedo identificar a

cada uno de ellos por el aliento que emana de su boca al inclinarse ante mí para obsequiarme flores.

Lo que no saben es que las jóvenes novicias tienen órdenes de cerrar todas las entradas visibles del templo. Los peregrinos podrán gritar hasta el cansancio, luego terminarán por embarcarse de nuevo, rumbo a sus vidas grises y sin sentido. La única puerta que se abrirá es la que da al sur; y Ambroise Drouet la conoce por haberla soñado miles de veces; bastará un parpadeo para que pueda atravesarla. Yo estaré del otro lado del umbral para acompañarlo a mi pequeño altar.

LA PUERTA MÍTICA DE LOS SUEÑOS

La forma del cuerpo no está determinada por sus motivos. Puede escabullirse y saltar incluso antes de comprender el principio de estos movimientos. La forma del cuerpo no recibe en sí la ciencia de los números sino de los elixires. Todo lo que conforma el cuerpo es una magia que se divide entre lo que el impulso crea y lo que percibe en la exaltación de lo que representa. Pude encontrar a Itako mucho antes de que la formación rocosa de Osore y de su espantosa reputación se hiciera leyenda y antes que los espíritus de los muertos rechazaran la comunicación con los supervivientes de la explosión que desgarró la tierra en innumerables islas. Los primeros habitantes creían que era posible tocar el sol. Cantaban sus canciones sólo con la imaginación mientras corregían los efectos que dejaban los pequeños eclipses que se desprendían del cielo como talismanes. Posiblemente Itako todavía no sabía para qué fue creada. La negrura de su mirada era una benevolencia divina, aunque ella desconfiaba de las efigies que no eran necesarias para la oración. Ni siquiera sospechaba la riqueza de su casa ascendente, donde la luz ciertamente la rodeaba de un secreto que encierra mil venturas.

Todavía no sé si acudiré a ella o si me exiliaré por un tiempo en el bosque de Aokigahara con sus demonios líquidos y los símbolos reforzados de sus desacuerdos. Quizás habría un mejor retiro temporal para protegerme de las maldiciones que se generaron con mi muerte. Quizás entre estos monstruos furtivos, tan llenos de profunda armonía con la densidad icónica de una tierra sin fronteras, donde Aokigahara lanzó el hechizo de sus lámparas azules e inutilizó la enemistad y las brújulas, la medida en que ella, con su mar de árboles, un día pudo comprender las palabras que Aristóteles dejó pendientes en su memoria: *El hechizo mágico no se opone al globo terrestre, o algo parecido, para que pueda lograr lo que logra; lo único que hace el hechizo es depositar la esperanza en el dios supremo, para que devuelva la materia proyectada a un punto de la tierra.*

Por eso, antes de mi nuevo encuentro con la sacerdotisa del Monte Osore, tuve que vencer la voluntad impecable y probada de ese ser supremo que por alguna razón definió que sólo podía ocupar mi condición transgresora de tiempo y espacio aceptando

que las palabras sólo se escuchan cuando están de acuerdo con el hablante.

LAS SUCESIVAS MUERTES DE UN ALQUIMISTA

Tres veces fui condenado a muerte en la horca. En la primera de ellas, cuando la cuerda ya se había enrollado alrededor de mi cuello, cerré los ojos, reuniendo las fuerzas que me quedaban y me transmuté para el día de mi juicio. El suelo golpeado levantó el polvo de la revuelta de los presentes. La mirada del juez reveló que la sentencia ya estaba decidida. Aceptó la escandalosa verdad de alguien que podría viajar en el tiempo. Yo mismo no entendía muy bien cómo eso era posible para mí. Pero juzgar esto como un acto criminal y ahorcarme por este motivo me parecía inaceptable. Sin embargo, la determinación del juez no fue diferente: muerte en la horca. En el segundo intento de llevar a cabo la deliberación falsificada se escuchó una explosión y posteriores disparos. El cadalso estaba situado en el patio central de la prisión que estaba siendo invadida por encapuchados decididos a liberar a uno de los suyos, el atracador de bancos Gordon Blank. En medio de la confusión mi muerte fue pospuesta. Cuando finalmente se produjo la condena, se abrió la trampilla, sentí caer el peso de mi cuerpo, colgando del cuello, y el primer momento de pánico pasó cuando tomé mi último aliento y me di cuenta de que seguía allí, de pie, observando mi destino físico. En este último intento finalmente me di cuenta de que podía seguir transmutando a cualquier dimensión, excepto que ahora lo haría sin que nadie se diera cuenta.

Después de mi tercera muerte comprendí que en mi primer paso por el mundo fui un alquimista; lo que me permitió descubrir los secretos de la trasmutación del oro y descifrar los arcanos de la piedra filosofal. Estudios que me develaron la fórmula de la vida eterna. Nicolas Flamel era mi nombre profano. En poco tiempo amasé una fortuna que sirvió para que los constructores de las catedrales góticas terminaran la más famosa de ellas, Nuestra Señora de París. Para evitar que la puerta de mi casa se llenase de mendigos sucios y desdentados me oculté bajo la apariencia de un notario con escasa clientela. Evité hacer alarde de la riqueza que fabricaba en el sótano de mi casa; nadie conocía mi laboratorio; y si alguien lo hubiese sospechado muy posiblemente no sabría que se tramaba en los túneles de vidrios que lo poblaban. Los

alquimistas éramos muy pocos y el silencio y el secretismo hacían parte esencial de nuestro gremio.

El exceso de confianza me hizo creer que contaba con la protección de los frailes. La ingenuidad también asola a los hombres notables. Es una peste que puede atacar a cualquiera. El monje que me delató era un personaje bastante siniestro, le gustaba vagar por los subterráneos de Notre Dame oculto con la capucha de su sotana; era cojo y jorobado; y a pesar de esas características físicas nunca fue el antepasado del jorobado que se enamoró mil años después de Esmeralda. Si bien los laberintos conducen siempre al mismo nódulo hay muchos caminos para llegar a él.

ENCUENTRO DEL AHORCADO IMPRUDENTE CON LA CIEGA VIDENTE

Con el enigmático paso del tiempo, las muertes adquirieron un aspecto casi natural. En una de ellas vislumbré una sombra desnuda, Itako, frente a una puerta donde posiblemente me estaba esperando. La saludé con la mano y ella respondió al movimiento del aire, con una expresión curiosa de alguien que recién estaba sintiendo una presencia. Por un momento había olvidado que ella era ciega. Los ciegos danzan en el abismo, ajenos a sus bocas hambrientas y a las piedras sin labrar de sus tramas. Las personas ciegas consideran que las apariencias son un resumen aburrido de la realidad. Los ciegos se muestran reacios a aceptar los designios de las alegorías. Sólo ellos pueden leer los poemas antes de escribirlos. Fue en ese momento exacto que me di cuenta de que Itako identificó cuándo mis ojos cruzaron la puerta y se posaron en la naturaleza de sus augurios. Los peregrinos esperaban que ella comenzara a hacer audible lo invisible, compensando el dolor de algunos que aún sufrían la ausencia de sus muertos. Esa mujer era un eje cósmico que conectaba entre sí a testigos de otros tiempos. La saludé una vez más y ella parecía concebir nuestra unión en otra estación deseada. Algunas voces relataron un mundo sorprendente de elementos desconocidos entre sí. Las figuras tomaron vuelo como una manifestación de fuego cuando Itako aparentemente abandonó su cuerpo. Y fue precisamente en este inicio de transmigración cuando finalmente logró verme.

— Mi ropa está cansada. Imagino que tu condición flotante es una emanación que aprendiste a esbozar al separar los tres niveles del universo. Los peregrinos que me visitan ignoran que los muertos hablan dentro de sí mismos, una especie de exaltación de la imaginación, sobre la cual no tienen control. Me arrastro por su inconsciencia y dejo caer en sus oídos un elixir de sonidos enmarañados, una intoxicación de memoria que poco a poco recupera algunas huellas del olvido.

— Los peregrinos se encuentran en una encrucijada entre la vida y la muerte. Los veo como epilépticos en una línea divisoria, arrastrados por espíritus malignos a los que no temen porque no saben el daño que podrían causarles.

— Intento decirles, plagiando voces que considero oportunas, que las encrucijadas duran tanto como las ofrendas. Son como vasos donde se deposita el dolor, las ramas del sufrimiento, los destinos sacrificados humedecidos con la sangre de sus víctimas. No hay forma de escapar del culto a sí mismo.

El espíritu de Itako continuó en su forma sagrada de revelarse. Me quedé fascinado como si me hubiera enamorado de su meditación. Yo, el ahorcado imprudente, que había descubierto ser tantos en momentos tan diferentes, estaba ahora allí, frente a una mujer ciega que no necesitaba morir para ausentarse de sí misma. Tuve que extraer tiempo de mí mismo, masticar la correspondencia de todas las letras, sus colores renunciantes, tragarme los vientos y dejarme enredar por las ataduras del vértigo. ¡Cómo no amar a Itako y su práctica de injertos de la realidad!

OLOR A MADERA AHUMADA

Ambroise y Villon son los únicos hombres que me han visto desnuda. Ambroise en el momento mismo en que su verdugo apretaba el nudo de la soga que lo dejaría pendiendo en el aire y Villon cuando desataron el nudo con el que lo iban a ahorcar y le dijeron que corriera mucho porque si lo atrapaban una segunda vez ya no tendrían ninguna clemencia con él. Ser la amante de humo de un alquimista y de un poeta asalta-caminos podría confundir a mis novicias que solo se entregan al dios escogido. La pasión y la lujuria son mis secretos más recónditos; no necesito divulgarlos a los cuatro vientos porque el azufre del Monte Osore podría carcomerme hasta el último pensamiento. Yo los visito en sueños. Cuando alguno de los dos me penetra levito y siento como el eje del mundo deja de girar por algunos instantes. Luego, cuando la muerte del guerrero los deja exhaustos, yo me acuesto a su lado y les canto en el oído antiguos poemas de las Damas de Heian. Visitarlos en sueños no impide que el olor de madera ahumada que llevo en el cuerpo los acompañe por varios días. Cuando despiertan me buscan olfateando como perros en celo; nunca se sacian de mí. Yo, en cambio, puedo esperar un siglo antes de volver a visitar a alguno de los dos.

LAS DAMAS CANTANDO LEJOS

*Navegas en nubes nacientes / entre tierras nacientes / Una mirada naciente
calma / Donde mantener tu alegría / Oh, espléndida ilusión naciente.*

LIQUIDACIONES DE LAS PRIMERAS RUINAS SIN NOMBRE

Estuve con Rajin Mabijan en la ciudad más antigua del mundo durante cinco millones de años hasta que un día admitimos que el reino animal se había convertido en una ínfima porción de lo que representaban las tablillas intraducibles olvidadas alrededor de tumbas vacías. Las parábolas guardaron los secretos de una tierra gigantesca, hasta que fueron ignoradas y expuestas a los visitantes en museos dedicados a la tradición de las ruinas. En uno de los refugios circulares de los que emergían cinco túneles equidistantes, fue abandonada la nave espacial que me había traído desde Venus y que pronto me llevaría a Abydos. El pasado, una vez hábilmente cultivado, ahora fue despojado de su legitimidad e incluso los faraones y el abad Moisés fueron implicados en la mentira de cada época en que los jeroglíficos son elaborados nuevamente para explicar el significado del dibujo de una nave espacial. Pequeños fragmentos de una ojiva, encontrados en una de las grietas resultantes de la guerra en Ucrania, demuestran la explosión de una bomba de hidrógeno de la era anfibia. No se permitió tomar ninguna fotografía. Los soldados que excavaron la región fueron hospitalizados y declarados alucinados gracias al efecto de un gas expulsado por un arma enemiga. La historia condenó y ocultó la evidencia. Mi don de transmigración, convertido ahora en virtud de la invisibilidad, me fue enseñando poco a poco hasta qué punto la civilización despreciaba las reglas naturales de la vida. Voltaire declaró una vez: *Dios nos ha concedido el don de vivir; depende de nosotros vivir bien*. Sin embargo, era imposible vivir bien cuando se nos niega el derecho a conocernos a nosotros mismos.

UNA CAMA EN EL BORDE DEL ABISMO

Y si bien Voltaire también afirmó que el optimismo es la locura de insistir en que todo está bien cuando en realidad somos miserables, yo prefiero el abismo que se instaló al lado de Pascal. Esa permanente presencia le impidió continuar con sus paseos al Puente de Neuilly en la carroza con seis caballos prestada por un conde. Para evitar el terror que le producía esa visión, Pascal ponía una silla al lado de su brazo izquierdo; un subterfugio válido sólo por algunos instantes; después era presa nuevamente del pánico a caer dentro de él; temía romperse los dientes y desaparecer en el fondo de sus entrañas. Ese abismo lo acompañaba incluso cuando dormía. La pesadilla, que se repetía noche tras noche, le provocaba episodios de fiebre y era entonces cuando clamaba por la presencia de su hermana; la única persona en el mundo capaz de aplacar sus miedos. Tal vez por eso Voltaire le escribió a un amigo que el triste Pascal murió loco.

Al igual que Blaise yo creo que si se me muevo en la cama ineluctablemente caeré al vacío y seré leña para alimentar un fuego que nunca se consume del todo. Mientras que él teme equivocarse al no creer en una existencia divina, yo estoy convencido que los dioses sólo existen en las mentes de hombres asolados por el poder de la férula papal. Aunque en mi caso no hay ninguna hermana presta a acudir en mi auxilio, ni ningún médico que me haga una sangría con sanguijuelas. Por fortuna Itako me espera en la confluencia de algún tramo de sueños entre el río Sanzu y el lago Osore-san. En el estado en que mi cuerpo está desde hace siglos poco importa el aire envenenado o el golpe en mi cabeza de las rocas calcinadas que caen como lluvia desde la cima del Monte Osore.

ITAKO

Antes de que vayas a Egipto quería decirte algo sobre la fertilidad de este abismo que oscila entre nosotros dos. Ciertamente podemos esperar un viaje que vaya más allá de la seducción de las contradicciones y que un sol negro se limite a las aguas de Osore-san. Deseo estar contigo como si juntos impulsáramos la formación de todos los símbolos, como si nuestras extensiones desérticas convergieran y cambiaran de apariencia. Doy la bienvenida al fuego, pero también quiero agua dentro de nosotros. Incluso cuando somos extranjeros o cuando estás ausente y ni siquiera en mi corazón puedo verte. Como extranjeros e invitados del momento acabamos disipándonos. No importa que estés en la Edad Media y que yo siga manteniendo vivo el recuerdo del *fat man* que arrasó Nagasaki. Sé que te diriges hacia el momento que posiblemente signifique el origen de esa destrucción. Cuidado con los restos de todos los hechizos que todavía están en formación.

AMBROISE DROUET

Hace mil años erro por el laberinto de Chartres; estoy atrapado entre sus callejones y sus muros, avanzo, retrocedo, doy la espalda, vuelvo a girar, me siento, me acuclillo, cierro los ojos y me sumerjo en las aguas que nos separan. Me crecen aletas y mis pulmones se convierten en branquias. Nado en el océano del desasosiego con la única certeza de tu presencia. Nombras lo increíble, nombras a Nagasaki. Lo que no sabes es que yo soy el fotógrafo del niño que caminó varias leguas con el cadáver de su hermano atado a la espalda. Cuando llegó ante la hoguera, en la que se cremaban a los miles de muertos por la bomba, se paró en frente con los labios apretados, sin una lágrima y sin parpadear. Me acerqué a él y le pregunté con desparpajo y sin respeto alguno si no era mucho peso para él; y me respondió: *-No es peso, es mi hermano*. Alguien detrás de mi se adelantó y desató las correas que ataban al pequeño cuerpo. Entonces el niño, estoico y valiente como pocos, dio media vuelta y se alejó sin mirar hacia atrás. Sentí que yo ya no era un fotógrafo, sino una mancha que ensuciaba ese espacio de dolor y de infamia. Desde entonces ese malestar, nacido de mi inconciencia humana, nunca me ha abandonado. La vergüenza es un peso descomunal que me ata a las profundidades del abismo. Sólo la evocación de tu existencia me da las fuerzas para nadar hasta ti. Este era el secreto más recóndito que escondía a tus ojos cerrados desde antes de tu nacimiento.

EL PRIMER VIAJE

En una época en la que no se permitían dudas y en que la razón definía hasta los moldes del asombro, la tierra parecía devastada por este poderoso gigante que soplaba constantemente sobre todas las elevaciones del espíritu.

Fue entonces cuando los conocí. Al principio no se pudieron revelar sus nombres. Sin embargo, se trataba de una precaución innecesaria, teniendo en cuenta que milenios después sólo quedarían algunos signos imperceptibles enterrados en los desiertos o en las ruinas de ciudades destruidas por las guerras. En mi primer viaje al pasado visité los cimientos de las más viejas pirámides, cuando el láser aún cortaba las gigantescas piedras y pronto se produjo el milagro de la levitación. En su construcción, la magnífica destreza fue parte de una mecánica indescifrable de los bloques de piedra que se pegaban entre sí, sostenidos únicamente por la gravedad. No había varillas mágicas ni morteros posibles para permitir esa unión. Esa no fue obra de santos o demonios. Las religiones que vendrían después lo temerían porque desconocían la extensión de esos dominios. Uno de ellos me advirtió que sería prudente no revelar la naturaleza de esos esfuerzos.

Era necesario continuar como si la creación fuera de origen divino, aunque la inmensidad de sus logros ni siquiera podía aceptarse como resultado de hechizos. De esta adulteración de la génesis de los tiempos primordiales dependería la vida de los grandes sabios.

LOS APÓSTOLES DEL AGENTE NARANJA

*A la hora del alba
en el último segundo naranja
allí, donde el sol copula con la luna,
el aire se fracturó,
el naranja del horizonte
dio paso a multitudes de tonos amarillos,
rojos, azules, morados
mi cuerpo,
transportado por una fuerza titánica,
se elevó en el aire,
voló dejando tras de sí
los retazos de mi pierna izquierda,
el polvo se apoderó de mis pulmones,
mis ojos se extraviaron en una nube de detritos,
sentí como la tea, otrora mi cuerpo,
viajaba a la velocidad de la luz
y caía en el fondo de un abismo,
en el averno de la inconsciencia humana
Estaba a mil vidas del mundo que era el mío
¿Cómo regresar?
¿Acaso existía el regreso?
¿Qué caminos se toman en el aire,
cuando siempre se ha vivido con los pies en la tierra,
en el lodo, en las arenas movedizas?*

Algo dentro de mí me dijo que Itako estaba escuchando la historia del antepasado de uno de sus peregrinos. La voz que sale de sus labios bien podría ser la de Giang Bao, probablemente la primera víctima de la Operación Ranch Hand. Un poeta vietnamita fue devorado por el presagio de uno de los actos más cobardes de la

historia de la humanidad. Itako sintió la necesidad de contar su historia.

EL SEGUNDO VIAJE

En el segundo viaje allí estaban ellos una vez más. Nos sentamos alrededor de una gran piedra suspendida en el aire, cuando me explicaron qué estaban haciendo exactamente allí y cómo eran posibles mis movimientos en el tiempo. A esa maniobra no se le aplicaron drogas ni ecuaciones, según ellos yo había sido elegido, pero me aseguraron enseguida que el azar había jugado un papel en este viaje –un azar que una vez me hizo encontrar a Léo Szilard cuando aún estudiaba las posibilidades de construir una batería atómica–, elegido por mi entusiasmo y mi carácter provocador, que ciertamente evitaría la creación de una mala vida a mi alrededor. Según ellos yo sería la persona que ayudaría a Herbert George Wells a escribir su libro *The World Set Free*. No podría engañar a nadie diciendo que la transmigración es hereditaria. No se trataba de mutación sino de desplazamiento de cuerpo y alma. Sin embargo, incluso si ese regalo me hubiera sido dado por ellos y el destino de mis saltos de una época a otra no estuviera determinado por mí, una vez más las evidencias tendrían que ser alteradas, y yo tendría que ser infiltrado en una sociedad científica y aclamado como el que inventó el viaje en el tiempo.

Pero, ¿cómo se viaja en el tiempo? ¿Se tiene en cuenta la rotación y la traslación de la Tierra? ¿Si inventamos una máquina que viaja al pasado, podemos prever el momento y el lugar teniendo en cuenta que la Tierra está en constante movimiento? O por el contrario, ¿se lo dejamos al azar como si se tratase de un juego de dados de dos beduinos sentados en un oasis del desierto de Merzouga? ¿Es el tapiz de Sherezada la primera nave para viajar en el tiempo jamás inventada? ¿Es el mecanismo desconocido del sueño el que nos permite viajar a otros universos, al pasado o al futuro? ¿Es el cine la verdadera nave del tiempo? ¿O lo son la literatura y la pintura?

Todas estas preguntas me asaltaron como si alguien me clavara mil puñales en distintas partes del cuerpo. ¿Acaso no es la imaginación la verdadera y única forma de viajar en el tiempo?

Hasta dónde sé la física cuántica aún no ofrece posibilidades para esta aventura espacio-temporal.

Todas ellas me atacan donde quiera que vaya. Un día nos sentaremos aquí y buscaremos una explicación para todo. El caso es que me dijeron que yo había sido una especie de agente elegido por las relaciones futuras que sabían que tendría. Según ellos, mi espíritu satírico, siempre provocador, podría ser de gran ayuda para que algunas evidencias fueran sorteadas y la realidad sobreviviera a su propia apariencia.

LAS ESCALERAS SECRETAS DEL DESEO

Las noches juegan con sus hilos, inventariando los monzones que desplazan hasta los sueños. Itako pareció levitar. Durante este período de lluvias no recibió peregrinos. Meditó sobre la fertilidad celestial que sentía en su piel. Hace mucho tiempo, durante sus paseos por el templo budista de Angkor Thom, se imaginaba a sí misma como Cibele, rodeada de animales dorados que parecían descender del cielo. Reconoció en su corazón la naturaleza de cada uno de ellos. La lluvia se originó del espíritu de estas manifestaciones. Repitió como un mantra: *la lluvia me llena de miel, yo soy la tierra bañada de cielo*. Como ella también era la madre de todos los dioses, imaginaba que los había concebido en una sola noche bajo el cuerpo de Ambroise. Y luego sonrió, tratando de recordar cómo era posible que una mujer ciega le hiciera el amor a un fantasma. La lluvia ciertamente tuvo un efecto irónico en su memoria. Al ser una gracia recibida, la lluvia acabó mezclándose con la sangre de todos los seres y rodeó sus gestas de una nube de misterios delicadamente trazados con el lapislázuli de lenguas desconocidas. Las pestañas de Itako quisieron volar como un cenizote que juntó sus alas movido por la inmortalidad de su canto. Aquella mujer encendió un ritual sonoro capaz de resumir todos los tiempos en un solo mandala, con su complejo círculo y sus infinitas casas. Ambroise estaba suspendido en el centro de esa imagen. Su cuerpo traslúcido hacía suponer que la lluvia sería testigo de una emoción sin igual. La lluvia y sus aguas primordiales extendieron las manos de Ambroise como gestos de adoración. Cuando los cuerpos se juntaron no había señales de sumisión ni de humildad. La ciencia de los argumentos se disipó, al igual que los embriones de la compasión y los planes dialécticos de todas las sectas.

Las letras se preparan para la ceremonia de tallado. Sobre la piel del aire, como pájaros traslúcidos. En el cuerpo de las sílabas que ellas seducirán hasta la formación del imperio de sus colores.

La pequeña Nagiko sabe que debe sentir las como miel en su lengua. Y el delicado clítoris de sus cortesanas deberá recoger las palabras que algún día constituirán el diario de la corte. Los hilos de tinta que brotan de sus finos dedos siembran los placeres animosos de aquellas mujeres que son codiciadas por muchas otras, tal vez por ser las damas de Heian. Una noche tuvo un hermoso y delicado sueño, con letras y sílabas y las primeras palabras de miel que aparecían en el cuerpo de Nagiko mientras las escribía. Itako ha creado poemas fruto de las relaciones íntimas que mantuvo con sus cortesanas. Había un germen de delicadeza en el azar, en la disputada flor de sus poemas, de una variedad de imágenes que transmitían todos sus sentimientos. Luego escucha a Nagiko leer: *Tus pezones deben ser ojos mágicos que me permiten vislumbrar la existencia de otros mundos. Como los primeros signos luminosos de dos jóvenes montañas que nacen en tus pechos, las sílabas comenzaron a mencionar las pausas de mi deseo.* Imaginemos que este sería uno de los pasajes escritos por Ambroise en sus notas sobre su encuentro.

EL IMPERIO DE LOS SENTIDOS

Itako no olvidaba la larga tarde de un verano ya lejano en la que Ambroise vio por primera vez *El Imperio de los Sentidos* mientras le acariciaba el clítoris. Itako no podía ver las imágenes de Nagisa Ôshima, sólo las intuía; y sobre todo, escuchaba atentamente los diálogos entre Sada Abe y Kichizo Ishida. La atmósfera cargada de erotismo se adueñó de Itako y de Ambroise. Itako se alejó unos instantes para regresar luego con varios huevos de porcelana de diferentes tamaños y decorados con imágenes de los Genji-e. Cada huevo que navegaba por su estrecho conducto le producía un orgasmo más largo y potente que el anterior. Ambroise entendió en esa tarde canicular que todo lo experimentado antes era únicamente un juego de aprendices. Entonces supo que su destino era ser un pez y navegar para siempre en las profundidades de Itako. Y al ser un pez está viajando nuevamente rumbo a ese único puerto que ansía. Itako lo sabe.

ÁTOMOS ALMACENADOS EN UN VASO

Por donde pasan los peces, explotan minas donde los antiguos escondían los secretos de los truenos y los relámpagos. Esa electricidad hizo que Itako se sintiera dos mil años antes de cualquier tiempo y luego descubrió, de un solo golpe, el golpe de la escritura, el trazo del movimiento frenético de los peces, la era atómica que llevaba dentro, los átomos almacenados en el vaso hasta ahora irrompible de su deseo. Quizás estaría de acuerdo en que en algún momento ese banco sería confundido con una serpiente negra que socavaría las leyes del equilibrio. Ambroise también le había mostrado los prodigios inferiores de otros cardúmenes, el ocultismo o la hechicería, todo entraba en sus labios camino de sus cuevas más confiables.

LOS SUBTERRÁNEOS DEL TEMPLO DEL MONTE OSORE

Un subterráneo es siempre una derivación de un laberinto; y cuando se dice *laberinto* se dice extravío. Sus interminables galerías se hicieron en las sucesivas explosiones que anidan en su interior; aunque la última data de diez mil años atrás. El fuerte olor a azufre envenenaría a los neófitos que tratasen de internarse en él. La única que nunca se pierde, ni se sofoca con el aire malsano, es Itako. Ella conoce sus enigmas más recónditos. En cierta forma Osore-san es su hijo nacido antes que ella y que todos los dioses que lo habitan. Ellos dos están unidos por un cordón umbilical que nunca se cortó; se alimentan el uno al otro; la respiración de uno es el oxígeno del otro. En las largas noches de invierno Itako descende hasta sus profundidades y se duerme acunada por la música de los ríos subterráneos. Ellos le cuentan antiguas leyendas. Itako no les teme; para ella son sólo pequeños riachuelos en los que sumerge sus pies cansados. Es en uno de esos riachuelos por los que nada hasta ella su amado Ambroise convertido en un *pez-dragón*. Osore-san lo sabe y por eso lo acepta en sus entrañas.

EL BIG-BANG REBOTA EN LAS PAREDES CALCÁREAS

Ahora sabe. Cuando se sintió tocada por su amante fantasma, cuando lo vio en sus incomparables movimientos, su piel exaltada como una biblioteca de títulos amorosos, Itako comprendió que todo eso sólo sería posible en la tinta ingeniosa de un sueño. Como las ciudades subterráneas de Tiahuanaco o Sumeria. Una traducción de sus leyendas donde prevaleció el trazo de los mapas antes del gran sumergimiento. Las líneas fragmentadas de sus manuscritos. Su cuerpo concebido como la desconcertante elegancia de unos cajones que hablaban innumerables idiomas. Itako y los pergaminos se mantuvieron abiertos a medida que las edades convocaban a nuevos personajes. Los amantes sabios que irían más allá de la tinta, cuya letra compuso el guion de las civilizaciones. Sólo en un sueño como éste podría Itako recuperar la capacidad de su visión y sentir el cuerpo de Ambroise tocando el suyo, explorando sus páginas, recreando el diario íntimo de sus entrañas.

Las sucesivas explosiones imitaban un antiguo Big-Bang y alumbraban las cúpulas de las galerías subterráneas; cuyo eco rebotaba por sus paredes calcáreas. El resultado era un concierto de música desconocida por todas las civilizaciones que desfilan en el devenir del tiempo. Las luces completaban el espectáculo que recordaba el origen del universo. Itako obedecía a sus sentidos que la guiaban a través de los túneles que se abrían ante ella a medida que las luces los inundaban. Ella, el ama del mundo, sabía que ese concierto era una ofrenda prodigiosa que Osore-san le hacía.

Pero Osore-san era también el dios de las ilusiones. Ese castillo de los encantos explosivos. Las ilusiones son recíprocas. Sólo son posibles en un teatro donde los títeres bailan con sus maracas. Un espacio en el que el colectivo está formado por máscaras que llenan sus almas errantes. Carl Einstein argumentó que las máscaras eran *éxtasis inmóviles*. Sin embargo, sólo ocultan algún significado cuando están cubiertos de movimiento, ya sea una iniciación orgiástica, una ceremonia de hechizo o un ritual de caza.

Las máscaras son un cautiverio de monstruos. La catarsis de arquetipos peligrosos con su persuasión de mitos fabulosos. Controlado por su máscara, el hombre sólo tiene acceso a dispositivos teológicos.

EN EL CENTRO DEL MUNDO

El templo dedicado a Osore-san, y a todos los demás dioses, es el axis-mundi. Sus techos a dos y a cuatro aguas son la representación de las columnas que sostienen el cielo y por las que Itako y sus novicias pueden pasar de la tierra al cielo. Las entrañas donde corren los ríos de azufre son la representación del mundo de los muertos. El templo, al estar ubicado en el centro del mundo divino, creció en círculos concéntricos invisibles a los ojos de los peregrinos que lo visitan cada año. Lo que ellos no saben es que sus tentáculos se extienden hasta sus ciudades, barrios, casas y apartamentos. Cada uno de ellos vive en un ataúd sin siquiera sospecharlo. Creen que sus pasos son libres cuando en realidad sólo pisan las huellas de los antepasados. Sus vidas están ritmadas por milenios de pesadumbre y de hastío. Pocos han escapado a sus cadenas invisibles. Basho es uno de ellos. Tal vez porque su voz le servía de eco al viento mientras que sus ojos registraban la caída de las hojas en el otoño.

*La luna llena es una cama con mil ojos abiertos.
Las hierbas temen por la sangre de los guerreros muertos.
En el vaso de sake la noche se olvidó de despertar.
Los cantos de las rocas imitan a las cigarras.
Los diamantes contienen en su interior el rocío del mañana.*

Basho permitió a Itako descubrir otras imágenes en sus versos. A veces incluso se reía de sus hallazgos, como si la propia lengua de Itako, en el apogeo de su improvisación, fuera la varita voladora de Taj Shiva.

TOCATA Y FUGA

Una noche mi sombra y yo nos quedamos fuera del tiempo. Debido al impacto de la caída, ella se había desprendido de mi cuerpo. Sin embargo, no parecíamos desiguales. La curiosidad de verla separada de mí no me parecía que ella me considerara simplemente como la biografía descartada de un maldito. Las calles permanecieron abiertas durante nuestra caída. El espacio era más aburrido que licencioso. Y algo en mi sombra me dijo que buscaba peligro, como el sueño laberíntico de alguien confinado en el vacío. De alguna manera escuchamos el clamor de las voces nocturnas, ocupando la parte superior del abismo. Permanecemos en silencio, como invitados de lo sobrenatural. Voces iban y venían, con pequeños chispazos que tal vez querían romper nuestro silencio. Por un momento pensé que habíamos llegado al paisaje desértico del olvido. Mi sombra agitó sus brazos como si intentara abrazarme, como si yo fuera su visión caótica del fin. ¿Quién querría ser el acorde final de su propia ilusión pasada? ¿Quién vería en el prodigio de su locura la sombra colgante de su espejo fugitivo? La caída pareció advertirnos que las ruinas de aquel oscuro escenario tendrían como consecuencia hacernos ir y venir en la genealogía de todas nuestras hazañas.

Me pareció el momento oportuno para deshacer la pesadilla a la que me habían sometido. Mi vida tomó la forma emancipada de los cinco elementos. Como si un mandarín disfrazado decretara cuáles serían mis pérdidas y cuáles serían eventualmente mis ganancias. Como si las bulliciosas imágenes que saltaban ante mí fueran una descripción de las renunciadas místicas de mis guías. No era mi sombra la que ahora proponía un suicidio masivo de estos espejismos. La monstruosa presencia del horizonte enfatizaba que nuestra imaginación debía buscar un camino intransitable; como la selva crecida en un sarcófago anónimo o el simulacro de rocas que rompen el himen del cielo. Ahora debemos ser el panteón más antiguo de la tierra, habitado por la ausencia total de dioses. Un suburbio infernal, con sus virtudes impredecibles. El viento

furtivo que obliga a la vela encendida a besar la sábana donde la sombra acababa de escribir las primeras letras de su memoria. Me quedo en silencio. Observo mi pasado como si estuviera editando los fotogramas de una película. Siempre intentamos hacer de la mentira la verdad más bella. La realidad es un privilegio de las musas. Yo no envidio a las mías. Aunque sepa que no me convertirían en la retórica de un cadáver. Las fábulas son el refugio de los nómadas. No hay entre nosotros infieles ni fugitivos litúrgicos. Pero en algún momento –la sombra acaba por persuadirme– habrá que decir lo que pasó.

EL AVERNO DE LAS REPETICIONES

En diciembre de 2019 los demonios comenzaron a levitar. Incluso se convocó a varios aprendices para que prescribieran el gran vaso de los azotes. Todos los íncubos se revolvieron en el caldero de las mutaciones. Nadie pudo detener el roce de estas muertes. A la sombra del vuelo inalcanzable de un pangolín, mi vida fue destruida una y otra vez. Al observar el terror caricaturizando sus pasos, cualquiera llegaría a la conclusión de que el hombre siempre ha sabido preparar los caldos culturales que poco a poco difundieron las civilizaciones. Ahora una vez más mi sombra, agrandada y tendida sobre el vasto territorio donde fueron depositados los cadáveres infectados, me dijo que siempre éramos una amenaza para los señores de la torre. Siempre será necesario evitar la reproducción de nuestros semejantes. Sólo los espíritus perturbados deberían ser mantenidos bajo vigilancia en sus trabajos forzados. A ellos se les asigna la construcción de laboratorios de drogas, templos de devoción, para ellos los almacenes del éxtasis controlado, los contenedores donde el sexo a la carta recorre el planeta, para ellos el guión subliminal de las distracciones y el arsénico de las ilusiones.

Un lugar de honor para quien observa todos los crímenes de lesa humanidad. La opulencia de los mil disfraces del botulismo. La falsificación del infierno en la magia apasionada. El aislamiento experimental de los afectos. Elixires de dopamina. El fraude científico de los fantasmas hechizados durante mil noches seguidas. Leí los pergaminos con todas estas fórmulas. Durante mis viajes en el tiempo, los términos cambiaron, incluso la naturaleza de la aplicación, pero las fórmulas eran las mismas, sin importar qué nuevas sustancias se enumerasen. Bajo la tenebrosa mezcla de viejos combustibles renombrados, el sol siempre iba en la misma dirección, la alquimia pasó por las manos de Moisés, Genghis Khan, Merlín, magos, emperadores, místicos, talismanes, dieron larga vida a todos los artífices de la muerte. Por eso esa noche en que mi sombra se separó de mí, finalmente pude darme

cuenta de que no había robado el fuego sagrado de la transmigración. Que mi verdadero delito fue compartir el conocimiento real y que el tiempo no era más que un viejo reloj de metal que determinaba el comienzo de cada uno de nosotros: el averno de las repeticiones.

LA CAIDA

A Ambroise le ocupó varias vidas y varios cientos de años, tal vez miles, saber que la existencia humana nunca saldrá del averno. Sólo fue cuando adoptó el nombre de Jean-Batiste Clamence que pudo comprender que ésta fue concebida como una eterna caída. El suicidio de la prostituta, al que asistió sin hacer nada para impedirlo, lo indujo a recorrer los canales de París y Amsterdam preguntándose qué eran exactamente la vida y sus infiernos. Él sabía perfectamente que en el agua estaban las respuestas a todas las interrogantes pasadas, presentes y futuras. De ahí que en alguna de sus tantas existencias hubiese adoptado la de un *pez-dragón*; tal vez porque en el fondo de los océanos no hay sombras que lo persigan. También sabía que las sábanas limpias, con las que cubría su cama, no le impedían ensuciarlas con sus pies llenos de barro y excrementos. Las noticias malsanas de los periódicos se adherían a su piel y la ensombrecían; no sabía si era por la tinta utilizada en cada tirada o por los acontecimientos narrados. París ya no era una ciudad de cinco millones de habitantes sino de siete. Un dato que le erizaba los vellos de sus brazos y que lo indignaba hasta el punto de pensar que lastimosamente los hombres y las mujeres seguían follando y procreando. Tal vez por eso ahora se denominaba a sí mismo *Juez-penitente*. El mismo se juzgaba y luego se condenaba. Asumía la condena dictaminada con la cabeza gacha, dispuesto a ponerla debajo de la guillotina. Tal vez por eso siempre consideró que el más grande inventor de todos los tiempos era precisamente ese médico burgués y bastante culto de nombre Monsieur Guillotin. ¿Un hombre que propone una muerte expedita, sin sufrimiento, y sobre todo sin distinción de clase social, no es un verdadero cristiano?

Entre condena y condena Clament repetía siempre una frase que podía cambiar con la luz del día o de las estaciones: *Holanda, más que un país de mercaderes, es un puerto que se abre al océano y en el que navegamos hasta las islas de Cipango donde la gente se suicida siguiendo el*

ritual del seppuku en aras de conservar su honor. Por eso admiraba y leía sin parar a Mishima. Los canales de Amsterdam le recordaban los ríos de azufre del Monte Osore por lo que sabía que los unos y los otros eran los ríos subterráneos que conducen al averno. El único lugar que ansiaba y necesitaba. Fue en uno de esos momentos cuando percibió al interior de una vitrina mal iluminada la sombra de una mujer que había visto innumerables veces en sus sueños; una mujer con ojos rasgados como las líneas del horizonte; una mujer cuyo nombre le recordaba uno de sus tantos regresos a Ítaca. Sólo que en esos regresos no había ningún perro que lo olfateara ni lo reconociera, no había ningún Argos que meneara la cola. Era entonces cuando se enfrentaba a su propia y profunda soledad y a la caída ineluctable que le estaba deparada desde siempre.

LA PLAGA

Durante el período en el que encarnó el personaje central de una querrela filosófica, que alertaba sobre la influencia del mal en la literatura, el rebelde Jean-Baptiste aludió, en muchos de sus manuscritos, al modo infalible en que ascendía el mal social. No era un lienzo pintado con las tintas de la deriva, los desvíos, la trompeta de la jactancia, nada. Allí nos encontramos devorados por una bestia corpulenta, cuyo único rastro que dejó fue la inagotable proliferación de campos sagrados por todo el planeta. Jean-Baptiste se indignó por lo que consideraba el gran fracaso de Guillotin: no haber aprovechado la defensa de una muerte sin sufrimiento para evocar la dignidad del fuego y su condición higiénica. Luego imaginó que los cementerios existentes podrían ser devastados, dando paso a la construcción de parques y viviendas para un mundo cada vez más lleno de una masa humana desesperada que no tenía dónde vivir. Quizás así podríamos evitar la progresión de parodias del infierno que vimos surgir en infinitas ciudades. Y la fantasmagoría banal de tanta literatura zombie. Nada en el mundo es más ambivalente que la moral. Sin embargo, Ulises nunca volverá a casa. Ningún judío declarará jamás su riqueza. Las vírgenes dan un nombre falso cuando se inscriben en orgías, ya que siempre han sido damas de humor variable. Ante las autoridades, todos los pecadores son inocentes convencidos. Son raros los poetas que rechazan el privilegio del genio. La soberanía olvida todo lo prometido a sus fieles necesitados. La libertina Calipso sigue alimentando al sol con falsas alegorías. Jean-Baptiste lidera un grupo de suplicantes que piden la extinción de los campos santos. Siempre les recordaba: *todos somos casos excepcionales. ¡Todos queremos apelar cualquier cosa! Todo el mundo exige ser inocente a toda costa, aunque para ello sea necesario culpar al género humano y al cielo.*

LA PUERTA

Abrir o cerrar una puerta puede ser un gesto anodino o trascendental. La mayoría de las veces la abrimos y cerramos sin pensar demasiado en un gesto que puede cambiar radicalmente el orden del universo. Las mujeres lo sabemos muy bien ya que nuestras vidas transcurren detrás de sus cancelas cerradas y sólo percibimos el mundo a través de las celosías de las ventanas. Y si ésto es cierto para las Damas de la Corte Heian, con mayor razón cuando se trata de una sacerdotisa del Monte Osore; como es mi caso y el de las pupilas que me acompañan en este encierro milenario.

Cuando les prohibí abrir las puertas a los peregrinos que nos visitan cada año, sabía que les cortaba los puentes que tienen con el mundo exterior; y que la espera de otro año iba a ser larga y tediosa. En cierta forma las condenaba a esconderse nuevamente detrás de la niebla y detrás de los gases que imanan alrededor del templo. ¿Una forma de suicidio colectivo? Posiblemente. Al menos, alegóricamente hablando, podría decirse que era una forma de harakiri.

No obstante, la puerta que da al sur, conocida como el portón de todos los vientos, podría abrirse ante el parpadeo de Ambroise. Nadie más tiene el poder de hacerlo. Lo que para Ambroise es un acceso común y corriente, para nosotras es un muro tapiado a cal y canto. Eso lo sabemos muy bien cuando aceptamos quedarnos para siempre a los pies de Osore-san. Es el precio que pagamos por consagrar nuestras vidas a su culto. El otro precio es cuando nos cortan nuestras largas cabelleras y nos vestimos con sayas grises y burdas; mientras que nuestros pies permanecen desnudos así tengamos que caminar sobre la nieve o sobre brasas ardientes. Tal vez por eso cuando les di la orden de no recibir a los peregrinos pude ver en sus ojos rastros de desamparo y de desilusión ya que sabían que las túnicas blancas, reservadas para ellos, debían seguir dobladas en el fondo de los cajones de las cómodas durante otros doce largos y tediosos meses de gran austeridad.

EL MURO DE CAL Y CANTO

Del otro lado del abismo que nos separa de los desvíos de la carne o simplemente detrás de la mirada, donde se esconde nuestro deseo en sus momentos de meditación, veo el sufrimiento de los peregrinos de Itako, aquellos que no saben que yo comparto sus labios con la misma intensidad con la que comparten su voz. Y vuelvo al Monte Osore más veces de las que podría explicar. Por otro lado, nunca sé si lo que encuentro es la miseria extrema o el tesoro inalcanzable de este viaje sin precedentes. Mucho más allá del eje del mundo, me espera una mujer ciega y lo que me abre es una tienda de expansión, la afirmación del doble, el espacio protegido en el que termina diciéndome: *Yo soy la puerta*. E incluso en el último conteo de noches todavía puedo salir de su casa. Guiado por las voces grabadas en el lomo de la trascendencia, o incluso arrojado al pozo escatológico del martirio. Siempre habrá una salida dondequiera que la sombra caiga sobre las rocas. Itako me muestra una puerta tan pequeña que corresponde al mundo de la creación, porque dentro de ella tenemos que aprender a identificar y magnificar las chispas de la existencia. Como la imagen de su propio sexo, ella me deja tocar su caracola, su calabaza, su ojo mágico, imprimiendo el calor de sus banquetes de regeneración en mi núcleo. Desde mi primera muerte, he venido a renacer en sus brazos. Como la visita de las almas de las brujas en el calendario de Lucifer, o las ramas sumergidas de los monólogos delirantes de Boccaccio, por muchas veces que esa cúpula neuronal se agitó dentro de mí, atravesó la pesadilla de los naufragos, mantuvo a salvo el olivo sacrificado en el lugar más oscuro de la invisibilidad. Las voces recitaban el torrente de sus alianzas vitales: *Tu vida será idéntica a la mía siempre que regreses a tus orígenes, no importa si me abandonaste hace veinte mil años, tu vida siempre será idéntica a la mía*. Y cada vez que escuchaba este coro que se escapaba de mi vista, pensaba en el joven Einstein que conocí cuando todavía luchaba con la imprecisión de los efectos de la luz

sobre las formas en movimiento. Al observar la forma en que la luz se rompía y se rehacía, me dijo: *Estoy seguro de que ya resolví este dilema hace veinte mil años, pero ya no lo recuerdo*. Itako también me pareció un bosque custodiado por el infinito. Como si contuviera el residuo de todas las tradiciones. Como si sólo ella pudiera llamarme su heredero y aun así sólo en esos momentos en los que me abrazaba en el apogeo de mi inmaterialidad. Itako me hizo cautivo de sus números, me dio la bienvenida al espíritu inflamado de su ignorada belleza. Sabía que nos veríamos cada vez que el planeta girara alrededor del sol y que volveríamos a imitar los estertores de la eternidad según la doctrina satírica de Rabelais. Ella aprendió de mí a excavar el rostro desfigurado de la analogía y me enseñó a embellecer las formas inesperadas de la transfiguración. Éramos lo feo y lo bello en la atmósfera profunda de nuestra devoción. El rescate permanente de todas nuestras disidencias.

HERIDAS EN EL ESPACIO

La puerta del costado sur del templo de Osore-san es una herida en el espacio que nunca cicatriza.

Es una fractura que nos recuerda siempre que la armonía nunca es absoluta.

Es el ying y el yang.

Es lo dionisiaco y lo apolíneo.

Es el día y la noche.

Es la tensión entre dos extremos de una cuerda tensada a punto de romperse.

Es un sable de un samurai que murió haciendo el ritual del seppuku.

Es un antiguo rollo de las sagradas escrituras budistas desplegado mucho antes que el templo fuese construido.

Es el acceso al inframundo y a los ríos subterráneos que corren debajo de sus cimientos.

Es el acceso a la morada de Dilong, el viejo dragón que gime en las noches de invierno.

Esa puerta es la historia condensada de las vírgenes ofrecidas al Monte Osore.

En ella están escritas las leyendas de los peregrinos que vienen cada año para comunicarse con sus ancestros.

AJEDREZ VERSUS VIAJE A ÍTACA

Ambroise Drouet era consciente del significado profundo de la puerta del sur del Templo de Itako; por eso mismo viajaba hacia ella con el más profundo respeto.

Sabía que un gesto de desafío o de irreverencia, por más insignificante que pareciese a sus ojos, podría cerrarle para siempre la entrada al templo, así como el acceso para ver a Itako.

La puerta se convertiría en un muro tapiado a cal y canto e imposible de derribar.

Él sabía que los viajes a Ítaca se hacen una sola vez cada mil años; y si se fracasa en alguna de sus estaciones, el viaje se interrumpe por otros mil años.

En este viaje Ambroise Drouet cabalgaba contra el viento en un caballo de un xiangqi que perteneció al emperador Wu de Zhou.

Y si no lograba atravesar la puerta en el primer intento, la conquista del templo se evaporaría detrás de la humareda de azufre que salía de las aguas termales que rodean la morada de Itako.

Las otras piezas están a la defensiva.

Ambroise Drouet lo sabe muy bien.

LA CICATRIZ DE LOS ESPEJOS

Como un hechizo que se prolonga huyendo del amanecer.

La cicatriz de los espejos que se hunden antes de revelar la última imagen de sus reflejos intactos.

El tesoro que perdió la fuente termal de los adjetivos y encuentra pegadas a su aldaba central las páginas rotas de una novela negra que confía por primera vez los fracasos de su prometida génesis.

Era la cúpula del infierno, era la tumba del cielo.

La gitana que describió la falaz fatalidad de todos los ciclos de la virtud.

El secuestro de los apóstoles castigados hasta que negaron la veracidad de sus informes.

Los dioses algún día tendrán que reconocer que fueron engañados por sus creadores.

Los meteoros indican la llegada de nuevos habitantes.

No hay más explicaciones para estas maniobras.

Las épocas se cuestionan sobre sus ritos de paso.

Las ciudades, sorprendidas, descubren acuerdos subterráneos contradictorios hechos con gente extraña y de formas inestables.

Los mensajeros trasladaron sistemas y doctrinas y luego desaparecieron.

Ciertamente, Ambroise vivió con estos cambios y hostilidades, mucho más que Itako. Sin embargo, ella insiste en preguntarle sobre el comercio sideral con otras especies.

— ¿Fuimos alguna vez exactamente lo que imaginábamos que seríamos?

SOMOS LA SUMATORIA DE PIELES FRACASADAS

Podemos imaginar mil formas de existencia; y sin embargo, por más que intentemos adherirnos a una de ellas, jamás podremos conseguirlo del todo. La vida muta a cada segundo sin dejar atrás la piel que nos estorba. Somos serpientes mordiéndonos eternamente la cola; por eso mismo es que no logramos mutar de piel. Cuando creemos que se ha desprendido de nuestros propios cuerpos es cuando nos damos cuenta que nos la hemos puesto nuevamente. Somos la sumatoria de pieles fracasadas y rotas de hombres que vivieron hace cinco mil años. Cuando no nos ahogamos en aguas turbias lo hacemos con dosis rabelesianas de alcohol.

Ambroise Drouet lo sabía muy bien. Muchas veces vio con sus propios ojos las curvas sinuosas y elípticas de las serpientes mudando su cola.

MOVER LA FICHA EN EL ESCAQUE CORECTO

No en vano Ambroise Drouet fue uno de los editores de Hunter S. Thumpson. Hunter; el cazador que se cazaba a sí mismo; hasta el punto que ya no pudo escribir una novela porque había cazado todo lo que tenía en su interior. Por eso se dio un tiro en la boca. También visitó en varias ocasiones a Pollock y fue testigo de su caída ineluctable en el averno que era una botella de alcohol. Como el mezcal de Malcolm Lowry. O como Bukowski con la mezcla de alucinógenos y botellas desperdigadas en el suelo. O como Alejandra Pizarnik cuando escribió: *Hace tanta soledad / que las palabras se suicidan.*

Por eso era consciente que, si fallaba al abrir la puerta del sur, fracasaba en el único intento que tenía de regresar a Ítaca.

El tablero de ajedrez le enseñó que la sumatoria de tantos fracasos era en definitiva una ganancia. Sólo había que mover la ficha en el escaque correcto. Para ello se necesitaba paciencia. Y paciencia era lo que había aprendido en sus múltiples avatares.

¿DÓNDE ESTÁN LAS ARMAS SECRETAS DEL TIEMPO?

¿Dónde están las armas secretas del tiempo? Los laboratorios subterráneos de tantos métodos de trance y alucinación. Las farmacias de los átomos comprimidos. La prodigiosa implosión del ser en los prototipos de algoritmos denunciados por médiums y faquires. Las bellas damas al atardecer con sus serpientes afrodisíacas.

Ambroise a veces se burlaba de su propia condición fantasmal, ya que ni siquiera tendría derecho a suicidarse si no pudiera regresar a su amada tierra. Realmente tendría que seguir este hilo de la eternidad, viajando prácticamente sin rumbo, hasta encontrar algún significado en esta corriente de transmigraciones. De alguna manera, su vida dependía de ello.

LA COLA DE LA SERPIENTE

Agosto de 2143. Mis movimientos eran cada vez más inesperados. Ya le había dicho a Itako que, si encontraba una manera de apagar la fuente de mi don, me gustaría vivir con ella en alguna luna cercana a la Tierra. Sin embargo, en las últimas semanas he estado en dos épocas que parecen tener una conexión entre ellas. Los desiertos de hielo y arena guardan en su interior –a kilómetros bajo la superficie– una relación oscura y desconocida con el pasado más remoto que la imaginación pueda vislumbrar. Quizás fueron los arquetipos los que me faltaron para entender el porqué de mi penuria y lo que pasó con la humanidad.

Las tierras subterráneas no eran exactamente una concentración de cuevas. No constituyeron el desastre moral predicho por Platón. Mucho menos reflejaban esa mezcla de apariencias oscuras que alguien podría encontrarse en su primer viaje al invierno. No hubo ceremonias de iniciación ni escenas grotescas de víctimas encadenadas siendo lamidas por el fuego. En rigor, no había ni una sola alma. Dentro de aquellas cavidades abisales sólo quedaba en pie, casi intacta, una arquitectura tenebrosa. En la parte fría, los inmensos bloques de hielo habían sido excavados, formando grandes espacios vacíos rodeados de cuevas que se asemejan a las casas de los habitantes altos. En la parte desértica el escenario se repitió, casi idéntico, pero la estructura cóncava había sido preparada en piedra caliza.

En ambos casos, la construcción de un símbolo armonioso, aunque trágico, del inconsciente. Fascinado por esa inmensidad sobrenatural, con sus infinitas sinuosidades y su perfecto sistema de comunicación. Se parecía un poco a las ramas subterráneas arcillosas y pedregosas de los olmecas, aunque era mucho más profundo y de una escala asombrosa. Quizás algún día se ubicó allí el centro espiritual de la humanidad. O tal vez esa profundidad no pudo haber existido durante milenios, habiendo sido posteriormente sepultada por la mecánica primitiva de los mares y los volcanes. ¿Qué representaría hoy este mundo controvertido?

Parcialmente despojados por el deterioro climático, por la violencia sistemáticamente cometida por el hombre sobre el organismo del planeta –señal de que el atman se había disipado por completo, ya no había razones para creer en la permanencia de un espíritu universal–, se estaban abriendo enormes grietas en la carne de la tierra y, aunque no lo entendimos, lo que vimos ahora nos dio la idea de antiguos hogares de seres de otros espacios. La duda pronto se disipó, precisamente en agosto de 2143, cuando bajo las ruinas de una de aquellas formaciones diamantinas, y dentro de informes montones de bloques de hielo, se pudo vislumbrar la punta metálica de lo que podría ser una nave espacial.

¿Cómo podemos ahora mantener en secreto lo que más temían todas las religiones? ¿Cómo no recriminar una ciencia que, en su connivencia criminal, ha escalado el conocimiento humano, de tal manera que desequilibra la evolución humana y la del propio planeta?

OBITUARIOS, 1

Le Monde, 10 octubre 1954

Nuevamente El Sena se convirtió en una extensión del Père Lachaise: La Goulue, una conocida meretriz de la Gare du Nord, y antigua amante y modelo de Toulouse-Lautrec, apareció flotando en el Canal San Martín.

Las prostitutas seguían desapareciendo en los canales de Amsterdam, del Sena, de Venecia. Otras lo hacían en los puertos de Marsella y Hamburgo. Otras, como las campesinas y pescadoras de Corea, desaparecieron en los burdeles de la armada japonesa durante La Segunda Guerra Mundial. Eran las mismas campesinas que desaparecían en la frontera de México con Estados Unidos. O las mujeres venezolanas que recorrían como zombies las carreteras de América del Sur y que vendían sus cuerpos para poder ver la luz del día siguiente. Otras, como las colombianas, se quedaban varadas definitivamente, y sin papeles, en los hoteles de paso en la frontera de España con Francia. Otra forma de suicidio. La mayoría llevaba en su cuello una cruz que pendía de una pequeña cadena. Una forma de condena para la que estaban predestinadas a vivir en la sombra desde antes de su nacimiento.

OBITUARIOS, 2

El Comercio de Lima, 3 de noviembre de 1984

Dos mujeres muertas atadas espaldas con espaldas fueron encontradas en una habitación de hotel en Puno, cerca de la frontera que separa Bolivia y Perú. El crimen sacudió a la sociedad internacional porque entre las cuerdas de una de ellas se encontraba un recorte arrugado del *Diario de la Frontera*, del 27 de mayo de 2073, que decía lo siguiente:

En el Estrecho de Tiquina aparecieron varios cuerpos de mujeres desolladas vivas y servidas luego como festín a las aves rapaces. Apenas en el día de hoy la policía local reveló [ilegible] sus identidades; así como los motivos que alentaron estos crímenes en los últimos meses. En los terrenos aledaños no se encontraron signos de forcejeo ni marcas de neumáticos ni ningún otro rastro de cómo se llevó a cabo el vertimiento de los cadáveres.

EDICIÓN ESPECIAL

Le Monde, 14 enero 1963

Anoche recibimos en nuestra redacción, aprovechando su estancia en París, al arqueólogo Robert Charroux, que acaba de publicar su libro *Histoire inconnue des hommes depuis cent mille ans*. Mantuvimos una breve conversación con él, que reproducimos aquí:

En primer lugar, le pregunté por la parte final de la dedicatoria de su libro, que dice: *Al primer hombre de nuestro tiempo que, escapando de la Tierra, aterrizará vivo en otro planeta*. Este hombre, Señor Charroux, ¿cómo es posible todavía? Luego me respondió, con una media sonrisa que no ocultaba su alegría al tratar el asunto:

— Ahora bien, el hombre siempre ha sido un notable impostor de sí mismo. Desde el primer momento se convierte en dios y salvador del mundo. A partir de ahí comienza a crear una genealogía que incluye aspectos que podrían resultar más risibles que creíbles. El mundo siempre ha sido el hogar perfecto para innumerables mesías anunciados. ¿Por qué dudaríamos ahora de que una de estas criaturas no estuviera planeando escapar a otro planeta?

— Seguramente se está burlando del tema.

— Mire, ante una historia que siempre ha estado enmascarada, yo diría que un poco de burla no vendría mal. Los libros secretos, aquellos que narran detalles de fórmulas e invenciones rituales, fueron confiscados por museos y bibliotecas de todas las religiones, especialmente musulmanas y cristianas. Obviamente, ningún Dios creó el Cielo y luego la Tierra. Hoy es imposible negar la intromisión de extraterrestres en la formación de las primeras civilizaciones humanas. En cuanto a la evasión a la que me refiero, obsérvese: si el planeta Venus plantea las fantásticas hipótesis de nuestra propia evasión, ha sido, desde la más remota antigüedad

conocida, un pretexto para los misterios. Hace 18 millones de años, según una leyenda de la India y Afganistán, Marte, Venus y la Tierra estaban en estrecha comunicación.

NOTICIAS INSÓLITAS

Varias mujeres jóvenes de un pueblo menonita de Bolivia venían quejándose de pesadillas continuas; al despertar constataban que sus brazos tenían golpes o heridas con un arma cortopunzante. Algunas aparecían luego con un bebé entre los brazos. Cuando eso ocurría eran expulsadas de sus familias y de su grupo social; por lo que debían enfrentarse por primera vez a vivir lejos de sus familias y a hablar en castellano. Una lengua para ellas desconocida.

Pasado algún tiempo varias de las adolescentes pudieron contar su drama a una asistente social que se interesó por sus casos; es así como la policía intervino en uno de los hechos que más afectaba la vida de la comunidad.

Al principio nadie quería hablar de lo sucedido, pero poco a poco las lenguas fueron desatándose en un castellano bastante precario. Lo que afirmaban era que un espíritu maligno salía por las noches y visitaba a las mujeres vírgenes para desflorarlas; y no contento con su lascivia las golpeaba hasta dejarlas inconscientes.

Cuando alguna de ellas tenía el coraje suficiente para contar lo sucedido era golpeada, humillada y encerrada por varios días en los sótanos secretos de un granero semiabandonado. Se les acusaba de haber tenido relaciones sexuales con el diablo.

Finalmente se supo que el hombre que fungía como jefe del pueblo las drogaba en complicidad con la mujer a la que todo el mundo llamaba *abuela* para luego violarlas y golpearlas con sevicia.

LA NOCHE OSCURA DEL VERBO

Desfigurar.

1. *transitivo directo y pronominal*

Alterar la apariencia externa de tal manera que haga (alguien o algo) casi o completamente irreconocible; transfigurar.

Desemejar, alterar, deformar, transformar, borrar, confundir, tergiversar, demudar, distorsionar, encubrir, enmascarar, mudar, ocultar, cambiar, disfrazar, falsear, velar, trocar, disimular, fingir, oscurecer.

2. *transitivo directo*

Afear, Afectar, deslucir, estropear.

Así sucedió con la vida humana misma desde el momento en que el hombre conoció las razones fundamentales entre el pecado y el perdón. La naturaleza espinosa de la culpa y la voracidad conjetural de la confesión. La mujer se convirtió en una especie de extravío de piedad y desconsolación. La sombra de una ofensa pronto descubrió cómo rescatarse de los efectos de la miseria. Era necesario fingir el desenlace inminente para facilitar el progreso oculto de la perversión. La mujer asumió la indivisibilidad, lo que hizo de su gesto profético la tortura perenne a la que fue condenada. Al respetar los residuos más fatídicos de la existencia, en nombre del amor carnal o de la maternidad, se convirtió en la víctima elegida de un mandamiento salvaje que fue interpretado en el placer del martirio y de la reconciliación con el destino: *No tendrás otros dioses que yo*. Con esto el hombre se hizo dios y enmascaró, disimuló, fingió, encubrió, confundió, transformó toda la realidad de la tierra. Ya no había un solo verbo que fuera inmune a su locura.

UN RAYO EN LA FRENTE

En una noche de luna llena René Char, asiduo visitante del cementerio de L'Isle sur la Sorgue, recorre sus avenidas mirando a derecha e izquierda; no sabe bien lo que busca. Los cipreses, arrodillados por la fuerza del Mistral, proyectan sombras fantasmales sobre las lápidas. De pronto siente una especie de rayo que le roza su frente, mira hacia el suelo y lee: Lola Abba (1912-1927). Recuerda que hace algunos días leyó en el periódico que una adolescente de quince años murió ahogada en uno de los brazos de La Sorgue. Char, poseído por un extraño sentimiento de estupor, lee otra vez su nombre, lo repite varias veces; intuye que se está gestando un poema que nunca lo abandonará.

Algunos días después alguien toca a la puerta de su casa y una joven le pide trabajo como mucama. René le dice que su madre no está y le recomienda volver otro día.

— Imposible, responde la mujer.

— En ese caso déjeme su nombre.

Ella lo garabatea en una hoja de papel y se aleja de la casa paterna llamada Nevons. Char cierra la puerta y camino a la biblioteca mira el papel y lee el nombre: Lola Abba.

Da media vuelta y corre hasta la puerta, la abre, mira al fondo del parque; no hay nadie. Sólo se escucha la música de La Sorgue mientras una leve llovizna comienza a caer y nuevamente siente la furia del rayo que le golpea la frente.

EL MISMO ORIGEN INFINITO

Nadie sabe de qué está hecha la vida. Ni siquiera cuando empieza. La mía debió comenzar en el momento en que el cuerpo de aquella mujer yacía sobre el asfalto, en la esquina de mi casa, con el ojo sangrando con la punta de una tijera enterrada en él. El barrio gritó y otra mujer corrió calle abajo. Yo la conocía, vivía en la escuela de música, allí vivía toda una familia, recuerdo que cuando me acerqué por primera vez al ventanal, seducido por el sonido de un violín, el viejo que lo tocaba a veces se detenía, jugueteaba con un estuche pequeño alrededor de su cintura y de allí sacaba un polvo parduzco que olía y luego estornudaba un par de veces. Frente a su casa vivía una anciana negra, solitaria y algo bizca. Una noche, empapada por la tormenta, parecía que la anciana se había quedado dormida en el sofá y había dejado abierta la ventana de la casa. Junto al televisor, un gran espejo reflejó los rayos que incendiaron la casa y quemaron a la pobre mujer. Al otro extremo de la calle vivía una familia que siempre pensamos que era un cuarteto bien conectado, con buena convivencia, hasta que una tarde la mujer corrió gritando por la calle, desesperada, con sus ropas rotas, acusando a su marido de golpearla. Fue algo inusual porque los vecinos se juntaron y echaron al hombre de la casa. Que yo recuerde, nunca más se le volvió a ver. Y recuerdo bien lo que pasó, porque el día anterior había comprado *El corazón de las tinieblas*, que acababa de salir, y lo leí una y otra vez. Mi viaje comenzó en ese momento y de muchas maneras, porque la calle donde crecí parecía ser una especie de fuente infinita de desgracias y calamidades. Pero tal vez es así en todas las calles. Quizás el mundo entero es así. Quizás el mundo no es más que un pozo sin fondo de adversidad. Estaba el niño al que nadie se había acercado desde que se descubrió que, con la muerte de su madre, su padre empezó a tener encuentros nocturnos con otros hombres. Con el tiempo, la calle tuvo algunas casas abandonadas y en el lugar de

dos de ellas apareció el primero de varios talleres de automóviles que se apoderaron de todo el barrio. Además de la reparación de automóviles, se conoció que allí se vendían pastillas blancas que alteraban el comportamiento de muchas personas. Al lado del taller vivía una familia asiática. Todos sabían que eran grandes consumidores. Una noche, al llegar a casa, todavía afuera abriendo la puerta, el hijo mayor recibió un disparo mortal en la cabeza. Creo que ese disparo fue la segunda vez en que empezó mi vida puesto que en ese momento decidí que era hora de dejar ese lugar. Sin embargo, me quedó la duda, que de alguna manera me acompaña hasta el día de hoy, de si sabemos con certeza de qué está hecha nuestra vida. Crecí, viajé, conocí muchas mujeres, siempre fui un aficionado a las matemáticas, aunque no tuve muchas oportunidades laborales. Mis padres murieron temprano en un accidente de tren y mientras estaba de luto tuve algunas experiencias de proyección astral. Luego me casé con una médium que recibió muchos espíritus que comenzaron a perseguirme con amenazas de muerte. Una vez más tuve que mudar de existencia. Esta vez también cambié mi nombre a Ambroise Drouet. Al pasar por barrios, ciudades, países, como quien no encuentra hogar en ningún lado, comencé a darme cuenta de que esos cambios a veces también se daban en dimensiones temporales, lo que me llevó a comprender lo que había pasado con el mundo y también lo que podría pasar. Todo fue muy extraño para mí, porque surgió de la nada, no tenía control sobre esos cambios. Y, sin embargo, incluso con esta aterradora tormenta de cambios en el medio ambiente, estaba cada vez más seguro de que el hombre estaba atrapado en un laberinto sin salida y que nadie tenía ni la más mínima certeza lo qué es el significado de la vida humana.

MENSAJE DE ULTRATUMBA

Hace ya mucho tiempo, cuando apenas comenzaba a recibir peregrinas, una de ellas vino a verme para contarme un pasaje de su vida en el cual ella había podido comunicarse con el espíritu de su padre.

Muchos años antes de saber de la existencia del templo de Osore-san, y sobre usted misma, tuve una experiencia surrealista.

Mi padre había muerto dos meses antes y yo estaba atrapada en una inmensa grieta que se abrió el día de su deceso. El duelo era insoportable.

Cada sábado en la mañana iba al cementerio a visitar su tumba. Lo hacía muy temprano en la mañana ya que nunca encontraba a nadie; de esa forma sentía que podía estar más cerca de él.

En una de esas visitas comencé a pedirle mentalmente que me enviase un mensaje puesto que yo necesitaba saber cómo estaba; que de no hacerlo iba terminar loca. Al mismo tiempo pensaba que era absurdo lo que le decía ya que él fue un hombre ateo y yo nunca he creído ni en espíritus ni en conversaciones con el más allá ni en dioses ni en nada que no sea racional. Mientras pasaba todo eso no paraba de llorar, aunque muy silenciosamente. Era un dolor descomunal, como nunca más lo he vuelto a sentir.

De pronto, detrás de unos arbustos que bordeaban el camino central que dividía los dos campos en los que se alineaban los sepulcros, y en dirección contraria a la entrada del cementerio, escuché a dos hombres que se acercaban, cuando estuvieron a mi altura, apenas a unos cuatro metros de distancia, uno de ellos dijo:

— *Me mandó a decir que no llorara más, que él estaba muy bien.*

Yo dejé de llorar y esperé a que los dos hombres, que ni siquiera se percataron de mi presencia, desaparecieran. Luego me levanté y me fui

tranquila. Sentí que una profunda serenidad me cubría como una segunda piel. Rara vez sentí la necesidad de regresar a visitar la tumba de mi padre. Esa serenidad nunca más me ha abandonado.

Cuando terminó su relato quise saber si deseaba comunicarse nuevamente con su padre; me respondió que en realidad no lo necesitaba puesto que su única intención era hacer el peregrinaje al Monte Osore y poder contarme su propia historia.

Siempre imaginamos que el relojero deambula por las calles buscando señales del tiempo abandonadas. Donde se perdieron los escrúpulos, se destriparon los recuerdos y se dismanteló lo pintoresco. No es posible transitar entre el deseo y la memoria si no permitimos que los puentes y las aceras delaten nuestros pasos. No se trata de explicar la autenticidad de los desastres, sino de permitir que el destino encuentre una razón de ser.

En ese entonces las novicias, que llegaban para dedicar sus vidas a Osore-san, ya no eran ciegas; entonces le pedí a esa misteriosa novicia que se quedara en el templo ya que su capacidad de comunicarse con el más allá nos era un bien muy preciado y que los peregrinos se lo iban a agradecer. Se quedó mirándome estupefacta, era evidente que no esperaba esa propuesta, posiblemente ninguna otra, luego bajo la cabeza en señal de respeto y consideración hacia mí y hacia el templo. Se quedó inmóvil y en silencio por mucho tiempo; yo no me atrevía a decirle nada ni a interrumpir su profunda y sincera meditación. Luego me retiré a otra estancia mientras recibía a otros peregrinos; al final de la tarde, cuando la luna ya estaba en lo alto del cielo, regresé al altar donde la había dejado muchas horas antes. La encontré en la misma posición de recogimiento. Al sentir mis discretas pisadas levantó la cabeza, sonrió tímidamente; entonces supe que tenía una adepta más y que algún día ella llevaría la batuta del templo.

APÓCRIFO DE UNA TRAGEDIA

Es cierto que nunca sabemos quiénes somos, no hay mucha consonancia entre lo que deseamos y lo que logramos. Como si Shakespeare soñara con tramas más esquivas y sórdidas que las transcritas en el papel. En uno de esos trances fue sorprendido por una aldeana que le contó el secreto causante de la destrucción de un reino entero. El truco de un molino lleno de aceite de oliva y corcho que arruinó la comida almacenada durante toda una noche.

Me propongo atravesar estos abismos entre la vida y la muerte, aunque la verdad es que no siempre deshago el dolor de los peregrinos ni apaciguo sus recuerdos profanados.

Recordé entonces a una peregrina llamada Susana San Juan que deseaba que hablara con su padre muerto antes de poder disculparse con él por algunos malentendidos. El viejo Bartolomé aceptó hablar sólo conmigo y me dijo que Susana había atormentado la vida de sus hermanas, que era un pequeño demonio y que jamás volvería a hablarle por ningún motivo.

Los abismos se repiten. Los dolores aumentan, pero casi siempre acaban siendo los mismos. Las conchas cambian y los huesos de la enfermedad del espíritu son los mismos; siempre las mismas formas malditas que hacen desaparecer a la humanidad en un ritual sin nombre.

LA CIUDADELA DE LOS MUERTOS

Juan Preciado es otra ánima que recorre Comala, la ciudad de los muertos reflejada en la cima de Osore-san. En su viaje al pueblo de su madre descubre que Pedro Páramo, su padre, no fue asesinado por Abundio Martínez, sino que murió solo y abandonado en sus propios excrementos. Entiende que a pesar de todo su poder y dinero terminó siendo una piedra más de un derrumbe infinito e intuyó que cada piedra es un ánima condenada a vagar en esa ciudad fantasma que sólo existe en el imaginario de los muertos que pueblan todos los territorios pertenecientes al Monte Osore.

En ese regreso a Ítaca Juan Preciado se tropezó, aunque sin saberlo, con La Amortajada, la mujer que murió antes que Pedro Páramo. Y cómo ignoraba que ella ya no formaba parte del mundo de los vivos se enamoró de ella y la convenció de seguirlo hasta Comala. Ahí siguen, hablando noche tras noche hasta el fin de los tiempos.

A veces se confunde la muerte con las caídas imaginarias, el lugar al que nos lleva el deseo, suponiendo que el tiempo se agote en sus ardientes metáforas. Nadie se acerca para explicar el retraso de las chispas de éxtasis. Los círculos y sus ángulos indescifrables, la verdad agachada tras el telón de los antagonismos, los testigos de estos objetos voladores que han sido desacreditados incluso por la ciencia. Nadie quiere ser un fenómeno, una bola de fuego, una hipótesis improbable, una virtud despreciable. Confucio sabía que el tiempo era insignificante. La crónica periodística confirmaría que el mundo se ha vuelto irrisorio.

LA NOCHE Y SU AUSENCIA DE MOTIVOS

Pude acompañar a Itako en una de sus sesiones, y allí conocí un caso curioso. Una mujer estaba de luto por el suicidio del hombre que amaba y le preocupaba no saber el motivo de su muerte. Al recibir la voz de aquel hombre, esto es lo que nos dijo:

Las noches a veces son como una vieja mansión y no dejo de escribir. La película que vi, mientras dormías a mi lado, no fue precisamente el escenario para hacerme querer mientras te contaba algunas cosas. Pero hubo un instante en el que se encontraron sus dos protagonistas, dos videntes, dos hombres que tenían el don de reconocer qué pasaría con las personas que tocaban o eran tocadas. Uno de ellos decidió que, al prever el sufrimiento irremediable de una persona, causado por enfermedad o accidente, lo mejor sería matarla, mientras que el otro pensó que bajo ninguna circunstancia el hombre podría convertirse en verdugo del destino de otra persona. No sé cómo explicar la conexión. El caso es que mientras los dos hablaban sobre los aspectos morales del tema, yo me encontré allí, como si estuviera sentado junto a ellos y me puse a reflexionar. Hubo un tiempo en el que tenía un gran entusiasmo por escribir, por la creación misma, y experimentaba una especie de tensión natural entre lo que estaba aprendiendo a hacer y las ganas de querer saber más y más. Después me invadió una especie de letargo, en verdad ni siquiera sé si se aplica el término, ya que realmente no vi allí desánimo ni pereza. Pero sí, ya no le veía ninguna diversión a la creación, aunque, sin embargo, la energía a veces rompía la negrura del silencio y las imágenes aparecían casi sin control. En cada momento algo se rompía, algo llegaba, lo siguiente que supe era que ya estaba en medio de la creación de algo. Cuando pensaba en el suicidio había dos aspectos convergentes. En primer lugar, mis lecturas sobre el funcionamiento del cerebro humano, que disiparon mis últimas dudas sobre la perspectiva religiosa de un mundo más allá de la muerte. En segundo lugar, comencé a explicar las posibilidades que se desplegaban en

mi futuro. La vida aburrida que estaba viviendo. La repetición a la que estaba condenado en términos de creación. La sensación de que ya había logrado todo lo que era posible, incluso dentro de un mundo de imposibilidades. Cuando te volví a encontrar, dos perspectivas se apoderaron de mis días: por un lado, la felicidad suprema de haber encontrado a alguien que podía seguir parcialmente mi camino, alguien a quien confiar mis proyectos, una especie de colaboración espiritual. Por otro lado, como siempre he sido un hombre en esencia apasionado por la vida, empezó a despertar en mí una pasión por ti. Y la idea de vivir contigo empezó a visitarme. Sin embargo, primero era necesario conocer tu voluntad de hacerlo, por tal locura, porque aceptar la responsabilidad que te estaba pasando –con la donación de todo un proyecto de vida– era ya un peso extraordinario, que me hizo sentir un gran dolor. Un profundo respeto por ti, así que era mejor no hacer lo posible imposible en la forma en que llamé a mi puerta. Más recientemente he considerado que no necesariamente podría suicidarme, sino seguir adelante, descubrir algo más que hacer –aunque no me veo sin crear–, desaparecer de este mundo, ya no físicamente, simplemente ir a pastar a otras tierras. No sé si podría vivir en el mismo mundo que las cosas y personas que me encantaron sin por ello ser parte de sus vidas. Para mí es la mayor riqueza humana que la vida me haya brindado la inmensa mujer que eres. Pero había estado viviendo impulsado por cosas pendientes, me levantaba todos los días para ocuparme de viejos proyectos literarios, sin nada nuevo que me interesara hacer. Sin embargo, la vida es ese conjunto incesante de cosas que pueden suceder en cualquier momento. Ayer, viendo la película, cuando los dos videntes se sentaron a la mesa, me vi aquí hablando contigo. Los siguientes momentos me sorprendieron incluso a mí mismo. Cuando apagué la televisión, acomodé tu cuerpo en la cama y me dirigí a mi estudio. Abrí el cajón de la mesa de cristal, tomé las pastillas que ya me esperaban, volví a la habitación y me acosté a tu lado. Cuando despertaste yo ya estaba muerto.

EL MOTIVO DE LA AUSENCIA NOCTURNA

Muchas lenguas se han perdido, desaparecido completamente y sin dejar rastro; en cualquier momento un encuentro inesperado con ellas puede dar lugar a la idea de que son ajenas o que han sido preservadas en otra dimensión. Este no es el caso de los etruscos o sumerios, ni siquiera de las lenguas indígenas o de algunas civilizaciones extintas, porque de alguna manera se conservaron al menos algunas inscripciones. Itako me dijo que una vez le sucedió algo raro, una peregrina que le contó lo que ella insistía que era una historia real. Dijo que en una de las sesiones espiritistas en las que participaba, una anciana india empezó a hablar en un idioma que nadie reconocía. Cuando despertó, cuando le preguntaron al respecto, tampoco pudo decir nada. Un día una amiga descubrió en su casa uno de esos cuadernos diseñados para llevar un diario y había páginas y páginas escritas con una letra inusual que, aunque al principio parecía japonesa, estaba llena de otros caracteres y estaban escritos en línea horizontal. De todas formas, la amiga pensó que ese debía ser el mismo idioma que hablaba la mujer en trance y mostró el cuaderno a todos los que estaban en el centro. Luego descubrieron que algunas páginas, escritas en katakana, hacían mención a que era uno de los muchos idiomas que se hablaban en Marte. Itako intentó comunicarse con esta entidad, pero el silencio expresaba su negativa a revelar algo o que el personaje simplemente no estaba muerto. Ikigai Okano se llevó su misterioso cuaderno a casa y dejó de asistir al centro espiritual. Dos semanas después su nombre apareció en los periódicos en los que se leía que fue asesinada mientras paseaba por un parque. Las cámaras de vigilancia captaron el momento exacto en que dos sombras no identificadas se acercaron a ella y le dispararon repetidamente una luz plateada con un objeto metálico que parecía un cilindro que medía aproximadamente 30 cm. Cuando la policía revisó su cuerpo no encontró ni un solo signo de herida y la autopsia no identificó la causa de su muerte.

LA CÓPULA CON LA CIEGA

En algún momento de mis múltiples existencias conocí a varios hombres que se hacían llamar Ernesto. Uno de ellos afirmaba que –*La ciudad está dominada por el dinero y por la razón*. También afirmaba que el cambio del teocentrismo al antropocentrismo era la fuente de la debacle del hombre contemporáneo. Solía afirmar que el hombre contemporáneo se debate entre la soledad y la incomunicación y que su existencia transcurre dentro de un túnel en el que de cuando en cuando hay algunas ventanas, que aunque cerradas herméticamente, permiten ver los otros túneles que navegan permanentemente en el espacio; así que a veces, muy raras además, al asomarnos a esas pequeñas ventanas podemos ver otro rostro que en ese mismo momento también se asoma ante lo desconocido. Y entonces, una vaga sensación de comunicación se pasea ante nuestros ojos para luego abandonarnos por un largo tiempo. El tiempo necesario en que alguno de los otros túneles pase de nuevo a nuestro lado.

Y es en uno de esos túneles donde en alguna vida de *pez-dragón* tuve un encuentro con *La Ciega* que dominaba al mundo; o al menos eso era lo que ella pretendía. Ese viaje iniciático fue desencadenado cuando escuché *una campanilla como de alguien que quisiera despertarme de un sueño milenario*. Entonces salí de ese falso refugio y me interné en las cloacas del universo; un laberinto jamás visitado por Dédalo; así que yo debía, en el caso eventual que desease salir de ese infierno, hacer mis propias alas; con la diferencia que no llevaba conmigo ni miel ni plumas. Sólo tenía la convicción que ese encuentro iba a transformar mi existencia estulta en algo muy diferente; aunque ignoraba si se trataba de algo que iba a agradarme. Y cuando digo *agradarme* no necesariamente pienso en algo placentero; puesto que las pesadillas también son necesarias para nuestro sistema límbico.

La soledad absoluta, la imposibilidad de distinguir los límites de la caverna en que me hallaba... Me creí solo en el mundo y atravesó mi espíritu como un relámpago, la idea de que había descendido hasta sus orígenes. Me sentí grandioso e insignificante.

Fue entonces cuando penetré en el túnel de La Ciega.

Una ráfaga de rayos y centellas atravesaron mi tercer ojo, lo reventaron mil veces; y a cada detonación uno nuevo volvía a nacer. El ruido sideral golpeaba mi cabeza y la sangre salía por todos mis poros.

La funesta luna radiactiva estalló... un gran incendio se desató, y propagándose con furia inició la destrucción total y la muerte... El universo entero se derrumbó sobre mí.

Era el inicio y el final de un peregrinaje que ya duraba varios milenios; aunque en ese momento yo no fuera del todo consciente de mi propia metamorfosis. Fue entonces cuando un aullido portentoso me reventó los tímpanos y rompió mi columna vertebral en millones de pedazos.

Lo más difícil, al principio, fue imaginar que lo sucedido pudiera tener esa fuerza casi mística de transmutar mi alma entera en cada uno de estos pedazos, como si me fuera posible ser millones de Ambroises-Ernestos, cada uno en una forma diferente, y conscientemente como si el simple hecho de entrar en esa cueva fuera suficiente para crear en mí todos los innumerables personajes de una saga.

Observé entonces que, en algunos ángulos, muchos de los cuerpos fragmentados que asumí, caían en los espacios vacíos con el ímpetu de las aguas en una pintura china, como la manifestación de lo puramente ilusorio defendida por Heráclito. Desde otros ángulos pude vislumbrar pequeñas montañas flotando en el espacio, en un movimiento indómito, como buscando ser completadas por la chispa líquida de las aguas.

Así como las noches son fecundadas por los sueños, a través de esos dos ángulos, en el acto de consumir su casi imposible unión, recuperé la integridad de mi ser y volví a ser ese único, aunque múltiple, Ambroise que, gracias a las enseñanzas tántricas de La Ciega, alcanzó un equilibrio entre sus fuerzas opuestas e

interpretó las llamas encontradas en el interior de la cueva como el misterio mismo de su predestinación.

¿Pero sería eso todo? Si era tan evidente que el mundo no podía dividirse entre elegidos y renegados, las civilizaciones acabaron definiendo esta zona de tensión como base de su supervivencia. Para escapar de allí quizás hubiera tenido que mantener mi invisibilidad, vagando entre el país de los cuatro vientos como si ésta fuera mi condenación eterna por haber descubierto una manera de unir los principios masculinos y femeninos que gobiernan el mundo.

No había manera de poner fin a mi destino. Ningún té aportaría más belleza al ritual de mis condenas. Ni siquiera los chacales podrían alimentarse de mi cadáver. Nada podría eliminar la prosperidad de mi estancia. No hay manera de matar a un fantasma. Él mismo no puede suicidarse. Las páginas de su libro secreto siempre serían las mismas. Imposible romperlo o reescribirlo.

Por eso sexo y sueño se alternaron en mi encuentro con La Ciega. La realidad física del sueño y los vehículos intangibles del sexo. Estaba claro que esta explosión de lenguajes era más que un juego entre consciente e inconsciente. Viví dentro de ella tanto como soñé durante toda mi vida. Visionario, una vez más, en este viaje sin norte ni sur. Ella me devolvió a todos mis estados primitivos. Ella era la intérprete de mis asociaciones. Hasta el momento en que leí en la lápida de un dios:

*Escondes tu cara y ellos están aterrorizados.
Les quitas el aliento y expiran, volviendo al polvo.
Envías tu aliento y son creados,
¡Y así renuevas la faz de la tierra!*

Quizás La ciega no fue más que un aliento en mi viaje fantasmal.

EL ENIGMA RESUELTO DE UNA PEREGRINA

Hace ya algunos años recibí la visita de una peregrina que venía a mí no con la intención de comunicarse con un antepasado sino con la imagen de una mujer de pelo negro que poblaba sus sueños desde que era una niña. Cuando caminaba lo hacía con el brazo derecho levantado, así que ella podía ver un lunar en el centro de su axila que era igual al que ella llevaba en su axila izquierda.

Quise explicarle que yo era una médium que se comunica sólo con los muertos, no con personajes imaginados mientras dormimos. Mi rechazo no encontró eco. Me respondió que estaba segura que se trataba de una hermana gemela muerta en el momento del nacimiento y de la que nadie le había hablado nunca. La seguridad de su voz, y la mirada directa a mis ojos, me develó que decía la verdad y que no era una historia inventada para hacerme perder el tiempo. Así que decidí ayudarla a desentrañar el enigma de su vida y saber quien era la mujer que la visitaba cuando dormía.

Pronto caí en trance. Aunque yo estaba acostumbrada a recorrer los laberintos de la muerte desconocía como entrar a los pasadizos de los sueños. Ese era un reto que la peregrina desconocida me ponía enfrente como quien pone trampas en los caminos. Yo sabía muy bien que si me extraviaba en ellos ya nunca más despertaría y quedaría vagando en un mundo onírico existente sólo en los sueños de la mujer que tenía enfrente.

Sé que vagué durante horas buscando un recodo donde girar o una puerta para abrir. Intuía que mi kimono blanco molestaba a los personajes de los sueños y que muchos de ellos debían taparse los ojos para no terminar ciegos como yo. Ese día volví del trance sin haber descubierto el enigma. Por primera vez le fallaba a alguien. Pensé entonces que la mujer del lunar en la axila derecha no estaba muerta sino viva y así se lo comuniqué a la peregrina. Ella me miró con mucha atención y me pidió nuevamente que la ayudara. Le dije que volviera al día siguiente y que entre las dos íbamos a encontrar la respuesta a ese acertijo.

A la mañana siguiente la peregrina de los sueños estaba parada al frente de la puerta principal del templo. Las novicias la guiaron hacia mi estancia donde yo ya la esperaba. Nuevamente caí en un profundo trance. Esta vez ya podía caminar con más seguridad por los pasadizos de los sueños. Me di cuenta que todo era una cuestión de hábitos. Cuando se conoce una parte del enigma el resto se hace más accesible. Finalmente encontré el recodo que buscaba y pude abrir la puerta correcta. Dentro, y al fondo de una gran estancia, había una opulenta mujer sentada en una gran poltrona. Supe que estaba sentada allí desde siempre y que la modorra no le impedía tener una mirada aguda e inteligente. Cuando le conté el motivo de mi visita cerró los ojos y se quedó un momento bastante largo sin pestañear siquiera. Luego, con una voz que a mi me pareció que resonaba en el centro de mi cerebro, me dijo que la mujer que buscaba jamás había muerto ni era un personaje onírico. La explicación que me dio era que esa mujer era la hermana gemela de la mujer del lunar en la axila izquierda y que las dos fueron víctimas del comercio de la venta de bebés. Cuando su madre quiso verlas le dijeron que habían nacido sin vida y que ya estaban enterradas en el cementerio de la parroquia adyacente al hospital. Luego le dieron un certificado que confirmaba los decesos y le exigieron abandonar el sitio donde había dado a luz. Para el equipo médico era un caso cerrado.

EL MEDIO Y EL MENSAJE

De repente la vida fue un error confirmado. Los pétalos de una rosa mística que cambiaba de forma todo el tiempo y nadie podía tocar. Como ese planeta ancestral que pensábamos que era el origen de nuestra vida más escondida. De repente los muertos empezaron a reaccionar ante su propia muerte, como un pretexto más para su profecía de misterios. Mi encuentro con Prometeo, cuando me dio la clave de los jeroglíficos negros y su materia desconocida. De repente los templos se volvieron radiactivos y la tierra quedó expuesta a una contaminación fatal. El gato Beltrán guardaba entre sus patas delanteras el castillo blanco de regalos caídos. Hace diez y seis mil años tuvo lugar en Lessac una reunión de geólogos que buscaban una explicación a la fusión de energías vitales que hacía desaparecer las contradicciones entre medio y mensaje. En esta ocasión terminaron dándose cuenta de que el entorno puede influir en el alma para reconocerse físicamente en él. Así como los actores encarnaban el espíritu de sus personajes, los nativos de un bosque eran árboles, rocas y animales. El gato Beltrán no podía permitir que tal conocimiento se convirtiera en algo común, por lo que selló las puertas del castillo de Lessac y el mundo nunca se enteró de este descubrimiento.

El tiempo mantiene las garras de su reloj arañando la piel de la conciencia humana. La moralidad se vuelve emocional, irritada y, a veces, desapegada de la gravedad. El hombre sabe que lo mejor que puede hacer es contar historias modificando las huellas de la realidad, desfigurando los trucos del tiempo. La Tierra no puede vincularse a Venus, así como la humanidad nunca ha logrado tener alas. Se han pintado imágenes de gigantes dentro y fuera de innumerables cuevas. Los desiertos son extrañas máquinas generadoras de espejismos. El hombre descubrió cómo hacer levitar pirámides y desaparecer aviones en pleno vuelo. Sin embargo, levitar no es volar y el hombre no pudo hacer que nazcan alas a sus bebés. Quizás Lucifer realmente fuera venusino. Cuando estuve con él hablamos de las guerras atómicas del pasado, me dijo

que las religiones eran la forma segura que encontró el hombre para mantener el control sobre su imaginación. Platón también sabía que muchas comunidades repartidas por todo el planeta procedían del espacio. Personas con cráneos planos a la altura de las orejas, brazos alargados que llegan hasta debajo de las rodillas, hombres y mujeres con igual ausencia de ondulaciones en el pecho, pies que crecen desproporcionadamente con respecto al cuerpo. El mito se convirtió en la mejor solución para evitar que la realidad insólita trastornara la moral, y los absurdos no tenían otra función que la de apaciguar el misterio. Rápidamente se aceptó la destrucción de Sodoma y Gomorra, lo que ciertamente no habría ocurrido con la hipótesis de una explosión nuclear. Y fechar las raíces y las costumbres, para que todo parezca más lejano e imposible de verificar lo que realmente es. Dentro de un millón de años tal vez hablemos telepáticamente de cómo los pocos indios supervivientes de nuestro tiempo no han podido mantener sus tradiciones más antiguas, sus técnicas médicas avanzadas y el uso de sistemas agrícolas y de control climático. Pero hasta ahora, la realidad sigue siendo la mejor ficción.

INDICIOS DEL FIN DEL MUNDO

Esta mañana Osore-san se sacudió con una fuerza descomunal que dejaba prever que era sólo el comienzo de un cataclismo en el que los múltiples universos chocarían los unos con los otros; algo mucho más grave que el apocalipsis del libro sagrado de los judeo-cristianos.

El segundo indicio fue la lluvia de pájaros que caían en bandadas desde todos los puntos cardinales; mientras que los cóndores se lanzaban desde alturas inconmensurables sin desplegar sus alas.

El tercer indicio fue el de miles de ballenas invadiendo las playas mientras que los elefantes se negaban a caminar por las planicies africanas y se abandonaban a la voluntad de los cazadores de marfil.

El cuarto indicio fue el fuego que arrasó con todas las secuoyas existentes.

El quinto indicio estuvo marcado cuando las mariposas monarca perdieron el rumbo de su travesía; y al quedar errando en parajes desconocidos ya no pudieron reproducirse nunca más.

El sexto indicio fue cuando todos los cementerios del mundo se abrieron de cuajo al mismo tiempo haciendo que los cadáveres, o lo que quedaba de ellos, quedaran desperdigados en kilómetros a la redonda.

El séptimo y último indicio fue cuando la luna nueva dejó de ser creciente.

EL ROBO DEL SORTILEGIO

Caronte reconoce cuando la moneda colocada sobre los ojos de sus muertos es falsa. Recientemente lo confirmó de una manera única. Fue con la visita de una peregrina que quería hablar con un amigo de su padre. Takashi Jinja era el nombre del padre que desapareció sin dejar rastro. Fue un físico dedicado al estudio de los fenómenos nucleares. Mizuki, la peregrina, desesperada por desconocer su paradero, pensó en un amigo muy cercano a Takashi, y que en su último viaje a Estados Unidos había estado trabajando con él todo el tiempo. Cuando me dijo el nombre de su amigo me sentí un poco desequilibrada. Le pedí a Mizuki que lo repitiera: — *Ambroise Drouet*. Parecía imposible, pero no era improbable. Entonces me recuperé y le dije que el caso de Ambroise era inusual, que podría hablar con él, pero no como lo hago habitualmente, ya que no estaba exactamente muerto. Ella me interrumpió insistiendo en que se enteró de su muerte en una explosión en un laboratorio en un pueblo secreto llamado Oak Ridge. Esa debe haber sido la forma en que enmascararon su ahorcamiento, pero no pude revelar nada a Mizuki. De alguna manera hubo una continuidad moral y biológica después de la muerte de Ambroise, difícil de explicar a quienes no conocen los mecanismos de la metempsicosis. Calmé a Mizuki prometiéndole hablar con Ambroise en otro momento y que luego la buscaría si llegase a conocer alguna información sobre su padre.

Esa misma noche soñé con Ambroise y algo se reveló en el espacio entre nuestros pensamientos. En una habitación de hospital improvisada, con paredes de plástico arrugadas, sobre una cama yacía un hombre inconsciente. La proyección de Ambroise flotó a un lado de la cama y en silencio transmitió a mis pensamientos la noticia de que Takashi Jinja se encontraba en un peligroso estado de sedación inducida hacía un mes y era alimentado por infusión intravenosa; un alto riesgo que se tomó para que el nivel de su conciencia fuera alterado de modo que

cuando despertara le fuese imposible recordar todos los cálculos que había hecho durante el período en el que trabajó con otros físicos en Oak Ridge. Ciertamente no podía decirle a Mizuki nada de eso, así que cuando desperté le pedí a otro peregrino que me la trajera.

Su ansiedad era algo inquietante. Pero tuve que improvisar diciendo que había hablado con Ambroise Drouet y él me había revelado que Takashi estaba en otro laboratorio, pero que, teniendo en cuenta la naturaleza de su investigación, no sólo él, sino los demás científicos implicados, debían estar aislados del mundo. Esa era una situación temporal, Mizuki podría irse a casa, mantener viva la esperanza, de que pronto tendría a su padre en sus brazos. No recuerdo otra mentira que haya dicho en mi vida, y esto me recordó un pasaje bíblico en el que Job dijo: *Sólo verte basta para derribarte. Se vuelve feroz cuando lo despiertan, nadie puede resistirlo cara a cara.* Algo me dijo que esa visión era el principio del fin de nuestras vidas.

EL FIN DE MIZUKI

Los siniestros y oscuros tentáculos de la industria nuclear, así como el de la farmacéutica, detectaron que Mizuki, la hija del físico japonés llamado Takashi Jinja, andaba indagando sobre el paradero o posible muerte de su padre. El peregrinaje que hizo a Osore-san acabó por confirmar las sospechas que recaían sobre ella.

Dos o tres días después de la visita al templo, Itako supo que el bus en el que viajaba de regreso a Tokio había rodado a un precipicio sin dejar sobrevivientes. Entonces, y por primera vez en muchas vidas, se indignó y exigió explicaciones a Ambroise Drouet. No vislumbraba las razones por las que él no le dijo nada al respecto. Drouet solo atinó a responder que los secretos profesionales a veces son mucho más importantes que la vida de una joven mujer y que a veces unos muertos más, como era el caso de los pasajeros del bus accidentado, sólo era el resultado de efectos colaterales; y que en realidad la ciencia estaba muy por encima de cualquier zalamería.

EL CAJÓN DE MASCARILLAS

Un dios camina sobre las aguas del Leteo, el río del ocultamiento. Nadie se atreve a pronunciar su nombre por miedo a ser devorado por el olvido. Una nube de tormenta lo acompaña sobre él. Cualquiera que lo mire, sin embargo, sabe que ese dios no tiene intención de protegernos. Quizás sea sólo un maniquí que parece levitar, pero que debe estar suspendido de esa nube, por cables invisibles, un truco pervertido que enceguece y además esclaviza el alma. El destino no debería ser más que el miedo que tenemos de perder nuestros argumentos ante el azar. El testimonio de la tierra debe ser el resultado de nuestra exposición a todos los riesgos. Esto es lo que aprendemos cuando toda divinidad desaparece del horizonte. El que permanezca ciego ya no podrá tocar el mar. Aunque sea un mar de marionetas, por donde fluyen todos los ríos del Hades. Los mismos títeres que fueron prohibidos por la iglesia medieval. El insostenible teatro del mundo que podía inventar sus propios dioses, cuyos cuerpos se guardaban detrás de escena al final de cada representación. Hasta el día de hoy, la catarsis es una maldición que las religiones no aceptan. Aristóteles decía que sólo gracias a ella el hombre puede evacuar los demonios que las religiones han colocado en su cuerpo. Una sociedad de autómatas era el principio y el fin de todos los seres. Los símbolos tienen su significado original corrompido hasta el punto que ya no sabemos si la máscara es la representación de lo que tenemos dentro o la revelación de lo que tememos fuera de nosotros mismos. La máscara es el único portal que los dioses nos han animado a crear. Y ahora persiste la confusión: ¿somos hombres o dioses?

LA PELEA DE LAS CONTRADICCIONES

1. Los seres humanos necesitan de dioses para poder recorrer el tramo de existencia que les ha tocado en suerte. Por eso se apoyan en ellos como si se tratase de un bastón; aunque todos terminan inestablemente por caer al vacío. Poco importa si se trata de un personaje lumínico o uno de tinieblas.
2. Los sicarios de Pablo Escobar solían llevar en los tobillos una esclava con la imagen de María; y antes de asesinar a alguien le pedían protección, le rezaban y le prometían misas si la *misión* era un éxito.
3. La paradoja de los dioses es de tanta envergadura que cuando hay un terremoto con infinidad de muertos, por hablar sólo de una de las tantas tragedias naturales que suceden todos los días, la gente que sale indemne le da gracias a la divinidad en la que creen por haberles salvado la vida. En otras palabras, no consideran que ese mismo dios condenó a muchos otros a morir debajo de los escombros de sus propias casas. La solidaridad desaparece en un espejismo que se pone infinidad de máscaras o de infinitos maquillajes.
4. Cuando el Volcán Nevado del Ruiz hizo erupción, lanzó los flujos piroclásticos desencadenando cuatro lahares que se convirtieron en el fin del mundo, al menos del mundo que era la ciudad llamada Armero, y la sepultó bajo toneladas de lodo, tierra y escombros. Veinte mil personas murieron y hoy en día lo que fue una ciudad pujante y rica es un cementerio. De los veintinueve mil habitantes que tenía sólo se salvaron nueve mil. La televisión mostró durante días imágenes dantescas. Delante de las cámaras surgían hombres y mujeres desnudos, cubiertos de barro y excrementos. Hubo preguntas de toda índole y respuestas acertadas y otras rocambolescas. Una de esas preguntas estultas fue la que le hizo un periodista a una mujer que vino a mirar la

catástrofe, como quien sale a mirar vitrinas, porque creía que el volcán, que llevaba dormido sesenta y nueve años, despertaba con tanta ferocidad. La mujer respondió sin vacilar:

— Es un castigo de dios.

— ¿Cómo así?, preguntó de nuevo el reportero.

— ¿Acaso no ve que esa gente dormía desnuda? Por eso dios los castigó.

Las máscaras son endebles y sus maquillajes son de tan mala calidad que se derriten ante el leve fuego de una cerilla. Es entonces cuando la supuesta grandeza del Homo Sapiens se ve reducida a cenizas.

EL DÍA DE MI AHORCAMIENTO

Mi ahorcamiento sólo fue posible al tercer día, porque en los dos intentos anteriores hubo esos signos de casualidad que posiblemente no fueron identificados en su sentido correcto. Al parecer Jano había mirado al juez con la otra cara. Ese santuario de las transiciones me había aconsejado que mi condena fuera la entrada y no la salida. Que debería entrar al mundo de mi supuesto crimen y no recibir un boleto a una vida espiritual. Y por no haber cumplido lo debido, al intervenir en el orden de la sentencia, el juez hizo que mi espíritu fuera atravesado por un desorden de conciencia y la desgracia metafísica de la transparencia.

El patio de la prisión podría ser el escenario de una tragedia climática, la fuente perpetua de radiación que deja la explosión de un reactor nuclear, la extensión desértica de un lago envenenado con sulfato de talio. La última postal de la realidad será la que nunca olvidaremos. En el patio pude ver una inusual flor de loto que pasaba de un lado a otro, la cual, mirando atentamente, identifiqué como la cama donde Takisha Jinja estaba confinado en su coma inducido. A veces rodeaba el montón de cuerpos femeninos que en mi visión borrosa imaginaba como un loto dorado, formado por la desnudez desordenada de todas aquellas cortesanas. Y pronto pude ver también el volumen de una formación creciente, el grupo de peregrinos que esperaban ser atendidos por una médium ciega que tenía el don de recibir las voces de los muertos invocados. Ninguna de las flores era sagrada y sólo florecieron frente a mí como una especie de presagio voraz de mis tormentos, de mi viaje infernal que nada tenía que ver con la purificación de mi espíritu.

El patio era una pústula maligna que alternaba la medida de mis visiones, como si fuera el mismo Goethe burlándose de todo, riéndose cuando decía que *los pobres nunca sospechan del diablo, aunque los tenga agarrados por el cuello*. Pero ¿de quién sospecharían entonces

los pobres de Dios? Goethe debió ser el jefe encargado de poner nombre a los títeres de aquel espantoso teatro de la existencia. Desde el momento en que me pusieron la cuerda alrededor del cuello pude ver cuán defectuosas eran las predicciones de Isaías, ya que ningún ser humano rechazaría el mal y elegiría el bien. La imaginación creativa dio a la ilusión un carácter regenerativo. Y el truco de la libido siempre se utilizó para liberar al mundo de la servidumbre carnal, aunque no fuera más que un falso pretexto para ampliar el manto de la integración.

Y finalmente parecía que había llegado mi muerte, en medio de esa mezcla de hechos y alucinaciones que me hicieron viajar por diferentes épocas. La muerte, sin embargo, es una tormenta de ambivalencias. Quizás sea algo contrario a todo lo que imaginamos, como yo mismo he sospechado desde siempre. Quizás su valor simbólico no sea exactamente el de la desmaterialización. Si el espíritu sobrevive a la última estación del cerebro –esa fabulosa máquina de fusión de fuerzas opuestas y desplazamientos improbables de la materia–, esta permanencia puede ser una de las muchas formas de castigo para quienes se doblegaron ante el destino. Cuando la tapa se abrió bajo mis pies y el peso de mi cuerpo empezó a expulsarme de la vida, ya no sentí nada, ni dolor ni angustia, nada. La huella de todo lo que fui quedó un poco por encima y la muerte sólo habitaba en mi cuerpo. Por suerte no me vi en ningún espejo –pude comprobarlo después–, por lo que no pude ser un reflejo de mí mismo. Pero había algo ahí. Como la esencia más rara de un mito olvidado, allí estaba yo. Sin saber exactamente cuál era el propósito de ese complot.

EL AHORCAMIENTO DE AMBROISE DROUET

Las percepciones de Ambroise Drouet sobre su ahorcamiento son en parte acertadas, en parte soñadas y en parte anheladas. Ningún recuerdo puede ser evocado en su totalidad. Siempre hay alguna falsedad que altera el recuerdo que se desea contar. Por otra parte, el cerebro nos juega malas pasadas y nos incrusta imágenes de situaciones jamás vividas. Por eso el relato de Ambroise Drouet no es del todo fidedigno. Si lo sabré yo que estuve presente el día en que prepararon la horca para condenarlo a una de las tantas muertes que le deparó su destino. Cabe decir que también estuve presente el día en que le pusieron la soga al cuello a Villon y yo fui quien le dijo al oído al juez que lo dejara libre; que su misión como poeta iba a dejarle un enorme legado a la humanidad. Él me miró perplejo. Se preguntó como un vulgar ladronzuelo, sucio, con la ropa rota y desdentado, podía dejar una herencia poética a las generaciones futuras. No obstante, me creyó y por eso lo dejó libre.

Ese juez era el mismo que condenó a la horca a Drouet; así que yo confiaba en que una vez más podría persuadirlo de no llevar a cabo la condena. A veces el ego desmesurado nos persuade que somos pequeños dioses y que nuestro poder es omnipotente; por lo que olvidamos que sólo somos microgranos de arena que vagan por el espacio sin que podamos tener las riendas de nuestra propia cabalgata sideral.

Cuando me acerqué a él para interceder por Drouet inmediatamente me hizo un gesto que me dejó paralizada. Entendí que nada de lo que dijera o hiciera podría hacerlo cambiar de opinión. Así que no insistí. Di media vuelta y me alejé de ese escenario para nunca más volver a alterar la decisión de la justicia humana. De todas formas, yo sabía que Ambroise Drouet en algún momento se transformaría en un *pez-dragón* y que vendría a mí por los ríos de azufre que rodean al templo donde vivo desde hace centurias. Así que me senté a esperarlo. Sé que nada corriente arriba, como lo hacen los salmones antes de aparearse para luego morir.

NOTAS DE UNA EVALUACIÓN PSIQUIÁTRICA

Reconocida internacionalmente en el campo de la psiquiatría forense, con libros publicados en varios países que abordan revelaciones inesperadas sobre fraudes relacionadas con el estado de salud mental de criminales famosos, la Dra. Mizuki Jinja, en su estudio titulado “El cerebro humano y sus emanaciones singulares”, aborda el sorprendente caso del ambientalista Lucien Ziegler, detenido por la Bundespolizei en Potsdam, tras una minuciosa investigación que lo confirmó como un asesino en serie responsable de la muerte de once mujeres. La policía había estado buscando pistas que permitieran identificarlas a través de objetos personales y ropa olvidados accidentalmente en algún lugar; teniendo en cuenta además que los cadáveres siempre fueron encontrados desnudos y con la marca de una espiral en la frente.

Según los periódicos de la época, en una casa de empeño se encontró una pulsera de plata, precisamente en espiral, con forma de serpiente que se sabía que había sido hecha especialmente a petición de Dália Vasuki, una de las víctimas, joven arqueóloga que estudió la influencia de rotaciones alternativas en la época medieval. El dueño de la tienda dijo que la pieza no fue empeñada por nadie, sino que él mismo la encontró en el jardín lateral de la abadía de Quedlinburg. Durante casi una semana, policías encubiertos montaron guardia alrededor de la abadía, esperando un milagro. Al sexto día vieron a un hombre merodeando por el césped en una actitud sospechosa; como si buscara algo. Luego decidieron seguirlo hasta su residencia y allí interrogarlo. Al verse acorralado se puso bastante nervioso; por lo que su reacción intrigó al policía que le preguntó si podía entrar a su casa. De inmediato el hombre entró corriendo y se encerró. Con una orden de allanamiento, se encontró una habitación oculta bajo tierra donde estaban organizadas todas las prendas y objetos de las mujeres asesinadas. En una de las paredes destacaba un inmenso lienzo de lo que parecía una reproducción de piel humana donde se podía ver una espiral.

Para la Dra. Mizuki la espiral es un símbolo de rotación creativa, la clave para la búsqueda ininterrumpida del origen y expansión del universo. En su evaluación de Lucien Ziegler, descubrió que él a menudo se refería a sí mismo como otra persona. Ese *otro* era un viajero sin conexión con su propia vida. Una entidad a la que atribuyó el conflicto de su conducta social. El ambientalista comenzó entonces a hablar de las políticas gubernamentales, de la forma en que se estaba destruyendo el planeta en nombre de un imperio industrial, desde la acción venenosa de los fertilizantes en la agricultura hasta las sofisticadas fórmulas para realizar las innumerables guerras que demarcaron todo el planeta como una fuente inagotable de beneficios. Habló de corrupción mesiánica e insistió en que el tratado de las siete iglesias no era más que un plan macabro para la destrucción masiva de todo el sistema solar. Según él, los extraterrestres que se apoderaron de nuestro planeta lo infectaron hasta tal punto que la solución sería abandonar la Tierra en busca de otros refugios. Y mirando fijamente a la médica, dijo: *¡Estamos listos para esto!*

— Pero ¿cómo reconoces la presencia de esta entidad dentro de ti?

— Es un ermitaño, algo así como la figura sufrida del ahorcado que, para posponer su propia condena, debe tener siempre consigo a una mujer que le ayude a tomar las decisiones necesarias para evitar la inversión de todo orden moral.

— ¿Y cuáles serían esos órdenes morales?

— Ése no es el punto, ya que la mayoría de ellos no pueden ser revelados. ¿Por qué no indagar sobre el plano espiritual del que proviene?

— Estás barajando las cartas, confundiendo al Ahorcado con el Ermitaño, al Diablo con el Amante. ¿Podría ser esta la razón de su control sobre estas mujeres asesinadas?

— ¿Qué mujeres?

— ¿No reconoces lo que hiciste con ellas, Lucien?

- ¿Por qué me llamas por ese nombre?
- ¿Con quién estoy hablando entonces?
- Conmigo, siempre fue conmigo, Ambroise Drouet.

EL COLECCIONISTA

Ambroise Drouet, en una de sus tantas vidas, fue un lepidopterólogo bastante conocido. En su casa tenía un museo que era visitado por científicos de todo el planeta; ya que era el único lugar que albergaba la más grande e importante variedad de mariposas en el mundo. Al menos de las especies conocidas. Cuando alguien identificaba un nuevo lepidóptero, a la primera persona que contactaba, para contarle su descubrimiento, era precisamente a Ambroise Drouet oculto bajo una identidad secreta. En esa existencia se hacía llamar Lucien Ziegler.

Lo que más le llamaba la atención de esos insectos, aparte de sus colores, era la escama que llevan en sus alas. No en vano él sabía que en alguna otra existencia él sería un *pez-dragón*; y tanto el uno como el otro son animales con escamas. La atracción por las mariposas le permitía imaginar que él tenía el don del vuelo. En cierta forma se consideraba como el descendiente directo de la imaginación de Leonardo Da Vinci. Él sabía que cuando dormía su cuerpo se transformaba en una hermosa mariposa aún desconocida para la especie humana.

Es en alguna de esas tardes, que a veces se tornaban en tedio, que imaginó otra forma de ser coleccionista. Esa misma noche buscó en su baúl de disfraces el atuendo y los accesorios necesarios para ocultarse detrás del asesino más famoso de la historia londinense. Fue entonces cuando decidió coleccionar mujeres. Lo que lo llevaría ineluctablemente a ser un feminicida en serie.

Durante un buen rato erró por los suburbios de la gran ciudad y se adentró en los barrios donde abundaban las prostitutas que seguían a un hombre a cambio de cualquier moneda. De ahí a cumplir su nuevo sueño no había sino el gesto de apretar una cinta muy fina en torno a la garganta de la elegida.

EL PÉNDULO DE LA RESURRECCIÓN

El estudio de la Dra. Mizuki Jinja también aporta valiosas observaciones sobre la relación entre las mariposas y los asesinos en serie. Como representación de la metamorfosis la mariposa es incomparable, así como símbolo de la resurrección. Es por esto que es preferida por aquellos delincuentes sexuales que presentan características de trastorno de personalidad, especialmente los excéntricos. Aunque sea tratado como delito sexual, el acto no se produce, ya sea consentido o forzado. La Dra. Mizuki tiene razón al utilizar el término *coleccionista*, y el propio Ambroise confesó que prefiere a las mujeres más jóvenes, como si fueran orugas, y las cuida hasta prever el momento de su cambio para luego asfixiarlas con delicadeza sin dejar marcas, y las desnuda y deposita en algún lugar lo más alejado de sí, para que puedan encontrar una próxima vida. La espiral que marca su frente es signo de longevidad.

Aunque pueda parecer un acto de amor, lo cierto es que estas mujeres no significan nada para él a nivel personal. Tampoco estaba de acuerdo con la idea de que fuera agresivo con ellas. Lo que hizo fue parte de un método. Identificaba mujeres en las que vislumbraba el misterio del renacimiento, algo que, por razones naturales, que no supo explicar, no le había sido concedido. Gracias a él esas criaturas pasaron de la oscuridad a la gracia sublime de la inmortalidad. Según la Dra. Mizuki, Ambroise creía que las estaba liberando de su envoltura carnal, dándoles un nuevo rumbo de existencia.

Un conocido proverbio chino dice que, *si uno quiere talar un árbol en la mitad del tiempo, debe dedicar el doble del tiempo a afilar el hacha*. La psiquiatra destacó en el historial médico de Lucien Ziegler su casi obsesión con el libro *Histoire inconnue des hommes depuis cent mille ans*, del arqueólogo Robert Charroux; y en la copia que exigió llevar consigo cuando fue arrestado, prácticamente no había ninguna página sin resaltado en amarillo en pasajes reveladores; casi todos relacionados con la presencia de pueblos extraterrestres en

nuestro planeta y la incorruptible convicción de que la humanidad siempre estuvo privada del conocimiento más incisivo que habría cambiado radicalmente su historia. El hecho de que se convirtiera en ambientalista estaba relacionado con el deseo de demostrar que las fracturas en el núcleo mismo del planeta estaban amañadas hasta el punto de crear una falsificación de la naturaleza humana. Como el propio autor abría el libro, *algunos secretos que podrían haber precipitado la evolución de la humanidad se mantuvieron en secreto durante milenios, por temor a que su revelación provocara un cataclismo*. Lucien incluso reprodujo de su puño y letra este pasaje inicial en varias páginas en blanco del libro.

Así como Ambroise creía que estaba dando a las mujeres la oportunidad de encontrar el camino hacia la realización, Lucien pensaba poder especular en la intimidad de las palabras del arqueólogo el secreto de todas las puertas cerradas que ciertamente permitirían la existencia de un nuevo hombre. En sus cajones se encontraron innumerables carpetas escritas a mano donde simplemente copiaba los capítulos del libro y también añadía datos que seguramente se derivaban de sus delirantes investigaciones. Por ello creó un personaje llamado Robert Charroux, aunque firmando como Lucien Ziegler, que escribió sobre su propia condena y muerte, una muerte que de hecho se reveló como un rito de iniciación; la misma búsqueda de renovación espiritual que Ambroise veía en relación con las mujeres que asesinó.

¿MUCHO ANTES O MUCHO DESPUÉS?

Las primeras mujeres desaparecieron en abril de 1792, ¿o fue en 1972?, ¿o en 1872? Cuando se encontraron algunas pistas sobre su secuestro, quedó claro que todas eran víctimas de la misma persona. Alguien, a quien no le importaba el destino de estas víctimas, quiso armar una especie de mapa de curiosidades. Los niños que jugaban en la noche lluviosa vieron la luz de un colgante con forma de sirena en la hierba empapada. Uno de los niños, Rudi, lo reconoció como el de su tía Yonne. La joven bailarina no regresó a casa esa noche, ni en las siguientes. No muy lejos, el paisaje urbano se tragaba dulcemente la lluvia; y en dicho paisaje apareció un vestido amarillo abandonado en la rama más baja de un ciruelo; posteriormente supimos que había pertenecido a Lille Cafarelli, una de las mujeres desaparecidas. Más que la extrañeza de la forma, el contraste de colores determinó que el vestido había sido dejado allí para ser encontrado inmediatamente. Con el paso de los meses, de los años y de los siglos se repitieron otros casos. Sin embargo, la mayoría de las veces el paradero de las mujeres desaparecidas quedó en el limbo. Uno de ellos coincidió con la publicación del informe oficial sobre los crímenes cometidos por la 'Ndrangheta. La gente de Calabria pensó que aquellos secuestros formaban parte de la organización mafiosa. La desconfianza se hizo aún mayor dada la forma en que el clero parecía ignorar el asunto. Sin embargo, hubo un hecho contrastante: a la 'Ndrangheta le importaban poco las mujeres. Había pasado un año y las lluvias volvieron a una Calabria aterrorizada por las oleadas de criminalidad y, en particular, por la constante desaparición de su población femenina. Todo el mundo temía la trata de personas, imaginando que sus hijas, hermanas y esposas habían sido llevadas a otros países. Una mañana de mayo la ciudad fue sorprendida por una imagen que aún hoy perdura en la retina de la historia: la lluvia cayendo sobre un montón de cuerpos femeninos desnudos, un cono humano, un volcán de carne bañado en agua. Una pirámide de almas vacías de significado.

Objeto único y sorprendente, ese anatema no correspondía a nada. ¿Era la perversión en su estado más visionario o era la denuncia de una semilla misógina que se expandía por el mundo? ¿La violencia sólo podría entenderse como tal a la luz de otras violencias? Es poco probable que haya una explicación para ese salvajismo.

¿QUIÉN SOY?

He aquí una pregunta difícil de responder. Personalmente nunca me he preocupado por conocer mis orígenes; sólo pienso un poco en el enigma de mi vida cuando ocasionalmente alguien me pregunta sobre ello. Y a decir verdad, cuando eso ocurre invariablemente me digo a mí misma que hay que ser muy caradura para querer entrometerse en mi vida privada. Lo considero incluso como una falta de respeto hacía mí. No obstante, voy a tratar de responder con los pocos datos que me contaron las ancianas que me criaron.

Durante siglos las sacerdotisas consagradas al Monte Osore tuvieron la particularidad de ser ciegas. Yo fui la última en cumplir con esa norma que hoy en día ya no existe. En esta región montañosa las familias solían ser muy numerosas y el trabajo en el campo no alcanzaba para alimentar a tantas bocas. Siempre había que escoger a alguien para darle la mejor ración de comida. En general eran el padre y los hijos. Las mujeres se alimentaban de sobras, si es que sobraba algo; sino buscaban raíces salvajes y pescaban a escondidas de los hombres en lugares que ellos desconocían. Esas astucias requerían un conocimiento profundo de las plantas comestibles y de los caminos que llevan a los ríos; y sobre todo se necesitaba de habilidades en la pesca manual. Cuando digo manual hablo de las manos; ya que los hombres jamás nos dejaron coger sus cañas de pescar. Para ellos era una actividad masculina. Así que si nacía una niña ciega el problema de criarla se instalaba inmediatamente en el centro de la casa. Lo más seguro es que si la dejaban con la familia no sólo iba a representar una boca más, y que su trabajo iba a ser muy limitado, sino que lo más seguro es que nunca tendría un pretendiente que se la llevara de casa. Por fortuna existía el templo de Osore-san donde todas las sacerdotisas eran ciegas y donde todas habían sido abandonadas por sus familias para evitar un infanticidio seguro e ineluctable. Yo fui una de esas niñas que vino al mundo ciega y además fui la última que sus padres entregaron a las sacerdotisas

para que la criaran y la convirtieran en una médium capaz de comunicarse con los muertos. En otras palabras, soy un oráculo viviente. Soy una de las supervivientes de Delfos que atravesó siglos y milenios, y que, además, se niega a desaparecer.

EL PUNTO INCIERTO DE LOS ESPEJOS

¿Era Itako una diosa? Cuando hablaba a los peregrinos ella parecía una deidad deambulando por el espacio litúrgico, la forma en que se encontraba con los espíritus solicitados por sus seguidores, su prodigiosa acción psíquica era más que un fenómeno inexplicable. De todas las médiums de Aomori, ella era más que una intermediaria entre diversos mundos. Al invocar a los muertos, en la perfección con la que se dejaba entregar a la kuchiyose, Itako parecía encarnar a las deidades. Según varios testigos, tomaba la forma y características de cada entidad que recibía. ¿Tuvo su mediumnidad un origen divino o fue un estigma surgido de la ceguera? ¿Podría estar la fuente del milagro de Itako en sus córneas? ¿Cómo escalar la montaña desde la que Itako demostró su elevación? No fue como construir una escalera al cielo. Itako también fue más allá del papel de consejera espiritual, simplemente abrió el camino para el diálogo entre el peregrino y aquel que buscaba. Algunos afirman que la llegada del espíritu estuvo marcada por la extensión de un círculo de luz que involucraba a las dos personas en cada ritual. La noche se reconoce en su vértigo. No en las tinieblas con las que se viste, sino a través de la luz que alimenta en su interior.

LA EXTINCIÓN DEL FUEGO

Sé que los peregrinos creen que soy una diosa o al menos que soy uno de los espíritus de Osore-san. Lo sé por las ofrendas que ponen en la estancia donde los recibo. Lo intuyo por la voz mesurada, respetuosa y temerosa con la que me hablan. Lo siento en la respiración entrecortada de cada uno de ellos. Sé que me consideran inmortal y sé también que se consideran privilegiados por poder hablarme sin intermediarios de ninguna índole.

Sin embargo, yo sé que no soy una diosa y tampoco soy inmortal. Sólo soy la última sacerdotisa ciega del templo del Monte Osore. El templo tampoco es inagotable. Por el contrario, hace tiempo que está siendo preso de la decrepitud; muchos de sus muros se han derrumbado sin que los podamos reparar. Las novicias se hacen escasas y la gente en las ciudades se burla de nosotras y de nuestra misión sagrada. Nos consideran poco menos que hechiceras baratas y rústicas; o bien dicen que somos charlatanas y que robamos el dinero de la gente ingenua que aún cree en nuestro poder de comunicación con los muertos. Son tiempos duros los que nos han tocado vivir. El respeto por los ancestros pareciera que se está extinguiendo; y al hacerlo, nosotras también desaparecemos del mapa. Nos expulsan de sus vidas como se barre el polvo que se acumula en los rincones de las casas antiguas. Les molesta el aire que respiramos, como si no hubiese suficiente para ellos y para nosotras. Tal vez les incomoda que durante siglos hemos sido independientes y que fuimos capaces de sobrevivir sin un hombre; que no necesitamos hijos porque los campesinos nos daban como ofrenda a las hijas ciegas; aunque luego ellas tenían que probar que el dios que habían escogido las aceptaba como sus esposas y que necesitaban de sus ruegos y ofrendas. Si el dios escogido las rechazaba, ellas sabían cuál era su destino. O bien ascendían al Monte Osore en pleno invierno, sabiendo que no podían descender, o bien acudían al harakiri. La opción de quedarse barriendo los corredores del templo no era posible. Esa fue nuestra ley durante tiempos

inmemoriales; ahora todo cambia y nosotras estamos
extinguiéndonos como se extingue el fuego cuando no hay más
leña para alimentarlo.

LOS VEHÍCULOS DE LA FERTILIDAD DEL ALMA

— Cuando te vi fue como una visión descontrolada, no fuiste solicitado por ninguno de mis peregrinos, simplemente estabas ahí, frente a mí, y ese espejismo arquetípico tal vez significó todos los hombres que nunca tuve, y por eso la primera sensación que sentí fue la de un deseo inflamando mi carne. Una extraña forma de deseo que venció mi ceguera y tu intangibilidad. Ambroise, ¿quién eres tú?

— No lo sé... ¿Cómo podría saberlo? Yo soy los retazos de muchos otros que murieron buscando el camino para llegar a ti. Soy el derrumbe de existencias inútiles y vanas que nunca tuvieron un segundo para preguntarse quiénes eran y para qué estaban en este mundo. Soy la pesadilla de unos cuantos sátrapas que se creyeron reyes fatuos y que podían gobernar la tierra como se lleva a una manada de ovejas a pastar a la montaña. Soy la cicuta que le dieron al hombre que hace preguntas todo el tiempo emulando el noble oficio de partera de su madre. Soy el poeta que recorría caminos y asaltaba a los viajeros. Soy el poeta que iba de puerta en puerta cantando las hazañas de Ulises. Soy el poeta suicida que se lanzó mil veces por el precipicio y que con cada caída dio a luz a uno nuevo. Soy el rayo que rompe la roca. Soy el espejismo de los beduinos. Soy la gota de sudor de las campesinas que labraron en los campos. Soy todo y soy nada.

— Sospecho que ambos entramos en el mundo de las imágenes y fuimos mucho más allá de las nociones aisladas de memoria y presentimiento. Aceptamos un estado primitivo de la imaginación sin tener en cuenta sus consecuencias. Sin embargo, no nos limitamos a viajes psíquicos, pues sentí tu carne dentro de mí, nuestros orgasmos bañados en un mismo río de fuego. ¿Cómo es esto posible?

— Tal vez porque somos el comienzo y el fin. Somos el invierno y la primavera. Somos el cóndor que se suicida si su pareja muere. Somos el aire y la tormenta de arena.

— He vivido alejada del mundo. Sin embargo, el mundo traduce mi ausencia como una forma de paradoja intermitente, donde puedo ser todos y al mismo tiempo ser nadie, como tú lo sientes. Quizás podríamos encontrar una manera de salir de este plano –que ya no es físico ni siquiera espiritual– y buscar un desierto, un océano, el interior de un volcán o incluso otro planeta, un lugar donde ya no tendríamos que vivir con los sacrificios de Itako y Ambroise.

— No lo sé. No sabría vivir lejos de Osore-san. Esta es mi vida. Puedo viajar psíquicamente a cualquier lugar de cualquier universo; pero nunca podré abandonar el centro del mundo al que pertenezco.

— No lo entiendes, nuestras almas están tan entrelazadas que has asumido mi ser, respondes por mí, como si fueras tú Itako y yo Ambroise. Esto debe ser lo que se llama la fertilidad del desierto o el vacío iluminado del océano. De hecho, nunca abandonaríamos nuestros orígenes. Sólo el plano físico de un mundo que ya ha llegado al pico de su desgaste.

— ¡El que no entiende eres tú! No hay nada más importante que Osore-san. Todo lo demás son vientos que se entrechocan los unos con los otros y que producen tsunamis. Yo decido quedarme aquí, en el templo. Jamás abandonaré a las novicias ni a los peregrinos. Si lo hiciera ni siquiera tú podrías navegar de nuevo en tu existencia de *pez-dragón*.

LA CÁMARA OSCURA

El cuerpo de Lucien Ziegler fue encontrado en su habitación en las ruinas del Sanatorio Harper, adónde fue enviado tras ser juzgado como criminalmente demente en el caso en el que se hizo conocido como *El Coleccionista*. La autopsia no pudo identificar la causa de la muerte, pero la médica considera que se trata de un caso poco común de suicidio ni tampoco había mostrado ningún comportamiento que indicara ese riesgo. No se puede decir que sea un reflejo de su condición mental, ya que así el método sería visible. Ni siquiera dejó una nota. La medicación controlada tampoco podría ser un factor que justificara la investigación. Menos aún lo son las macabras historias que dieron a la antigua mansión de Londres la reputación de sanatorio maldito. La opinión de su médica es que simple y llanamente decidió morir. Para ella, Lucien estaba cansado de desempeñar ese papel, juzgado por todos sus actos, desacreditado en la sinceridad de sus motivos. No importa si la sentencia fue conmutada ya que por algún extraño milagro su situación siempre sería la misma. Ciertos estigmas son inapelables.

PASAJES DE LAS VIDAS DE AMBROISE DROUET
(secretos, pesadillas, rituales)

En algunos de mis tantos periplos estuve en La Roche-Saint-Secrets, un pequeño pueblo de la Drôme Provenzal que yo prefiero llamar La Roca sin Secretos. Allí estuve durante un otoño que se caracterizó por ser uno de los más pluviosos que la gente de entonces recordara haber vivido. Los ríos que circundan la zona se crecieron y el agua corría a borbotones montaña abajo. Hubo derrumbes por todas partes, y uno de ellos cayó sobre la iglesia del pueblo destruyéndola casi por completo. Cuando los aguaceros se calmaron todos los vecinos nos pusimos en la tarea de limpiar las calles, las casas y por último la iglesia. Cuando sacamos las rocas nos encontramos con el cadáver de un recién nacido que alguna madre soltera había enterrado en completo secreto debajo de uno de sus muros de piedra. Desde entonces se decidió que el pueblo se llamaría precisamente La Roca sin Secretos.

∇

Mi infancia, como la de todos los niños franceses, transcurrió atravesando años de penuria. En mi casa éramos doce hijos y cada uno tenía un trabajo asignado y del que no se podía escapar ni un solo día. Acababa de cumplir catorce años y mis padres decidieron que para celebrar esa fecha iba a comulgar por primera vez y al mismo tiempo se iba a llevar a cabo el ritual del pantalón largo. Un día muy importante en la vida de un niño. Al pasar del pantalón corto al largo se pasaba de la infancia a la edad adulta. El concepto de adolescencia no existía aún. Ese mismo día mi madre me puso un par de zapatos, era la primera vez en mi vida que los usaba. Siempre había estado a pie limpio. Una vez regresamos de la iglesia mi madre me miró fijamente a los ojos y ordenó:

— ¡Ahora se cambia y se va a ordeñar las vacas!

Mi pequeña e íntima felicidad se derrumbó. El mundo seguía siendo el mismo. Pasaría mucho tiempo antes de volver a ponerme los pantalones largos y a usar calzado.



No lejos de La Roca sin Secretos están las ruinas de un antiguo monasterio llamado Notre Dame La Brune; famoso porque a sus pies corre un riachuelo que es venerado por considerar que su agua es milagrosa. En cada Semana Santa sus ruinas se llenan de peregrinos que vienen a visitarlo; especialmente los que tienen problemas de visión. Los romeriantes que han perdido la visión pueden recobrarla rápidamente si se frotan los ojos con su agua bendita.

MENTIRAS Y CONTRABANDOS

Ambroise Drouet pasó una gran parte de su existencia como asaltante de bancos hasta que su buena fortuna le dio la espalda y terminó en una celda de diez metros cuadrados que compartía con un asesino serial. A medida que las confesiones se acumulaban, Ambroise Drouet se puso a escribir. Adoptó el seudónimo de Cédric Henry. El conocimiento del mundo del bandidaje, y su cercanía con los asesinos en serie, le permitió escribir algunas novelas negras con bastante éxito. Cuando salió de la prisión varios de sus libros habían sido llevados a la gran pantalla. El oscuro bandido pasó a ser un escritor respetado que daba conferencias en todo el país.

En una de esas presentaciones un periodista lo abordó para indagar sobre el personaje de una de sus novelas, cuya trama discurría por los laberintos de una realidad paralela llena de significativos absurdos. Quería saber, concretamente, qué había admirado el novelista al crear a Lucien Ziegler. De manera sorprendentemente irritada, casi violenta, Ambroise respondió:

— No sé qué está pasando aquí. Este personaje está en mis notas, en un cajón, esperando una mejor definición, es algo en estudio, para una próxima novela que, de seguro, todavía no sé si escribiré, ya que el tema me ha causado mucha molestia. ¿Cómo supiste esto?

— Usted mismo nos cuenta la historia de un extraño coleccionista, el suizo Lucien Ziegler, en la novela *Mentiras y contrabandos* publicada hace dos años. Inicialmente lepidopterista, tras un episodio de desviación psicológica creyó que evolutivamente debía empezar a coleccionar mujeres, en las que veía la representación perfecta del insecto, en su transición de oruga a mariposa. El libro adquiere así un carácter inquietante, ya que Lucien se convierte en un asesino en serie que, después de

unos años, finalmente es arrestado y juzgado, tras haber sido condenado a residencia eterna en un sanatorio para criminales dementes. En las páginas finales de la novela se descubre que un terremoto destruyó casi por completo la mansión donde se encontraba el sanatorio y el cuerpo de Lucien nunca fue encontrado.

— Esta fue la primera idea que tuve y curiosamente nunca se lo conté a nadie. Puedo garantizar que esa novela nunca existió. Lucien es un personaje que no tuvo mayor expresión, algo reiterativo en el género del thriller, cuyo único atractivo era precisamente su desaparición. Cuando abandoné los apuntes estaba pensando en empezar una novela a partir del momento en que un personaje desaparece sin dejar rastro. Sería una especie de protagonista inexistente, toda la historia se desarrollaría en torno a su ausencia.

Ambroise parecía tan convencido de sus palabras que el periodista empezó a desconfiar de su memoria, aunque se sorprendió de cómo habría sido posible inventar ese nombre. Mejor no mencionarlo más puesto que los lectores ni siquiera creerían en esa conversación inusual. Y luego se fue.

AUTOBIOGRAFÍA DEL OTRO

Entre los trastes que indicaban que era la habitación de Lucien Ziegler, protegida por una carpeta acrílica, dentro de un cajón parcialmente protegido de lo que debió ser un derribo abandonado por la mitad, encontramos unas hojas bien organizadas, con un manuscrito impecable, que parecía ser la autobiografía del paciente. Lo extraño es que allí se cuenta la historia de Ambroise Drouet. Entre los papeles había un dibujo al carbón de un grupo de corales, bajo el efecto de un mar embravecido, ciertamente estas pequeñas rocas guardaban un secreto que sólo Ambroise había notado. El siguiente manuscrito contenía una pista intensamente sutil:

Para algunos, el mundo existe bajo tierra, enterrado en la mente y de allí extraemos experiencias de vida. La armonía es hija de esta aparente paradoja. En cada momento lo que somos es lo que está por venir. El hombre crea las formas futuras de su propia naturaleza. Y las pequeñas criaturas que aparecen, a las que le gusta nombrar, conservan los rituales salvajes de sus antepasados. Si miramos de cerca no hay ninguna paradoja. El hombre es la única paradoja que distorsiona la realidad.

Esa era una verdad intransigente. Es posible que Lucien se lo haya dicho a Ambroise en algún momento, porque en aquellos corales la luz pasaba como si fueran ellos mismos, pasando el uno al otro, de la luz a la oscuridad, dos formas de una misma expresión de misterio. Como el *pez-dragón* que Itako le había prometido una vez a Ambroise.

LA LEYENDA DEL PEZ-DRAGÓN

Las sombras bailan en el jardín de fina arena blanca. El cerezo en flor pinta el cielo con flores iluminadas. Se puede escuchar la orquesta del silencio, que ni siquiera el viento se atrevería a interrumpir. Las confesiones del tiempo quedan impresas en este paisaje a medida que animales esculpidos en el éter emergen de la tela vítrea de la arena. Un pez solitario guarda en su interior los manuscritos del diluvio. Desde las profundidades del mar trae al mundo exterior los caminos consagrados al cosmos. Cuando está solo, el pez no percibe ninguna ambivalencia. El encuentro con la serpiente alada, que habita la brumosa cumbre de la montaña dibujada en el fondo del paisaje, es, para el pez, la personificación anticipada del huevo de perla que le permitirá renacer a la vida. El vuelo es el triunfo de la resurrección. Hay un dragón de papel durmiendo en un rincón del jardín. El pez reconoce en él al verbo creador. Las sombras desentrañan las transfiguraciones de los eclipses mientras alimentan de luz el ritual de su danza. Las sombras son anfibias y aprenden de las aguas cuando la arena se convierte en cristal. Los dragones de Lucifer desconocen el misterio de las metamorfosis. Por eso son sólo una parte de la eternidad, una especie de leyenda sacrificada. Itako esperaba que algún día Ambroise Drouet se convirtiera en su dragón. Sus libros, sin embargo, se cerraron sin darse cuenta de la correspondencia perdida. Al mirar el paisaje, Itako hace caso omiso de las visiones extrañas. Aunque se siente sola debe conservar los manuscritos de la longevidad dentro de ella. Un día convertirá el vidrio en un ser alado.

EL DRAGÓN DEL MONTE OSORE

En las profundidades del Monte Osore duerme el Dragón a la espera que la vigilia de Itako termine. Cuando eso suceda él saldrá del sueño profundo, golpeará las paredes de la montaña con su cabeza y sacudirá su larga cola. El centro del mundo se fracturará en millones de partículas que serán a su vez lanzadas a la estratosfera. El volcán escondido en el interior de Osore-san arrojará lenguas de fuego y lava que bajarán por las paredes de la montaña y arrasarán con todo lo que encuentren a su paso. Itako lo sabe. Por eso vela sus entrañas. No permitirá que nada le impida al *pez-dragón* llegar hasta ella. Itako y el Dragón miden sus fuerzas, hacen un pulso permanente, esperan pacientemente a que el otro baje la guardia. El Dragón es el fin e Itako lucha para que el caos no se apodere ni de su templo ni de su montaña.



Sobre los autores



BERTA LUCÍA ESTRADA (Colombia, 1955). Escritora, ensayista, poeta, dramaturga, crítica literaria y de arte. Es librepensadora, feminista, atea y defensora de la otredad. Ha publicado catorce libros y ha recibido seis premios de poesía. Ha escrito tres obras de teatro y una nouvelle con Floriano Martins. Algunos de sus artículos y poemas han sido difundidos en *Agulha Revista de Cultura* (Brasil) y en publicaciones de la Universidade Estadual do Oeste do Paraná – UNIOESTE, revista

Acrobata (Brasil), *Triplov* (Portugal), *Esteros* (Uruguay), *Crear en Salamanca* (España), *Blanco Móvil* (México), *Nueva York Poetry*, *La Otra* (México), *Altaçor* (Chile), *AErea* (Chile y España) y *Aleph* (Colombia). Es colaboradora de “Palabra de Poeta”, espacio del programa radial *Pegando La Hebra* (Valencia-España). Ha sido traducida al francés, portugués, rumano, griego e inglés y ha participado en el Salón del Libro de Casablanca (Marruecos), en la Feria del Libro de Madrid y en la Feria del Libro de Bogotá. Ha sido invitada a numerosos encuentros de poetas, entre ellos el Festival Internacional de Poetas de Curtea de Argès (Rumanía); así como a varios congresos, entre ellos los programados por UNIOESTE (Brasil) en el 2011 y 2012, y por la Universidad de Varsovia en el 2014.

FLORIANO MARTINS (Brasil, 1957). Poeta, editor, dramaturgo, ensayista, artista visual y traductor. En 1999 creó *Agulha Revista de Cultura*. Coordinó (2005-2010) la colección “Ponte Velha” de autores portugueses en Escritos Editora (São Paulo). Curador del proyecto “Atlas Lírico de Hispanoamérica”, de la revista *Acrobata*. Estuvo presente en festivales de poesía realizados en países como Bolivia, Chile, Colombia, Costa Rica, República Dominicana, El Salvador, Ecuador, España México, Nicaragua, Panamá, Portugal y Venezuela. Curador de la Bienal

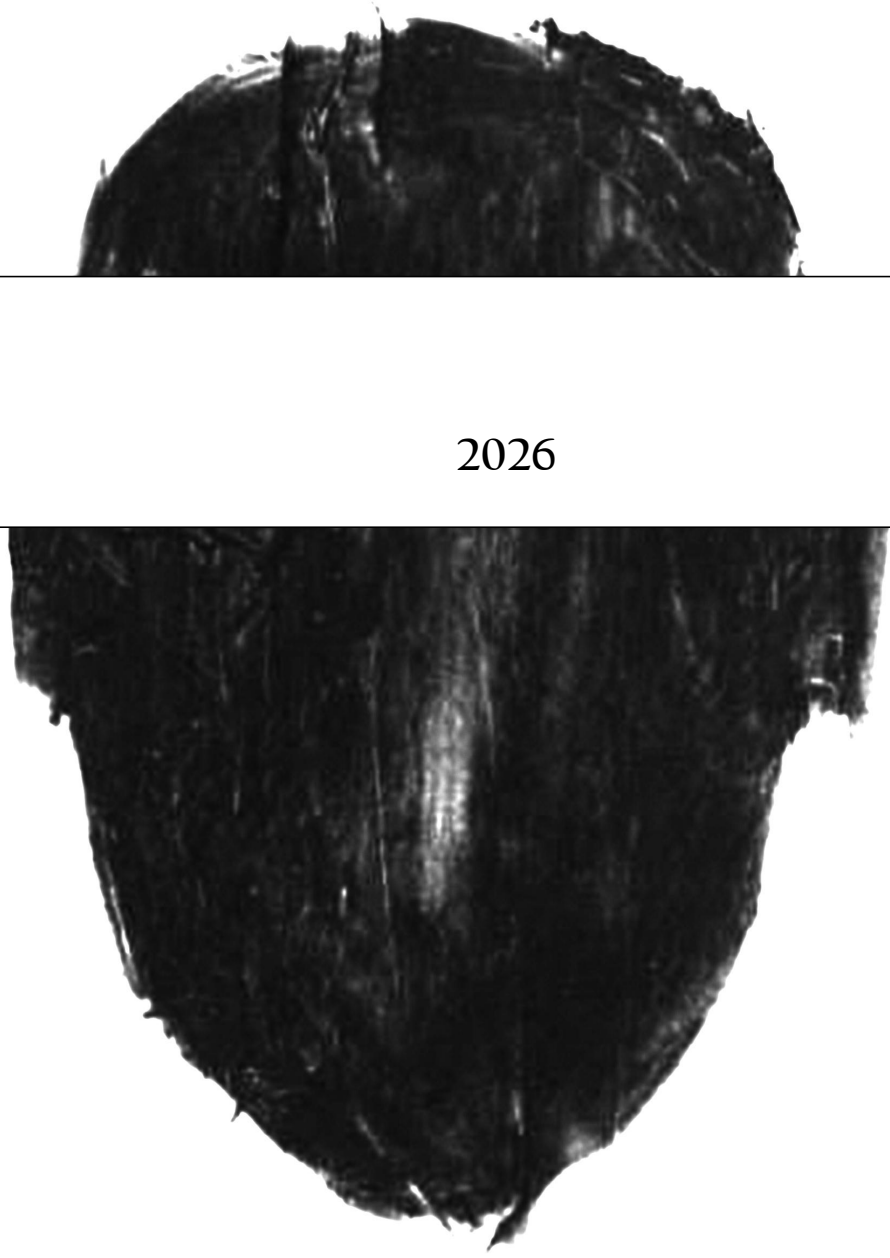


Internacional del Libro de Ceará (Brasil, 2008), y miembro del jurado del Premio Casa das Américas (Cuba, 2009), fue profesor invitado en la Universidad de Cincinnati (Ohio, Estados Unidos, 2010). Traductor de libros de César Moro, Federico García Lorca, Guillermo Cabrera Infante, Vicente Huidobro, Hans Arp, Juan Calzadilla, Enrique Molina, Jorge Luis Borges, Aldo Pellegrini y Pablo Antonio Cuadra. Entre sus libros más recientes se encuentran *Un poco más de surrealismo no hará ningún daño a la realidad* (ensayo, México, 2015), *El Iluminismo es una ballena* (teatro, Brasil, en colaboración con Zuca Sardan, 2016), *Antes de que se cierre el árbol* (poesía completa, Brasil, 2020), *Naufrajos del tiempo* (novela, con Berta Lucía Estrada, 2020), *Las mujeres desaparecidas* (poesía, Chile, 2022), y *Sombras en el jardín* (poesía, Brasil, 2023).

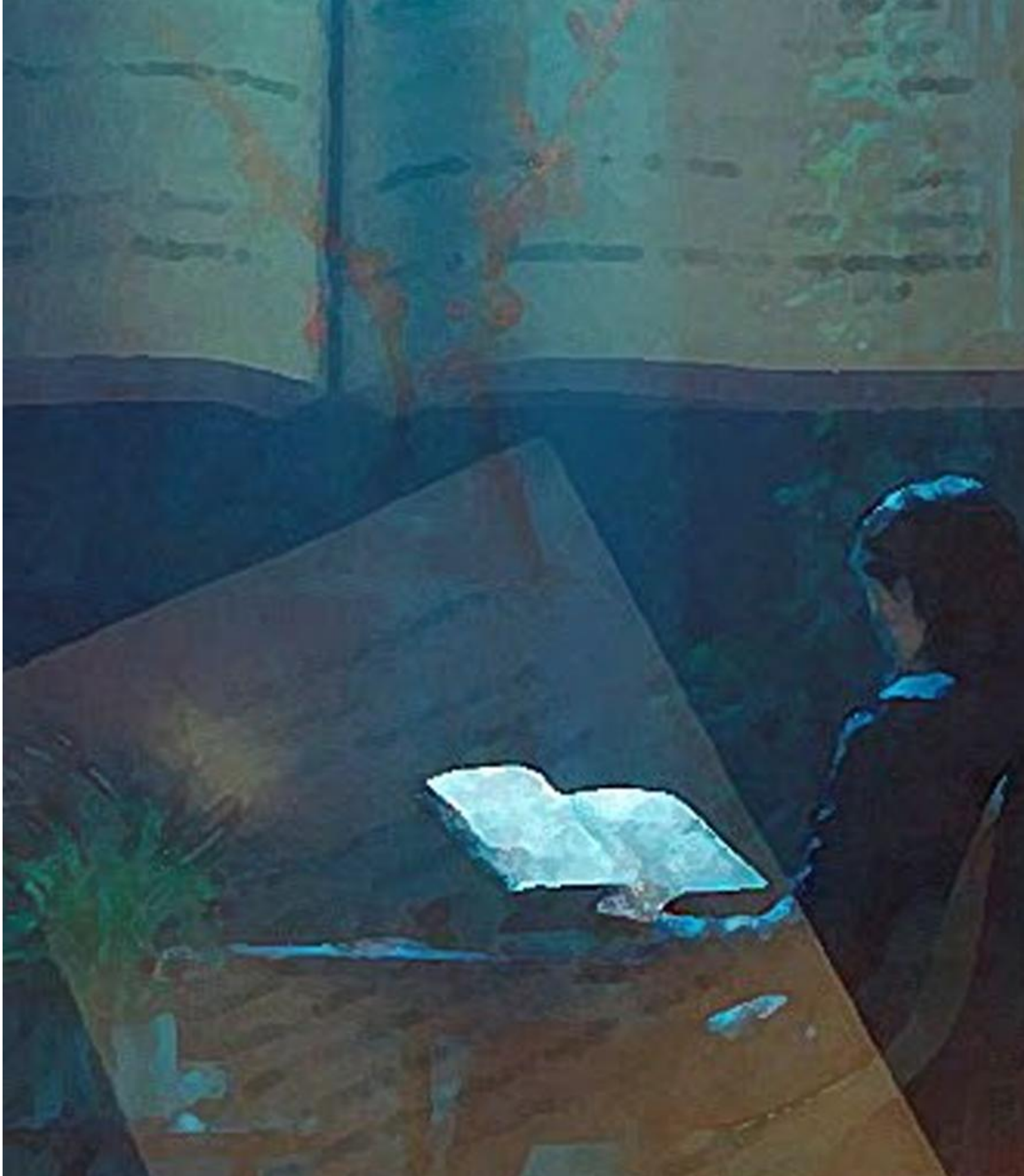


El reino de las farsas inacabadas , Berta Lucía Estrada & Floriano Martins ,
se terminó de ensamblar en abril de 2026. En su composición
se utilizaron los tipos: Californian FB, Minion Pro, Garamond Premier Pro:
10, 12, 14, 18, 24, 30.





2026



Colección Libros Imposibles

